

I&L

IDEOLOGIES & LITERATURE

VOLUME IV
Second Cycle

Number 16



May-June 1983

SPECIAL ISSUE

**Problemas para la Crítica
Socio-Histórica de la Literatura:
Un Estado de las Artes**

Ideologies and Literature is published three times a year under auspices of the Institute for the Study of Ideologies and Literature, a nonprofit organization incorporated in the state of Minnesota and devoted to the promotion of socio-historical approaches to Hispanic and Luso-Brazilian literatures.

EDITORIAL BOARD

Russel G. Hamilton
Antonio Ramos-Gascón
Ronald W. Sousa
Hernán Vidal
Anthony N. Zahareas

Executive Secretary
Patricia Burg

Ideologies and Literature welcomes articles written in English, Spanish, Portuguese and, in some cases, French. Manuscripts submitted for the *Essays* section can be either of a theoretical or an applied nature, concerning problems and issues arising from a socio-historical study of Hispanic and Luso-Brazilian literatures and should normally not exceed 50 pages. Material for *Clues and Sources*, not to exceed 20 pages, should offer new perspectives on already established critical issues. *Review Articles* should address themselves to the discussion of general problematic issues within the objectives of the journal, as suggested by the book or ensemble of books under review, and should not exceed 20 pages. Manuscripts for the *Theory* section should not exceed 30 pages. Manuscripts submitted should adhere in format to the second edition of the *MLA Style Sheet*. Authors of unsolicited articles must include a self-addressed, stamped envelope. Opinions expressed by contributors to *Ideologies and Literature* are their own, and do not necessarily represent the views of the Board of Directors, the Advisory Board of the Institute for the Study of Ideologies and Literature, or those of the Editorial Board of the journal. Third class postage paid at Minneapolis, Minnesota.

Editorial and Business Address
Patricia Burg, Executive Secretary
Institute for the Study of Ideologies and Literature
34 Folwell Hall
9 Pleasant Street S. E.
University of Minnesota
Minneapolis, Minnesota 55455

Copyright © 1980, Institute for the Study of Ideologies and Literature
ISSN: 0161-9225

Ideologies and Literature
Subscription Rates:

USA:
Student: \$9.00 per year
Library/Institutional: \$15.00 per year
Regular: \$12.00 per year
Patron: \$25.00 per year (Patron's name and
address will be published in the Patron's list)
Price per Issue: \$3.00



I&L

**IDEOLOGIES &
LITERATURE**

VOLUME IV
Second Cycle

Number 16

May-June 1983
1983

SPECIAL ISSUE

**Problemas para la Crítica
Socio-Histórica de la Literatura:
Un Estado de las Artes**

Contents

| | |
|---|-----|
| Hernán Vidal: <i>Introducción</i> | 1 |
| Literaturas Ibéricas | |
| John Beverly: <i>Can Hispanism Be a Radical Practice?</i> | 9 |
| Juan Ignacio Ferreras: <i>Caminos de la Sociología de la Literatura en España</i> | 23 |
| Kathleen March; Luis Martul Tobío: <i>La Crítica Literaria en el Proceso de Autodeterminación de Galicia</i> | 39 |
| J.M. Sobré: <i>The Rise of Modern Catalan</i> | 51 |
| Ronald W. Sousa: <i>Culture and the Question of Criticism in Portugal</i> | 66 |
| María Angelina Duarte: <i>Portuguese Cultural Presence in the U.S.—The Problems of Definition</i> | 75 |
| Elias L. Rivers: <i>Hispanism Now in the United States</i> | 81 |
| Juan Ignacio Ferreras: <i>Unas Reflexiones Finales</i> | 88 |
| Constance A. Sullivan: <i>Re-reading the Hispanic Literary Canon: The Question of Gender</i> | 93 |
| Ronald Sousa: <i>Canonical Questions</i> | 102 |
| Literatura Latinoamericana y Luso—Africana | |
| Jean Franco: <i>Trends and Priorities for Research on Latin American Literature</i> | 107 |
| Hernán Vidal: <i>Para una Redefinición Culturalista de la Crítica Literaria Latinoamericana</i> | 121 |
| Hernán Vidal: <i>En Torno a Julio Cortázar: Problemática Sobre la Vigencia Histórica de las Formas Culturales</i> | 133 |
| Neil Larsen: <i>Latin America: The View from Comparative Literature</i> | 144 |
| Juan Armando Epple: <i>Literatura Chicana y Crítica Literaria</i> | 149 |

| | |
|--|-----|
| Marc Zimmerman: <i>Latin American Literary Criticism and Immigration</i> | 172 |
| Rafael Catalá: <i>La Cultura en la Práctica de la Libertad</i> | 197 |
| Mabel Moraña: <i>Autoritarismo e Inhibición Crítica en el Uruguay Actual</i> | 213 |
| Hugo Achugar: <i>El Exilio Uruguayo y la Producción de Conocimientos Sobre el Fenómeno Literario</i> | 224 |
| Bernardo Subercaseaux: <i>La Crítica Literaria en Chile Bajo el Autoritarismo</i> | 242 |
| Vicente Urbistondo: <i>La Urgencia Histórica y la Crítica Literaria Hispanoamericana Vista a Través de un Caso Clínico Chileno</i> | 257 |
| Román de la Campa: <i>En Torno a la Crítica de la Literatura Cubana en Estados Unidos</i> | 276 |
| Heloisa Buarque de Hollanda: <i>Crítica Literária e Debate Ideológico num Quadro de Fehamento Político</i> | 290 |
| Yan Michalski: <i>Algunas Grandezas e Misérias da Crítica Teatral no Brasil</i> | 294 |
| Russell G. Hamilton: <i>Literary Criticism and African Writing in Portuguese: State of the Art</i> | 300 |
| Guido A. Podestá: <i>La Ampliación del Corpus y la Función de la Crítica Literaria en América Latina</i> | 313 |
| Cynthia Steele: <i>Toward a Socialist Feminist Criticism of Latin American Literature</i> | 323 |
| René Jara: <i>Crítica de una Crisis: Los Estudios Literarios Hispanoamericanos</i> | 330 |
| Tom Lewis: <i>Literary Criticism as Ideological Practice</i> | 353 |

*A La Memoria
de Joseph Sommers*

Introducción

Hernán Vidal
University of Minnesota

Durante los meses de junio-septiembre de 1981, el Instituto para el Estudio de Ideologías y Literatura llamó a una conferencia internacional que se realizó en abril 9-10 de 1982. Por dos días se congregaron críticos literarios norteamericanos, europeos y latinoamericanos para discutir la actualidad de la profesión y posibles direcciones futuras, bajo el tema general "El Significado Socio-Político de la Crítica Actual (España, Portugal, Latinoamérica, Luso-Africa)." Participaron en las discusiones Kathleen March, Luis Martul Tobío, Leslie Damasceno, Cynthia Steele, Hugo Achugar, Bernardo Subercaseaux, Tom Lewis, John Beverley, Juan Epple, Vicente Urbistondo, Román de la Campa, Jorge Rufinelli, Emilio Bejel, Rafael Catalá, Elías Rivers, Inman Fox, Wlad Godzich, Hernán Vidal, Antonio Ramos, Nicholas Spadaccini, Constance Sullivan, René Jara, Ileana Rodríguez, Ronald Sousa, Mabel Moraña, Neil Larsen, María Duarte, Anthony Zahareas, Alvaro Barros-Lémez. Aunque no asistieron, María Eugenia Lacarra, Jean Franco, Russell Hamilton, Josep Sobré, Yan Michalski y Heloisa Buarque De Hollanda presentaron trabajos para la discusión.

Que sepamos, hasta esa reunión de abril no se había hecho un diagnóstico de grupo del "estado de las artes" de la crítica hispánica y lusófona desde una perspectiva socio-histórica. El intercambio de opiniones tenía, además, el propósito de calibrar las actividades del Instituto con las preocupaciones presentes de la profesión en una época de profundos cambios culturales en los países que le conciernen.

A medida que se recibieron sugerencias y propuestas de temas y trabajos, se comprobó que los contribuyentes no tenían ánimo sólo de describir el estado actual de las artes, sino de problematizarlas en torno a lo que se percibe como una crisis de nuestro campo en el presente. Atendiendo a esto, se planteó la siguiente temática como guía flexible para las deliberaciones:

I. Descripción del estado actual de nuestros estudios: ¿es real la crisis visualizada? Si es así, ¿cuál es su origen y magnitud?

II. Determinación del perfil típico actual del crítico literario. Alternativas posibles de redefinición de ese perfil.

III. Posibles estrategias de investigación adecuadas a una redefinición del crítico literario.

IV. La interrelación entre culturas nacionales y culturas de exilio.

V. La relación del crítico literario en Estados Unidos o Europa con las culturas que estudia.

VI. La crítica literaria académica ante la literatura de minorías étnicas hispanas y lusófonas en Estados Unidos: ¿qué relación deben tener con el curriculum de enseñanza e investigación?

VII. La interrelación de los campos literarios español, luso-afro-brasileño, hispanoamericano: ¿cómo superar una evidente disgregación, a pesar de una historia compartida?

Siguiendo una modalidad ya establecida en el Instituto, los trabajos no fueron leídos en las sesiones. Más bien se los usó como estímulos para el intercambio de opiniones más amplio posible, dentro de los parámetros indicados. Esto causa dos maneras de interpretar la conferencia: una de ellas es la lectura directa de las ponencias para captar sus argumentos, convergencias, divergencias y disyuntivas. La otra está en que la discusión en torno y a través de las ponencias las ensambló en conjuntos temáticos de debate y conflicto imperceptibles en una lectura directa. Las notas que siguen intentan dar cuenta de este segundo nivel de interpretación. Se busca señalar el movimiento general de la discusión y la forma en que las ponencias adquirieron un lugar en esas tendencias. Por ello es que, en ocasiones, los trabajos tomaron un sentido tal vez no previsto por sus autores, especialmente en lo que respecta a ponencias presentadas en otras conferencias, cuyos autores estimaron conveniente someter a consideración en ésta.

Aunque hubo consenso casi total en cuanto a la existencia de una crisis en nuestro campo, no se la definió globalmente ni antes de la reunión ni durante. Se mostraron, sin embargo, áreas en que se percibe un estado de crisis. Si se tuviera que detectar un elemento vertebrador de todas ellas, habría que señalar la intensa preocupación de todo crítico social de la literatura por lograr que su práctica responda orgánicamente a las coyunturas históricas contemporáneas. Por otra parte, si se tiene en mente la dificultad misma de definir una coyuntura histórica, entendida como conjunción de fuerzas que en un momento específico anuncian grandes cambios socio-culturales, además del esfuerzo por deter-

minar el mayor número posible de sus variables, habrá que reconocer que lograr esa organicidad es, por sobre todo, un movimiento hacia ese objetivo más que una certeza de alcanzarlo. Corolario de esto es que una crítica literaria preocupada de su historicidad debe declararse en crisis periódica.

A nivel institucional se señaló que la crisis surge de los embates sufridos por las disciplinas humanistas con la fuerte contracción de las inversiones estatales acarreada por la crisis global del capitalismo en su etapa contemporánea. Al establecer prioridades para la asignación de recursos financieros, las autoridades universitarias privilegian a las ciencias aplicadas por su potencial de mantenimiento de la producción material y secundariamente a las ciencias sociales como instrumentos para la administración social. Las humanidades, por el contrario, sufren mermas radicales. En ello influye el entendimiento liberal de las humanidades como disciplinas que enriquecen la personalidad al ampliar el horizonte individual de comprensión moral, estética y científica de la realidad. Entendidas así, las humanidades toman un aspecto ornamental que las expone a sacrificios presupuestarios que las debilitan. Dentro de este cuadro general, una crítica literaria socio-histórica que se define como contribución al reconocimiento de agentes sociales de democratización cultural, queda sometida a fuertes tensiones. Esta crítica sólo puede estabilizarse en la medida en que las disciplinas humanísticas, en general, puedan crecer y fortalecerse. Su actitud inquisitiva frente a la orientación de la cultura burguesa tiene el potencial de otorgar a las humanidades una relevancia social que se les niega al concebírselas como ornamento de la personalidad. Pero es precisamente esa actitud enjuiciadora la que hace a la crítica literaria socio-histórica un elemento incongruente entre las artes liberales, lo cual, sin duda, limita su proliferación.

Es en esta dimensión institucional del debate en la que se puede insertar los trabajos de Ignacio Ferreras y René Jara. Ferreras cree posible separar nuestra disciplina de su enmarcamiento en la universidad burguesa: la crisis está en la segunda y no en la primera. Para superar nuestra confusión debemos comprender que nuestra contribución profesional a la comunidad académica está en los idiomas que son objeto de nuestro estudio. Ellos serán siempre indispensables en el quehacer universitario. El desafío para la supervivencia profesional que enfrentamos está, entonces, en conectar esas entidades lingüísticas en el mejor modo posible con las necesidades de otras áreas de producción de conocimiento. Una separación en cierta manera similar es propuesta por Jara. Para él no es la práctica crítica la que ha entrado en crisis, sino las cate-

gorías que se forjaron en torno a la literatura latinoamericana del "boom" de los años '60. Ellas restringieron la inclusión al canon consagrado de obras de igual o mayor importancia para la evolución literaria latinoamericana. Esta afirmación le permite negar vehementemente la existencia de una crisis de la crítica literaria latinoamericana actual. Proponerla es, para Jara, demostración de ignorancia y de dogmatismo puesto que, después de todo, allí en las bibliotecas están los textos hoy marginados que deberíamos conocer antes de declarar una crisis profesional. Se observará que esta es la voz disidente en la conferencia, puesto que es la única que niega toda relación entre literatura e historia.

Desde otra perspectiva, se discutió que nuestra disciplina es histórica mientras se abra al impacto de los sucesos que dinamizan a las culturas que nos competen. Con esta propuesta se desliza tácitamente una noción transnacionalista de la función del crítico literario. Según ella, éste tiene una relación real con su oficio, no importa dónde resida, en proporción directa con su capacidad para contribuir a la definición de las grandes temáticas emergentes de esas dinámicas culturales. Este tipo de argumento se encuentra en los trabajos de Mabel Moraña, Russell Hamilton y Hernán Vidal. Esta argumentación sirvió para referirse en términos de contraste a nuestras diferentes especializaciones. Se consideró que, como tendencia general, la crítica peninsularista no ha buscado anclarse en las coyunturas más cruciales de la historia española reciente. Por ejemplo, el término del régimen franquista y la apertura democrática no parecen haber servido como foco para el inicio de un replanteamiento fundamental de las categorías de estudio de la literatura contemporánea. Por lo demás, la producción literaria más reciente no ha tenido gran acogida en los programas de enseñanza. A ojos de muchos, todo ello da al peninsularismo estadounidense el aspecto de disciplina que se reproduce a sí misma en un aislamiento autoreferente. Se mencionó que el cuerpo de obras críticas acumuladas, por la excesiva gravitación que se le concede en los juicios del presente, tiende, además, a retardar la aparición de lecturas revisionistas del canon. Esto dio un sesgo de gran interés a los trabajos de María Eugenia Lacarra, Kathleen March-Luis Martul y Josep Sobré, puesto que no sólo se plantea en ellos el problema del discurso investigativo lingüístico-literario como interpelación de poder, sino que, además, ponen en el tapete la cuestión de las literaturas no-castellanas como asunto de importancia en la agenda profesional después del franquismo.

En contraste con el peninsularismo, la crítica socio-histórica latinoamericana en los últimos años ha mostrado una decidida

voluntad de asociar su práctica con esas coyunturas. Ello parece acelerar la necesidad de renovación teórico-metodológica, lo cual, en algunas de las formas como se la asume, abre a esta crítica a cargos de burda instrumentalización para fines meramente políticos. Tal tipo de reparo lleva a Hugo Achugar a negar que la crítica uruguaya en el exilio responda a un proyecto político-cultural colectivo, validándola más bien, y por sobre todo, como agencia productora de conocimiento literario científico.

Otro aspecto del historicismo que nos preocupa es la conciencia de que el canon de obras que vertebra nuestro campo es un espacio de lucha ideológica. De allí el esfuerzo permanente de quienes practican una crítica socio-histórica no sólo por proponer lecturas revisionistas del canon, sino por expandirlo. Los cuidados al respecto provienen de la posibilidad de que la hegemonía de categorías críticas exclusivamente esteticistas, intratextualistas y de ideologías no progresistas quizás haya relegado a la oscuridad textos que una aproximación socio-histórica podría realzar e integrar. En esta reunión el tema tuvo matices más finos. Mientras hubo críticos residentes en Estados Unidos que reiteraron esta preocupación en sus términos ya "clásicos", algunos críticos latinoamericanos se refirieron a la necesidad, en su medio, de proteger el canon consagrado contra tendencias oficialistas de carácter antidemocrático. Como índice de esto son considerables los trabajos de Bernardo Subercaseaux y Mabel Moraña sobre la crítica literaria en Chile y Uruguay bajo el autoritarismo, y los de John Beverley y Tom Lewis desde la óptica estadounidense. De paso, es de importancia observar que nos fue imposible conseguir un trabajo similar a los de Subercaseaux y Moraña sobre la situación argentina; quizás averiguar las causas de esta dificultad revele datos de importancia sobre la crítica argentina en la actualidad.

Al cerrar este esbozo general, es preciso consignar la tendencia más innovadora observada en la conferencia. Ella se decanta a partir de esfuerzos por responder a la problemática creada por la transnacionalización de la economía capitalista y su secuela de migraciones y exilios masivos. La tendencia que mencionamos busca explorar aspectos de la experiencia social previos y posteriores a su formalización en géneros y textos literarios o el consumo de ellos. Para ello se propone el estudio sistemático de la cotidianidad en las sociedades capitalistas como espacio generador de significaciones que ideológicamente constituyen a individuos y grupos en actores interpretativos de cultura y productores de ella. Con esto se hace imperativo el uso de técnicas y perspectivas de investigación que acercan a la crítica literaria a las ciencias

sociales, en especial la antropología. En los trabajos reunidos aquí, esta corriente se manifiesta de manera latente o patente. Como síntoma está en el estudio globalizador de la crítica literaria chicana hecho por Juan Epple. Es de interés señalar que Epple es chileno y que, por razones profesionales, recientemente ha debido incursionar en un tema como ese, generalmente alejado del horizonte de preocupaciones del crítico latinoamericano. Ya de sí éste es índice de la transnacionalización ocurrida en los últimos años de la problemática de las literaturas hispánicas y lusófonas. Penetrar en la literatura chicana desde una experiencia social anterior radicalmente diferente ha obligado a Epple a una aproximación basada en teoría de la cultura, en que la observación y la participación personal han jugado un papel importante. De modo ya más abierto, la tendencia referida se da en el trabajo de María Duarte sobre la producción literaria de la comunidad portuguesa en Estados Unidos, para llegar a su expresión más madura en el trabajo de Marc Zimmerman sobre la literatura latinoamericana en Estados Unidos, ahora como componente constitutivo de la cultura de este país. En verdad, sus planteamientos son un programa de investigación en que se describen múltiples áreas de actividad, lo cual hará de su aporte referencia obligada para investigadores en el futuro.

Siempre dentro del asunto de la antropologización de la crítica literaria, los trabajos de Hernán Vidal y Jean Franco reiteran la cuestión desde ángulos diferentes. En Vidal la necesidad de una antropología para-literaria nace de lo que él considera una crisis de los sistemas metafóricos vigentes en la experiencia intelectual chilena para literaturizar la ruptura histórica causada en Chile por el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Para Vidal esa crisis supone un desafío en que la crítica literaria debe cooperar con los creadores para la construcción de nuevos sistemas temáticos, metafóricos, motivos y técnicas comunicativas. Esa contribución sólo puede provenir de un estudio antropológico de la cotidianidad bajo el autoritarismo, puesto que de ella proviene la materia prima que la literatura transforma en experiencia humana universalizada. Jean Franco aboga por un estudio más abstracto de la cotidianidad por cuanto no se refiere a ninguna sociedad en particular. No obstante, su proposición debe ser examinada a la luz de la similitud de soluciones con que las estructuras de poder en los países capitalistas han encarado la crisis del sistema total. Demás está recordar la afinidad del gobierno de Ronald Reagan con las juntas militares latinoamericanas en su propósito de reestructurar el proceso de acumulación de capital restringiendo los servicios sociales prestados a las poblaciones

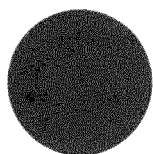
nacionales y expandiendo el aparato bélico-represivo. El trabajo de Franco sugiere tácitamente que la cotidianidad urbana de los países dependientes y las metrópolis tiene rasgos comunes que las explican mutuamente. Quizás esta inyección de alerta sobre la importancia de la cotidianidad sirva para aquilatar la ponencia de Vicente Urbistondo. En su trabajo hay nutrido uso de anécdotas personales para iluminar un problema de producción de un argumento crítico. Durante la conferencia se llamó la atención sobre la falta de estudios biográficos de críticos literarios como herramienta sociológica para iluminar nuestra profesión.

Por último, es preciso resaltar la proposición implícita en el trabajo de Rafael Catalá de renovar la dimensión ética esencial de la crítica literaria socio-histórica. Según Jean Franco, esta dimensión ha quedado sepultada en los últimos años. Habría que agregar que ésto ha ocurrido por la fascinación por reducir la crítica literaria a la descripción técnica de funcionamientos textuales, postergando su engarce en el complejo cultural para dar cuenta de su significación social. Esta actitud ha sido reforzada por la ética neoliberal que se ha intentado promover en Latinoamérica a la par con las nuevas modalidades de acumulación de capital. Esa ética intenta reducir la experiencia social al individualismo y a la cotidianidad más exacerbadas, de manera que el cuadro comprensivo del sentido del desarrollo social es escamoteado. El hecho fundamental que debe ser captado al respecto es que se ha retornado a un modelo de "crecimiento económico hacia afuera" en que las economías nacionales asumen el rol de complemento del mercado capitalista internacional. Por ello las poblaciones nacionales ya no son concebidas como consumidoras de su propia producción material. Por tanto, la ética de corte colectivista predominante en el período de industrialización sustitutiva de la importación ha perdido funcionalidad. Puesto que en ese período la población nacional debía ser forzosamente la consumidora de su propia producción, el Estado debía hacer de agencia convocadora para la definición comunitaria de las inversiones para el desarrollo social. No así en este período de "crecimiento hacia afuera", en que el Estado promueve agudísimas polarizaciones de ingreso en beneficio de minorías. La transferencia de riqueza social hacia ellas queda consolidada con la desinversión estatal en servicios de asistencia pública para abaratar el costo de la mano de obra y atraer capital extranjero. La sociedad queda convertida en un espacio darwinizado en que el desvalido ya no encuentra refugio, a la vez que el Estado promueve un individualismo despreocupado, crasamente competitivo. Contra este trasfondo, el trabajo de Catalá nos recuerda la larga historia de sincretismos ideológicos

en que los países latinoamericanos han encontrado herramientas para intentar la definición de su autonomía de decisiones culturales. La fusión de marxismo y cristianismo efectuada por la Teología de la Liberación es el episodio más reciente y trascendental. Ella renueva el compromiso ético colectivista con que los liberales decimonónicos fundaran la crítica literaria americanista. Pensemos en Esteban Echeverría y José Victorino Lastarria.

Los trabajos siguientes han sido agrupados en dos bloques, de acuerdo con el formato de las discusiones: Literaturas Ibéricas; Literatura Latinoamericana y Luso-Africana. Hay dos tipos de trabajos: la mayoría fueron presentados previamente como base para la discusión; algunos fueron escritos posteriormente, como reacción al debate. Estos últimos han quedado reunidos al final de cada bloque. Luego de su lectura se habrá de convenir que la crítica literaria socio-histórica de las literaturas hispánicas y lusófonas demuestra una amplia gama de recursos e intereses que aseguran su relevancia y vitalidad.

Literaturas Ibéricas



Can Hispanism Be a Radical Practice?

John Beverley
University of Pittsburgh

This seems to be the question which, in one form or another, underlies this conference. That we have to ask it at all shows an uncertainty about what we have accomplished in our collective work, which is different than an uncertainty about our theory and methods. There was a time not long ago in the American academy when merely to bring Marxism and literary criticism into some kind of significant relationship could be regarded as an achievement. We have come a long way since then, only to arrive apparently at that state of mind where the very extent of our achievement produces melancholy instead of joy. This is no doubt an effect of living in a period of transition—melancholy was also characteristic of the Baroque intelligensia. Our work takes place on a frontier which separates lived oppression and alienation from images and experiences of liberation. We have to cross this frontier daily, hourly. In the name of wholeness and abundance, we perform with damaged lives and damaged intellectual goods; as in Brecht's poem, "We who wanted to prepare the ground for friendliness / Could not ourselves be friendly."

Periods of transition have never been great respecters of individual human lives, of the trajectory of a scholarly career, of mid-life crises, of the experience of subjective authenticity. Yet they are at the same time products of human life-activity, not something outside of it. Never have the possibilities for a radical transformation of human life been greater; never has our sense of the inadequacy of our work and our selves been greater. We cannot only foresee the end of imperialism, we have concrete examples of it in countries which are the province of Hispanism: Cuba, Mozambique, Angola, Guinea-Bissau, Nicaragua, El Salvador... But we also know that the countries of what Rudolf Bahro has called "actually-existing socialism" have been deformed at birth

by imperialism, by simply having to survive its hostility. We know that it will take a long time to move along the links of the chain of liberation, that the outcome is uncertain, that we will not live to see that which we dream of, that there will be many stages, many advances and retreats. We know today, for example, that against all our efforts and hopes, the dictatorship in Chile remains intact. Lucien Goldmann expressed the paradox of our situation well when he observed that Racine's *Phedre* "represents the tragedy of the hope that humans can live in the world without concessions, hopes or compromises, and the tragedy of the recognition that this hope is doomed to disillusion."

It is not a question of abandoning what we are doing and becoming Lenins, Gramscis, Che Guevaras (or Stalins), or of resurrecting once again the chemically pure revolutionary vanguard. Even in the Third World, this type of heroism and the field of action available to it represents an earlier stage of combined and uneven development, a political instrumentality and role that was still open to what Gramsci called the traditional intelligensia in the process of national and class struggle. There is no one and no thing that can totalize any more the range and variety of forms of resistance and rebellion. Stalinism represents the terrible error of even trying to attempt this. It is obvious to us today that revolutionary change is the effect of a collective subject—"the people"—struggling on many fronts, and using heroes, geniuses, tyrants, parties, nations only as moments or agents of its becoming. In such a process, division of labor is inevitable and necessary; to argue against this would be a kind of idealist ultra-leftism. The slogan that we have accepted is that of a long march through the institutions. We are here because we are committed to working on that ideological *minifundio* which is constituted by the academic institution of Hispanism and its concrete instances: departments, committees, conferences, publications, journals, classrooms. For we should make no mistake about it: whatever our fantasies about or our concrete involvement in other levels of contestation, our major political work is our work as Hispanists. This is not to say that we cannot (and some will) leave this terrain and move to another, perhaps "higher" one (become a politician or a revolutionary militant like Roque Dalton, for example). But even if we ourselves had given in to what seemed a higher priority (or lost all respect and conviction for what we do in the academy), Hispanism would still be there, it would still be a place where a struggle over interpretation and training went on daily, a small-scale struggle, it is true, but one that has its place among the hundreds of others that are

challenging bourgeois hegemony.

Hispanism, nevertheless, does not seem a very promising site for radical practice. It is first of all something formed by the rise of the nation state and of homogenous national languages and cultures—effects of the primitive accumulation and early market stages of capitalist development, and as such forms of domination and alienation. Second, it is something we practice in the main within an institution—the school system—which is at the very heart of the technical-ideological expanded reproduction of capitalist domination. To the extent that there are such things as Spanish departments at all, it is because they have been more useful than not to the system (whose empire, after all, includes or included large portions of the Spanish-speaking world). That is a melancholy way of thinking about the space we have to operate in. Once I taught an extension course on Marxism at the state prison in Pittsburgh. I came into the prison with copies of the “classics” thinking I was doing something really dangerous and subversive. What I found was that the prison authorities (and to a lesser extent the prisoners themselves) couldn’t have cared less *what* I was teaching, as long as I kept attendance, kept the students occupied for a couple of hours, gave exams and grades. My presence and my course were simply technical elements in the maintenance and reproduction of the prison system. However well-founded our sense of the possibilities of struggle on the terrain of democratic institutionality may be, I think none of us escape feeling from time to time that we are political eunuchs.

Third, Hispanism has traditionally represented one of the most marginal and least prestigious fields in the American academy. It is only by virtue of Spain having been a great power that there are such things as Spanish departments and Hispanism at all. In the Euro-Yankee university, there is no national literature constituted as a field and/or department which is not the literature of an imperialist nation: thus we have departments of Spanish, German, French, etc., but speak of Latin American, Asian, and African *literatures*. In societies based on the systematic transformation of human beings into “productive labor” (i.e. productive of surplus value) and useful or desirable things into commodities, Hispanism is linked rather with an anachronistic era bypassed by capitalist development and with the degraded (in exchange value terms) area of “human services”. It is not by accident that it has been a field attractive and open to women. Male competitive individualism in the era of monopoly capitalism tended rather to seek the “commanding heights” of disciplines like History, English, Economics, Philosophy or the hard sciences

, where the powerful orthodoxies and methodologies of Cold War imperialist culture and science were being hammered out.

The positive side of the picture appears when we ask in relation to what social forces Hispanism functions. First, it has a relation (yét to be worked out, to be sure) with the growing Hispanic population in the United States. According to population projections, Hispanics will be by the end of the 80s the largest national minority in this country, surpassing blacks and totalling well over 20 million (there is a joke going around, not without a grain of truth, about Latin American emigration to the U.S. being a second Reconquista). For this population, Hispanism is potentially something other than a reified "field" carved out by 19th century academic positivism. It is obvious that Spanish, which used to play Cinderella to French, German, Russian, etc., is holding up better than them in the present retrenchment crisis in part because of this growing Hispanic population. The tendency of U.S. politics is to try to buy off what you cannot avoid confronting, and we in our little corner of the Latin *cosa nuestra* have benefitted from this (more under Carter than Reagan, it's true; but Reagan also has some interesting consequences for our work which I'll touch on later). What this demographic-cultural transformation of American society means for our work is not immediately clear, however. Do we do more of the same, in the knowledge that say Góngora and Neruda are going to be more profoundly meaningful to a young Chicano than to Anglo students; or do we need to radically transform what Spanish departments do to put them in closer touch with the U.S. Latin community, somewhat on the model of what happened with Black Studies in the 70s? I don't know; a bit of both, I suspect. At the very least, we need to pay more attention to the literary production of Hispanic communities in the U.S., especially since this production comes out of cultures of resistance that are not only "in the backyard" of imperialism but in its very house (it's estimated, for example, that there are some 500,000 Salvadorans in the U.S., most as illegals; i.e., close to 10% of the population of El Salvador.)

Second, Hispanism functions in relation to the overall development of Latin America, especially its potential to become a world power. This is undoubtedly a contradictory phenomenon, as things like sub-imperialism or the "wild capitalism" of the military-technocratic dictatorships illustrate. But what we try to show in our work is that the full development of Latin America's possibility is tied to a dynamic of national liberation which will have to take a socialist form in the long run. The paradoxical effect of Reaganism on Hispanism I alluded to above is that while it has

not done much to flatter the Latin voter and is busily engaged in cutting our budgetary supports, it has on the other hand prioritized immensely all things Hispanic with its new foreign policy initiatives in Latin America. The Reagan people take Latin America *seriously*; for them the Panama Canal is something other than a trading chip in global detente politics *a la* Kissinger. When a right-wing Latin Americanist like Jeanne Kirkpatrick is appointed UN Ambassador (and when the Secretary General of the UN is a relatively progressive Peruvian), when Nicaragua, El Salvador and the Malvinas are the most pressing foreign policy issues in the news, then our work as Hispanists has immensely important political referents and resonance. I could put this more strongly: as Hispanists, we are involved in a specially privileged way with an area which is at the moment—because of the crisis in Central America—the main “weak link” of imperialism. There is no reason to suppose that this situation will change much in the immediate future; indeed its roots can be traced back to the early 60s and to the impact throughout the Americas of the Cuban Revolution.

It was the Cuban Revolution and my identification with it which allowed me to resist in the 60s the attraction of the more prestigious fields of English and Philosophy and decide to become a Hispanist. Without Che and Fidel, there would have been one less Golden Age specialist and Góngora's *Soledades* would have remained buried in the formalist utopia of *poesía pura* the Generation of '27 consigned them to under the guise of a resurrection. It was the Cuban Revolution which gave rise to the big growth of Latin American studies in the U.S. academy of the 60s and early 70s. Beyond Cuba, the Latin American “boom” of the 60s (both in the economic sense—the very high growth rates of most Latin American economies—and in the culutral sense, “boom” narrative) had or is tending to have very profound structural effects on the field of Hispanism itself. Before the Cuban Revolution the paradigm for Spanish taught in American schools was Castilian; today it tends rather to be some sort of “composite average” Latin American (which, it is true, bears as little relation to actual *parole* as Americo-Castilian did). Latin American literature, which when I was an undergraduate was considered the bottom of the bottom of the foreign languages pile, now has exceptional prestige and influence, and as we know attracts the bulk of the new graduate students in Hispanic literatures. Peninsular Hispanism is still practically-speaking hegemonic in the U.S. departments (at Pitt, the Mellon Chair professor is traditionally a Golden Age specialist; we have been having great

debates about whether we could offer it to a Latin Americanist). But in the context of the still continuing process of decolonization of Latin America, Spain has to be considered simply another Hispanic country of importance, not the "mother culture" of which Latin American literature is simply the weak and dependent offspring. (Judging by modern Spanish literature, the opposite seems rather more the case.) Another consequence of the "boom" has been the diminution of the monopolization of Hispanism by Anglos and Spanish emigres, whether of the Republican or Opus Dei persuasions. From Ticknor on, American Hispanism (like British orientalism) has been dominated by male Anglos—peculiar Anglos, it is true, uneasy with their protestant and commercial republic, attracted like Lawrence of Arabia to the anachronistic and exotic: but for all that Anglos, Anglos in method and outlook, conscious or unconscious servants of empire. There are at least a couple of us here at this conference—including myself—who have reason to speak of this in our own persons; but it is significant that we are not the majority any more. Of the Spanish Republicans we got, on the whole it can be said (with some notable exceptions), the Liberals *a la Croce* and Ortega and not the Marxists and radicals (witness the influence Américo Castro exercised over American Hispanism in the 50s and 60s). With the rise of Latin America, with the significant Latin American emigration to the U.S., with the upward mobility of U.S. Latino men and women which brings some of them into higher education and academic Hispanism, the nature of the personnel in the field has begun to change; and this in the long run is all to the good. (Though this is not a one-way street: e.g. the massive entry of middle-class Cuban emigres into Hispanism in the 60s and early 70s which has produced perhaps the most reactionary bloc in the profession. Nevertheless, younger Cuban-American Hispanists have tended to follow the more progressive line of critical identification with the Cuban Revolution and anti-imperialist cultural struggle developed by the journal *Areito*.)¹

A final consequence, which I confess I haven't been attentive enough to in my own work, has been the new importance of Luso-Brazilian studies. The bottom line here, I think, is that anyone who considers himself a Hispanist has to learn Portuguese and at least the rudiments of Luso-Brazilian literature. And probably some time in the near future we will have to stop referring to ourselves as "Hispanists" and come up with some new signifier for the field. Portugal and Portuguese imperial culture are crucially important, as I learned working on Góngora (to get from

Herrera to Góngora, you have to go through Camoës; there isn't a direct "Hispanic" sequence). But the really pressing things today are, of course, the decolonization of Portuguese Africa and the cultural revolution this brings in its wake; and the contradictory emergence of Brazil as the hegemonic nation state in South America.

All of this goes to show (as if we needed to be reminded), that however barren and unimportant the field of Hispanism looks at first, it is connected in significant ways with some of the most important social forces in the United States and in the world today. All that is needed to understand this is to look at Hispanism from a Leninist perspective (which is different than and to my mind preferable to an "orthodox" Marxist-Leninist Hispanism). The system would be well-advised to try to buy us off, even if it means giving us greater resources and scope for our work. But we should not rule out by any means the possibility of direct repression. I think we have to be very attentive to the danger of a new McCarthyism and to our present vulnerability. I don't think this is going to happen in the near future; but in the convulsions of American late capitalism it is certainly imaginable. We have to be sure to build, maintain and extend alliances with many people (including conservatives) who are not exactly on our wave-length, especially, where they exist, with surrounding Latino communities. And this means, in turn, being sensitive to their problems, needs, and beliefs, because alliances can't be one-sided. We can't expect our liberal colleagues to defend us very strongly if our intellectual practice consists in constantly trashing them. Between the alternatives of a pure but sterile and suicidal leftism and co-optation is a third, which is the path of friendship, scholarly debate and exchange, sympathy: co-existence *in the process* of struggle and change. I think the example of Chile and the Nicaraguan and Salvadoran revolutions have something to tell us about why and how to pursue this third path.¹

The matter of alliances, who to make them with and on what basis, raises a fundamental question. Apart from the sort of conjunctural connection to movements of liberation I have sketched above, is there something in the Hispanic tradition itself which can be mobilized in the struggle against capitalist hegemony. In other words, how much do we work *with* the tradition, how much *against* it. We all have reason to feel some bad faith about the books, literary movements, scholarship, etc. we teach and write on. This is natural: we are all aware of the truth of Walter Benjamin's remark that every monument of civilization is at the same time a monument to barbarism. The object of this bad

faith is, in particular, the canon, that sedimentation of the tastes and prejudices of previous ruling class cultures. Hernán Vidal tells me that discontent with "working the canon" is one of the key areas of malaise that this conference is designed to address. The questions here are familiar: What are we doing by doing marxist/deconstructionist semiotic accounts of texts in the canon? Aren't we just serving to maintain its power, to continue to exclude the cultural alternatives it has marginalized? Isn't the canon the dead hand of the past weighing on the living (and on that which deserves to live in the past)? Shouldn't we redefine and retool ourselves as practitioners of a general cultural-political analysis (e.g. as in the idea of "discourse analysis") rather than continue as literary scholars and critics concerned with the rather narrow problem of the relation of literary texts to ideology and power?

Like everybody else here, I have felt the pressure of these questions in my own work and responded to them in a variety of ways. But I also think that giving up the canon, traditional scholarship and the traditional organization of the field into movements, periods, etc. is a mistake. Let me illustrate what I mean by referring to Roberto Fernández Retamar's essay "Against the Black Legend" which appeared in *Ideologies and Literature* #10 in 1979. This essay is really a masterpiece of literary dialectics, because Retamar works very hard and very skillfully to keep together, in peaceful co-existence so to speak, Spain and Latin America, traditional Hispanism and Latin American literary nationalism, Marxism and the best traditions of bourgeois humanism. At first I thought he worked entirely too hard. The achievement of the essay seemed to me *rhetorical* rather than critical. I still think that, but am no longer inclined to use "rhetorical" as a dismissive qualifier: rhetoric, you will recall, was for Aristotle the *means* of politics.

Towards the end of the essay, Retamar evokes a list of names of "the other Spain", the Spain that does not fit the caricature of the Black Legend, the Spain of Las Casas,

...of Vives and the Erasmists, of Servet, Huarte, Sánchez, Suarez, Feijoo, Cadalso, Jovellanos, Blanco White...Larra, Pi y Margall, Giner and the Krausistas, Costa, Iglesias, Cajal...the Spain of the *comuneros*, of the guerillas against Napoleon, of the Cortes de Cadiz, of Riego and the Institución Libre de Enseñanza...(of) Hispano-Arabic art, the *Poema del Cid*, Don Juan Manuel, the Archipreste, *La Celestina*, the *romancero* and the picaresque novel, Garcilaso, Fray Luis, Ercilla, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Góngora, Cervantes, Balbuena, Quevedo, Lope, Tirso, Ruiz de Alarcón, Calderón, Saavedra Fajardo, Gracián, El Greco, Velázquez, Moratín, Goya, Quintana, Espronceda, Becquer, Rosalía de Castro, Valera, Galdós,

Clarín, Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, Azorín, Antonio Machado, Juan Ramón, Miró, Picasso, Gómez de la Serna, Falla, León Felipe, Moreno Villa, Lorca, Alberti, Buñuel, Miguel Hernández...

What is this list? Very simply it is the canon of Peninsular Hispanism, or something very close to it. One's first reaction is to ask that if this is the "other Spain" what is it other to? One's second reaction is to note that there are some names here who in other circumstances would deserve to be shot rather than included in a list of illustrious forebears by an intellectual representative of the Cuban Revolution. Fray Luis? The feminists have something to tell us about his *Perfecta casada*. Balbuena? What did his "feo indio," dying in the mines and fields of Nueva España, have to say about *La gradeza mexicana*? The Cid? A feudal caudillo, whose myth was resurrected by Spanish Falangism. Quevedo: the Baroque version of William Buckley and *Brideshead Revisited*. My own Góngora? A talented aesthetifier of the structure of aristocratic dictatorship. And so on.

We can aggravate our distaste even further by reminding ourselves how Hispanism was constituted as a field of study in the first place: i.e. by asking what is the ideological archeology of the notion of the Hispanic? I'm not prepared to answer this in detail (say the kind of detail Edward Said has provided for orientalism). But some basic things are clear. Hispanism/the Hispanic are constituted positively by the Spanish anti-*philosophes* of the 18th century, and negatively by the Black Legend (i.e. by the vision of Spanish specificity produced by the scholars and ideologues of the merging bourgeois nation states, as Retamar shows in his article). Literary Hispanism, in particular, comes into being as a consequence of the 18th century debate over the *comedia* between the partisans of Luzán's neoclassicism—who argued that the *comedia* had to be junked or kept only in severely "modernized" form—and Catholic traditionalists like José Clavijo y Fajardo, "El Pensador," who defended the *comedia* as the unique expression of a Spanish-Catholic national genius. This amounts to a sort of literary feudal populism. This debate, via a rather complex route through Sturm und Drang, Hegel, the anti-Napoleonic guerrillas, anti-Jacobinism, etc., leads into Romanticism and in particular into the Schlegel brothers' concept of Romantic art (exemplified for them by the Spanish literary Baroque) and literary nationalism. From the Schlegels to the positivist structure of academic foreign language departments dedicated to anatomizing the peculiarities of national literatures is just a hop, skip and a jump which need not concern us here. Suffice it to say Hispanism/the Hispanic emerge onto the scene of the European

academy and intellectual life in the 19th century with a strong charge of reactionary connotations attached. In a word, Spain was romantic because it was not capitalist. It was a place where a bourgeois and republican Europe could explore the charm and terror of cultural infantilism (cf. Hegel's remarks on Latin America), or where a declining feudal power bloc could project an image of authenticity and redemption from the iron age of liberalism.

It is not surprising then, that Hispanism has been a field much mobilized by Catholic intelligensia, for if Spain has an asynchronic, dissonant relation to the history of capitalist civilization, so does the Catholic Church. But as the Cubans say, when the *gusano* returns to Cuba it becomes a *mariposa*. Hispanism's origins in the most reactionary backwaters of the European imagination—something that helps explain the low or marginal status it has had in the bourgeois academy—contain also the seeds of its radical potential today. As the case of liberation theology, or of the novels of García Márquez, suggest, the anachronistic can be mobilized in the service of revolution. One of my favorite Hispanists is a Scottish Catholic called L.J. Woodward; I think that for Woodward things started to go wrong with the world when Mary Queen of Scots was defeated by Elizabeth in the 16th century. I'm not entirely sure he's wrong about this either. You might say that Woodward is so reactionary that he comes out on the other side. Speaking of one of Góngora's mentors, the Catholic *arbitrista* Pedro de Valencia, Woodward observes that "he advocated the break-up of the large estates and their distribution among the peasants, the construction of an economy based on service and as far as possible free from the evils of money and credit... For Valencia, the rich are objects of contempt, the manual laborers, especially those who work the land, are properly the masters of society." I suspect that both Woodward and Valencia would be Sandinistas in Nicaragua, maybe even Góngora.²

It should be clearer now what Retamar had up his sleeve in that list. In their historical moment of origin, the *Cid*, etc. have a certain class belonging and function as literary texts. Part of our task as radical Hispanists is to show the nature of this, show the social determination of literature, how it is implicated in apparatuses of power, domination and alienation. But outside of that moment of origin—i.e. as part of a transhistorical canon—these texts function as ideological *signifiers* rather than signifieds. As such they are susceptible to being articulated ideologically by different class projects.

The sense of ideological signifiers and articulation I refer to here has been worked out by Ernesto Laclau in his *Politics and Ideology in Marxist Theory* (New Left Books, 1977). Laclau argues that the sum of ideological signifiers (or *interpellations*, to use the Althusserian term) present at a given moment of political struggle cannot simply be reduced down to (back to in time) some moment of essential class belonging, however much they may have been once the product of a given class project at a given historical conjuncture. Ideological elements—and these would include our much abused Hispanic canon—have no necessary class belonging in themselves:

The class character of an ideology is given by its *form* and not by its *content*. What does the form of an ideology consist of? The class character of an ideological discourse is revealed in what we could call its *specific articulating principle*. Let us take an example: nationalism. Is it a feudal, bourgeois or proletarian ideology? Considered in itself it has no class connotation. The latter only derives from its specific articulation with other ideological elements. A feudal class, for example, can link nationalism to the maintenance of a hierarchical-authoritarian system of a traditional type. A bourgeois class may link nationalism to the development of a centralised nation-state in fighting against feudal particularism, and at the same time appeal to national unity as a means of neutralising class conflicts. Finally, a communist movement can denounce the betrayal by capitalist classes of a nationalist cause and articulate nationalism and socialism in a single ideological discourse. One could say that we understand by nationalism something distinct in the three cases. This is true, but our aim is precisely to determine where this difference lies. Is it the case that nationalism refers to such diverse contents that it is not possible to find a common element of meaning in them all? Or to diverse ideological-articulatory domains? If the first solution were accepted, we would have to conclude that ideological struggle as such is impossible, since classes can only compete at the ideological level if there exists a common framework of meaning shared by all forces in struggle. It is precisely this background of shared meanings that enables antagonistic discourses to establish their difference. The political discourses of various classes, for example, will consist of antagonistic efforts of articulation in which each class presents itself as the authentic representative of 'the people', of 'the national interest,' etc. If, therefore, the second solution—which we consider to be the correct answer—is accepted, it is necessary to conclude that *classes exist at the ideological and political level in a process of articulation and not of reduction.* (pp. 160-61)

There is clearly a lot that could be said pro or con about Laclau's argument here. Let me just indicate a couple of things that I think are pretty self-evident. Up to now, most of the work we have undertaken under the rubric of "ideologies and literature" has been in what I would call a critical-scientific mode. This is fine; after all, we were simply taking up the challenge to show the

“social determination of literary form” that the dominant formalist school posed us.³ But we should also beware the dead hand of positivism, whether it comes in a Marxist or bourgeois form. The dissolution of the specificity of a phenomenon—in this case the phenomenon of literary texts—always signals an idealism. In combatting one idealism—formalism—we have come close to falling into another—reductionism. The specificity of any text in or out of the canon has at least two moments—one is the moment of immediate production, circulation and reception, which is the one we have concentrated on. The second, however, is the moment constituted by its existence in the canon which is quite different from its moment of origin. This moment involves the problem of how a given text is to be appropriated by ourselves, our students, our colleagues *today*, in late capitalist society, and the trickle-down effect of this appropriation on the whole gigantic apparatus of Spanish teaching and cultural production in the U.S. and elsewhere.

Another way of putting this is to say that in our work as Hispanists we have not only a critical-scientific function, but also an ideological one. Like all intellectuals, we are fundamentally *producers* of ideology, of *ideologemes*, not just consumers. Our raw material is at least in part the literary canon (I am *not* saying the canon is all there is, or that it can't be modified or expanded). So the question is not necessarily whether to junk the canon, but rather how to *articulate* it and auxiliary materials to produce an anti-capitalist interpellation. This means connecting our work not only with *knowledge*—in the Althusserian sense—but also with desire, “desiring machines” to use the currently fashionable term. I gave a seminar once on the Historical Novel in Spain and Latin America. My students were all interested in Marxism and my approach was rigorously Marxist in the critical-scientific sense. But after laboring very hard to show the ideology implicit in each of the texts I had chosen and its relation to class power in specific socio-historical conjunctures, I was confronted by my students with a criticism: I had not really transmitted to them the secret of how these texts worked as literature, i.e. as something interpellating them ideologically in their present.

What I missed was something which in a post-political way Barthes called “le plaisir du texte.” New Criticism (as opposed to technocratic formalism) and contemporary revisions of it like Yale deconstruction are very good at conveying this experience of literary *jouissance*. I don't think we are in a position to challenge them directly; rather we should for the time being learn from them. They still exercise hegemony over the *imaginings* of literature

students, because they give them something we don't. We could say that what, for example, Yale deconstruction does is articulate together a certain ideology of the text, textuality and reading with at worst reactionary obscurantism (recall that the founding fathers of American New Criticism were T.S. Eliot, Pound, T.E. Hulme, and the Southern Agrarians—all somewhat to the right of William Buckley on the U.S. political spectrum), at best varieties of post-Nietzschean liberal skepticism (cf. the case of Borges as a culture-hero for the literary academy, which Gene Bell Villada and Jean Franco have addressed in recent articles). In this sense, deconstruction mobilizes the experience of literature in a rather novel and sophisticated way—which takes into account the crises of understanding and sensibility of late capitalism—into the service of bourgeois cultural hegemony. It has become a formidable adversary; but we are not going to make it go away simply by hurling insults at it, any more than the German Communist Party in the 30s could make Nazism go away by showing “scientifically” its collapse imminent and inevitable. We have to rather move onto the same terrain that it occupies. This is why I continued to be interested in Fred Jameson's criticism which uses the texts and concepts of bourgeois literature and literary criticism as a sort of raw material for constituting a proper Marxist discourse. Jameson has been attentive in particular to the question of producing in his criticism an ideological interpellation in which the text is made to prefigure, in its very historical determinations and “absences,” both the crisis of and the redemption from capitalist alienation. I mention in this respect also Stefan Morawski's important work on Marxist aesthetic theory with its attention to the dialectic of species self-creation vs. alienation involved in aesthetic production—something quite different than the “sociologism”—vulgar or not—that one usually associates with Marxist criticism. I think we need to develop in our work what has come to be known on the American left as a “two pronged strategy”: interpretation interpellation. Interpretation (critical-scientific)/Interpellation (critical-lyrical).

Let me conclude with a quote from Walter Benjamin, whose work is certainly one key reference point for constructing such a strategy. It brings us back to the problem of melancholy we began with. Benjamin wrote:

... our image of happiness is indissolubly bound up with the image of redemption ... Like every generation that preceded us, we have endowed with a *weak* messianic power.

What I have been trying to say in this essay is that it is with

remedying this weak messianic power both in ourselves and in the persons we effect that our work as Hispanists should be concerned.

Notes

1. "A broad popular movement constitutes a guarantee against the reaction of the enemy, even though it is not sufficient and must always be linked to sweeping transformations of the state. That is the dual lesson we can draw from Chile: the ending of the Allende experience was due not only to the lack of such changes but also to the fact that the intervention of the bourgeoisie (itself expressed in that lack) was made possible by the breakdown of alliances among the popular classes, particularly between the working class and the petty bourgeoisie. Even before the coup had taken place, this had broken the momentum of support for the Popular Unity government." Nicos Poulantzas, *State, Power, Socialism* (1979), p. 263
2. I touch here on the issue of the relation of religion to revolutionary praxis which R. Catala has raised here in his note on liberation theology in Latin America. As Rogue Dalton noted in his epigram "Revisionism":
 "Not always.
 Because in Macao, for example
 opium
 is the opium of the masses."
3. "Only if the social determination of forms could be shown conclusively could the question be raised whether social attitudes cannot become 'constitutive' and enter a work of art as effective parts of its artistic value." Wellek and Warren, *The Theory of Literature* (this was the bible of formalism in my day).

Caminos de la Sociología de la Literatura en España

Juan Ignacio Ferraras
Université de Paris, IV.

En la España verticalista que tiranizó el país durante cuarenta años, no era posible la aparición de ninguna Sociología de la Literatura, la implicación política de esta ciencia, implicación falsa o verdadera, hacía muy difícil no sólo su aparición sino incluso su cultivo. El tratamiento simplemente "social" de la Literatura era prácticamente ignorado, y esto explica, por ejemplo la novedad que supuso la aparición del libro de J. A. Maravall, *El mundo social de la Celestina* (1962), libro en el que por primera vez, se aplicaban ciertos conceptos digamos "sociales", a una obra literaria. Sin embargo este libro que pudo muy bien constituir una apertura, no tuvo exactamente seguidores. Recordemos también que la estructura universitaria no permitía ninguna sociología de la literatura, la Sociología, como ciencia, se estudiaba en la Facultad de Derecho, nunca en la de Filosofía y Letras.

No eran pues buenos tiempos para una posible Sociología de la Literatura, no sólo por falta de cultivadores oficiales de la misma, es decir, reconocidos, sino también por la falta de traducciones. Estas circunstancias, sin embargo, no hubieran sido tan graves si no se hubiera achacado siempre a esta ciencia, una polarización política que de ninguna manera podía soportar el regimen verticalista.

Sin Sociología pues, y me refiero ya a una posible Sociología de la Literatura, el mundo intelectual admitió, siempre hasta cierto punto, lo social, es decir, la posibilidad de admitir en los estudios literarios, ciertas mediaciones que venían de la sociedad, pero con todo, y según recuerdo, esta inclusión de lo social en la Literatura, o mejor en la Historia de la Literatura se dio antes en los Estados Unidos que en España. La *Historia de la Literatura Española*, de Emilio García López (New York, 1965) constituyó así una novedad, y eso que es fácil reconocer que en esta obra, lo

sociológico brilla por su ausencia, pero en cambio, y en esto consistía su novedad, admitía lo social.

Ni que decir tiene que hago abstracción aquí de artículos o de trabajos publicados en revistas, en los cuales, seguramente podríamos encontrar ya, en este final de la década del 60, algunos aspectos sociológicos de la literatura. Intento referirme no solamente a libros, sino a libros que pudieron significar una corriente.

En la década siguiente, la del 60 al 70, con el debilitamiento del régimen verticalista, esta actitud negativa tiende a cambiar, sin que ésto signifique que en la España neocapitalista del Opus Dei, el cambio económico trajera aparejado un cambio ideológico, pero con todo, las fronteras se abren y comienzan a entrar las novedades. Se traducen textos de Adorno, de Goldmann, de Lukács, etc.

Quizás este momento hubiera sido el apropiado o por lo menos el más propicio, para la aparición y sobre todo la creación de una Sociología de la Literatura; no fue así, y las razones hay que buscarlas sobre todo en lo político: la Sociología de la Literatura para muchos, fue juzgada como sociología marxista, ya que una buena parte, algunos, etc., de sus cultivadores profesaban el marxismo. De aquí también que existiera no solamente la repulsa del régimen que seguía informando toda la cultura patria, sino también la desconfianza de otros, que sin ser adictos al régimen, no estaban de acuerdo con los regímenes comunistas. Porque hora es de decirlo, la Sociología de la Literatura, en sus primeros momentos, fue en España una cuestión política. Recuerdo que en esta época, 1965 o 66, Goldmann fue triunfalmente recibido en la Universidad de Zaragoza, donde dio una conferencia de la que estoy seguro que muy pocos entendieron gran cosa, pero el problema no estaba en el entender sino en adherirse a un Goldmann al que la mayor parte de sus oyentes, consideraban un enemigo del régimen verticalista español.

La politización de cualquier manifestación cultural, como es bien sabido, enmascara el verdadero proceso cultural, y complica la tarea del crítico, sin que ésto quiera decir que una posición política, o una ideología, no sea capaz, por sí misma, de llevar adelante un proceso cultural, e incluso de hacerlo florecer.

Ocurre con la Sociología de la Literatura, que por su misma estructura de ciencia humana, facilita y mucho la intromisión de cualquier posición política o ideológica; recordemos que la Econometría del americano Moreno, puede muy bien ser juzgada como una ciencia capitalista puesto que parece estar al servicio de un modo de producción; recordemos también, que los coroneles

que derrocaron la monarquía parlamentaria en Grecia, se apresuraron a prohibir la enseñanza de la Sociología; recordemos por último, que la Sociología, un cierto marxismo sociológico, ha sido utilizado como arma política etc. y etc.

España no podía ser una excepción, pero desgraciadamente la politización de esta ciencia, que todavía no era una ciencia, no dio los resultados apetecidos o no se conformó como ciencia.

Tampoco encuentro en los años 70 ningún libro o historia de la literatura que intentara estudiar la literatura sociológicamente, Hay la excepción para este año de la *Historia de la novela del siglo XX*, de Rafael Bosch, pero obra publicada, una vez más, en los Estados Unidos; Bosch, cuya obra no llegó exactamente a España o no se estudió en las universidades españolas, mantiene una posición que se quiere lukacsiana con la que se puede estar o no de acuerdo, pero que representaba una novedad: se trataba de aplicar los criterios del realismo crítico o del realismo soviético, a la novela española, con la consiguiente exaltación de lo que se llamó novela social, producida algunos años antes (década de los cincuenta y sesenta).

¿Y en España? Para este mismo año setenta, sólo encuentro un libro que se quiere sociológico y que se publicó en Francia. Me refiero a mis *Tendencias de la novela española actual*, publicado en París y que si traigo a colación, no es por citarme sino por señalar la significativa circunstancia que fue prohibido en España, detenido en la frontera, incautado, etc. Lo mismo ocurrirá y en el mismo año con mi otro libro *Teoría y praxis de la novela*.

Diré cuanto antes, ya que trato de mí, que estos dos libros aunque se quieren goldmanianos, no creo que logren desarrollar nada importante en el campo de la Sociología de la Literatura, de la novela en el segundo caso, pero con todo eran un acercamiento a la Literatura a partir de bases sociológicas y constitutían también una cierta novedad.

En España apareció en 1972 *Literatura y cultura de masas* de Jose María Díez Borque, libro nada sociológico en verdad, pero que conviene citar porque representa una nueva desviación o un nuevo tratamiento de lo que se quería entender por Sociología; si la sociología en un primer momento, era simplemente una posición política, con todas sus implicaciones de partido y de lucha políticas, la sociología va a ser considerada ahora como un estudio del público lector, como un estudio también de las áreas del lectorado, de la interpretación de la obra literaria, etc.

De las dos maneras, como vamos viendo, la Sociología de la Literatura de desvía de su propio camino, pierde su objeto.

Y a partir de este momento abundan las obras que se quieren

más o menos sociológicas, aparecen con títulos como *La estructura de la novela burguesa*, de Antonio Rodríguez Almodóvar (Madrid, 1976) o *Ideología y política en la novela española del siglo XIX* (1971) de Iris Zavala, etc. y etc. Algunas editoriales de Madrid y de Barcelona lanzan al mercado libros o estudios en los que lo social, una vez más, solamente lo social, hace el oficio de Sociología de la Literatura.

Y por fin, haciendo abstracción de otros libros menos importantes, aparecen en 1979, los tres tomos de la *Historia social de la literatura española*, de Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas y Zavala. La obra fue recibida con terrible escándalo por unos, con desafortunadas muestras de admiración por otros. Ya di cuenta en un artículo de *El País* (15 de julio, 79) de lo que yo pensaba de esta obra; sólo repetiré aquí que, siempre para mí, fue una gran desilusión, que una vez más la gran Sociología de la Literatura había faltado a la cita; la obra que comento es sin embargo, el mayor intento, ya el más coherente de tratar sociológicamente nuestra literatura nacional.

¿Qué ha ocurrido entonces? ¿Cómo todos los intentos sociológicos, han fracasado?

Creo que la Sociología de la Literatura carece aún, y no solamente en España, de una base teórica adecuada; y lo que es peor, esta carencia ha sido sustituida casi siempre por una posición política o de partido, que de ninguna manera puede satisfacer al crítico un poco exigente. Todos los intentos españoles, o los más significativos, han fracasado por sus faltas teóricas, como habían fracasado, en un primer momento, por las circunstancias políticas del momento. Diré también que los españoles que crecimos bajo la dictadura, nos acostumbramos también a un cómodo "estar en contra", que a la hora de explicitarlo, a la hora de la recién conquistada democracia, hemos sido incapaces de hacerlo; quizás esta pobreza teórica, siempre presente, es el precio que tuvimos que pagar por el verticalismo.

La Sociología de la Literatura, a pesar de la llamada escuela de Frankfurt, ha sido sobre todo, cultivada por teóricos marxistas, pero este cultivo, que también era una posición política, corría un riesgo: al estar unido tan inextricablemente con una posición de partido político, el triunfo o el fracaso final del partido o de la ideología política, acarrea casi automáticamente el triunfo o el fracaso de nuestra ciencia. Hoy día, sobre todo en Europa (me refiero a la Europa democrática, libre, capitalista, decadente o como se la quiera denominar), la ruina de las teorías marxistas es un hecho admitido generalmente, aunque una vez más, no se está hablando de la misma cosa: lo que se considera fracasado es el

régimen leninista, el soviético; por lo tanto, todos los libros o teorías que se apoyaban en el, digamos, leninismo, han fracasado también. En América la situación es diferente; aquí no ha llegado esa concepción antimarxista europea, por un lado, y por otro, la lucha abierta entre el capitalismo imperialista y ciertos pueblos del continente americano no se ha cerrado aún. (Queda también el caso de Cuba que ha de constituir un ejemplo vivo, para los pueblos que quieren liberarse de ciertos regímenes verticalistas o fascistas). La realidad política vivida por el europeo (fracaso de las rebeliones en Hungría, Checoslovaquia y últimamente en Polonia) no tiene nada que ver con la realidad política del americano liberal o radical. Por eso, al nivel de la Sociología de la Literatura, ciertos teóricos marxistas tienen aún, aquí, eco, éxito. En Europa y en España, para volver al campo de nuestras reflexiones, es ya un poco tarde; y más tarde aún para España que como sabemos, llegó tarde a la Sociología de la Literatura, o llegó tan políticamente, me refiero a la *Historia social...*, de Blanco, Puértolas y Zavala, citada, que su impacto sólo pudo ser captado políticamente.

Ni por asomo, trato de deducir de lo que queda escrito, que la causa de una decadencia y casi de una desaparición, hay que achacársela a una cierta posición política, puesto que hay que reconocer que sin esta posición política, la Sociología de la Literatura quizás no hubiera ni siquiera aparecido; el problema es terriblemente importante, porque nos enfrentamos con la imposibilidad o la posibilidad de una cierta independencia de nuestra disciplina en relación a una posición política, a un partido político. Que una posición política suscite una ciencia es una cosa, pero el que esta ciencia quede automáticamente ligada al partido político o a la posición política que la suscitó, es otra; y muy distinta. Para el partido se impone siempre la ortodoxia o heterodoxia de la ciencia creada (recordaré aquí, con cierta ironía, el calificativo que mereció Goldmann a ciertos comunistas de la Alemania socialista, calificativo que fue inmediatamente recogido por cierta revista cubana: Goldmann, el representante del confucionismo burgués). El partido o cierta posición política, pide la exclusiva de una producción teórica y a partir de este momento, el cultivo de la ciencia en cuestión, se convierte en algo problemático y desde luego acrítico. Estamos, como dije antes, ante la situación de una ciencia que al quedar ligada a un partido o a un régimen político, ha de correr la misma suerte o el mismo destino que el partido o el régimen político.

Las soluciones ante esta situación (y la situación, no hay por qué repetirlo, es muy precaria, al menos en Europa) no son fáciles; hay

que rechazar la primera tentación, que consistiría en despolitizar la ciencia de una manera absoluta; no hay ninguna posibilidad de despolitización, aunque sí debe de haber alguna manera, de desligar nuestra ciencia de ciertas posiciones estrechamente partidistas.

Por otro lado, creo que una vez más, la falta de una base teórica adecuada para la Sociología de la Literatura, impide a esta ciencia, afirmarse como tal, afirmarse con cierta independencia.

Hasta ahora, la Sociología de la Literatura, a mi parecer, ha clarificado las mediaciones genéticas de la obra literaria, y ha explicitado también, la función social de las obras literarias, pero ha dejado intacta, más o menos, la estructura interna de la obra literaria, su funcionamiento interno, etc. Existe pues, como un complejo de inferioridad por parte de los sociólogos de la Literatura; ante los problemas estructurales en su funcionamiento, nos hemos contentado de una manera general, con la génesis, con las mediaciones genéticas, y con la función social a la que me refería más arriba.

¿Significaría una solución, o una esperanza para nuestra ciencia, el enfrentarse de una manera clara con la estructura de la obra? Creo que sí, porque al mismo tiempo, esta perspectiva nos obligaría a repasar nuestros supuestos teóricos y a edificar por fin, esa teoría que nos falta de una manera definitiva.

Consecuencias Ideológicas de Algunas de las Teorías en Torno a la Épica Peninsular

María Eugenia Lacarra
University of Southern California

En 1874, con la publicación de la obra de Milá y Fontanals, *De la poesía heroico-popular castellana*, se inician en España los estudios sobre la epopeya. Con anterioridad a esa fecha se negaba que hubiera habido en la Península una épica propia. Esta situación cambia radicalmente en 1896 con la aparición de *La leyenda de los infantes de Lara* de Ramón Menéndez Pidal, quien a partir de aquí formulará su teoría de los orígenes germánicos de la épica castellana para la que supone una continuidad de producción épica desde los visigodos hasta la decadencia de género en los siglos XIV y XV. La importancia de ésta y otras teorías sobre la épica, formuladas esencialmente por Menéndez Pidal y aceptadas casi unánimemente por la crítica por casi sesenta años, ha influido detrimentalmente no sólo en la crítica literaria pertinente a la poesía épica peninsular, sino en la evaluación global de la literatura castellana (me refiero aquí a la aceptada teoría del realismo de la literatura castellana), e incluso en la visión histórica de la Edad Media española. La importancia de la deformación de la literatura y del momento histórico en que se originó ha tenido a su vez consecuencias graves. Ha dado lugar tanto a la mitificación de la historia española medieval como a la formulación ideológica de la dictadura de Franco que las ha aprovechado para justificar un sistema político represivo en nombre de una continuidad de destino histórico.

Paradójicamente, se puede afirmar que Ramón Menéndez Pidal fue víctima del gran éxito y acogida de sus propias teorías y del momento histórico en que las desarrolló. Es para nosotros un ejemplo claro de que nadie puede escapar a la historia, ni la literatura ni los hombres o mujeres que la interpretan. Me refiero al hecho de que pese a su gran contribución al avance del estudio literario, precisamente por darse cuenta de la influencia que la his-

toria política, económica y social ejerce sobre la producción literaria, no pudo él mismo librarse de ciertas de sus ideas preconcebidas, fruto a su vez de su educación, ni consiguió zafarse del uso a que las sometió la máquina ideológica del Estado. Sería pues necesario, además de prorecho, estudiar el desarrollo intelectual de Menéndez Pidal en su contexto histórico y tratar de explicar las bases históricas concretas que llevaron a los intelectuales, tanto nacionales como extranjeros, a aceptar y armonizar los elementos contradictorios entre su teoría básica de la importancia de la historia en la literatura y sus conclusiones concretas de la relación entre ambas. Deseo aquí dejar sentado que pese a la discrepancia de interpretación y conclusiones que me separan de Menéndez Pidal, me une (y creo que no solamente a mí, sino a toda una generación de aparentes antipidalistas), un punto de partida metodológico común, el intento de estudiar las obras literarias como productos culturales de los seres y la sociedad que los produjeron.

El objeto de esta presentación es cuestionar cinco de las teorías sobre la épica en España y delinear algunas de las consecuencias ideológicas que de ellas se pueden derivar.

I. *La castellanidad de la épica peninsular.*

Si en este análisis nos limitáramos a los poemas épicos que como tales han llegado hasta nosotros, el *Poema de Mio Cid* (PMC), el *Fragmento de Roncesvalles* (FR), el *Mocedades de Rodrigo* (MR), y el *Poema de Fernán González* (PFG) —me permito incluir este último, aunque evidentemente es una obra del *mester de clerecía*—, nos encontraríamos con una mayoría de epopeya castellana evidente, pero no con una totalidad.¹ Si tomamos todo el corpus de los poemas épicos hipotéticos, advertimos una situación similar. Según Ramón Menéndez Pidal en sus *Reliquias de la poesía épica española*, habrían existido los siguientes poemas además de los ya mencionados: el *Cantar de los siete infantes de Salas*, el *Bernardo del Carpio*, el *Rey don Sancho*, el *Romanz del infante García*, la *Condesa traidora*, la *Reina calumniada*, la *Muerte de Fernando Magno*, el *Abad de Montemayor*, la *Mora Zaida*, la *Peregrinación del rey Luis*, y la *Abdicación de Alfonso Magno*. A estos añade con más vacilación el *Covadonga*, el de los *Condes de Castilla rebeldes* y el de los *Jueces de Castilla*.² De estos catorce posibles cantares, siete serían sin duda castellanos y el resto leoneses, con la posible excepción del *Abad de Montemayor* que podría ser de origen portugués.³ Hasta la fecha, salvo para el *Cantar de los siete infantes de Salas*, no se ha podido reconstruir la versificación en lengua romance de ninguna de estas "leyendas heroicas".⁴ La hipótesis de su existencia se basa en el argumento de que los cronistas que las incluyen en sus escritos han debido tomar fuentes poéticas, pues al incorporarlas se apartan de su estilo seco de relatar la historia y

animan de improviso su narración con elementos que difieren del resto de sus obras en estilo y contenido. De ésto no se puede, sin embargo, deducir que las fuentes que tomaron fueran por necesidad cantares épicos. De ser así, tendríamos que incluir una serie de hipotéticos poemas catalanes y alguno portugués que en la opinión de varios críticos fueron también prosificados en crónicas catalanas y portuguesas.⁵

No es mi intención entrar en el debate de determinar cuáles de las leyendas incluidas en las crónicas medievales podrían haber sido actuales poemas épicos. Tampoco creo que se pueda afirmar que únicamente aquellos poemas que nos han llegado en forma versificada hayan sido los únicos poemas épicos producidos en la Península Ibérica. Lo que sí se puede afirmar, teniendo en cuenta tanto los textos épicos existentes, como los hipotéticos, es que la epopeya en España no fue un género exclusivo castellano, sino que probablemente se produjo en los cinco reinos peninsulares.

II. *El antileonesismo de la epopeya castellana.*

Las consecuencias que se deducen de considerar la épica como género literario exclusivamente castellano, en la Península, son múltiples. Se afirma que la épica se originó exclusivamente en Castilla por ser este reino fundamentalmente distinto, en cuanto a su organización social y política, de los demás reinos peninsulares. Al parecer, esta realidad distintiva, atribuida a su vez a un carácter distintivo de sus habitantes, permitió la producción épica castellana, uno de cuyos objetivos o resultados inmediatos fue reafirmar el carácter diferenciador de Castilla frente a León. Consecuentemente, a un nivel primario, se supone a la épica inherentemente antileonesa. Trataría de hacer tangible lo que se ha llamado de manera abstracta, "el hecho diferencial".⁶ Lo problemático de esta argumentación es su circularidad. Castilla era diferente y por ello produjo poemas épicos, pero puesto que produjo poemas épicos fue diferente.

Los argumentos utilizados para demostrar el antileonesismo de la epopeya castellana se reducen básicamente a afirmar que dichas obras literarias reflejan las rivalidades históricas entre Castilla y León. Para ello, se han tomado en cuenta dos poemas: el *PMC* y el *PFG*. El primero se ha considerado antileonés por dos razones básicas. Se aduce que Alfonso VI fue un rey primordialmente leonés, enemigo de los intereses castellanos, y actuó contra el Rodrigo Díaz histórico, y contra el poético, movido tanto por una animadversión personal como política, esta última con designios de llevar a cabo la subordinación de Castilla a los intereses leoneses. Además se ha considerado que fue la nobleza cortesana, fundamentalmente leonesa, la enemiga del Cid. La realidad es muy distinta, tanto en la historia como en la poesía. Los diplomas de Alfonso VI muestran que tras hacerse rey de Castilla y León, a la muerte de su hermano

Sancho II, las principales discordias fueron provocadas por la poderosa nobleza gallega y por la jerarquía eclesiástica también gallega. Por esta causa, Alfonso nombró castellanos tanto a los puestos más importantes de su corte como a las sedes episcopales gallegas y leonesas.⁷ Por otra parte, la *Historia Roderici* considera castellanos a los acusadores de Rodrigo, a quienes llama "castellani inuidentes".⁸

Si pasamos ahora al *PMC*, veremos que en este en ningún momento se alude, ni siquiera implícitamente, a que el rey destierre al Cid por motivos de política anticastellana. Además, pese a la opinión crítica prevaleciente, de todos los nobles cortesanos que rodean a Rodrigo Díaz son únicamente los castellanos quienes le muestran enemistad. Primero, el enemigo capital será García Ordóñez y sus parientes. Después, en las cortes de Toledo, a este bando hostil al Cid se unirán los infantes de Carrión y sus familiares, los cuales también eran castellanos.⁹ Vemos aquí que pese a la ahistoricidad de la enemistad entre Rodrigo Díaz y la familia Beni-Gómez, historia y poesía coinciden en considerar castellanos a sus enemigos.

En cuanto al supuesto antileonesismo del *Cantar de Fernán González*, nada nos queda en el poema de clerecía, y muy poco en la versión de la *Crónica de 1344*.¹⁰ En el *PFG* los conflictos que en la realidad histórica tuvo el primer conde castellano con los varios reyes leoneses se minimizan, hasta hacerlos desaparecer. En cambio se personaliza y desvía el problema hacia la rivalidad entre Castilla y Navarra, con la invención de la muerte de Sancho de Navarra a manos del conde. De esta forma, el problema político se transforma en la venganza privada de la reina Teresa de León, hermana del rey navarro asesinado. La independencia misma de Castilla no se atribuye a disensiones de carácter político con León, sino a la casualidad, presentándose en dos pasos de carácter circunstancial. El primero, el nombramiento de los Jueces, se atribuye al anómalo vacío político provocado por el interregno que sigue a la muerte de Alfonso II. La ausencia de monarca obliga a los castellanos a nombrar dos Jueces que ejerzan provisionalmente las funciones gubernamentales. De ahí que la elección de los Jueces se presente como respuesta a la carencia de poder central y no como acción antagónica a León. El segundo, la ahistórica independencia de Castilla, se atribuye a la casualidad—la venta del caballo y del azor—, instigada por el mismo rey de León. Se puede así concluir que el *PFG* lejos de ser antileonés intenta minimizar el antagonismo histórico de ambos reinos, a la vez que paradójicamente adelanta de manera legendaria la fecha de la independencia política castellana.

En cuanto al resto de los poemas conservados, es evidente que el *Moçedades de Rodrigo* y el *Fragmento de Rocensvalles* se mantienen al margen de la problemática Castilla-León. Lo mismo ocurre con

los poemas hipotéticos. Todos ellos tratan de luchas y venganzas familiares entre castellanos, por lo que el tema antileonés ni siquiera se puede suscitar. La oportunidad de demostrar "el hecho diferencial", también se pierde en el *Cantar de Sancho II*, o del *Cerco de Zamora*, que tan bien hubiera podido propiciar la polémica. En ninguna de las hipotéticas versiones, que se iniciarían con su inclusión en la *Crónica Najerense*, se puede rastrear antileonesismo alguno.¹¹ En la relación legendaria de los hechos se evita toda alusión de culpabilidad de una de las partes, hasta el punto de dejarse inconcluso el juicio en la *PCG* al interrumpirse legalmente el "riepto".

III. *La "democracia" de la epopeya castellana.*

Otra consecuencia de considerar la exclusiva castellanidad de la epopeya peninsular es atribuirle "espíritu democrático".¹² Esta teoría esta íntimamente ligada a la anterior: el antileonesismo. La epopeya castellana sería "democrática" porque sus héroes reflejarían los intereses del "pueblo" castellano opuestos a los abusos tanto políticos como jurídicos de la monarquía leonesa. Por el mismo motivo sería antinobiliaria.¹³ También aquí se pretende un paralelismo entre historia y poesía. No creo que sea necesario exponer las razones que demuestran que Castilla no tenía un sistema político, ni jurídico, democrático. En cuanto a los poemas mismos, se ha querido hacer el caso utilizando como paradigma de la epopeya castellana el *PMC*. En este poema hay una indudable movilidad social, típica de la sociedad fronteriza, que permite a los peones que se unieron al Cid para la conquista de Valencia transformarse en caballeros villanos. Sin embargo, el gobierno del Cid en Valencia presentado en el *Poema* es tan autoritario y jerárquico como el del rey Alfonso en Castilla y la separación jurídica entre los tres estamentos tan inequívoca. Precisamente la división estamental será reiterada en la celebración de las Cortes de Toledo que sigue fielmente las disposiciones legales pertinentes al estamento nobiliario.¹⁴ En el resto de los poemas épicos castellanos, la situación es todavía menos propicia a tal argumentación.

IV. *El nacionalismo español de la epopeya castellana.*

Es contradictorio que muchos de los que proponen la exclusividad castellana de la épica peninsular, —basados en el carácter fundamentalmente diferente de la sociedad castellana respecto a la de los otros reinos—, simultáneamente le atribuyan un carácter nacional español. Menéndez Pidal explica larga y paradójicamente, cómo la épica castellana es de origen germánico y se da en Castilla por ser esta la región más germanizada de la península. En un acto de malabarismo opone el goticismo romanizado de León, al goticismo germánico castellano. Se nos dice que el pueblo castellano fue el más germanizado, pese a contar con

una población sustancial de origen cántabro y vascón nunca sometida a las tribus germánicas. Se nos dice que Castilla desde su inicio como entidad diferente, rechazó los supuestos ideológicos de la monarquía visigoda, conservando, no obstante, un goticismo ancestral previo a la romanización de los visigodos. Este rechazo se atribuye al carácter renovador castellano que se sublevaba contra la rémora del tradicionalismo leonés, y se refleja en la "exclusividad" de la producción épica en Castilla.¹⁵ No deja de ser paradójico que el conservar el goticismo previsigótico sea propuesto como innovador. De esta forma se nos cuenta que las luchas de los nobles castellanos por su independencia de León no estuvieron motivadas por la persecución de intereses particulares, sino por alcanzar un ideal jurídico nacional castellano. En apoyo de esta teoría se da crédito a la leyenda de los Jueces y a la quema del *Fuero Juzgo*, pese a que evidentemente en ambos casos los más afectados por tales medidas habrían sido los nobles y no el tan mentado y abstracto pueblo castellano.

Curiosamente, el antivisigotismo renovador castellano deja de ser viable, de hecho se convierte en un freno a sus ambiciones políticas, en el momento en que Castilla inicia el camino hacia la supremacía peninsular. Entonces, según Menéndez Pidal, los castellanos encabezados por el Cid toman el concepto imperial tradicional leonés y le dan nueva vida. Gracias a la adquisición de esta nueva concepción nacional unitaria e imperial, lo que hasta ese momento era meramente peculiar castellano se transforma en nacional español.¹⁶

Evidentemente la identificación entre Castilla y España no es exclusiva de Menéndez Pidal. Toda la famosa Generación del 98 comparte esta misma ideología. En el caso que nos concierne, es interesante que tal equiparación sea el resultado inesperado e incongruente de una inicial dicotomía e incluso polarización entre Castilla y el resto de los reinos peninsulares. El resultado, en cuanto a la epopeya, es que se convierte en nacional; el primer producto literario del imperio bajo la hegemonía castellana.

V. Objetividad histórica de la epopeya castellana.

Menéndez Pidal asignó a la epopeya castellana una función informativa histórica y un objetivo educativo. Para fundamentar la función histórica utiliza dos argumentos. Afirma que la épica castellana se inició cuando Castilla no contaba con una historiografía oficial escrita, por lo que los cantares épicos cumplirían la función de informar al pueblo sobre los acontecimientos más importantes poco tiempo después de que éstos tuvieran lugar.¹⁷ Esta circunstancia especial, produciría el supuesto verismo histórico, característico de la épica castellana. La confirmación de su historicidad se demostraría por la prosificación de los cantares en las crónicas. Menéndez Pidal tiene dificultad de

mantener sus propias conclusiones. Dice que muchas de las versiones que se prosificaron, incluyendo las recogidas en la *Crónica Najerense* estaban novelizadas en grado extremo.¹⁸ En efecto, ninguno de los cantares o leyendas conocidas, en ninguna de sus versiones, apoyan la tesis de la historicidad de la épica castellana. Todas ellas muestran la activa manipulación de la historia en lo que se puede comprobar por medio de la documentación ajena a los mismos textos literarios. Dada la innegable ficción de toda la épica, parece menos arriesgado afirmar que uno de sus objetivos, lejos de ser el de la información de los hechos, podría haber sido el de presentar la historia no como fue sino como ciertos grupos querían que fuera percibida. Por otra parte, su utilización historiográfica al ser incorporada a las crónicas no es índice de su historicidad, y sí puede serlo de su función ideológica. Evidentemente, esta contradicción persiste porque ni Menéndez Pidal ni sus seguidores han integrado a su trabajo el concepto de la ideología, presente en otros campos de la investigación literaria desde las obras de G. Lukacs.

En cuanto a la función educativa de la épica, Menéndez Pidal cita convincentemente a San Isidoro de Sevilla y el código de *Las Siete Partidas*. En ambos casos se expresa la conveniencia de que los jóvenes de la nobleza escuchen cantares de gesta como parte de su educación militar, para que así exhortados emulen los grandes hechos de sus antepasados. Este objetivo de la épica ha llevado a Rodríguez Puértolas a afirmar que este género literario era un instrumento de propaganda en manos de la clase dominante, conclusión con la que estoy completamente de acuerdo.¹⁹ Únicamente, creo necesario precisar que los poemas épicos, al presentar las luchas entre distintos bandos nobiliarios, presentan el triunfo de un partido sobre otro y por tanto imparten la ideología del partido vencedor en el poder. Evidentemente, este objetivo de propaganda partidista cuestiona fundamentalmente la teoría de la épica como género literario cuya función es la información de la historia del pasado, así como la de ser un género literario que representa los intereses de la colectividad nacional.

Conclusiones.

La ideología franquista ha utilizado estas teorías, especialmente la atribución de designios imperiales a una paradójica Castilla medieval democrática, la afirmación del carácter nacional del género literario que se le considera más representativo de su realidad histórica y la función informativa histórica desinteresada que se le atribuye. Esta última teoría supone una sociedad armónica donde los protagonistas de la historia—la nobleza—, los informadores de ella —el autor-legión—, y los consumidores —el pueblo—, comparten los mismos intereses.

El resultado de su utilización en el siglo XX ha sido, sin duda, la justificación de la legitimidad histórica de la democracia orgánica, que apoyada por los pilares de la familia, el gremio y el municipio, pretendía reinstaurar en España esa mítica democracia medieval, esa armonía social, donde se negaban la existencia de la luchas de clases y las diferencias nacionales como ideologías extranjeras. No es casual, el interés franquista por la Edad Media y por los héroes épicos medievales, especialmente el Cid, así como su centralismo castellano en nombre de la identidad entre Castilla y España. Índice de este interés es que poco después de iniciada la Guerra del 36, el primero de febrero de 1937, se funda en Burgos la revista: *Mío Cid. Hoja de Literatura y Arte bajo al Signo Imperial*. La intención manifiesta de la revista es clara:

"Nuestra primera aventura literaria, como las venideras, la iniciamos por consiguiente bajo la égida del Cid. El Cid, que es el que abre a España las puertas del Imperio, abre nuestros corazones a una exaltación de todas aquellas cualidades y virtudes que constituyen el alma de la Historia nacional. Como preceptiva literaria, como moral, como filosofía, como disciplina poética y militar, recogemos la gran lección de Hispanidad de Pero Abbat en los inmortales versos del poema. Con el mismo orgullo que su abanderado, nosotros llevaremos el estandarte del Cid por toda España, identificados con su causa, con su espíritu y con su ejemplo".²⁰

Sería incorrecto, sin embargo, atribuir únicamente al franquismo la ideología del democratismo castellano medieval. También parte de la izquierda comparte esa opinión, aunque sus objetivos sean diferentes. El camino hacia una democracia no autoritaria, si bien inconfesadamente centralista, se habría facilitado al demostrar que Castilla gozó de un "espíritu democrático", de una especie de democracia "avant la lettre". Por ello la izquierda intenta reivindicar para sí las obras maestras de la epopeya castellana, al considerarlas como potencialmente revolucionarias. En esta línea, una reciente historia de la literatura concluye que el objetivo del PMC es "una propaganda que ya no está, en modo alguno, al servicio del feudalismo en sentido estricto, [sino] de una propaganda dirigida contra el sistema y la clase dominante".²¹

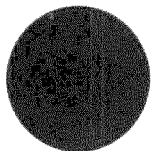
La utilización de teorías literarias como vehículos para avanzar intereses particulares actuales es problema fundamental con que se enfrenta el historiador de la cultura. Esto resulta cuando las obras del pasado, independientemente de sus objetivos iniciales, se manipulan para servir ideologías del presente. Por ello, nuestra responsabilidad como historiadores de la literatura es doble: analizar las obras en su contexto histórico-cultural concreto, y hacer una crítica de su utilización en la historia, es decir, de su recepción. Tal investigación nos permitirá acercarnos lo más posible al sentido único de cada obra cultural, independientemente de su posterior

tergiversación y manipulación, a la vez que subrayará su maleabilidad y aparente pluricidad que permite su utilización por ideologías de signo opuesto.

Notas

1. Ver J. Horrent, en "*Roncesvalles*". *Etude sur le fragment de cantar de gesta conservé à l'Archivo de Navarre (Pampelune)*, París, 1951, para los orígenes navarro-aragoneses del *Roncesvalles*.
2. H. Salvador Martínez, en "Tres leyendas heroicas de la *Najerense* y sus relaciones con la épica medieval", *Anuario de Letras*, IX (1971), 115-177, no duda de que estos tres temas hubieran sido epopeyas.
3. Aun cuando la epopeya peninsular se considera por antonomasia castellana, existen las contradicciones incluso en los más acérrimos defensores de la castellanidad de la épica. Por ejemplo, R. Menéndez Pidal, en sus *Reliquias de la poesía española*, Madrid, 1951, p. XXX, al referirse a la *Mora Zaida*, a la *Peregrinación de San Luis* y al *Bernardo del Carpio* dice lo siguiente: "Preciso es admitir que, aunque el centro más fecundo de la producción épica fuese Castilla, no dejó de haber en otras tierras españolas alguna actividad de los juglares dedicados a la poesía narrativa".
4. W. J. Entwistle, en "On the *Carmen de morte Sanctii regis*", *Bulletin Hispanique*, XXX (1928), 204-219, reconstruye varios hexámetros latinos en el texto de la *Najerense*.
5. Las tesis de la existencia de la epopeya catalana se inicia con el estudio de M. Montoliu, "La Canço de Gesta de Jaume I. Nova teoria sobre la crònica del Conqueridor", *Butlletí arqueològic tarraconense* (1922). Más tarde F. Soldevilla en "Catalunya ha tingut poesia èpico-popular?" *Revista de Catalunya*, III (1925), 240-250, y 346-358. La teoría suscita un vívido debate en el mismo volumen (pp. 496-502, y 592-600), y en los siguientes (V (1926) pp. 57-58, 184-185, 605-618, y VI (1926), pp. 39-50. En favor de la epopeya portuguesa escribe A. J. Saraiva, *A épica medieval portuguesa*, Lisboa, 1979.
6. Ver J. Rodríguez Puértolas, "Poema de Mio Cid: Nueva épica y nueva propaganda", en *Literatura, historia, alienación*, Madrid, 1976, pp. 21-43.
7. Ver M. E. Lacarra, *El "Poema de Mio Cid": realidad histórica e ideología*, Madrid, 1980, pp. 118-119 y 174-175.
8. Cito por la edición de R. Menéndez Pidal, incluida en *La España del Cid*, Madrid, 1929, p. 932. El texto completo dice: "Interea castellani sibi in omnibus nidentes, accusauerunt Rodericum apud regem".
9. *Ibid.*, pp. 144-155.
10. La famosa adición del enfrentamiento entre el rey leonés y el conde en el vado de Carrión ha sido atribuida con razón a una invención del siglo XIV, y reflejaría la situación histórica de ese momento de luchas entre la nobleza y la monarquía. Ver R. Menéndez Pidal, "Notas para el Romancero del conde Fernán González", en *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, Madrid, 1899, pp. 445-452; también J. B. Avalle-Arcé, "El Poema de Fernán González: clerecía y juglaría", en *Temas hispánicos medievales: literatura e historia*, Madrid, 1974, pp. 64-92. M. E. Lacarra, "El significado histórico del Poema de Fernán González", *Studi Hispanici*, IV (1979), 9-41.

11. Ver *Cronica Najerense*, ed. A. Ubieto Arteta, Valencia, 1966, pp. 109-114. De esta opinión es L. Chalou, *L'histoire et l'épopée castillane du Moyen Age*, París, 1976, p. 335.
12. Por ejemplo, T. Montgomery, "The Cid and the Count of Barcelona", *Hispanic Review*, XXX (1962), 7; también J. Rodríguez Puértolas, "Nueva épica...", art. cit., pp. 30-32.
13. De esta opinión son entre otros, J. Rodríguez Puértolas *ibid.*, pp. 29-32 y 37-38; J. de Oleza, "Análisis estructural del humorismo en el *Poema del Cid*", en *Homenaje a Rafael Benítez Claros, Lagarzas*, IV (1972), pp. 197-198; R. Navarrete, "La ideología del *Poema de Mio Cid*", *Hispania*, LV (1972), 234-240; A. Ubieto Arteta, "El *Cantar de Mio Cid* y algunos problemas históricos", en *Homenaje a Rafael Benítez Claros, Lagarzas*, IV (1972), pp. 141-142. Para una discusión más detallada ver M. E. Lacarra, *El "Poema de Mio Cid"...*, op. cit., pp. 114-117.
14. M. E. Lacarra, *ibid.*, pp. 69-77.
15. Pese a la opinión reiterada de Menéndez Pidal, tomada del artículo de E. de Hinojosa, "El Derecho en el *Poema del Cid*", en *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, Madrid, 1889, pp. 541-581, y a su aceptación por la crítica, por ejemplo J. Rodríguez Puértolas, "Nueva épica...", art. cit., pp. 24, 27-28, la influencia del derecho germánico en la épica es poco clara. Ver A. García Gallo, en *El carácter germánico de la épica y del derecho en la edad media española*, Madrid, 1955.
16. R. Menéndez Pidal, *La España del Cid*, op. cit., pp. 646-647; M. E. Lacarra, "El *Poema de Mio Cid*...", op. cit., *passim*.
17. R. Menéndez Pidal, *Reliquias*, op. cit., p. XXIII y XXXVIII. Lo paradójico de la posición de Menéndez Pidal es que pese a su afirmación de que "su vigor (de la épica) decae cuando la historiografía nace y se robustece" (p. XXIII), tanto su propia investigación como la de otros confirma que la épica floreció a partir del siglo XII, período sin duda también de auge historiográfico.
18. R. Menéndez Pidal, *Reliquias*, op. cit., pp. LX-LXI. La circularidad de sus teorías es evidente. La épica castellana era histórica y por ello se prosificaba en las crónicas. Sin embargo, el método aducido para probar que ciertas narraciones cronísticas son prosificaciones de epopeyas se basa en su carácter "fantástico" y "novelesco".
19. J. Rodríguez Puértolas, "Nueva épica...", art. cit., pp. 23-25. También en *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*, I, Madrid, 1978, pp. 51-57. No estoy de acuerdo, sin embargo, con la excepción que se hace en ambos del *PMC*.
20. Para un análisis más detallado del uso del Cid por el franquismo ver M. E. Lacarra, "La utilización del Cid de Menéndez Pidal en la ideología militar franquista.", *Ideologies & Literature*, III (1980), en prensa.
21. J. Rodríguez Puértolas, et al., *Historia social de la literatura española*, op. cit., p. 51, en donde modifica de forma significativa la frase que le sirvió de base a ésta, incluida en su artículo, "Nueva épica...", p. 38. En esa frase decía: "una propaganda que ya no está, en modo alguno, al servicio del feudalismo, de una propaganda rebelde contra el sistema y la clase dominante."



La Crítica Literaria en el Proceso de Autodeterminación de Galicia

Kathleen March

Ohio State University

Luis Martul Tobío

Universidad de Santiago (Galicia)

Para comprender los problemas en que se debate la cultura gallega hay que tener en cuenta los graves determinantes que pesan sobre ella desde el final de la guerra civil. Las etapas socioeconómicas que el Estado español atravesó fueron marcando las características y condición de las naciones históricas. El período que se extiende desde el año 1939 hasta el comienzo del desarrollo económico (1962) es el más arduo, la situación represiva va aliviando muy lentamente. Durante los primeros doce años, época de la autarquía, no se escribe ninguna página de ensayo o crítica en gallego. A consecuencia del hundimiento económico, del aislamiento en el que el régimen encierra al país, de la represión incansable y de la imposición de una burda ideología integrista, resulta imposible hacerse con la formación intelectual necesaria. Una generación vive en la indigencia cultural más absoluta, cortada de toda noticia exterior. En estas circunstancias la actividad crítica parece recibir de forma más drástica la represión reinante por su misma exigencia de mayor formación teórica, por su función enjuiciadora y participativa en los conflictos culturales. No obstante, es preciso dejar bien claro que la imagen de desolación que ofrece la instancia cultural no es válida para las continuadas acciones políticas clandestinas de los primeros años. Había una esperanza firme en que el franquismo no podría sostenerse.

En esta situación social tan amenazante el trabajo crítico se reanuda en el año 1951, pero el hecho significativo es que nace en contacto con un acontecimiento político decisivo: La derrota de las fuerzas guerrilleras que siguió al desmantelamiento de una embrionaria estructura, organizada en la inmediata posguerra. En

este contexto de reflujó político y de dictadura afianzada, un grupo de intelectuales realiza un balance de la fase histórica pasada, el cual va a reflejar la huella de esta hora de postración. Entroncándose con las soluciones y enfoques de la *Generación Nós* (1920-1936)—cuya línea dominante había girado hacia la práctica cultural después del doble fracaso electoral de 1918 y 1920—deciden iniciar una labor independiente que ya no tiene como referencia un proyecto político nacional gallego. Los organismos culturales del nuevo Estado se rigen por un criterio y una vigilancia estricta, en donde no es posible entrar o actuar bajo ningún lema de valor general que permitiera un campo de maniobra suficiente para generar un núcleo galleguista. En consecuencia este sector estará marginado de la Universidad, de la enseñanza, de las instituciones culturales o centros de reunión. Sin embargo, es probable que haya sido por la misma naturaleza del orden franquista con sus rasgos corporativistas, su atención al Estado antes que a la construcción de una sociedad de economía arquetípica, lo que lo hizo celoso de sus cuerpos pero menos de empresas particulares, dejando una posibilidad mínima en los aledaños de la vida oficial. Según estas consideraciones puede explicarse el planteamiento estratégico original, no el de crear una asociación plurifuncional o grupo definido en torno a una revista (lo que se comprobó rápidamente inviable) sino el de fundar una editorial: la editorial Galaxia, que daría nombre al conjunto de intelectuales. Bajo el aspecto de una empresa comercial se agolpaban intenciones de mucho mayor alcance: Por medio de ella se conseguía un *centro aglutinador*, se solucionaba, en principio, el problema de la necesaria *comunicación* con la población y se propiciaba la *autofinanciación*. Dos rasgos acompañan este proyecto, su marginación de los canales de contacto existentes con las capas medias y su apoliticismo culturalista.

La intención inicial del grupo consistía en la reedición de los clásicos de la literatura vernácula, el fomento y publicación de nuevas obras de creación y de ensayística, una biblioteca sobre las cuestiones fundamentales de la sociedad gallega, una política de traducciones y promoción de publicaciones periódicas. De este programa se cumplieron solamente los dos primeros puntos. Los temas y motivos elegidos por la dirección se vuelven europeístas y "atlánticos", suficientemente abstractos, ideológicamente anclados en un pensamiento idealista que ya había tenido notable influencia en Galicia en el pasado; son las obras de Jaspers, Heidegger y Spengler. En concreto, se seleccionan un conjunto de asuntos de naturaleza metafísica, grávidos de aspectos estetizantes: *A saudade*, *A paisaxe galega*, el humor, etc. formulados en un

discurso divagatorio y escasamente riguroso. Pero sobre todo la práctica totalidad de los escritores creen que, dadas las circunstancias, la defensa de la lengua y la presencia del país gallego son los objetivos principales.

Esta aportación inicial adquiere un valor testimonial en estos años, y de aquí emana su mayor mérito. Desafortunadamente, está contrarrestado por los efectos negativos: ser heredera de un pensamiento lastrado de interpretaciones metafísicas; desconocer el sistema de contradicciones al teorizar sobre la nación; la reducidísima difusión de sus textos por no reconocerse ningún sector social en su contenido. Precisamente está por dilucidar de forma definitiva la incidencia real de esta labor difusora en las primeras generaciones intelectuales de posguerra exclusivamente. Aunque hay testimonios encontrados el hecho irrefutable es que *Galaxia* no logró convertirse en el eje aglutinador; la mayoría de los escritores, profesores y estudiantes no se sentían solidarios de este programa. A lo que se añadía el hecho dominante de la tibia responsabilidad nacional, situación que no cambiaría hasta el período de recuperación, que da comienzo a mediados de los sesenta. El compromiso ideológico se localizaba por aquellas fechas sobre todo en el marco del Estado español. Por otra parte la nueva dinámica nacionalista se debió a las últimas posturas surgidas de la escisión de 1964 y el nacimiento del partido nacionalista UPG (Unión do Pobo Galego).

Otro de los rasgos del planteamiento general del círculo de *Galaxia* fue la idea de que la meta a alcanzar era otorgar dignidad a la lengua en el terreno artístico y disciplinario; hecho ya realizado en gran medida por la Generación Nós. En principio la selección de este problema revela una concepción unificada de la cultura guiada por un deseo de parangonarse a la estatal hegemónica. Pretendían elaborar unos productos de naturaleza homogénea al de la clase dominante. De este modo, se insertaban en la misma lógica. Lo cierto es que su estrategia literaria global se mueve entre una influencia del pasado y otra contemporánea. Esta última la constituyen los "pensadores" falangistas del momento y es fácil comprobar cómo los textos de algunos de los más conspicuos escritores gallegos simplemente siguen las pautas de aquéllos. No es una casualidad que Heidegger y una serie de filósofos alemanes aparecieran junto a Toynbee, Ortega y Gasset y un largo etcétera. Las amistades entre algunos de los miembros de ambos círculos son significativas de por sí. Este seguidismo cultural no crea escuela, no fomenta el necesario desarrollo formativo.

La influencia del pasado se plasma en su decisión de injertarse con la tradición cultural gallega. La supervivencia literaria se

concibe primordialmente como continuidad. En este sentido hay que considerar que se estaba bajo el prestigio de los intelectuales de la preguerra promotores de un gran auge literario y artístico. Además, otra razón para esta influencia se encuentra en que desde la emigración algunos de ellos seguían trabajando—e incluso publicando obras de decisiva importancia para el pensamiento gallego, como es el caso de *Sempre en Galiza* (1944), de A.R. Castelao, editada en Buenos Aires—o bien su labor queda interrumpida cuando era aún viva y densa.

Por todas estas causas se desemboca en la promoción de una producción literaria que vive de moldes del pasado y carente de investigación de la realidad concreta, de la cual se escoge con visión estrecha y repetitiva una parcela considerada fundamental: la sociedad rural y la naturaleza. Esto es por lo que se continuó escribiendo una narrativa de técnica poco renovada y de contenido restringido y simple, que, sin embargo, fue alabada por estos críticos que veían en cada obra un paso más hacia la mayoría de edad de la literatura gallega. De esta manera, se creía que el objetivo primordial era publicar, que a fuerza de escribir se llegaría a crear un corpus literario lo suficientemente importante como para salvar la cultura autóctona. Y, así, el hecho individual de unos recuerdos infantiles o del contacto con la naturaleza seguía sin ser superado, a lo cual habría que añadir la incapacidad para concebir compleja y contradictoriamente el mundo de ficción. Por todo ello se originó una literatura de la que estaban ausentes los grandes problemas de la sociedad, incluso ocasionó una cortedad en la longitud, siendo típico el libro de relatos o cuentos y más raramente novela propiamente dicha.

El planteamiento ideológico de una Galicia idéntica, armoniosa, entrañaba todo un trasfondo conceptual propio del proyecto subyacente. A la espera de las grandes obras que habrían de surgir los críticos se sintieron liberados de un seguimiento minucioso de la vida cultural-social. La endeblez de miras apuntada se quiso compensar, quizá, con la selección de temas y obras extranjeras sin ninguna relevancia orgánica, o bien sin posibilidades de ser aprovechadas, puesto que esta labor quedaba a merced del capricho individual, que lo mismo lucubraba sobre los temas filosóficos más desconectados y gratuitos como se centraba en áreas de pensamiento sin exigencia real. El diferencialismo, que movió buena parte de estas producciones—con reflejo en la lengua, lógicamente—se volvió criterio prioritario. De este modo, el concepto elitista de la crítica la obligó a cerrarse a una propagación popular.

En aquellas condiciones los intelectuales de la posguerra

tuvieron la posibilidad de desempeñar un rol de grandes consecuencias, de hallar soluciones innovadoras insinuando posibles campos de actuación, pero su rol de mantenedores de la literatura gallega se remitió a encauzar por los caminos trillados a las nuevas promociones. La poesía claramente sigue estos pasos en un buen número de poetas y, en la narrativa, la obra fantástica de A. Cunqueiro, por ejemplo, iniciada con *Merlín e familia* (1955), puede entroncarse con ese afán de enraizamiento con el pasado, con definir Galicia como una esencia cuyas claves se hallan en una realidad que no es la contemporánea, o al menos, se pretende que es una Galicia que pervive eternamente. Es decir, la desconexión impuesta por el régimen político no fue realmente superada ni tampoco se establecieron amplios lazos con los sectores más proclives a la problemática cultural como son las clases medias. Es preciso tener muy en cuenta la especial estructura de estas clases que sufren una colonización cultural intensa, que viven una difusión profunda debido a su origen cercano al mundo gallegohablante y al medio rural, en un país caracterizado por una economía dependiente y con una burguesía intermediaria del Estado central.

Hay algún otro hecho reseñable como es la existencia de un galleguismo conservador que emplea el español fundamentalmente y que presta un cauto apoyo. Está formado por un grupo de especialistas en distintas ramas de las ciencias humanas—etnografía, arqueología, historia—que se juntan en torno al Instituto Padre Sarmiento, transformación del originario Instituto de Estudios Gallegos, hoy en día bajo la tutela del CSIC, es decir, de los sectores integristas católicos. En algún caso puede pensarse que consideraban que sus esfuerzos podían salvar la realidad cultural vernácula, confianza basada en la idea de que no sería necesario plantearse el problema político e ideológico. La formación de unas disciplinas con entidad, que sin duda se precisan, ayudaría a resolver la postración presente. Presunción apoyada en que el criterio cuantitativo podría suplantar al cualitativo en la resolución del problema clave: La expansión de la cultura gallega.

En relación con lo anterior existe un punto conflictivo que debe ser apuntado, el de la crítica solidaria en español. Es decir, la que atrae la atención hacia los problemas y producciones gallegas desde el idioma rival. Es evidente que esta "ayuda" puede ser un arma de doble filo, pero en las condiciones de la larga posguerra y mientras los cauces de actividad fueron muy estrechos, pudo cumplir una labor de apoyo indirecto. El acceso a los medios de difusión resultó más fácil, los periódicos incluían artículos y

surgieron revistas como *Alborada* y *Posío* que admitían en alguna ocasión textos en lengua del país. En ellas y en otros libros de temas literarios, estudios monográficos y en una historia de la literatura gallega del año 1951, se retomaban las preocupaciones de la crítica nacional de la época.

Una última cuestión que tiene que ser valorada convenientemente es el papel de los exiliados y emigrantes en América Latina. Durante la década de los 40, esta labor tuvo gran importancia, puesto que no se centró sólo en la producción de literatura de creación sino que se fundaron revistas, se organizaron actividades culturales, se utilizaron centros de reunión, etc. Es corriente la idea de que en esos años buena parte de la responsabilidad de la salvación de la cultura gallega pasa por los exiliados y emigrantes. Está por investigar esa función y sus vicisitudes. Asimismo hay que descubrir el grado de conocimiento que pudieron tener esos trabajos en Galicia y los enfoques e ideas que portaban.

En resumen, la aportación de la crítica de la posguerra es muy parca. Su pensamiento artificioso y sus textos inflados no suponen un avance real para la necesitada cultura gallega. En el seno de aquella sociedad deprimida sus directrices serán inoperantes a corto plazo, pero es evidente que debido a la peculiar situación sociolingüística, la labor de difusión editorial significó la preservación de un principio fundamental, el de la lengua gallega.

Los primeros brotes de recuperación de espacios y actividades prohibidas se localizan hacia el año 1958, con la aparición de la editorial Brais Pinto dirigida por un sector de intelectuales que iban a tener parte importante en la renovación que se avecinaba. Será en la década 1960-70 cuando la recuperación es un hecho incontrovertible. A caballo de las dos décadas y en torno a las páginas literarias del periódico santiagués *La Noche*, se congrega un haz de críticos y escritores que, en gallego y castellano, constituyen la *Generación de La Noche*. Sus mentes más despiertas realizan una labor de amplitud cultural, abriéndose a problemas de la literatura y contribuyendo a una formación intelectual más consciente. Otro fenómeno destacable es la aparición hacia 1962 de las primeras *Agrupaciones Culturales*: O Facho, O Galo, etc. que seguirán aumentando en los años siguientes. Bajo la cobertura de actividades folklóricas van a actuar como centros de ideologización, de transmisión de conocimientos, como espacios de difusión cultural-política. En 1963 se celebra el primer *Día das Letras Galegas*, organizado por la Academia Gallega; primer acontecimiento situado dentro del mundo oficial, aunque tenga una función de captación es un signo de los tiempos

y un medio de ir ganando audiencia. En ese mismo año, al tiempo que es posible publicar la primera revista de crítica y cultura en gallego, *Grial*, que había sido prohibida diez años antes, nace la segunda editorial de importancia, *Edición de Castro*. En 1964, surge el primer partido nacionalista de tendencia marxista, el UPG, que concentra en el plano cultural la oposición a las tendencias culturalistas y no-nacionalistas. En 1965 se fundan el Partido Socialista Galego (PSG) y el Socialdemócrata Galego (PSDG). La Universidad, tradicionalmente apartada de la problemática gallega, antes y durante el franquismo, comienza tímidamente a tomar parte con la creación de la Cátedra de Lengua y Literatura Gallega, si bien es cierto que más por necesidad de los estudios especializados de romanística que como respuesta a una exigencia popular. Poco más tarde se pone en marcha el Instituto da Língua Galega, que acomete la tarea de la normativización, de la elaboración de diccionarios y del Mapa Lingüístico. El desentendimiento de la Universidad queda de manifiesto también en el hecho de que no será hasta el momento actual en que empieza a tomar en consideración una enseñanza rigurosa de los métodos de la crítica literaria. El simple comentario de textos prácticamente no existía en los programas de curso.

En el terreno de la producción literaria hay que reseñar la aparición de la *Nova Narrativa*, aproximadamente desde 1962 en adelante, que significa una renovación de la temática y técnicas, abandonado el ruralismo y buscando una puesta al día de la literatura gallega. A esto se añade la publicación de dos obras de enorme resonancia, una poética, *Longa noite de pedra* (1962), de C. Emilio Ferreiro, que dominará la poesía por unos años con su protesta social, y otra narrativa, también de enfoque social, *Memorias dun neno labrego* (1964), de X. Neira Vilas.

En el terreno estricto de la crítica estos vientos de cambio se hacen notar y así en 1966 se publica un artículo de título significativo, "Ensaio de bilingüística: galego e castelán fronte a fronte", de X. Alonso Montero que marca el origen de la gran importancia que el idioma va a tener en todos los niveles. A partir de este momento la cuestión lingüística se encauza por sendas de conocimiento riguroso que abren un nuevo campo, hasta ahora limitado a las formulaciones, interesantes para su tiempo, de los escritores de la *Generación Nós*. Los trabajos sociolingüísticos de catalanes como F. Vallverdú o R. Ninyoles son aplicados a Galicia, desencadenándose un debate, hasta hoy día, acerca de la diglosia y la conflictividad lingüística en general. Ya dentro de los años 70 tienen lugar las controversias sobre la salvación de la lengua, de su muerte a corto plazo o el de su revitalización

constante, plasmándose en libros como *O que compre saber da lingua galega* (1969) e *Informe dramático sobre la lengua gallega* (1973), de Alonso Montero y en oposición *Coflicto lingüístico e ideoloxía en Galicia* (1976), de Francisco Rodríguez. Polémica acompañada de numerosos artículos que se va a continuar en aquéllos que tratan la relación entre lengua y producción literaria, puesto que en el caso de Galicia la cuestión lingüística es un punto crucial de su creación literaria y crítica. Estos trabajos se preguntan lo que significa escribir en gallego o también alientan el análisis del hecho mismo de escribir en una lengua que vive entre ser nacional o no. En definitiva, ¿Cómo escribir en un código dividido? Otros críticos se interrogan que si el gallego en la literatura es ya una oposición a las estrategias oficiales ¿De qué modo afecta a la obra en el plano de la expresión, por ejemplo? ¿De qué manera el escritor y su actividad están marcados por la naturaleza de ese idioma y por el contexto sociolingüístico en que se inscribe: ¿Es admisible la opinión de los que consideran positivo el estado actual de la lengua como una circunstancia que permite mayor libertad expresiva al escritor?

Acompasadamente desde mediados de los 60 surge con fuerza un nuevo tipo de crítica centrada en su relación con la realidad social. El libro en español *Realismo y conciencia crítica en la literatura gallega* (1968), de Alonso Montero apunta claramente al aludido cambio de óptica de los análisis literarios, apoyándose en criterios socioeconómicos, en los nexos entre literatura y sociedad, la responsabilidad del escritor, entre ética y estética. Son los años del diálogo entre cristianos y marxistas, de la efervescencia universitaria. La crítica culturalista y divagadora pierde su lugar privilegiado.

Este giro comporta otro aspecto de interés: la reinterpretación de los autores clásicos gallegos que la nueva tendencia va contraponiendo a las visiones convencionales, tópicas e inocuas. Se descubren ejes claves en estos escritores (Rosalía de Castro o Curros Enríquez) de significación más trascendente y que esclarecen sus conflictos artísticos y vitales. La publicación de la monumental *Historia da Literatura Galega Contemporánea* (1975), de R. Carballo Calero, flanqueada por contribuciones posteriores, supone un paso decisivo en la formación de un corpus crítico. Al mismo tiempo se vienen a sumar los resultados más sobresalientes de la aplicación de las técnicas estructurales en títulos como *Estructuras narrativas na obra de Castelao* (1973), de B. Varela Jácome. Todo esto y la reciente aparición de libros dedicados a estudiar a figuras de la literatura de posguerra (X. Neira Vilas, Luis Seoane) por parte de investigadores extranjeros, editados en español (por editoriales de

Galicia), suscita un problema para el inmediato futuro: el del reto que va a suponer para la investigación gallega este suceso que se presenta con un doble carácter, a) las consecuencias del desenvolvimiento de una crítica realizada en español y que acentuaría el peligro de dependencia de los niveles intelectuales, sometiéndolos aún más a la cultura dominante; b) la promoción de esta literatura nacional que obligaría a una respuesta por parte de los especialistas gallegos. Por otra parte, un hecho reseñable es que los estudios realizados en lengua vernácula no acarrearán, por su pequeño volumen—y en ocasiones, escasa entidad—el problema de enfrentarse a un corpus ensayístico ya establecido y que, en principio, supondría inevitables conflictos. Por ello la literatura de esta nación histórica ofrece unas circunstancias idóneas, espacio sin grandes trabas, a la constitución de un cuerpo de ensayos moderno.

Ya entrados los 70 el proceso cultural se dinamiza considerablemente. El despunte de las representaciones teatrales con la celebración del festival de Ribadavia, enciende una amplia discusión respecto a qué debe ser el teatro en Galicia. Con el pasar de los años se consolidan compañías teatrales y se comienzan a publicar revistas como *Don Saturio* o *Cadernos da Escola Dramática*. Paralelamente salen a la calle las primeras publicaciones de actualidad exclusivamente en gallego; en sus páginas se acogen artículos literarios y de otros temas, acompañados de entrevistas a escritores, interpretaciones de la tesitura presente y del inmediato pasado, la cuestión del libro gallego, su comercialización y público. En los siete últimos años aumenta el número de revistas: *A Nosa Terra*, *Nordés*, *O Ensino*, *Coordenadas*. No hay que olvidar las editadas por los departamentos universitarios aunque no siempre muestren un compromiso suficiente con la realidad gallega. Pero esta fermentación posee otras manifestaciones: se reflexiona sobre distintos problemas políticos en el marco del conflicto Estado—nación y la remodelación de las contradicciones sociales; se argumenta respecto a la normalización de la lengua que junto con su normativización gramatical y ortográfica provoca vivas discusiones entre los que se ha dado en llamar lusistas, defensores de un acercamiento del gallego al portugués y del monolingüismo del primero en su propio país, y los aislacionistas o españolistas, que abogan por un distanciamiento del portugués y aceptan el bilingüismo en el seno de la comunidad galaica. De forma complementaria, se buscan otras soluciones como la de la creación de una literatura de kiosco con vistas a fomentar un público lector masivo, primordialmente juvenil o escasamente letrado, para

extender el uso del idioma y para proporcionar una preparación intelectual mediante la lectura en gallego de obras clásicas de la literatura mundial y arrebatarse este campo al español, por él tradicionalmente detentado. Por último, se llevan a cabo reuniones y coloquios acerca de la narrativa y la escritora gallega y la función de los críticos. El primer *Congreso de Escritores en Lingua Galega* celebrado en 1981 supone un gran paso adelante en la defensa de la práctica artística y en la posibilidad de constituir una estructura fundamental para la supervivencia de la cultura propia de la nacionalidad.

Es evidente que con la monarquía parlamentaria los procedimientos estatales han variado en su estrategia y forma. En la actualidad éstas se han diversificado y efectúan una ofensiva más deleterea contra las naciones históricas. El consenso y el legalismo han sustituido al decreto arbitrario; la argumentación ideológica está más perfeccionada y se sustenta en "teorías científicas" lingüísticas (bilingüismo) y pedagógicas para no escolarizar en la lengua vernácula; se ha captado al sector más conocido del viejo galleguismo al tiempo que se mantienen estructuras del viejo régimen; la implicación en la vigilancia a los directores de los órganos de mass media, de tal modo que resulta innecesaria una ley de censura y la promoción de escritores gallegos, principalmente, en diferentes medios y canales de información (Aulas de Cultura) que rechazan más o menos implícitamente las culturas nacionales.

El esquema general de la crítica en Galicia puede sintetizarse en tres tendencias básicas que se enumeran en relación a su aparición, cada una de ellas respalda un proyecto ideológico, lingüístico y literario propio.

La crítica culturalista-impresionista, aquí mencionada como la primera después de la guerra civil, se encuentra en una situación de impotencia teórica pero mantiene su presencia por la influencia en los medios de comunicación e incrustación en editoriales y periódicos. Heredera de un galleguismo conservador, su estrategia es destacar los motivos tradicionales o enjuiciar de una forma exclusivamente "artística" o según una "sensibilidad subjetiva", con el fin de aislar conceptos abstractos o arquetípicos. Su objetivo principal sería la constitución de una literatura-museo o espacio artístico idéntico y sin divisiones, de donde lo ideológico estaría expulsado. Lingüísticamente acepta el bilingüismo. Como dato significativo, algunos de sus miembros más conspicuos han sido designados representantes de la política de Madrid o forman parte del parlamento autonómico.

La corriente que privilegia el aspecto del contenido asume una

responsabilidad social de modo manifiesto, busca tomar parte en la lucha ideológica. Con frecuencia sus textos, al estar originados o motivados por el proceso social, nacen en virtud de un acontecimiento objetivo y no simplemente por efecto de una lógica exclusiva de la literatura. Potencia una revisión de los juicios hasta ahora admitidos y los enfoca en relación al contexto histórico-social. Pueden apuntarse dos tendencias, la primera cree que la cultura gallega está bajo una amenaza de desaparición inminente, la que le comunica tonos dramáticos. Su proyecto ideológico interpreta la realidad de Galicia como parte de la española e intenta lograr una ayuda decisiva desde ciertos sectores del resto del Estado español. Admite la autonomía y su posición ante la lengua supone la aceptación del bilingüismo como reconocimiento de la improbabilidad de imponer el monolingüismo del idioma gallego. La segunda tendencia rechaza la autonomía y aboga por la autodeterminación. Es la crítica más comprometida con los movimientos sociales progresistas y sus análisis se encuentran entre los más perspicaces y renovadores, desentrañando los conflictos de fondo inmersos en la obra literaria. Defiende la oficialidad completa del gallego como etapa previa a su monolingüismo.

La tercera corriente, la de más reciente aparición y de relevancia limitada todavía, es la estructuralista, practicada sobre todo en ámbitos académicos. En el instante actual su función está caracterizada por una toma de postura en la que la profesionalidad del especialista es muy influyente. Su proyecto es emplear de manera rigurosa sus métodos en la confianza de su valor teórico, para construir un corpus disciplinario maduro, profundo y científico. En líneas generales, respecto a la lengua es bilingüista y por su matizado apoliticismo viene a aceptar la autonomía. La asunción clave es que su trabajo sería decisivo para el desarrollo de una capa de intelectuales exigentes, de densa formación, como estructura motriz de la dinámica literaria.

Como se ha venido exponiendo, el País Gallego está sometido a una grave amenaza contra su identidad, por lo que resulta palmario que toda práctica crítica no puede pretender su marginalidad de esta cuestión crucial y de sus consecuencias en el terreno literario. El crítico precisamente va a adquirir su definición según sea su actitud de cara a este problema. Para él no es un secreto que con el fin de incidir en el debate ideológico de la sociedad, tiene que dilucidar cómo organizar la lucha antagónica en su dominio. El mismo tendrá que decidir su adscripción a un grupo que esté ligado a un proyecto político, unión que sería peculiar de cada etapa de la evolución social. En un principio

podría aceptarse la solución de un frente amplio pero en todo caso sólo de manera transitoria.

Este grupo no sería una simple sección de la organización política. Poseedora de su propia lógica, se apropiaría de forma original del conjunto del proceso social; sus miembros serían conscientes de los intereses específicos del conflicto ideológico en el terreno literario. Esta autonomía relativa obligaría a los integrantes (escritores-pensadores) a crear su propia práctica, definir una unión particular a las clases populares y a las capas intelectuales, investigando las corrientes que las recorren, vigilando sistemáticamente el proceso político.

La función del grupo sería la intervención en el campo literario, llevar la lucha antagónica al ámbito tranquilo del arte, con el fin de restituirle su capacidad movilizadora. En la actualidad el crítico tiene que valorar o evaluar los efectos negativos causados en los intelectuales por el consenso democrático presente, la vuelta a la contemplación mística del arte y la literatura, al esteticismo imperante. Por lo mismo, debe concebir un contacto directo con el sector de los intelectuales, agrupándolos en un núcleo dinámico, suscitando una corriente ideológica entre ellos en contra de las tesis dominantes. Por todo esto, el trabajo tendría que apoyarse imprescindiblemente en la realización constante de encuestas, extrayendo graduales conclusiones en cada coyuntura política. En resumen, el significado último del crítico pasa por su necesaria agrupación en torno a un polo sociopolítico.

The Rise of Modern Catalan

J. M. Sobré

Languages, like politicians, are born twice. The first birth would almost seem natural, it would seem to us a spontaneous creation, for it is lost forever in the penumbra preceding history and consciousness. The second birth may occur at any time during history. It is the birth in language of its political dimension. I am referring to the moment in which language begins to be associated with a certain political apparatus: with geographic boundaries, with documents, with officialdom, and also with notions of purity, of correctness, or regularity, of style, of elegance, of centrality. This second birth does not occur at the same time in all languages. It is a political rise which of course follows the winds of history. Catalan has had two such moments, one in the thirteenth century and a more recent one. My purpose here is to comment on the circumstances which made this last "birth" possible, to illustrate the transformation of a language that had lost almost all of its connections with the apparatus of the state into a language with all the benefits and bondage of an institutionalized, official life. My theme is, in a phrase, the rise of modern Catalan.

Being practically a minoritarian language and a language not identified with a nation-state, Catalan lacks both a massive literate base and the support of a bureaucratic establishment. Yet it is a language that today can boast a formidable literature, a literature which could compete (if there were literary Olympic games) with that of many other European languages; it is also a language which has gained recognition from its neighbors and, thus, its right to coexistence; it is finally a language with an internal organization solid enough to be fit for the expression of all kinds of ideas and activities: from poetry to civil law, from novels to mathematics, from cooking to musicology. It is a language ready for a political role, a role which it may never play.

The three conditions I have just mentioned give Catalan status as a language, beyond any doubt. Such status would have been

unthinkable without a series of circumstances—ideological, sociological, political—which reached their zenith during the first and second decades of the 20th century. I will talk today about this moment in the history of Catalan, perhaps the most decisive moment in all its history.

One could summarize the history of Europe as something moved regularly by a thirst for Empire; for Empires. From the late middle ages people began to realize the imperial importance of languages. When Antonio de Nebrija dedicated his grammar to Queen Isabella, in 1492, he mentioned a phrase which had already become a topos: "La lengua es compañera del Imperio."¹ The great European powers were, with no need for argument, convinced of their manifest destiny of linguistic imposition. Indeed Nebrija's quote may be interpreted as meaning that the unity Spain could hardly achieve politically and religiously could be achieved linguistically: "imperio" may mean both empire and command. Unity of command was seen as the natural companion to the unity of language. Castilian, French, English were beginning their struggle to be the new Latin, just as the new Empires would dream of becoming the new Rome.

Perhaps some voices within what we call the Romantic movement were the first to question the desirability of that dream. The Romantic ideal of rebellious solitude finds its complements (with or without contradiction) in the new cultural interests: interest in common people, in Folk-lore, in the obscurity of pre-modern times, in Gothic art, in the Middle Ages, in the small, in the peripheral. Classical studies are felt as no longer sufficient and new studies emerge, the "modern" studies which we all still pursue, and in particular the new discipline of philology which, along with the study of literature, awakens the forgotten echos of smallish, non-imperial countries (or failed empires): Scotland, Ireland, Occitania, Catalonia.

Catalonia has been the most successful of all those countries and regions to persevere in the fight for recognition. I will later come back to the reasons of that survival. The literature of Catalonia, in particular, has a breadth and a quality well above that of other minorities. Modern Catalan literature begins—"re-begins"—with Bonaventura Carles Aribau's "Oda a la Pàtria", a poem written in 1833. In less than 10 years, in 1841, Joaquim Rubió i Ors "could already dare to postulate a principle of 'literary independence' aiming mostly at the exclusive use of Catalan".² The movement which we now call *Renaixença* had begun.

Today Catalan has finally been granted co-official status by the Spanish constitution; it is taught at all levels of public education;

there are a number of publications of all kinds in Catalan, including the Barcelona daily *Avui*; there is an impressive array of scientific tools, from etymological and dialectological dictionaries to the *Atlas lingüístic de Catalunya* (the first in the Iberian peninsula); there is the *Geografia de Catalunya*, the 15 volumes of the *Gran Enciclopèdia Catalana*, the Institut d'Estudis Catalans (I.E.C.), the great collection of classics in translation called Bernat Metge

There is no need to emphasize the scope and importance of the literary production in Catalan, with authors such as Verdaguer, Joan Maragall, Eugeni d'Ors, Josep Carner, Carles Riba, Josep Pla, Joan Fuster, Salvador Espriu, J. V. Foix, Mercè Rodoreda It might also be worth to mention all those figures in the musical and plastic arts which, even though not working with the tools of the language, have always identified themselves with a Catalan mode of being: Pau Casals, Montserrat Gaballé, Antoni Gaudí, Joan Miró, Lluís Domènech i Montaner etc. Most Catalanist activity, for reasons of history, is limited to the sphere of the arts; empires survive, and they control a number of realms of public activity. [If I may be allowed a parallel I would ask you to draw a list of well known women, and of well known blacks in this culture; chances are that most of the names will also remain within the realm of the arts.]

The present state of Catalan culture would have been impossible without the economic prosperity coming from (relatively) early industrialization and without the sense of community which that prosperity allowed. Catalonia is today the result of the literary dream of the *Renaixença* and its coincidence with a most palpable reality. We owe the present situation to an admirable sense of community and to the consolidation of the instrument which is the backbone of the historical survival of Catalonia: the language, modern Catalan.

"La lengua es compañera del Imperio . . ." although in the case of modern Catalan perhaps the "empire fell out of the race.³ But at any rate for anyone wishing to understand the modern Catalan reality, language is the central fact. It is of course a fact inseparable from history and from that avatar of history, ideology. One cannot understand the facts of Catalans, conversely, without the consideration of its ideological dimension. The study of modern Catalan necessitates an examination of the ideological and historical conditions of its second birth. I will presently attempt to illustrate this second birth; at the same time I would like to suggest that the understanding of the particular situation of Catalan with respect to its history may be a worthy illustration for more general

linguistic problems. I need not insist that no thought is valid without a clear consciousness of its own epistemology. Let us now review, with such an awareness, some basic circumstances of the rise of modern Catalan.

With the *Renaixença* Catalans find themselves immersed in the elaboration of a linguistic ideal. The ideal combined the analytic, descriptive attitude of people like Manuel Milà i Fontanals, with a constructive, normative attitude implicit in the above-mentioned desideratus of Rubió i Ors. As it emerged during the second half of the 19th century, the ideal became clearly to transform Catalan into a language to which 3 adjectives could be applied: modern, national, normal. The ideal was not attained until the second decade of our century. Two people were decisive for the attainment of the ideal: the politician Enric Prat de la Riba (1870-1917) and the philologist and grammarian Pompeu Fabra (1868-1948). The role of these two men, principally of the second, lies at the core of my theme.

The *Renaixença* represents the end of a long, and by no means unproblematic, lethargy of the Catalan language as a vehicle for high culture. With the disappearance of the ruling house of Barcelona in the 15th century, Catalan was abandoned as a tool for public expression by the ruling classes. Even though it has been spoken uninterruptedly, it was written only occasionally or marginally for a period of 3 centuries. There was to be no Renaissance nor Enlightenment in Catalan. In the 19th Century, as I have already said, with the *Renaixença*, Catalan made a comeback as a language of public use. But the enthusiastic revival of the romantics had opened a Pandora's box. The language they had revived was a miasmatic chaos, the result of a long period of irregular growth. The language of the *Renaixença* was neither modern (that is, useful for the expression of scientific thought), nor national (useful for the whole community which needed a vehicle for public expression), nor normal (regularized, ready for its use by the press, by the schools). The language of the *Renaixença* had all the virtues of Romanticism but also all the defects. It was a chaotic language, its chaos complicated by the uncoordinated application of the findings of the philological discipline. Orthography in particular had become the battle ground for all kinds of ideas about the language. For the third of the above mentioned conditions of desirability, the state of disrepair of *Renaixença* orthography was a monumental problem. In a period when most European languages had already a long history of normalization, Catalan was a can of worms. The language also fell short of its ideals because of its indecisions and contradictions in

questions of morphology, syntax, and lexicon, but the fixation of the orthography was the most urgent question. Catalan had survived its 3 centuries of "Decadència" because society was not yet tied, as it became, to the written word. But by the early 20th century any impediment to the flow of literacy would represent the death of the language.

One might argue at this point that orthography is a mere social convention and bears little on the study of language itself. Since I will argue for the contrary, I will take a closer look at that possible objection. Orthography may be considered a procustean bed to which certain forms of transmission of languages must conform. More, orthography may be a Platonic scaffolding built on what Ferdinand de Saussure called *langue*; it may even lack any claims to representing honestly such *langue*, of course, while any modern, scientific form of language-study must be based on actual, documented forms of speech, that is, on what, in saussurian terms, we call *parole*.

Yet it may be time we abandoned the idealized and anthropologically naive vision of language as a simple "means" of "communication" existing peacefully in the Arcadian world which has exiled all ambiguity. The recent work of Mary Louise Pratt is relevant here: active phenomena such as language can only be studied dialectically⁴. Besides, what "communication" may mean is no simple matter, as the work of Gregory Bateson on metalogs clearly shows.⁵ The existence of a plurality of approaches to the study of language and languages shows that language stands for something more than communication, for it is ultimately the vehicle for the communal expression of a culture. The complex thing we call culture may be developed at many different levels; it can happen at a partial or *patois* level, or it could take place at a fuller level, at a level which Pompeu Fabra did not hesitate to call 'national'. At this level of cultural aspirations orthography is an essential part of language and its study cannot be disregarded.

Fabra's work is a vindication of a national condition for Catalan; his efforts always aimed at putting Catalan on a par with the other national ('estatal') languages of Europe. The scientific aspect of his work is always subordinated to this goal. Fabra's philological exactness ran parallel with his political commitment: he had the ability or the luck to express a collective will.

But let us return to the problem of orthography. Fabra realized that for his ideals the orthography that was the legacy of the Renaixença just would not do. Orthographically, Catalan was an imposing system thanks to the work of such scholars as Milà i

Fontanals, Antoni M. Alcover, Marià Aguiló etc., but it lacked unity, clarity, and most of all authority. In a 1915 essay Fabra himself described the situation as "orthographic anarchy". "There was barely a problem that did not receive 2 or 3 distinct solutions, and we could hardly find 2 writers in agreement about all the problems An enormous quantity of words were written in two, three, four and more diverse ways. Eight different forms of the adverb *on* (where) have been used at the same time." But Fabra's primordial realization was not descriptive, it was political: "They refused to understand that while Catalan continued to be a language without a unified orthography and without a fixed lexicon and grammar, it would be impossible to make it a requirement in the schools, it could not aspire to official usage; and it found itself in a crushing condition of inferiority in its struggle with the Castilian language."⁶

Let me insist that a political dimension is, in our case, nothing casual, irrelevant. All minority languages are in danger of being considered politicized and thus being labeled artificial, invented. Of course these languages' struggle for survival is political. But it is important to realize that the actual existence of the imperial languages (Castilian, French, English) is equally political, even though the imperial languages—and precisely for political reasons—do not need to insist on the importance of their rules and grammarians. What for a solvent language is creative freedom, for a language without the backing of the apparatus of the state is destructive chaos; only in a language with such a strong *de facto* regularization as English, can such a work as, say, Joyce's *Finnegans Wake* be possible. Let us recall once again the political sense which Nebrija saw in Renaissance Castilian, or let us think of a contemporary of Fabra, the great Don Ramón Menéndez Pidal who, when writing about Castilian, called it *español*, as the titles of his most significant books well prove.⁷ Clearly Pidal's vision of Spain shaped his notion of the language. He saw the linguistic expansion of Castilian as part of the same phenomenon as the political destiny of Rodrigo Díaz de Vivar. Any language aspiring to a grammar is politicized language, whether it is necessary to claim it explicitly or not. The day Indiana would clamor for political independence we will see the publication of a Hoosier grammar. Any supposedly impartial study of language is a partial one.

Fabra has to be for Catalan almost what Nebrija and a whole tradition culminating in the Real Academia and later in Pidal were for Castilian. Fabra's task was to work out 3 centuries worth of grammar. Having realized the chaotic situation of Catalan and

the danger of its declining into a peripheral *patois*, he devoted himself to the task of normalizing it, of giving the language the power to attain authentic status as the cultural medium of the collectivity.

Fabra's main efforts went, inevitably, to the fixation of the orthography; he gave up his career (he held a *càtedra* in chemical engineering at Bilbao) when Prat de la Riba called him to Barcelona to head the Secció Filològica of the I.E.C.⁸ In spite of his background in engineering Fabra was a very solid philologist, a man with an unimpeachable scientific method, and with a self-awareness and vision that grant him perhaps the highest authority in modern Catalan culture.

In his articles first, and later through the I.E.C., in numerous lectures, in several grammars, in 2 dictionaries, and countless spoken polemics Fabra became the essential figure for modern Catalan. In order to provide you all with a concrete example of his methods, I will mention a proposal he advanced in 1906 but which was abandoned when a set of *Normes ortogràfiques* were officially published by the I.E.C. in 1913.⁹ This is not, therefore, one of Fabra's successes but one of his failures. I am referring to his proposed solution for the problem involving the sounds now represented by the graph *ll*.

Catalan has 4 related phonemes: [l], [l + l], [λ], and [y]. From a normative optic it was necessary to distinguish in writing these 4 distinct phonemes. But the matter was problematic for two reasons: In the Barcelona dialect (the dialect with the greater number of speakers) these 4 phonemes are reduced to 2: [l] and [λ]. In order to preserve a fourfold system, then, a considerable number of speakers would be forced to learn some orthographic distinctions with no basis in their speech (it would create a situation comparable to the one existing in Castilian for *b* and *v*). The only important dialect which maintains the 4 phonemes is Mallorcan. The second problem was that, in the orthographic tradition, the graph *ll* designated both the phoneme [λ] and the geminated [l + l] (as in "col. legi").

Fabra's 1906 solution (later rejected) was a radical one. Since Catalan had only 2 symbols for 4 phonemes, it seemed necessary to introduce 2 new symbols. Fabra always proposed the orthographic equivalent of the *lectio difficilior*, he always proposed what would be the most complex solution and also of course the most faithful to the "national" diversity of the language. After debating what new symbols would be advisable for our orphan phonemes, Fabra recommended borrowing a sign from—of all places—the Polish alphabet: an *l* crossed by a diagonal stroke, l .

The new symbol would represent the palatal [ʎ] and *ll* would be unproblematically reserved for the geminated sound of [l+ɫ]. A single *l* would of course pose no problem. To these signs Fabra proposed to add the compound *yɟ* (a group more or less analogic to *ny*, traditionally used for the phoneme [ɲ]). This solution both eliminated all graphic ambiguity and respected the Mallorcan dialectal modality. The problem was that it introduced two new graphs which had no justification in traditional orthography and which would have no phonic basis for a significant number of speakers.

The distinction between *ɟ* and *yɟ* was no arbitrary fancy of Mallorcan, as Fabra knew very well. The phonemes had their etimological reasons which I shall try to describe as succinctly as possible but hoping to illustrate Fabra's exacting method.

a. Latin words with an initial *l* became words with an initial [ʎ] when they passed into Catalan. Thus from Latin *labiu*, *lepore*, *ligna*, *locu*, *luna* we have Catalan *llabi*, *llebre*, *llenyà*, *lloc*, *lluna*.¹⁰

b. Internal *ll* in Latin also palatalized: *sella*, *pell*, *coll*, *bedoll* (from *sella*, *pelle*, *collu*, *betullu*).

c. Incidentally, words borrowed in more recent times ("cultismes" or learned words) keep, at least in theory, the geminated sound of [l+ɫ]: *intel·ligència*, *col·legi* (< *intelligentia*, *collegiu*). Nor does initial *l* palatalize in learned words: *liberal*, *lògica*.

d. But while Catalan maintained the initial Latin groups *cl* and *pl* (as opposed to Castilian which converted them to a palatal: *llave*, *llueve* [< *clave*, *plovit*], but Catalan *clau*, *plou*), the groups *cl* (and *pl*) which were formed in medieval Latin as a consequence of the disappearance of a post-tonic vowel became, in Barcelona Catalan [ʎ] and in Mallorcan [y]. Thus: *vell*, *abella*, *fonoll*, *poll* (< *vec'lu*, *apic'la*, *fenuc'lu*, *poc'lu*).

e. In the same vein, the Latin combinations *lĭ*, *lĕ*, *llĭ*, *llĕ* became [ly] in medieval Latin, and in Catalan either [ʎ] (in the mainland) or [Y] (in Mallorca). Examples: *palla*, *all*, *muller* (from *palea*, *alliu*, *muliere*).

Therefore the distinction between [ʎ] and [y] is both dialectal and etymological. These were reasons powerful enough for young Fabra to recommend the importation of a symbol from Polish in order to eliminate ambiguity.

I have taken a closer look at the issue not because it is anything new (the philological groundwork had already been done before Fabra's time) but because it illustrates perfectly the concerns and methods of Fabra. Whenever Fabra approaches a grammatical

problem, in any of his essays, he carefully presents a number of considerations, generally in an inverse order to their importance. Usually his first considerations are of a practical nature, either human or material. Human considerations strive for solutions which would be clearly understood and learned by a majority of the speakers. A solution of doubtful adoption, or a solution which would be clear only to those people with philological training or a good knowledge of Latin, is studied with maximum caution and is usually rejected. In the 1906 essay I just discussed Fabra did not advance the desirability of the new-fangled graphs until he had established a series of pedagogical rules which would enable people with no knowledge of Latin (nor a good ear for Mallorcan) to decide precisely when to write † and when y†.

Material considerations address the publishing side of things. Fabra never forgets to weigh the role that the printing presses would have in any orthographic decision, an important consideration since several proposals would (and did) involve the casting of new symbols or the acquisition from foreign countries of symbols not stocked by most Catalan printers. It may ultimately have been such a material consideration that made Fabra abandon his proposed solution for the *l* problem in favor of the simpler if less "national" one of 1913 (where *ll* would be used for [λ] and [y], *lll* for the geminated sound, and *l* of course for the rest.)

In second place Fabra presents comparative considerations. Every issue is always checked against other European languages which may present a solution for a similar problem: Castilian, Portuguese, Italian, French, even English and Polish. These comparisons are important because they refer to languages which had become regularized before Catalan. Fabra was also very clear righted in going beyond Castilian and French, which are threateningly close to Catalan. Yet, unlike many predecessors, Fabra did not take *a priori* an anti-Castilian attitude. On the contrary, he constantly opposed those solutions which were radically anti-Castilian; his normative and argumentative writings are filled with admonitions against and rejections of those he calls "descastellinitzadors a ultrança", those grammarians who, for example, would favor the barbarisms *vindre, valdre, tindre* over the traditional *venir, valer, tenir* on the sole grounds that the former diverged from Castilian.

Dialectal considerations are third. Catalan is a magnificent mosaic of dialects. Fabra always aimed at an ideal normativity, a system which would not exclude any dialect, a set of rules which, being valid for most varieties of Catalan, would be, in his word, "national". He had proposed the elimination of *h* from the

writing of the language (in imitation of his admired Italian orthography) because it is pronounced in no dialect. At the same time he always insisted in conserving both graphs *b* and *v*, even though they are not pronounced distinctly in his own Barcelona dialect. His early proposal for [λ] and [y] is another example of his method.

His philological training had taught him that dialectal diversity was of etymological origin. What may have appeared as a dissident dialect was in reality a dialect conserving some, say, Latin peculiarity lost in the other forms of the language. Mallorca, conservative linguistically because of its insular condition, was always highly deserving of consideration, both because it had a sizeable population and many illustrious writers, and because its forms of Catalan were 'purer' (that is, less contaminated by Castilian). It was also a most important 'missing link' between the language of the medieval writers and modern Catalan.

Etymological considerations, then, are the fourth group I want to mention. Fabra attempted a synthesis between this group and the previous one, and subsequently he reasoned his proposals from that synthesis, from a viewpoint which I do not hesitate to call historical. In Fabra there is a synchronic consciousness (practical, comparative) and a diachronic one (historical). The solutions he proposed looked to the future: the Catalan he wanted would be a tool valid for science, for schooling, for diffusion through the press; they would also look to the past and maintain an identification with the great medieval language of such authors as Llull, Metge, March.

In 1913 the I.E.C. whose *Secció Filològica* was chaired by Fabra published a set of rules, the *Normes ortogràfiques*. These were not accepted unconditionally. Since the proposal implied a synthesis, some found it too modern, too revolutionary; others found it too conservative, too considerate of the medieval language, too "gothic".¹¹ Both opponents were right; they were also irreconcilable and, of course, impractical.

Once sanctioned by the I.E.C. the new Catalan orthography became willingly or begrudgingly accepted; the *Normes* are still valid today; (They have suffered, recently, renewed attacks which unfortunately I cannot discuss here). A number of circumstances may explain how the new regularized Catalan managed to survive. I think that the first and most important of these is very simply the intelligent sense of history that Fabra showed through is indefatigable grammatical work. But one man's work is insufficient without proper response. The conditions which made possible the acceptance of Fabra's work are of great interest for the

understanding of the rise of modern Catalan. To these I will now turn, although briefly.

First, the political timeliness of the *Normes*. As a result of a long economic recovery, of industrialization, Catalonia had achieved the economic and demographic base which gave rise and strengthened its claims for autonomy. Those claims culminated, between 1914 and 1925, in a timid form of Home Rule, the *Mancomunitat*. This was headed, as I have said, by Enric Prat de la Riba. Prat founded—and funded—the I.E.C. and called Fabra to it. After the publication of the *Normes*, Prat made them official for all the diplomatic dealings of the *Mancomunitat*. The newly regularized language achieved instant political recognition (in a move that significantly enough had a medieval precedent in the Cancellaria of the 14th century). Many of the actions of the leaders of the Catalan movement of the time, the generation called *noucentista*, had a historical perspective which led them to bridge the gap of the 3 centuries of *Decadència*. I have already pointed out that Fabra saw the renovation of the language in the links with its medieval past. The new grammar had to do the task of the Renaissance and of the Enlightenment, as it had to respond to the scientific needs of the day. A comparable *noucentista* project is the *Collecció Bernat Metge*, mentioned before, a systematic publication of the Greek and Latin classics with translations into Catalan: such a project is nothing less than the attempt to provide Catalonia with the Renaissance it had failed to have.

Historical continuity was imperative. Fabra always insisted on it, as he insisted that the task of the I.E.C. in promulgating the *Normes* was but a first step. In his magisterial work as propagandist and pedagogue for the regularized language, he saw to it that the public as well as his disciples understood the importance of the fact that the new rules had to be adopted by all, by the people and by the writers.¹² Fabra's most brilliant disciple, Joan Corominas (formerly of the University of Chicago) has often insisted on this point: a philologist's proposals are worthwhile only if accepted.¹³ Therefore the second of the conditions of success for the normalized language are the efforts of Fabra himself through his work of diffusion and popularization which he undertook showing neither fatigue, snobbishness, nor dialectal favoritism.

The third condition, finally, has to do with the sociological circumstances of Catalonia at the moment of its history. We do not have time for the detailed analysis this deserves; please bear with my succinctness.

In the early 20th century, even though the population in Cata-

lonia and in the Catalan speaking countries was practically illiterate (in Catalan; Castilian was the language of literacy), it was also, in the most part, a population culturally homogeneous—which today it no longer is. Catalan was then the majoritarian language and, in many cases, the only language which people in the PPCC knew how to speak well. If the orthographic reform had waited until the 40's or the relatively prosperous 50's it may not have succeeded. Today Catalonia, and principally Barcelona, is too much of a diglossic mass to allow a unification of the magnitude of that which I have spoken.

We must also consider the development of the media of communication which may be the most essential characteristic of the 20th century. *Renaixença* literature was still, by and large, a literature for oral delivery; its basic form was poetry. Even a writer of the importance of Jacint Verdaguer, whose published works sold very well, would not require for his artistic fulfilment the printed medium. But *noucentisme*, the literary movement so closely tied to the politics of Prat and to the *Normes*, flourishes precisely at a time when the opportunity still exists to create a popular literature based primarily on the printed word. Joan Maragall, a *modernista* writing in the generation just before the *Normes*, and Eugeni d'Ors, the great initial theoretician of *noucentisme*, unlike Verdaguer but just like their Castilian colleagues of the Generation of 98, would have had a very different and diminished authority without the daily newspapers. One of the main dailies of Barcelona, *La Veu de Catalunya*, where d'Ors published initially his *Glosari*, was owned by Prat and thus it was, unofficially, the party paper of the conservative, catalanist Lliga. *La Veu* was by no means the only paper. In 1895 there were 16 papers published daily in Barcelona; only one of those was in Catalan. In 1900, however, Barcelona saw the publication of 6 dailies in Catalan (and 18 in Castilian). There were also other periodicals, from the minoritarian art and literature review *Pèl i Ploma* to such specialized journals as *La Gynecologia catalana* (1898) and *Anal de Medecina* (1907).¹⁴ The moment was ready, all too ready for the *Normes*; it was a moment with a great potential and a great actual readership. A decade later the dictatorship of Miguel Primo de Rivera changed the scene drastically. Had the *Normes* waited so long, the recovery of Catalan as a public language may have been impossible.

I hope that in what I have been saying I have managed to combine some general ideas and description with concrete examples and data. My intention was to illustrate a crucial moment for Catalonia and for the history of Catalan. But I also

hope that my presentation may illuminate a more general issue, the necessity of historical, sociological, and literary considerations for the understanding of linguistic facts. And to close this talk I will add that I have tried to present my analysis of the second birth of Catalan as a contribution to the clarification of the issues which occupy the linguistic and literary disciplines of the moment. Thank you.

| | LATIN | Latin | Proposed by Fabra 1906 | Catalan 1913 | Barcelona | Mallorca | Castilian |
|----|--|---|--|--|---|--|--|
| a. | | Labiu Lepore Ligna Locu Luna | lavi lebre lenya loc luna | llavi llebre llenya lloc lluna | labi lebra leña lok luna | lavi | labio liebre leña luego (*) luna |
| b. | | Sella Pelle Collu Betullu | sefa pef cof bedof | sella pell coll bedoll | sefa pel kol bedol | | silla (*) piel cuello abedul |
| c. | | Intelligentia Collegiu | intelligencia collegi | inteligència collegi | | | inteligencia colegio |
| d. | | Clave Plovit | clau plou | clau plou | klau plou | | llave llueve |
| | VETULUS APICULA FENU'GULUM POPULUS VETULUS | Vec'lu Apicla Fenu'lu Poc'lus Putlu Bellu Vec'llu | veyt abeyfa fonoyt poyt pot bet veyt | vell abella fonoll poll poll bell vell | bel abela funol pol kol bel bel | vei beya fonoi poi kol bel vei | viejo abeja hinojo chopo pollo bello viejo |
| e. | | Palea Alliu Muliere | payfa ayt muyfer | palla all muller | pala al mulé | paya ai muyé | paja ajo mujer |

Notes

1. See Eugenio Asensio, "La lengua compañera del imperio: Historia de una idea en España y Portugal." *RFE*, 43 (1960), 399-413.
2. Jean Fuster, *Literatura catalana contemporània*, Barcelona: Curial, 1972, p. 11.
3. Has there ever been a Catalan empire? On this question see: J. N. Hillgarth, *The Problem of a Catalan Mediterranean Empire 1229-1327*, (supplement #8 to *The English Historical Review*), London: Longman, 1975.
4. Mary Louise Pratt, *Toward a Speech Act Theory of Literary Discourse* (Bloomington, 1977).
5. *Steps to an Ecology of Mind*, New York: Balantine, 1972.
6. Pompeu Fabra, "Literats i gramàtics," Presidential speech read at the Lleida "Jocs Florals" of 1915. Reprinted in his *La llengua catalana i la seva normalització*, ed. Francesc Vallverdú, Barcelona: Edicions 62 i "La Caixa", 1980, pp. 135-140. The quote is from pp. 137-138.
7. *Orígenes del español. Manual de gramática histórica española*. See Guillermo Díaz-Plaja, *Estructura y sentido del novocentismo español*, Madrid: Alianza, 1975, pp. 69-70, for a comment on Pidal's "españolismo".
8. For a profile of Fabra's personality and career, see Josep Pla, "Pompeu Fabra" in his *Homenots* (Primera sèrie), Barcelona: Destino, 1969.
9. "Qüestions d'ortografia catalana," paper read at the I Congrés Internacional de la Llengua Catalana (Barcelona, 1906). Reprinted in *La llengua catalana i la seva normalització*. The relevant pp. are 34-43.
10. See the chart which appears as an appendix of this paper.
11. See Pla, op. cit., pp. 84-86.
12. Fabra's most memorable work in this aspect is his *Converses filològiques* which first appeared as periodical contributions to the newspaper *La Publicitat* and which have been later edited by Santiago Pey, 10 vols. in 2, Barcelona: Barcino, 1954-56.
13. See his *Lleures i converses d'un filòleg*
14. These data are from Joan Torrent and Rafawl Tasis, *Història de la premsa catalana*, 2 vols., Barcelona: Bruguera, 1966.

Culture and the Question of Criticism in Portugal

Ronald W. Sousa
University of Minnesota

In the *Prólogo* to his *Para a História da Cultura em Portugal*, António José Saraiva initiates a line of analysis with the following words:

Desde o século XVI sucede-se uma série de tentativas para enraizar entre nós uma cultura, que se malogram umas atrás de outras. A história da cultura em Portugal não apresenta um desenvolvimento seguido e consequente, mas estratifica-se em secções independentes: é uma série de irrupções descontínuas, não tem uma linha directriz interna. Para usar de outra comparação ainda: é uma série de tentativas de aclimação que só suportam uma ou duas gerações e que têm de ser renovadas se não se quer que o solo fique definitivamente estéril.

(Vol. I, p. 23)

He carries that analytical line out (pp. 23-28) by focusing on average literacy levels in Portugal throughout the years, on questions of the strength and quality of national cultural-intellectual institutions, and on international-scope deficiencies and dependencies. On an immediate descriptive basis, his argument sets forth a valid series of problems—ones that must be faced (or can be ignored only at peril) by students of any aspect of Portuguese culture. That analysis will provide the starting point for this paper.

First, however, Saraiva's analysis must itself be subjected to critique, so that the subject to be dealt with can be further clarified. "Culture," for Saraiva, would seem to imply a movement or movements grounded in an innovative and critical attitude toward national reality. That view is necessary for his analysis, which sees bursts of "culture" alternating with eras of empty formalism—of, according to his view, essentially "non-culture"—which then necessitates a new burst of "culture." That view is both limited and limiting. Before a wider perspective is taken up, a few

questions should be asked about Saraiva's terms and definitions. Should not the eras between bursts of "culture" nonetheless be considered periods of national "culture"? In some respects—i.e., sense of national tradition, etc.—are they not more peculiarly "Portuguese" than the "bursts" themselves, most of which draw upon models developed elsewhere? How are the latter easily incorporated into "Portuguese" "culture"? In sum, is there not a better explanation of the phenomenon than outright denial of cultural status for eras of Portuguese cultural history? I shall return to such questions.

A second problem with Saraiva's analysis involves the chronological span stipulated for it. His remarks are clearly intended to set forth the notion that the process that he sees begins with the Renaissance, which would, then, constitute the first burst of "culture," while the nearly two hundred years from the mid-sixteenth century to the mid-eighteenth—the long Portuguese Baroque period—would constitute the first era of "non-culture." That view is grounded in a very antiquated view of the Baroque, one that has been discarded by students of most other national cultures and should be discarded by students of Portuguese culture as well. (To be fair to Saraiva, his words were written in 1946, though they have been subsequently reprinted without change.) By most operative definitions, the Portuguese Baroque should be seen as far from "empty"; it was, rather, a very legitimate cultural era given the organization of social and culture-productive forces in Portugal at the time. To see it otherwise is in essence to wish abstractly for another national history—a wish which would, at very least, alter the mode of inquiry originally undertaken.

To my mind, Saraiva's observations become operative only with the mid-eighteenth century, when social forces began to seek, with ever-increasing rhythm, to impose liberal structures and values upon the nation as a whole. At that point too, in the bourgeois organization of human acts, "culture" became conceived of as a discrete area of endeavor, articulating with other areas of action and indicative of vigor and value. Indeed, what Saraiva describes can, it seems to me, be better seen not as an alternation of "culture" and "non-culture" but rather, in varying mixture, as a series of efforts, political and cultural in scope, to impose liberal models on a nation that retained many of the socio-political and cultural features of traditional society. (The only exceptions that I would make to that observation are to be found in the years of the Spanish Civil War and World War II and in those since 1974, in which the effort made has been wider in social base and has included within it efforts to impose a proletarian model.)

Those efforts were, of course, radically different in content and scope, one from the next, given their radically different socio-historical circumstances. Let me number them as they were realized in the area of literature (I believe that all save the last coordinate with—and articulate—wider cultural phenomena.) The first two, the “Arcadian” movement of 1750-1770 and the first phase of Portuguese Romanticism (1825-1851) were in part propelled by the state itself, in the name of a kind of liberal model. By the time of the so-called Generation 1870 (1865-1890), the movement had become an oppositionist one, vaguely in the name of Republicanism and empirical science, directed at a now a-historical bourgeois order. At the dawn of the First Republic, from about 1908 to 1917, the avant-garde movements championed individual-spiritual “Republicanism” according to one definition or another, only to have most of their practitioners move to support of authoritarianism when a real choice came to be made. Then we have the Neo-Realist movement of the Spanish-Civil-War and World-War-II years and immediately thereafter, engaged in a critique of social practice in authoritarian Portugal but truncated by the social control exercised by the *Estado Novo*.

What Saraiva sees, then, is to my mind documentarily correct, but conceptually mistaken, for the key factors reside in the socio-political arena, in which periods of progressivist offensive alternate with periods of either outright defeat of an offensive or of consolidation of new directions. (All this is highly schematic, of course, and subject to much refinement, some of which is introduced below.) Instances of the latter sort of period—given the facts first of Portugal’s dependent international situation and the constraints upon social structure thereby imposed and, second, of the nation’s consequent retention of social features that recall pre-liberal societies—have usually produced a gradual dilution of progressive elements with traditionalistic ones. (It is in this connection that Saraiva’s concern with literacy rates and cultural institutions has its greatest weight; changes are less pervasive the lower the literacy rate and the weaker key institutionalizing mechanisms are.) Consequently, in the cultural sphere, activity has either more or less conformed to the limits placed on it by a victorious traditional order or has merely implanted progressive doctrine and language that have slowly been modified by traditional attitudes and procedures. (It is true too that this matter should be studied from the point of view of language dynamics—i.e., cultural codes appear to have something akin to cycles of their own, after which innovation is necessary for, say, a new progressive initiative to maintain its “market” validity. It seems to

me that in Portugal a new code has tended to be unable to renew, and thereby sustain, itself—perhaps because of the traditionalistic environment into which it is injected—and a tendency to revert to conservative conceptual modes has been the norm.)

Saraiva's view of the matter is, then, itself problematic and requires further examination. First, he seems to pose linearity as a constituent of a "normal" route of cultural history. That attitude is, of course, a-historical and almost surely partakes of the basic bourgeois myth of a necessary "progress" as an almost emanatistic force in and of itself. That attitude is one that has tended to operate in the conceptualization and writing of Portuguese literary history: the dominant conceptual framework has been one in which a series of relatively homogeneous "eras" are seen in seriatim, and implicitly progressive, arrangement. Two irreconcilable sets of criteria have been employed in fleshing out that framework: selected have been, first, only products or movements that (supposedly) reflect dominant trends of an "era" (as if the rest were, again, "non-culture" or simply did not exist) and, second, trends that, analyzed chronologically, have upheld the myth of a normal linearity and progress, usually as defined according to the models of especially French and English literary histories, schematically conceived. That practice has produced both the marginalization, in literary histories, of progressive figures not working in "progressive eras"—for example, Teixeira de Queiroz and the now all-but-forgotten César Porto—and also, inversely, a sense that ascendant progressivism envelops the literary scene, an attitude which either marginalizes non-progressive phenomena, when not writing them off as total "non-culture," or else actually imposes mis-readings of them as "progressive."

Moreover, a second factor, alluded to above, is not accounted for in Saraiva's scheme. In cases of many of the "progressive" cultural projects, underlying models have been borrowed from outside the Portuguese culture sphere in a very complex manner. In illustration of that observation, let us examine language from the *Arcádia Lusitana*; the following words were delivered as a part of a speech to that group by Correia Garção in 1759:

Parece-me que temos nas mãos a planta de uma populosa cidade, que abrimos numa parte um profundo alicerce, que levantamos na outra uma soberba coluna. Está cortada a pedra para a grande obra; não faltam os obreiros, e talvez sobejem os architectos; mas apesar de todo este magnífico aparato, a cidade não pode alojar os habitantes de uma aldeia. E quem susterá o riso, vendo este ridículo painel? Chamarme-eis insolente, porque vo-lo ponho diante de vossos olhos? Assim o julgariam a malícia ou a desconfiança, se eu não aparecesse na cena.

se não fosse actor da tragédia.

(*Obras Completas*, II., 183)

In those words, Correia Garção is upbraiding the "Árcades" for failure to carry out their "project"—a word that he often uses in his speeches to describe the literary/cultural goals of the group. Note the metaphor: Portuguese culture is to be planned and built as one plans and builds a new city; seemingly, nothing antedates it. (As an aside, it should be noted that Correia Garção is also alluding to the rebuilding of Lisbon after the 1755 earthquake by the Marquês de Pombal, benefactor of the *Arcádia*; the Pombaline "re-building project" was itself much more than merely architectural and indeed can be seen to include fomentation of the *Arcádia*.) The Arcadian "building project" metaphorizes very specific types of language use and literary techniques which constituted its program and which were set forth not as "better" or "new" or "innovative" culture but as "culture" after a long, stifling period in which "culture" had been all but absent (cf. *ibid.*, pp. 132-133, 150-151). The project included the notion of teaching correct cultural precepts to an entire nation (p. 185). The usages, models, and precepts to be inculcated were, however, not produced by the Árcades themselves but rather imported through a reading of Classical models; the Arcades were cultural Neo-Classicists—hence the fact that, in the language reproduced above, Correia Garção has them in essence building a Roman city. In the final analysis, however, as repeated references throughout Árcadian language make clear, ideologically it is not that Classical precepts are being directly invoked but rather that England and France have previously made that invocation. Thus the Árcades, a group of Portuguese progressives, are legitimizing their program through imitation of other European countries' practice, while entirely eliminating their own immediate cultural heritage.

This, in fact, seems to me a constant feature of the progressive bursts in Portuguese cultural history: a legitimation process through reaching out to "progressive" culture spheres is a necessary ingredient of the program. Correia Garção's case is illustrative; it represents a reaching-out to the practice of an ascendant bourgeoisie (England's) and an autonomous bourgeoisie (France's) to legitimate a project by a small partly-bourgeois group that was set up as a progressive element on the cultural front by Pombal, the figure who in fact has come to epitomize absolutist monarchy in Portuguese history. The Arcades, then, read the Portuguese situation as "retarded" along linear-developmental lines traced out by "advanced" nations. Correia Garção adds too an analysis of economic and cultural

dependency, using precisely the word "dependência" in that sense. Nevertheless, he sees the linear model as primary and the dependency as easily shed by implantation of "advanced" nations' methods.

The movement outward to legitimation is regular in Portuguese cultural history. Garrett and Herculano implicitly, when not explicitly, invoke the examples of Fielding, Byron, and Scott; Eça de Queiroz, those of Flaubert and Taine; Pessoa, as Álvaro de Campos, those of Whitman and Marinetti; Alves Redol, of Gold, Steinbeck, and the Brazilian Northeast novelists. The degree to which the "legitimation" issue is present in that invocation varies; the point to be made, however, is that it does not describe a mere case of "literary influence" as traditionally conceived. It can reach much further, as Álvaro de Campos virtually confesses in his "Saudação a Walt Whitman":

Não sou indigno de ti, bem o sabes, Walt,
 Não sou indigno de ti . . .
 Não sou teu discípulo, não sou teu amigo, não sou teu cantor,
 Tu sabes que en sou tu e estás contente com isso!

(*Obra Poética*, 336-337)

Campos' very existence—and Campos, very significantly, is not merely a literary personage but also a fledgling national cultural program—depends on Whitman. It is hardly surprising, then, that each of those Portuguese literary figures mentioned above—like the earliest, Correia Garção—in one way or another asks the question of the legitimacy of the very concept of a self-energizing progressive culture in Portugal. In so doing, they are in fact asking the question argumentatively preliminary to their own affirmation of a direction legitimized by external reference.

The preceding line of exposition can be summarized as follows. Cultural activity in Portugal has a characteristic alternation that has to do with its articulation with socio-political events. (Let us recall that we speak not of popular culture but of dominant-group culture and that the nation is small in territory and population, with a low effective literacy rate.) Critical conception of Portuguese cultural history, however, does not take that articulation into full account but rather invokes a pair of conflicting notions: generalized dependency and a "normal," linear progressiveness, with the corollary belief that dependency has led to national cultural stagnation along that "normal" route. (Saraiva's analysis, in this respect, is really merely a piece with, though more overarching in scope than, the individual analyses implicitly carried out by the literary figures alluded to above.)

Finally, in that situation there is the assumption by many of those involved in cultural activity that at least the cultural aspect of the "retardation" problem can be solved by a modernization program on the cultural level alone, and, in proposing that solution, they may seek to legitimize it by relating it, in ways that can reach considerable complexity, to culturally successful programs in other national culture spheres.

That summary, highly schematic though it be, constitutes my re-statement of Saraiva's initial observations. There are several key questions deriving from it, but before we get to them there are three other factors that must be brought into the picture. First, co-existing with the sense of frustration at a dependistic situation is an almost equally well-developed sense of pride in imperial status. The languages of the two positions, in the final analysis contradictory, have echoed back and forth during the last four hundred years of Portugal's existence. The possession of a colonial empire also served to enlarge the sphere of potential action conceived of in the language of the nation: Angola and Moçambique were lands of opportunity, of salvation in economic terms and of escape, if only putatively, in psychological ones. Macau and Goa propped up a sense of a worldwide Portuguese culture.

Second, the sense of worldwide culture merely served to ratify the powerful role that mythification of natural history plays in Portuguese culture. Correia Garção, for example, referred to the *Arcádia*, despite its plan to build culture *ex nihilo*, as the "Restorer" of national prestige and glory. Indeed, most of the literary figures referred to above felt bound to conceive their programs not only as a beginning but also, simultaneously, as in some indirect way a return to the distant past when Portugal was, in Pessoa's words, "o rosto" of Europe. Eça de Queiroz, in the most analytical of his novels, referred to that past quantity as "pátria para sempre passada, memória quase perdida." And it is telling that, even in 1975 and 1976, in proposing a collectivist solution to Portugal's land tenancy problems, military leaders couched that proposal in terms of Portugal's "history and historic mission." It is thus virtually a truism that in Portugal there are no beginnings that are not also somehow returns.

A third factor is the martyrology present in the language of Portugueseness, be it progressive or traditionalistic. The sentences reproduced above from Correia Garção provide a glimpse of that language in the making: the leader of the *Arcádia* situates himself and his cohorts somewhere between tragedy and farce in their failure to implement their cultural project. Had his situation been

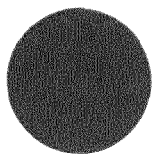
more public, chronologically later, or more "progressive" in terms of later developments, he might well have been incorporated into the growing pantheon of "martyrs to the 'national' cause." Progressive martyrs include Garrett and Herculano, especially Oliveira Martins and Antero de Quental of the Generation of 1870, and, since the 1974 Revolution, Afonso Costa, leader of the Democratic Party in the First Republic. They are figures who are said to have "tried to do something" about the "national problematic," attaching their personal image and prestige to that endeavor, and who then failed—even became personally victimized because of their efforts. The primary example is Antero, whose suicide is regularly connected with his public posture. Traditionalists too have their pantheon of martyrs, formed somewhat differently but obedient to the same basic organizing imperative. The two lines are not mutually exclusive; indeed, throughout time, they can be seen to borrow language from each other, fighting for the power to define such martyrdom in their respective manners. Mere mention of names and incidents related to the martyrological catalogues communicates very strongly.

For present purposes, these last observations complicate the previous analysis at the ideological level. They are, however, necessary to correct misimpressions about the nature of Portuguese "progressive" language. With those considerations firmly in mind, we must now ask what they imply for critical work on Portuguese cultural questions.

First and foremost—and again in the literary area—they call for revision of current (literary) historiography; it has heretofore tended to try to see its subject as an autonomous system, which, more than in the cases of many other national literatures, Portuguese literature decidedly is not. Also, contradicting its own first premise, it has borrowed its major categories and assumptions from abroad, attempting to see its subject as a part of a grand European "tradition." (That concept is itself a specific version of the linear-progress model propounded by bourgeois literary historians; it may, however, be more nearly accurate, on a descriptive level, for other nations than for Portugal.) In fact, Portugal's cultural processes would seem to have instead many of the features (i.e., fragmentation, cyclical nature, dependence on phenomena occurring in other nations) of Third World areas. There is, then, a gap between, on the one hand, cultural practice, in one way indicative of marginalization and dependency, and, on the other hand, analytical practice, indicative of that same status in another way.

What precisely should replace that historiography is far from

clear. In my view, the critical methodology necessary to produce an answer to that question is not yet even adequately developed. It is clear that "intrinsic" approaches to literary objects will miss much. And so too will anthropological approaches, unless they depart from a thoroughgoing sense of national history and tradition. What seems to me a potentially fruitful direction involves work simultaneously in history and cultural activity, and the links between them, with some sense of chronological completeness to it, for certain traditional presumptions are so much a part of the national cultural baggage that lack of recognition of them and the language evocative of them can cause substantial misunderstanding. Further complicating the matter are the facts first that much information about cultural activity is to be found in an unorganized state and, second, that relatively little basic historiography is complete in many areas, with what is being done (on something of a catch-up basis) tending toward "hard" history—i.e., political and structural study—rather than history involving cultural issues. Nevertheless, since 1974 the field has been thrown open; Portuguese are attempting to deal with nationhood and national history in ways that hopefully will lead to wider understanding, greater insight, and more nearly valid interpretation. An era of debate over critical language is, therefore, at hand. It is important that professionals in the field participate in those efforts, or at very least maintain contact with them.



Portuguese Cultural Presence in the U.S.: The Problems of Definition

Maria Angelina Duarte
University of Minnesota

The question of the literary and cultural contribution of the Luso-American community is one that is generally ignored by scholars on both sides of the Atlantic. The problem of how to incorporate immigrant expression, whether written in the mother-language or the host-language, into a curriculum of study of that immigrant group's mother culture is not unique to Portuguese studies as Marc Zimmerman's paper eloquently demonstrates. While there are major differences between the Latin-American and the Portuguese immigrant communities—beginning with the large difference in the size of the two groups and the resulting differences in socio-political and economic implications for the host-country—, there are also striking similarities between the two. Like their Latin-American counterparts, the Luso-American communities are predominantly made up of “economic exiles,” and are subject to conflicts and contradictions similar to those experienced by the Latin-Americans.

As both Marc Zimmerman and John Beverley point out in their respective papers, the growth of Latin-American studies has been linked, at least in part, to the relatively large number of Latin-American intellectuals who, because of changing political conditions at home, have become forced or self-declared exiles and found teaching positions in U.S. institutions of higher education in recent years. The same cannot be said for Portuguese studies; but those few Portuguese political exiles who did come to the U.S., and those Portuguese immigrants who have succeeded in rising to middle-class status in the U.S., do share with their Latin-American counterparts the desire to establish their identity apart from the economic exiles from their respective countries of origin.

While Luso-Americans are the object of host-culture race and

class categorizations similar to those of Latin-American U.S.-based groups, there is a significant difference between the two in terms of awareness of these categorizations. Hispanics are a recognized and self-acknowledged minority group; Luso-Americans are not. (In fact, a great majority of the U.S. population is totally unaware of this group's existence.) In the early seventies, when a segment of the community attempted to gain official recognition of Luso-Americans as a minority group, its efforts were thwarted by violent opposition of the community—or rather, of its self-appointed spokespersons. We need only note the popularity of “Portagee” jokes on the East and West coasts of the U.S.—the two areas where the Luso-American communities are concentrated—to realize the existence of the negative (ethnic) stereotypes that accompany ethnic minority status. But the community remains largely unaware of the social and political implications of such jokes. Ironically, the self-appointed spokespersons are often responsible for the promulgation and perpetuation of such ethnic slurs in an apparent attempt to distance themselves from the masses for whom they claim to speak, thus projecting a bourgeois self-image and encouraging the community to identify with that image instead of developing a true class consciousness.

Similar motives lead other spokespersons to avoid the reality of the communities and devote themselves instead to the repetition of pre-existing, Portuguese, cultural myths and to the creation of new, Luso-American, cultural myths that follow the same pattern as the pre-existing ones. In this category fall those who link the immigrant experience to the adventurer/discoverer exploits of the navigators of the Portuguese empire, and those who set out to appropriate figures such as João Rodrigues Cabrilho (Juan Rodriguez Cabrillo) and Peter Francisco as forefathers of the Luso-American communities. These cultural ideologues not only represent a distorted image of the Luso-American community, but also create a falsified cultural history for the same community. In addition, the perpetuation, in the United States, of Portuguese cultural myths that portray Portugal as a still-viable and vital member of the European cultural community contributes to the Luso-American community's inability to perceive its true place within the North American class and ethnic structure. All of these myths are created and perpetuated to suit the needs of the bourgeois elements marginally associated with the community, and serve not the needs of the community but the needs of those bourgeois elements who seek to establish their legitimacy in relation to the U.S. middle class.

The general community's view of these spokespersons is a mixed one. To the extent that there is an incipient class consciousness—and this exists primarily among the younger and/or more recent immigrants—the spokespersons are rejected as either well-meaning but confused, or as opportunists who seek to appropriate the community for their own ends. But a significant portion of the community does accept and identify with the spokespersons. To understand this obvious lack of class consciousness, it is necessary to understand the static and hierarchical structure of the Azorean society, from which the bulk of the community hails. It is a society where "authority" is almost unquestioningly accorded legitimacy.

An additional complicating factor is the transfer of home-culture status symbols to determine self-categorization in host-culture class structure. Luso-Americans have tended to determine their class identity in the host-culture on the basis of their power to acquire goods that correspond to a given social class in their home culture. Automobiles, color televisions, refrigerators, etc. are perceived as middle-class status symbols; to the extent that immigrants are able to possess such items, they tend to identify with the middle class and with middle-class values.

In addition, for a large segment of the Luso-American community the great-American-melting-pot myth is still perceived as reality. This lack of understanding of the changing patterns of host-culture socio-economic structures leads to a further misperception of their position within said structures. As a result, even when there is recognition of their inability to realize the American dream, it is interpreted not as a failure of the dream but rather as a personal or individual-group failure. This image is reinforced by the "spokespersons," who are, by and large, those members of the community who have ascended to middle-class status, thereby reinforcing the American-dream myth.

This complex set of problems has an impact not only on the social, political and economic development of the community, but also on its literary production. Lacking a sense of true cultural validity, the Luso-Americans have tended to undervalue their own cultural literary production and have, therefore discouraged its development. Here again, this attitude is reinforced by the attitudes and positions of those who are perceived as community leaders or spokespersons. These individuals usually treat Luso-American literature as some exotic, or quaint, manifestation of a sub-standard cultural experience and espouse the imitation of "high culture" models that are clearly beyond the reach of the community.

These factors operating on the Luso-American community help to explain the seemingly disproportionately small number of literary works it has produced when compared with other immigrant communities. This phenomenon has been noted, but not fully explained, by the few scholars who have attempted to study Luso-American literature. But one must ask: Is the Luso-American corpus really as small as it appears to be? Or is the same "High culture" bias that, to some extent, suppresses literary production also obscuring the presence of a substantial corpus of literature that has yet to be studied?

The answer to these questions depends on how one defines the corpus of Luso-American literature. If one defines it as consisting of book-length, published, literary works, then the corpus is indeed small. But there are clear indications that there is a much larger corpus that has thus far been ignored.

One source of such materials is the large number of Portuguese-language weekly newspapers that existed in California during the 1920's and '30's. Some of these periodicals, long since discontinued, may be irretrievable, but a concerted effort should be made to recover any issues that may still be in existence. A similar situation may exist as well on the East coast where there is at least one available source of invaluable material for study—the archives of the now-defunct *Diário de Notícias* (New Bedford, Massachusetts). These archives, although as yet uncatalogued, can be consulted at Southeastern Massachusetts University.

These Portuguese-language publications, along with the many that are still being published, can provide not only literary material for study, but also valuable information for a clear understanding of the cultural context in which to view the literature. These community publications provide information regarding how the community perceives and has perceived itself and its concerns, and provide also a demonstrable example of the "language" used in and by the community to express these concerns.

In addition to investigating these "public" sources, more work needs to be done to recover the potentially-large body of unpublished manuscripts that surely exist in the community. The results of the current efforts by Onésimo T. Almeida to seek out and publish works by Luso-American writers in both the *Gávea-Brown* journal and in its book series are a clear indication that such materials do exist. In addition, Eduardo Mayone Dias' forthcoming anthology of what he terms "*poesia vivencial*" represents a substantial contribution to the existing corpus and also a significant contribution to its definition.

Some work has already been undertaken to recover "oral literature" that exists in the Luso-American community—primarily among the older or earlier immigrants. But these efforts have focused primarily, if not exclusively, on the collection of traditional ballads. While this work is valuable and should be encouraged, its scope needs to be broadened. The studies of this type that I have seen, while pointing out the continuing vitality of the oral traditions among the immigrant communities, focus inordinate attention on the traditional texts *per se* to the exclusion of the text-producing structures. This emphasis on "text" rather than "text-production" has led to a seeming obsession with the existence and explanation of so-called "variants," rather than an analysis of how the traditional structures and grammar have been kept alive and internalized, allowing the various "singers" to fill in the "memory gaps" in the traditional texts they sing. Furthermore, it ignores the fact that the continuing vitality of the traditional grammar allows these individuals to generate new texts reflecting their own immigrant experiences. Ballad studies have consistently ignored—when not outright rejecting—these new texts as a focus of study.

Only when these materials are collected and made available can one really expect to create meaningful categories and definitions of Luso-American literature. In the meantime, some efforts have already been made to define and categorize this literature (see: Nancy T. Baden, "Portuguese-American Literature: Does it Exist?—The Interface Theory and Reality in a Developing Literature," *MELUS*, V. 6, n. 2, 1979.). This work represents a valuable contribution to a new field; it must be seen as a first step in a lengthy process, and its conclusions must be viewed as tentative ones that may—and, in all likelihood, will—need to be changed or modified as more materials are added to the corpus.

The task at hand requires a multi-faceted effort: the collection of materials and the analysis and incorporation of these new materials into a critical language, being ever mindful that the critical language must be modified continually as new items are added. Simultaneously, greater efforts must be made to understand the cultural base of this literature, for it is only through an understanding of the cultural context that a true appreciation of the literature and its significance can be achieved. The "high-culture" biases that have colored many of the studies of the community and its literature have contributed also to the relative obscurity of both. Yet, these studies cannot and must not be ignored. They must form part of the object of study. Their assumptions and conclusions must be analyzed; and their impact

on the community and its cultural production, as well as on other scholars, studied.

Another fruitful area of investigation is that of Luso-American autobiographies, be they written in English or Portuguese. These must be studied not only as reflections of individual experiences but also as reflection of modes of perception and adaptation. Published autobiographers are, *de facto*, spokespersons or role-models for their communities. What image do they consciously or unconsciously project of and for the communities to which they belong? To what extent do they participate in and identify with community values?

A serious study of Luso-American literature in its historical and cultural context will represent a valuable contribution to both U.S. -based ethnic studies and also to the international field of Luso-Brazilian studies. The majority of Luso-Americans come from a sector of Portuguese society about which relatively little is known because it is largely ignored by the dominant society. It is a sector that is so completely marginalized by the society's structures and values that it sees emigration as its best (only?) hope for survival. Thus, by analyzing the Portuguese immigrant communities and their interaction with dominant, U.S., cultural and societal structures, one may gain new insight not only into the complex problematics of that ethnic community, but also into Portuguese society and its structures.

Hispanism Now in the United States

Elias L. Rivers
SUNY at Stony Brook

The conference organized by the Institute for the Study of Ideologies and Literature and held in Minneapolis on April 9 and 10, 1982, served the useful purpose of encouraging participants to become more aware of their professional prejudices and presuppositions and to question them in a radical way. As someone concluded, with a sense of shocked amazement, "España ya no existe. Latinoamérica no existe todavía. Qué rayos hacemos nosotros?" Problems of political and cultural diversity, of unity and authority came to be seen as directly involved with problems of academic subject-matters and methodologies. The most immediately obvious aspect of Hispanism was its fragmentation and disarray. Specialized studies on a wide range of topics—the nationalism of Menéndez Pidal's concept of the peninsular epic, the reestablishment of Catalan as a language of high (written) culture, African writing in Portuguese, Chicano literature, the study of Cuban literature in the United States, Chilean literary studies at home and abroad, Brazilian "abertura" and national theater—specialized studies of this sort were all presented as essentially informative reports being made to an uninformed group of fellow-specialists. And communication itself was not always easy: many had trouble understanding oral Brazilian Portuguese; fortunately no speaker used Basque or Quechua.

It is, I think, significant that the two best general responses to the Institute's call for a new look at our area of study as a whole were written in English by authors not concerned primarily with their own nations of origin: Jean Franco's "Trends and Priorities for Literature on Latin America"¹ and John Beverley's "Can Hispanism be a Radical Practice?". Only with the perspective provided by a certain distance from particular specialized problems could one occasionally glimpse the outlines of a possible

unified field of Ibero-American studies. These two papers did pose clearly some of the fundamental issues; assuming that they will be published along with this retrospective essay of mine, I will take them for granted and draw upon them both explicitly and implicitly.

As an academic context for Ibero-American studies, the universities of the United States provide some obvious advantages, and disadvantages, for scholars from Europe, from Latin America and from this country. (This large-scale combination of international personnel is itself a unique advantage.) A Spanish colleague teaching at the Sorbonne made clear in Minneapolis the disadvantages under which he labored as a non-French associate of the French academic establishment: despite his innovative scholarship on the social functions of popular fiction, within the French university system he would always be a subordinate employee relegated to the teaching of language courses. The relatively open structure of the North American system has provided more agreeable circumstances for the foreigner, especially for the brilliant intellectual in exile from the Spanish-speaking world. Besides the existence of accessible materials such as those of the Library of Congress and the Hispanic Society, the growing Hispanic population of the United States often provides a Spanish-speaking community for the exile and the native scholar alike. But, conversely, the limited use of written English within this community often makes its intellectual production inaccessible to the greater cultural community of this country and of the non-Spanish-reading world at large. Hence the provincial and regional centrifugality of Hispanic culture itself is peculiarly repressed within the academic world of Hispanism in the United States. Within this context, younger American Ph.D.'s are often bilingual so far as speaking and reading Spanish are concerned, but incapable of writing either literate Spanish or literate English. This contributes to the increasingly marginal academic status of Hispanism within the North American university.

One of the recurrent topics of discussion at the Minnesota conference was the matter of "the canon". The various possible meanings of this term were never made clear. We must, I think, distinguish primarily between (1) the literary works included in the various national programs of public instruction, and (2) the materials which we as scholars use and try to analyze from a formal and or sociohistorical point of view. There is, of course, considerable overlap between the instructional canons of Mexico, Argentina and Spain, let us say, and the body of data and material (literary, linguistic, archival) which we study as Hispanists in the

United States. Instructional programs in literature are seldom exclusively Hispanic: there is often "literatura universal" (Homer, Saint Augustine) and "literatura europea" (Dante, Baudelaire), in translation, as well as Spanish literature (*Don Quijote*, *La vida es sueño*), Latin American literature (*María*, *Azul*, Borges), and national literature. This disparate assortment of texts is usually taught as a uniform set of transhistorical monuments of literature, an imaginary museum; as such it provides a cultural point of reference, and of departure, for students and scholars alike. The scholar may be interested in studying the cultural origins and functions of such canons, as taught within each nation at the level of the secondary school and of the university; but she/he will also want to do research on the historical origins of each work, the socio-economic context of its production, which always includes non-literary and ideological factors, and its process of incorporation into the canon.

Another recurrent topic of discussion in Minneapolis was the social function of the Hispanist as someone engaged in a more or less radical practice. It was immediately obvious that here one must distinguish clearly between direct participation in Nicaragua or in Chile or in refugee and work camps in the United States, for example, and intellectual activity as teachers and scholars within the North American university establishment. This primary distinction inevitably involves problems of personal commitment which vary widely for the (self-) exiles from the Iberian world and for the natives of this country. Given our individual decisions to work within the capitalistic system of the United States, paying taxes for the support of Reagan's policies, John Beverley's paper provides an excellent analysis of the disadvantages, advantages and possible strategies implicit in our peculiar situation. The marginal status of Hispanism within the university has long been obvious: the great nineteenth-century scholarly traditions of Germany, France, England and the United States have only very sparse counterparts in the Spanish-speaking world (Andrés Bello, Menéndez Pelayo). But this disadvantage is to some extent offset at the present time by the growing importance of a Hispanic population in this country and by a Latin American "boom" in literary production and political activity. This pressing Hispanic presence clearly demands competent analysis by academic intellectuals worthy of the name; this challenge may well be the ultimate test of Hispanism in the United States.

Finally, there was the question of method: what are the most appropriate ways, in the 1980's, to restructure the study, in this

country, of Hispanic texts and contexts? Jean Franco's paper emphasizes a critical revolution leading us toward a semiotic reading of all sorts of texts, literary and historical, a reading that would combine discourse analysis with cultural criticism and would supersede both North American formalism and Latin American political moralizing. Franco cites as examples, among others, Josefina Ludmer's analysis of the production of social meaning in *Cien años de soledad* and Vidal's analysis of the Chilean Junta's "Declaración de principios", a text that illustrates how governments can use language and mythology to constitute subjects designed to reproduce structures of dominance. But the locus of subjectivity is everyday life; using traditional pre-capitalistic forms of popular culture, the family, or the parish, can promote resistance within a public atmosphere saturated by modern society's verbal and visual images (television, radio, *fotonovela*, comic strip), media that interact with one another in complex ways to generate social meaning. And radical feminist criticism can resist the traditional and modern manipulation of gender roles.

Elaborating upon these ideas of Jean Franco's, and narrowing our focus somewhat, we could, I believe, redefine the project of Hispanism in terms of a sociolinguistic pragmatics, closely tied to Anglo-American speech-act theory. (Here one may cite the pioneering work of Mary Louise Pratt, a Hispanist at Stanford University, and the excellent survey being published by Diana Sorenson Goodrich²). Assuming at this point the basically sociopolitical function of human language, we find that the symbolic complexity of linguistic structures can not be related directly to the relatively simple technologies of industrial production, but rather to intricate systems for the distribution of power and wealth within groups and communities. Anthropologists have shown how language in itself originally constituted the basic definitions and rules of kinship, involving the incest taboo, exogamy and endogamy. Tribal languages, in their Babelic multiplicity, serve to delimit communities by erecting barriers of xenophobic unintelligibility. Conversely, using the technology of writing, the more recent imperial languages, especially within the context of modern European nationalism, impose themselves as universal codes; Latin, as the common language of Empire, Church and early modern European culture, has recently found a successor in English as the *lingua franca* of a world-wide community.

Within each tribal, national or imperial language we can study the historical elaboration of sub-codes traditionally associated

with literary genres: epic poetry as the symbolic sublimation of military power and kingship (the *Iliad*, the *Poema de mio Cid*), for example, or modern fiction as the questioning of the epic's social function (*Don Quijote*, "Viaje al sur"). At a more basic sociolinguistic level we can study the forms of address ("the pronouns of power and solidarity": *tú, vos, usted*) as they have functioned in Hispanic languages and communities, making possible transactions reconciling the principles of courtesy and self-interest; the sociopolitical speech acts (commands, requests, threats, promises, contracts, *pronunciamientos*) which constitute the substantial web of political community; the diglossic differentiation of linguistic registers reflecting, and enforcing, a system of classes correlated with degrees of "literacy". By understanding the sociolinguistic rules of conversation and of story-telling, we will be able to analyze more explicitly the intelligibility of literary dialogue and narrative. Popular culture, for example, as reflected in clichés and *refranes*, songs and liturgies, provides elements for the composition and analysis of Ernesto Cardenal's poetry. Or the breakdown of sociopolitical community is directly reflected, and analyzed paradigmatically, in meta-speech-act dramas such as *Coriolanus* and *La Estrella de Sevilla*.³

North American Hispanism has other unique advantages, in addition to these new tools of sociolinguistic analysis. The United States is becoming the hemispheric meeting ground of the two major imperial languages of Europe. The overtly wide gap between social classes in the Latin American world, reflected by a relatively uniform standard of written Spanish, clashes ideologically with the popularism of North American social mythology and the disintegration of standard written English. English as a world-wide lingua franca and Spanish as a North American ghetto language are developing complex interactions within, and outside of, the United States. This asymmetric or diglossic relationship between the two languages and cultures can be studied better here than anywhere else.

The final question, approached but not clearly posed in Minneapolis, seems to be whether academic Hispanism in the United States, enriched by exiles and by field-trips, will be able to study in more effective ways the historic cultures of Iberia and Ibero-America, and at the same time to comprehend, and to advance with, their rapidly developing new frontiers in this hemisphere and in the world at large. As ideally exemplified in *Ideologies and Literature*, North American Hispanism may eventually be able to mediate at an adequate intellectual level

between two major cultural forces at the end of the twentieth century.

Notes

1. See Spanish version, "Tendencias y prioridades de los estudios literarios latinoamericanos", published in *Escritura*, 6 (1981), 7-19.
2. Mary Louise Pratt, *Toward a Speech Act Theory of Literary Discourse*, Indiana University Press, 1977, and Diana Sorenson Goodrich, "La crítica de la lectura: puesta al día", *Escritura*, 6 (1981), 21-74 and following number. (See also *Reader-Response Criticism*, ed. Jane P. Tompkins, The Johns Hopkins University Press, 1980.) The growing importance of *Escritura*, published in Caracas by Angel Rama, at the University of Maryland, indicates major lines of critical development.
3. On *Coriolanus* see S. E. Fish, "How to Do Things with Austin and Searle", *MLN*, 91 (1976), 983-1025. See also E. L. Rivers, "The Shame of Writing in *La Estrella de Sevilla*", *Folio*, 12 (June, 1980), 105-117.

Unas Reflexiones Finales

Juan Ignacio Fereras
Université de Paris, IV

Siempre es muy difícil, después de una reunión en la que hubo tan brillantes como interesantes intervenciones, llegar al final de la misma, para expresar las opiniones de uno; y es difícil porque de ninguna manera podría yo aquí, resumir lo que se dijo y mucho menos aún, resumir lo que sin decirlo, quedó según creo, sugerido y hasta de alguna manera, apuntado.

Creo comprender, a pesar de toda mi prudencia, que lo que nos reunía—y no se dijo—era un estado de crisis; los hispanistas nos sentimos de alguna manera amenazados y lo que es peor, esta amenaza confusamente presentida, nos hace dudar, sentirnos inseguros; de aquí la profusión de soluciones apuntadas y sobre todo, los intentos sobre un posible ensanchamiento de corpus, que por aquí llaman canon.

Empezaré, pues, por esa crisis mal definida, y empezaré por formular una pregunta: ¿estamos exactamente en crisis?, o de otra manera, ¿hay alguna amenaza que se cierna, directamente sobre nuestra profesión, sobre nuestro status de investigadores y estudiosos del hispanismo, del iberoamericanismo, del lusobrasileiroamericanismo?

De una manera general, tendremos que comprender que los humanistas no gozan de ningún privilegio en las sociedades capitalistas de hoy (ni en las otras tampoco). Los humanistas, para hablar en términos generales, proporcionaron hombres, dirigentes, etc, a las estructuras estatales hasta hace pocas décadas en Europa, menos siempre en USA donde siempre ha existido creo que una legítima prevención contra el intelectual como hombre de estado. La crisis no es, pues, exactamente una crisis de la profesión, del cuerpo enseñante, sino de todo un grupo social que tenía un peso social que ya no tiene: hoy día, por ejemplo, ningún libro, y no digamos una conferencia, pone en peligro la más pequeña estructura socioeconómica. Podríamos concluir diciendo que los

intelectuales han sido sustituidos en buena parte por los tecnócratas (técnicos más intelectualidad) y en el peor de los casos, por los técnicos (técnicos sin intelectualidad). Esto no quiere decir que no seamos necesarios, que nuestra producción social pueda ser arrojada libremente por la borda. (Es cierto por ejemplo, que la sociología puede ser transformada en otra cosa, pero la sociología existe, existirá).

Creo que de una manera o de otra, todos sentimos esta situación de crisis, pero no creo que debamos afrontarla o resolverla, poniendo en duda el objeto de nuestra profesión y ciencia.

Radicalizando un poco, podríamos sostener que existimos porque existe el objeto de nuestra profesión: funcionamos porque funcionamos en relación a un objeto hasta cierto punto bien delimitado; si las dudas que sentimos sobre nuestro status las hacemos pasar, en un proceso malsano de sublimación, al objeto de nuestra profesión, no sólo no resolveremos nada sino que perderemos hasta el sentido de la orientación.

Cierto que parece ya imposible defender un corpus—canon, que a todos se nos antoja estrecho, ideológicamente jerarquizado y que también, las más de las veces, ha sido ideológicamente manipulado. El problema no está aquí, porque de la misma manera que todos estamos de acuerdo para ensanchar constantemente el corpus, también lo estamos para aplicar al mismo, cuantas técnicas y teorías estén a nuestro alcance; el problema se sitúa un poco más allá, y consiste en que en nuestro afán de perfeccionamiento teórico y en nuestro afán de ensanchamiento del corpus, estamos a punto de perder de vista el objeto mismo, el mismo corpus.

Pongámonos de acuerdo sobre lo puede ser considerado corpus o canon; yo diría que nos encontramos ante dos lenguas, español y portugués que están en la base de todas sus manifestaciones; a partir de estas lenguas es claro que nos las habemos con literaturas, con textos...pero no con textos sino con textos estructurados, y así un discurso será un texto estructurado pero no lo será una vulgar gacetilla de periódico (¿Hay que rechazarla por ello? No, si nos sirve para explicitar otros textos más organizados, etc) De la misma manera, y siempre partiendo de las dos lenguas que definen nuestro objeto, las llamadas tradiciones orales, siempre que posean una estructura, serán también partes integrantes del objeto.

Permítaseme abrir un largo paréntesis en forma de paraguas, ante la torrencial lluvia de objeciones que acabo de suscitar en las líneas anteriores. Supongo que esta primera delimitación del corpus, ha de ser considerada como demasiado exclusiva, por eso

quisiera decir cuanto antes, que delimitar el objeto no significa quedarse en el objeto delimitado, sino volver a él constantemente; más claro, todas las mediaciones explicativas de un objeto, han de ser admitidas y hasta exigidas, pero todas estas mediaciones se han de estudiar siempre con referencia al objeto. Yo soy el primero en reconocer a este respecto, que la puesta en claro de ciertas mediaciones sociopolíticas que explicaban muy bien un novelar, me hicieron olvidar el novelar mismo. Y no creo ser una excepción: el investigador de la literatura, al conectar esta literatura con la sociedad, suele caer en investigar la sociedad.

Este problema de las mediaciones que llamaré necesarias y peligrosas, se agudiza cuando el crítico posee una visión política, o posee una ideología política bien definida.

(Y aquí, el paraguas que intento abrir ha de ser de acero)

Empezaré, como es mi costumbre, por radicalizar una posición, digamos imaginaria: el crítico utiliza su fuerza crítica a favor de un ideología política, es así un militante político, incluso un intelectual al servicio de un partido político. En este caso, nos encontraremos con una desviación del objeto mismo de estudio, con un utilizar la literatura como instrumento de la lucha de clases. No entro aquí en ninguna consideración sobre la licitud o su contrario, de tal actitud; me limito (siempre con el paraguas abierto) a sugerir que tal actitud no sólo no aparece como positiva a la hora de contemplar nuestro objeto, sino que también me parece confusa y hasta difusa, a la hora de los logros, digamos, políticos.

Si lo que se intenta es sensibilizar política e ideológicamente (¿A quién?) el corpus acabará irremisiblemente por ponerse al servicio de una ideología, será así mediación de otro objeto, nos encontraremos ante lo que llamo crítica apologética (y que entre paréntesis y sin paraguas, no se puede considerar como crítica y apenas como teoría); pero si lo que se intenta es enseñar—y seguimos siendo docentes—que nuestro objeto también puede ser alcanzado por medio de una serie de explicaciones político—ideológicas, la crítica resultante me parece positiva, favorable.

En una palabra, creo que el corpus, el objeto, ha de servirnos siempre de obligado punto de referencia y también de crítica.

Al crítico politizado o militante, tarde o temprano, ha de imponérsele la necesidad de radicalizarse; habrá de situarse, ponerse en situación, buscar la máxima eficacia; entonces, a mí no me extrañaría que muchos de nosotros desertaran las universidades capitalistas en las que "servimos", para correr a enrolarnos, por ejemplo, en las universidades de los países en revolución o con un estado que ya juzgamos revolucionario.

Esta "solución" que exagero bien voluntariamente pero también dolorosamente, se agudiza cuando nos enfrentamos con colegas expulsados o perseguidos, con los colegas del exilio; para estos colegas, la lucha política parece imponerse por sí sola, porque se están jugando exactamente su destino personal, su estatuto de intelectuales desplazados; aquí, es claro que el objeto referente, que el corpus, tiende a desaparecer casi por sí solo, ya que las mismas circunstancias se han encargado de separar esa dicotomía unida que yo intentaba salvar por todos los medios, me refiero al objeto-profesión o al corpus-status.

No sé ni se me ocurre nada, desesperadamente nada, que decir ante el problema del exilio; puedo recordar el largo exilio español, que empezó en 1939 y que separó de un modo definitivo, a exiliados y a no exiliados; puedo recordar las tristes reflexiones de un Max Aub, que treinta años después vuelve a España y escribe ese testamento del exiliado, que se titula *La gallina ciega*, y que de ninguna manera recomiendo leer a los nuevos exiliados. Puedo recordar pero prefiero no hacerlo, porque no me parece justo caer en analogías que deseo inexistentes.

Queda el corpus, siempre el corpus, y el estatuto de investigador y docente; queda también la necesidad de combatir contra una crisis ganando peso y estatura en nuestra profesión, y por descontado, en la sociedad que nos ha tocado vivir (sean las que fueren, nuestras opiniones sobre esta sociedad) El corpus ha de ensancharse, ha de fortificarse y extenderse, y en esto estuvimos todos de acuerdo, aunque, quizás nos olvidamos, que no otra cosa han hecho los críticos e investigadores de todas las épocas y de todas las naciones; poseemos nuevas visiones del mundo y nuevos aparatos críticos, podemos servirnos de todas las disciplinas que nos rodean pero que también nos limitan el corpus, porque todos admitimos la interdisciplinaridad, aunque a veces nos olvidemos que sólo somos especialistas de un sólo campo, de uno solo.

Fortificar el objeto es necesariamente fortificar nuestro estatuto, por eso ante una crisis, supuesta o no de nuestra profesión, debemos responder no por trasvasar esta crisis al corpus, sino por revigorizar el corpus, dando por supuesto que al hacerlo, estamos revigorizando nuestra profesión.

Resumiendo:

A lo largo de estas horas, a veces apasionadas, creí observar un *peligro* mayor y una *ausencia* dolorosa.

En cuanto al *peligro*: hemos jugado demasiado con la literatura y con la lengua, sobre todo con la literatura; hemos creído que la literatura era esa simple superestructura que había que analizar

como tal, y también destruirla como tal; hemos buscado tantas mediaciones sociales a la literatura que ésta, al final, no era nada o era bien poca cosa. Y hora es ya de decir que lengua y literatura, son las dos caras de nuestro objeto, de nuestra profesión y supongo que también de nuestra vocación.

En cuanto a la *ausencia*: ni una sola vez se nos ocurrió a ninguno de nosotros hablar de los estudiantes, del estudiante, de sus necesidades, de sus aspiraciones; todo ocurrió como si los que allí nos reunimos, estuviéramos tan por encima de los estudiantes, que éstos se habían perdido en la distancia. Sin embargo, convendría recordar que no sólo somos investigadores sino también profesores, docentes, que nuestra labor consiste en suscitar una reflexión crítica sobre nuestro corpus y sobre la realidad en general; también debemos recordar que ninguna posición crítica puede ser exclusiva, que el estudiante ha de saber no solamente nuestra posición (ideológica, política, religiosa, gramatical, es igual) sino también que existen otras posiciones y otras críticas; mi idea, pero quizás aparezca yo ahora como un retardatario, es que el profesor es ante todo un maestro de humanidades, que enseña a reflexionar y que enseña sobre todo a combatir todo dogmatismo; sigo creyendo que la educación sirve para mejorar al hombre (sin olvidar al viejo Carlos, claro; también el educador ha de ser educado) y que trabajar con la juventud (y esto va a sonar a campanas de pascua) es también preparar un mundo mejor.

No concluyo porque prefiero guardar intactas mis ilusiones.

Re-Reading the Hispanic Literary Canon: The Question of Gender

Constance A. Sullivan
University of Minnesota

"Chercher les femmes," newly interpreted, is more or less what the critical establishment not entirely accurately believes to be the goal of feminist literary criticism. By this they mean that what feminist critics do in literary studies is the marginally relevant task either of rediscovering "lost" creative works—novels, plays, poetry, essays, letters—written by women, or re-evaluating known works by women in order to claim for them their proper place in the list of "sacred texts" that form the critically accepted canon of literary products in a specific national cultural tradition and ultimately in world culture. Indeed, both approaches have been successfully used. The first approach is a kind of scholarly detective work *cum* descriptive analysis and suffers from real practical limits due to the undeniable loss of many texts over the centuries (as had occurred with male writers' texts, of course), and the inability or even unwillingness of literary women to reach the point of publishing their writings, because of societal pressures or forces that impeded, prohibited, or frowned on their spending time and effort in writing, or to women's own reluctance to break with the prescribed gender role for females by taking an active part in the private or public aspects of literary creativity. Even if they exercised their talents, and who knows how many found it impossible to do so? Women often believed it effectively necessary to publish under a pseudonym—our Hispanic model in this practice was Fernán Caballero—or to use the name of a male relative like an uncle, a brother, or a husband, thus sometimes enhancing with their work the reputations of men.¹ There has been useful re-examination by feminist scholars and critics of known, even sometimes, renowned women authors and their works. In the realm of Hispanism, where until the twentieth century there were extremely few female writers who published

and reached the status of recognized figures, this emphasis entails the risks both of repetitiousness by critics who find themselves constantly dealing with the major, or already validated, women writers like Emilia Pardo Bazán, María de Zayas y Sotomayor, María Luisa Bombal, Rosario Castellanos and their restricted sisterhood in the tradition, and of the possible exaggeration—real or perceived—of the worth of some of the writers and texts involved due to the critic's ideological fervor.

A third scholarly interest of contemporary feminist students of literature, perhaps the most ignored or even feared, promises potentially more valuable results for Hispanic studies: the re-examination of the entire literary canon from a feminist perspective and with feminist consciousness. This re-reading proposes to go much further than the commonly-seen and sometimes astonishingly anti-feminist catalogues of female characters, and beyond the "Images of Women in..." studies that have been critical commonplaces for generations and have become in the past few years a quite fashionable thematic focus for conferences and published anthologies of critical essays.² Re-reading the whole literature of Spain and Latin America from a feminist perspective and with sure knowledge of the now-massive and complex corpus of feminist theory also reaches far beyond the elucidation and reiteration of certain male authors' texts in terms of their misogyny or their defense of women.³ Needless to say, the study of the fear and hatred of women that many Hispanic writers have explicitized in fiction, poetry, drama, and essay has proved to be a useful place to start for feminist analysis, and Hispanists cannot help but read differently Fray Luis de León's *La perfecta casada*, for example, or Cervantes' *Novelas ejemplares* and *entremeses*, or Galdós' *Lo prohibido* and *La desheredada*, or Cortázar's *Rayuela*, after exposure to feminist scholarship on Western society's misogyny such as that of Marina Warner in *Alone of All Her Sex: The Myth and the Cult of the Virgin Mary* and Kathryn Rogers' *The Troublesome Helpmate: A History of Misogyny in Literature*.⁴ Groundbreaking historical analyses like these point out the ironic complexities of misogyny: that male writers' idealizations of women (as in courtly love) and "defenses" of women most often merely comprise the other face of a generalized male disparagement of women, and that both faces of the phenomenon perpetuate the preference in male-oriented Western culture to conceptualize women as Other, and always less than any man.⁵

The conviction that underlies the new feminist re-reading of the Hispanic literary canon is that consideration of gender must be an

essential aspect of all authentic intellectual inquiry that aspires to accuracy and completeness. Ideologically, that conviction is a denial of the traditional belief that maleness equals humanness, that male values are human values, that male projects and methods are the only legitimate activities for all human beings. Feminists question the multiple facets of maleness or virility as a structuring orientation for society, and they proceed to analyze closely the masculinist discourses that both express and modify a society's manner of being and self-concept.⁶ As to particular methodology, the feminist approach is not *parallel* to current critical theoretical schools of thought, it is *part* of all of them. Feminism in literary criticism is diverse: there are psychoanalytical feminists, Marxist feminists, feminists who discuss semiotics, deconstruction, and all the other post-structuralist theories. But what informs all of their work is the constant awareness of the functions of gender, in society and therefore, in literature. When male or female feminists study a literary text, an author, or a literary movement or historical period, they consider the gender identification (sex-role orientation, more than mere sexual identity) not only of the writers in question, but of the fictional characters, of the narrative discourse, and of the real and potential readers, including themselves. This concentration has drawn feminist attention to reader-response theory (*Rezeptionästhetik*), where they have discovered that most of the male theorists and critics of reader response ignore or belittle responses to literary texts by female readers (Norman Holland's *The Dynamics of Literary Response* is a clear example of this as are the several studies by David Bleich; most European theorists are blithely unconcerned about the issue of gender in readers, regarding the male reader's response to be paradigmatic).⁷ Feminists view the pioneering study by Louise Rosenblatt, *Literature as Exploration* (1937),⁸ as more even-handed; her work was forgotten for a generation until her emphasis on the specific context of the act of reading came into critical and theoretical fashion in the late 1960s. Judith Fetterley's *The Resisting Reader: A Feminist Approach to American Fiction*⁹ exemplifies the sort of critical perceptions and analytical conclusions that can be reached when a text, or in her case a selection of texts representative of a tradition of literature written by men, is studied by someone with feminist awareness of gender as structuring principle in the context of reading.

Reading in context compels us to ask all the questions of who, what, where, how, and why, of the production as well as of the reception of the literary work. The clearest and least naive way to

answer these questions is by means of interdisciplinary research that entails the study of history, philosophy, anthropology, sociolinguistics, psychology, sociology, political science, economics, folklore, literary history, and the history of literary criticism. This is an ambitious endeavor, and one that cannot be accomplished in a day. Therefore, just as not all women are feminists and not all female critics are feminist critics, not all feminist criticism is interdisciplinary at present, and some of it is marred by the same ideological intensity that colors non-feminist criticism where the (male) critic has an idiosyncratically-determined bone to pick regarding censorship, political exile, or capitalist abominations. However, the many new contributions to all intellectual disciplines by feminist scholarship provide constant reminders to the literary critic that she or he must question all prior assumptions and received critical opinion while trying to discover and interpret the true dynamics of the various discourses of a culture, be they of today or of the past, the narratives of an elite or the oral narratives of daily life.

Here are some briefly-sketched examples of what I mean. The idea of the Christian Reconquest of the Iberian peninsula as a purely male project, which is the way it is presented in the *Poema del Cid* and epic fragments from the medieval *romancero*, is cast in a new light by the work of social historians who in recent years are revealing the vital role of women in the urgent repopulation effort that was the only route to holding the territories regained from Muslim rule.¹⁰ The point of interest to feminist critics is not the figure of Doña Jimena as the Cid's long-suffering wife, nor the casual sadism of the rape and battering of the Cid's two daughters by the Infantes de Carrión, but the super-valuation in Spanish epic poetry of the military and political exploits of a male hero who was very probably viewed as a dreaded presence by the common folk of the towns and hamlets the Cid and his men pillaged on his way to riches and the king's renewed favor.¹¹ Feminists are also intrigued by the curious cultural transmutation of the figure of Don Juan Tenorio in Tirso's version of his life, deeds, and death in *El burlador de Sevilla*, into the Spanish and Western cultural stereotype of The Seducer of Women, when the play itself seems to show Don Juan as an abuser of male laws, male authority, and male privilege; the women in the play by Tirso serve only as Don Juan's vehicles for an assertion of his personal autonomy outside law and custom and his absolute refusal to show submission to any other male. That transmutation of Don Juan may have as much to do with European Romanticism's aggrandizement of the solitary, self-absorbed, "tragic" male figure as with the prevailing ideology

of seventeenth-century Spain and the theater's function in reaffirming the hegemony and power of the elite class. One of those self-pitying Spanish Romantics was Espronceda, whose "Canto a Teresa" in *El diablo mundo* represents for feminists who read in context one of the Spanish literary canon's most alienating examples of sadistic detachment from individual responsibility.¹²

Feminist scholars perceive clearly that there are values, attitudes, structures of socioeconomic and political precept and activities, and an ethos in Hispanic societies that are male, and they assert that the very maleness of that ethos pervades all the discourses of Hispanic culture, whether they have been sacralized in the literary canon yet or not. Marxist scholarship has shown that while it is difficult, it is not impossible for people to begin to question the assumptions of their own culture, but Hispanists have not yet begun to question on a wide scale the male assumptions of Hispanic culture. Outsiders for whom specific cultural phenomena are not unconsciously "natural" currently seem more able to achieve the necessary distance. Symbolic anthropologists, so far still predominantly foreigners (anthropology itself is a very new discipline in Spain), have begun to decipher some images and rituals of Spanish maleness from which literary criticism can learn, like Stanley Brandes' *Metaphors of Masculinity: Sex and Status in Andalusian Folklore*.¹³ I am not aware of any symbolic anthropological or ethnographic study of Spain that examines female language and self-image in relation to daily life and social process as Yvonne Verdier does in *Façons de dire, façons de faire: La laveuse, la couturière, la cuisinière* for a southern French village.¹⁴ Sociolinguistics and linguistic and symbolic anthropology are fields that consider analytically all verbal expression within detailed and explicit contexts, and feminist theory and research have made significant new contributions to those disciplines in the past decade. So far there is little work that refers to Spain except several excellent articles by James Fernández and Susan Harding, both of whom are American anthropologists.¹⁵ As more studies of male and female verbal patterns emerge, literary critics will be able to see better the verbal structures in narrative discourses as strategies of male and female language, perhaps no longer in the damning-with-faint-praise mode that automatically slighted women's literary language and thematic emphases while lauding those of men.

The feminist challenge to Hispanic literary criticism involves centrally the issue of the critic's remembering the structuring principle of gender, in the production of the literary or cultural text, in the reading of those texts, and in their interpretation. To

lift familiar phrases coined by Wayne Booth,¹⁶ we must ask ourselves about implied authors and implied readers always in the context of real authors and real readers in real sociohistorical circumstances. When the reader/critic is no longer necessarily male or masculinist, the reading/act of criticism is different, and thus, the fictional text is not the same. If the texts themselves, no matter how long they have belonged to the sacred list or the canon of literary works, are changed by new reading, the canon itself becomes a different entity. In literary criticism, feminism, by definition, alters the canon. In their consciously feminist re-reading of the canon, critics ask new questions of literature and of the profession of criticism. The challenge to the canonical fathers is that they end the marginalization of feminist thought and begin to share the new discoveries, discoveries not only of lost women writers or of unperceived values in known writings by women, but of the nature and implications of the pervasiveness of exclusively male discourse in what purports to be a culture made up of Hispanic males and females.

Notes

1. The contributions to literary scholarship by María Goyri, wife of Ramón Menéndez Pidal, were by the latter's admission much greater than several studies she published under her own name: she helped him in data-gathering, conceptualization, and even the writing of his books. See Antoñina Rodrigo, *Mujeres de España (Las silenciadas)* (Barcelona: Plaza y Janés, 1979). Gregorio Martínez Sierra's wife wrote many of his theatrical pieces, according to Patricia O'Connor, and Germaine Greer has studied the problems faced by women artists in history.
2. Some examples are Salvador Madariaga, *Mujeres españolas* (Madrid: Espasa-Calpe, 1972); Thomas Hanrahan, *La mujer en la novela picaresca española* (Madrid: Porrúa, 1967); Melveena McKendrick, *Woman and Society in the Spanish Drama of the Golden Age: A Study of the "mujer varonil."* (Cambridge: Cambridge University Press, 1974).
3. This is the essence of an early work by María del Pilar Oñate, *El feminismo en la literatura española* (Madrid: Espasa-Calpe, 1938).
4. *Alone of All Her Sex: The Myth and the Cult of the Virgin Mary* (New York: Alfred A. Knopf, 1976); *The Troublesome Helpmate: A History of Misogyny in Literature* (Seattle: University of Washington Press, 1966).
5. Anthony van Beysterveldt, "Revisión de los debates feministas del siglo XV y las novelas de Juan de Flores," *Hispania*, 61, no. 1 (March 1981), pp. 1-13, points out, regarding the fifteenth-century *Jardín de nobles doncellas* of Fray Martín de Córdoba and Luis Vives' *Instrucción de la mujer cristiana*, "Vemos, pues, en [estas] dos obras 'profeministas' unas ideas sobre la inferioridad de la mujer respecto al hombre que son idénticas a las que encontramos en los escritos antifeministas de la época. La única diferencia reside en la actitud más compasiva y paternalista de los 'defensores' como opuesta al propósito deliberadamente agresivo y denigrante de los detractores de la mujer."
 Still the basic text on woman as Other is the pioneering book by Simone de Beauvoir, *The Second Sex*, translated and edited by H.M. Parshley (New York: Alfred A. Knopf, 1952).
6. Feminists were early in the study of Spanish popular culture in terms of its functions in socializing females into proper behavioral and attitudinal roles. See José Antonio Rodríguez, *El "Comic" femenino en España* (Madrid: Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1975).
7. Norman Holland, *The Dynamics of Literary Response* (New York: Oxford University Press, 1968); David Bleich, *Readings and Feelings: An Introduction to Subjective Criticism* (Urbana, Illinois: National Council of Teachers of English, 1975) and *Subjective Criticism* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1978); Wolfgang Iser, *The Implied Reader: Patterns of Communication in Prose Fiction from Bunyan to Beckett* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1974), and *The Act of Reading: A Theory of Aesthetic Response* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1978); Hans Robert Jauss, "Theses on the Transition from the Aesthetics of Literary Works to a Theory of Aesthetic Experience," in *Interpretation of Narrative*. Edited by Mario J. Valdés and Owen J. Miller (Toronto: University of Toronto Press, 1978), pp. 137-147.
8. *Literature as Exploration*, reprint edition (New York: Noble, 1968).

9. *The Resisting Reader: A Feminist Approach to American Fiction* (Bloomington: Indiana University Press, 1979), analyzes individual novels in terms of their narrative strategies rather than their sociohistorical context. See also the brilliant study by Sandra Gilbert and Susan Gubar, *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination* (New Haven and London: Yale University Press, 1979).
10. See Heath Dillard, "Women in Reconquest Castile: The *Fueros* of Sepúlveda and Cuenca," in *Women in Medieval Society*, edited by Susan Mosher Stuard (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1976), pp. 71-94, and David Herlihy, "Land, Family, and Women in Continental Europe: 701-1200," also in Stuard, pp. 13-45.
Social historians, carefully basing their inferences on documentation, are proceeding to correct the bias toward descriptions of the elite classes and dependence on literary works as primary sources that make untrustworthy earlier work like that of Marcelin Defourneaux, *La vie quotidienne en Espagne au Siècle d'Or* (Paris: Hachette, 1964) and José Deleito y Piñuela, *La mujer, la casa y la moda (en la España del rey poeta)* (Madrid: Espasa-Calpe, 1946). Bartolomé Bennassar, *L'Homme espagnol: Attitudes et Mentalités du XVIe au XIXe siècle* (Paris: Hachette, 1975) is an improvement, but is biased toward men and is strangely documented at times.
11. Ann Pescatello, *Power and Pawn: The Female in Iberian Families, Societies, and Cultures* (Westport, Conn.: The Greenwood Press, 1976) asserts that Iberian culture's traditional insistence that females be kept within doors and out of the public eye, indeed the whole attitude toward female behavior, had nothing to do with Muslim influences, but was the result of the turmoil and danger caused by the almost constant warfare of the Middle Ages. She repeats this view, which is unsupported by convincing documentation in both cases, in "Latina Liberation: Tradition, Ideology, and Social Change in Iberian and Latin American Cultures," in *Liberating Women's History: Theoretical and Critical Essays*, edited by Berenice A. Carroll (Urbana, Ill.: University of Illinois Press, 1976), pp. 161-178. For a different view from a social historian, see Pierre Guichard, *Structures "orientales" et "occidentales" dans l'Espagne musulmane* (Paris: Mouton, 1977).
12. Concha de Marco, *La mujer española del romanticismo*, 2 vols. (León: Editorial Everest, 1969) contains a biographical sketch of Teresa Mancha and her relationship with Espronceda.
13. *Metaphors of Masculinity: Sex and Status in Andalusian Folklore* (Philadelphia: The University of Pennsylvania Press, 1980).
14. *Façons de dire, façons de faire: La laveuse, la couturière, la cuisinière* (Paris: Gallimard, 1979).
15. James W. Fernández, "Syllogisms of Association: Some Modern Extensions of Asturian Deepsong," in *Folklore in the Modern World*, edited by Richard M. Dorson (The Hague and Paris: Mouton, 1978), pp. 183-206; Susan Harding, "Words and Women in a Spanish Village," in *Toward an Anthropology of Women*, edited by Rayna R. Reiter (New York: Monthly Review Press, 1975), pp. 283-308; Susan Harding, "Street Shouting and Shunning: Conflict Between Women in a Spanish Village," *Frontiers: A Journal of Women Studies*, III, no. 3 (Fall, 1978), pp. 14-18.

Robin Lakoff, *Language and Women's Place* (New York: Harper and Row, 1975) inspired a great deal of sociolinguistic research on the gender of language. See Barrie Thorne and Nancy Henley, editors, *Language and Sex: Difference and Dominance* (Rowley, Mass.: Newbury House Publications, 1975); Janet Todd, editor, *Gender and Literary Voice* (New York and London: Holmes and Meier, 1980); B.W. Eakins and R. Gene Eakins, *Sex Differences in Human Communication* (Boston: Houghton-Mifflin, 1977); and Annette Kolodny, "A Map for Rereading: Or, Gender and the Interpretation of Literary Texts," *New Literary History*, II, no. 3 (Spring 1980), pp. 451-467.

16. *The Rhetoric of Fiction* (Chicago: The University of Chicago Press, 1961).



Canonical Questions

Ronald W. Sousa
University of Minnesota

One of the principal areas of discussion at the Workshop of April 9-10 involved the question of a "canon" of Spanish peninsular literary studies. The existence and/or function of such a "canon" was contrasted—in different ways—to roughly parallel operating features of Spanish-American and Luso-Brazilian studies. Regarding the latter contrast I spoke on more than one occasion. As a result, it was suggested that I explore the question, as I see it, in writing. I have chosen to follow up on that suggestion because the question has, to my knowledge, never before been treated in print and because I feel that it contains a set of important conceptual problems. I set my views forth abstractly, for brevity's sake, sincerely hoping that, intended as neutral, analytical observations, they will be accepted in that way.

Let me begin by establishing a focus through definition of terms. For some of the Workshop participants, if not most, 'canon' seemed to signify 'literary texts', 'primary sources' (hereafter, "textual canon"), and much discussion centered on "widening the [textual] canon" to include types of texts not now considered "canonical"—serialized narrative, oral-cultural forms not normally studied, and so on. The discussion also touched on the degree of "consecration" of certain texts, on, then, the contours of the textual canon. The issues are important ones but not, in my view, key to the overall question. Moreover, it is my view, elsewhere expressed, that in our area of inquiry primary focus on the "object of study" almost always diverts attention away from fundamental problems. A second implication of the word "canon"—usually subordinated to that suggested above—also circulated around the conference table: one denoting critical tradition and practice. Used in this sense 'canon' implies 'a "canonized" critical tradition', complete with masters within the tradition, modes of procedure, both critical and social, expected of participants, and so on. It is with this sense of 'canon' (hereafter,

"critical canon") that we reach key issues. The presence of that critical canon, it seems to me, enforces a relatively tight "grammar" of professional Hispanism, and it is through contrastive examination of that "grammar" that key issues can be joined. It is there as well that the question of "canonized" texts is most easily approached: they are texts marked as important by the working of the critical canon, singled out by it more because of its contours than by their nature as texts. Hence their secondariness in the question but importance for it. (These observations apply to the present situation. As I understand it, the "canonization" of some texts dates from the early nineteenth century, and their existence as canonized texts marks both the contours of general European literary history and also those of the Hispanic branch of that history. The critical canon to which I here refer is the product of events from the late nineteenth century to the decade after the Spanish Civil War, by means of which an entire national textual canon was generated from the methodological and interactional concepts that constitute the critical canon.)

Let me, an outsider but one who comes repeatedly into contact with the practice of Hispanism, endeavor to give an idea of how I perceive the working of that critical canon. The first and most obvious area is the institutional one: the structuring of inquiry in the field. I have always envied the amount of debate that exists in the Hispanic field. A new approach to interpretation of, say, García Lorca's plays first of all likely sets itself in detail against what has been done before on the subject and then is subjected to detailed critical scrutiny by other practitioners in the area. By contrast, in Luso-Brazilian criticism (to the extent that one can speak of a "Luso-Brazilian" criticism; they are different fields, though perhaps with a slightly greater critical and procedural commonality than the parallel Spanish-Spanish American relationship), the first of those processes is simply not usually felt to be necessary to any parallel extent, nor is the second practiced to the same degree, in part simply because of the numbers of people in the field. The divergence produces divergent problems. It is often more difficult for the Luso-Brazilianist to conceive of the place a given critical piece occupies in the critical panorama, to categorize it correctly, and to react to it with adequate sophistication in the relative absence of the mechanisms described above. In my view, the field suffers somewhat both in preciseness and in overall quality as a result.

The same set of contrastive elements, however, presents a completely reverse dimension as well, for it seems to me that the institutionalized scrutiny of Hispanism has implications that, if

not prescriptive, at the very least have a strong "socializing" force. The fact that one must adduce present work on a subject and argue one's place within it, while far from negative in and of itself, has tended, I think, to produce (or to reflect, I cannot be sure) a relatively undynamic process of inquiry: options tend to be reduced to a combination of methods at hand or at best extrapolations from them, and therefore the trajectory of Hispanic criticism is slow. Large critical leaps are difficult to make, are usually the result of infusion from outside the critical practice of the field, and are sometimes proscribed as a result. Let me give examples that come immediately to mind. As regards the matter of slow critical trajectory, I have just read a recent Ph.D. dissertation, written at a major American university and signed by several well-known Hispanists, on the *romancero*, its production, forms of texts, and related collection practices. Nowhere in the dissertation is there mention of either Alfred Lord or Milman Parry, let alone of the continuers of their work; nor do their names appear in the Bibliography. By contrast, Menéndez Pidal appears repeatedly. Virtually needless to say, the dissertation, while a very good one in its own terms and a definite addition to its research area, was methodologically outdated when written—and a chance to energize an area of Hispanic research was thus lost. Another example, this time one of canonical proscription, involves *Historia social de la literatura española* by Carlos Blanco Aguinaga, Julio Rodríguez Puértolas, and Iris Zavala. I have met few people yet who like the study. And each has his or her reasons for dislike—which usually break down to the study's "failure" to apply the expected set of critical adjectives to that person's special object(s) of study. Occasionally, amid the gamut of negative adjectives, come the tags "poorly done," "sloppy." I should first confess that I think that, in its own terms and within the goals it set out for itself, *Historia social* is good, and, even more important, that its publication represented a vitally necessary injection into Hispanic criticism. I have no qualms about characterizing the response to it as one of canonical proscription: faced with this new study, Hispanists by and large have refused to entertain its radically different point of view with regard to objects upon which they, from within the unfolding critical canon, have already affixed authoritative labels. *Historia social's* postulations and critical reaction do not even meet; they merely bypass.

In this sort of situation, matters would have been quite different in Luso-Brazilian criticism, where, for example, such modally different works as António José Saraiva's *História de Cultura em Portugal* (especially Volume 3), and Jacinto do Prado Coelho's

Dicionário de Literatura or Massaud Moisés' *A Literatura Portuguesa* coexist in Portuguese studies, as do the works of say, Antônio Caíndido and Otto Maria Carpeaux in Brazilian. (An aside: it is noteworthy, and may be important for my concept of the rigidity of the Hispanic critical canon, that all of the above names, indeed most of the practitioners of Luso-Brazilian criticism of lasting influence, function in, or in close connection with, Portugal or Brazil, while the bulk of the practice of Hispanism, and its "canonical" force, even today are to be found in connection with the United States and England.) If one of the key works of one of the Luso-Brazilian critics listed above had just appeared, another of those critics might well have initiated a polemic (though it might well have been more oral and/or inferential than written and/or direct) but the works of both would likely appear in, say, dissertation bibliographies—unfortunately, possibly with their methodological disparity going insufficiently analyzed.

Several further implications derive from the above characteristics of practice in the Hispanic area. One involves a tendency to compartmentalization that is a part of it—i.e., there are specialists in Unamuno, Calderón, and so on who do little save that subject. To be sure, there are areas of inquiry more highly compartmentalized (English literary criticism being perhaps the prime example), but, coupled with the aforementioned lack of critical dynamism in the Hispanic system, that compartmentalization stands in the way of—indeed, militates strongly against—the individual critic's conceiving problems anew, reaching overarching conclusions, and so on.

Another set of implications involves individual "schools" and practitioners. In Hispanism, one speaks of the "schools" of Dámaso Alonso, Américo Castro, and others; indeed, the influence of those bodies of critical precept—divergent but not greatly so—is still felt strongly today. Individuals educated by one or another of these masters, and within the Hispanic canon, clearly find it intellectually and psychologically difficult to extricate themselves from those coordinates, even while seeing a need to do so. Several of the "professional biographies" recited at the Workshop were revealing of exactly that predicament. The reverse of the coin is equally true, for Hispanism has traditionally placed great weight on the position of the "master" in the tradition and there is considerable pressure for someone who is well established in the field to seek to be, functionally, the new Américo Castro. Indeed, lineages of practitioners are regularly recited. I can honestly say that, until I came into daily contact with Hispanic practice, I had never before heard the phrase "he/she is a student of _____." I

found it strange when I first heard such phraseology, for it both indicated a triangularization within the field of which I felt myself incapable and also a labelling of individuals that, initially, repelled me. I almost felt obliged to respond: "According to that logic, I am the product of _____, but we disagree on politics, on critical methodology, on . . ." That is not to say that there is not, in the Luso-Brazilian area, a push to take up status as "master"—most especially in Brazil and Portugal, where the disciplines are more centered, that in the United States, England, or elsewhere. The normative force of that push, however, is mitigated by the smallness and relative critical openness of the field. As far as schools are concerned, the last Luso-Brazilian "school," parallel in configuration to those alluded to in Hispanism, was probably the Romantic-Positivist Historicist school of Fidelino de Figueiredo, which was transferred from Portugal to the Universidade de São Paulo in Brazil after the military coup of 1926. Its impact, both intellectual and structural, is still to be felt at U.S.P., to be sure, but only as a relatively distant force.

These remarks, intended to be brief, have already run further than I anticipated. I shall conclude here by expressing the hope that my meditation has helped shed light on what I see as a thorny intra-disciplinary problematic. I must confess that for me the remarks at the workshop, coupled both with my own prior puzzlement in some areas and also with this subsequent opportunity for reflection, have enabled me to focus many issues better than I was able to before. Not the least of these issues, unfortunately, involves the many difficulties in some forms of collaboration between Hispanists and Luso-Brazilianists. As interaction during the Workshop amply evidenced and the foregoing remarks attempt to analyze, the two disciplines do not constitute their fields of study in comparable manners. That fact leads to a number of problems. From the Luso-Brazilian's point of view, the primary one is impatience when dominant lines of discussion do not correspond to questions of importance for his or her field. On the part of the Hispanist, practitioner in the larger and more insular discipline, perhaps expectably, there is a tendency to minimize divergences, in essence to see the Luso-Brazilian field as congruent to his or her own. Clearly, it isn't.

Literatura Latinoamericana y Luso-Africana

Trends and Priorities for Research on Latin American literature(*)

Jean Franco
Columbia University

Literary criticism is not what it was, both because a heterogeneous group of philosophers, anthropologists and political thinkers (Derrida, Foucault, Althusser and Levi-Strauss) have affected its basic categories and also because the reading of texts in order to understand *how* they mean is now of interest to political philosophers, anthropologists and historians as well as to literary critics. In fact we are now seeing the emergence of cultural criticism and discourse analysis which goes far beyond the study and evaluation of a small number of canonized literary texts and which also questions the reasons why certain texts come to be evaluated as "literary." I want to begin, however, by describing how this convergence of disciplines took place and what it implies for trends and priorities for research.

Traditionally there has been a difference between the literary criticism practiced in the U.S. and in Latin America. The kind of close textual reading practiced in North American universities did not arouse widespread enthusiasm in Latin America except among a specialized group of scholars who studied "estilística". Instead, Latin American criticism tended to be ethical, demanding sincerity of writers and adhesion to national and liberatory goals and to the cause of the poorer classes. In the sixties, this ethical criticism became centered on the question of the writer's responsibility. As against the chilling silence of U.S. academe that surrounded any attempt to speak of the relationship between literature and the social, the Latin American Left started from the

*Prepared for delivery for meeting on "Trends and Priorities for Research on Latin America in the 1980s", sponsored by the Latin American Studies Association and the Latin American Program, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Smithsonian Institution, Washington, D.C., May 1-2, 1981.

assumption that the world was in a crisis situation, on the brink of a great popular revolution; they thus demanded the immediate adhesion of writers in a manner that often implied their destruction as writers. They were urged to take up their guns and go into the hills or engage in "trabajo productivo". Meanwhile, in the U.S., there was a considerable technical development in literary criticism, much of it stemming from French structuralism. Structuralism's emphasis on the "autonomy" of the literary text and its systemic character seemed to offer a technology if not a science of literature. The study of literature was thus reaffirmed as a safe occupation for literary engineers whose only wish was to tinker with the parts. In Latin America, with the triumph of military regimes, this insistence on the autonomy of the text proved a safe alternative to Marxist and sociological criticism. At the same time, much structuralist and post-structuralist criticism was plainly more insightful in considering contemporary texts than traditional Marxist criticism. Borges, regarded as a "reactionary" writer by the Left was, indeed, a paradigm of literary production for many French critics. His fictions, designed to foreclose old-fashioned kinds of reading, the kind of reading in which the reader has to draw on personal experience in order to position himself or herself according to the orientation of the poem or narrative, destroy the possibility of this kind of reading (which realist narrative encourages) and instead forces a re-reading or a second reading which focuses on the tricks and traps, the illusions of the writing and reading processes themselves. At the same time, his fictions abstract the reader from any contact with the everyday life and affirm reading and writing as solitary practices, indeed as solaces made necessary by the random and purposeless character of social life. Borges's fictions thus become very powerful machines which lend credence to the structuralist/formalist claim for the "autonomy" of the literary text and its freeing of language from social determinants, whilst at the same time, they resist naive ethical readings.

Yet structuralism and post-structuralism had also increased the general resources of literary criticism and hence potentially, at least, they offered new possibilities for socio-criticism. To give a few examples—whereas literary criticism used to study tropes, figures of speech and devices such as alliteration, to show the originality or effectiveness of someone's style, structuralist and post-structuralist criticism showed how the organization and cohesion of texts came to be constructed on a multiplicity of levels, from the phonemic to the syntactic and lexical patternings. Narrative was no longer simply considered in terms of plot, theme,

character and point of view, but in terms of narrative codes or strategies which account for the way we are lured on by enigmas, parallels and anticipation.¹ Questions of order, duration, frequency, mood and voice have become increasingly important.² Critics are also now interested in the way texts establish shared repertoires between narrators and readers and in the use of spatio-temporal *deixis* (i.e. the way the temporal and spatial perspectives of the utterance is established), in symbolic and semantic structuring,³ in the way texts constitute ideal reading positions⁴, and in the phenomenology of reading and interpretation⁵, or in the way readers decode texts in different ways.⁶

That socio-criticism could usefully take into account textual conventions, strategies and structures only began to be realized fairly recently. The abrupt death and disappearance of many Latin American writers who had taken to the limit their responsibility to the revolutionary cause (writers such as Rodolfo Walsh, Haroldo Conti and Francisco Urondo) no doubt helps to account for the silencing of the most militant voices. But it had also become clear that it was not productive to apply simple ethical categories such as good, bad or bourgeois to literature and that identifying progressive and regressive tendencies was not simply a matter of proving revolutionary content. The polemic between the Colombian writer, Oscar Collazos and Julio Cortázar (1970)⁷ on the subject of "literature in the revolution" was the last gasp of the ethical body. In the early seventies, Carlos Rincón in "Para una batalla de un combate por una nueva crítica en Latinoamérica" (1971)⁸ and the Cuban critic, Roberto Fernández Retamar in "Pour une théorie de la littérature latino-américaine" (1975)⁹ complained of the theoretical poverty of Latin American criticism and demanded a theory that could account for the differences between Latin America and metropolitan literatures that would be capable of dealing with complex avant-garde texts and that would go beyond the plainly inadequate notion that literature simply reflects a social and historical situation in an unmediated fashion (a notion that avant-garde literature rendered absurd). At the same time, it was clear that structuralist and post-structuralist criticism could not simply be made over uncritically since they implied ideologies antithetical to social criticism; for instance, they fetishized the text and alligned themselves, often blindly, with the avant-garde. Thus "techniques" of analysis have to be modified before they can be deployed with social criticism.

Latin American criticism, however, needed to account for factors which "imminent" textual analysis could not recognize—for example, those qualitative shifts such as Modernism or the

break with realism in contemporary narrative. Not only do such movements respond to literary developments outside the continent (in metropolitan literatures), but they also are strategically deployed in response to social factors within Latin America. Dependency theory, whatever its ultimate weaknesses, initially provided a periodization which allowed critics to identify those moments when transformation in literature seemed to coincide with social and economic transformations. Hitherto, such changes had been accounted for either in terms of generations (this was inherited from Ortega y Gasset) or according to the evolutionary model which held that Latin America must pass through the same inevitable stages of cultural development (the epic, the bourgeois novel, etc.) and the same historical stages as the advanced industrial nations. Indeed as recently as 1968 Carlos Fuentes tacitly accepts this model when he claims that Latin America's dilemma is to have arrived at the stage appropriate to the bourgeois novel which the literary world now finds anachronistic. Dependency theory allowed critics to consider Latin American culture not as condemned to anachronism, to be the tail of a comet that had already disappeared from the horizon, but rather as a set of strategies designed on the one hand to exorcise the overwhelming presence of metropolitan culture and on the other to assert Latin America's difference.¹⁰

The new socio-criticism which emerged in the seventies from these various structuralisms has centered around the term "production" and "ideology", though ultimately neither of these has proved satisfactory nor has it been easy to define them. In fact, there are almost as many definitions of production and ideology as there are critics using the terms. In Alejandro Losada's work, for instance, production seems to be linked to a functionalist view of culture; literary modes of production are shown to change in response to exogenous factors.¹¹ In Noé Jitrik's work, production is almost equivalent to style. Thus he shows how the technical mastery of Darío derives from his manipulation of rhythmic and phonemic patterns and then suggests that this technical mastery foreshadows and epitomizes the "modernity" to which certain sectors of the Latin American bourgeoisie aspired.¹² "Respond to" is, of course, a vague way of overcoming the awkward notion that literature reflects the social, though it has the advantage of preserving the relative autonomy of the literary text. Exactly how the text "responds" became, in fact, the main focus of critics interested in ideology and literature (for instance, those associated with the Institute of Ideologies and Literature at the University of Minnesota). Their explorations owed more to Althusser's

definition of ideology as "the imaginary representation of the subject's relationship to his or her conditions of existence" rather than the view of ideology as false consciousness or error, but it is also true that their criticism departs substantially from the source. The general assumption behind ideological criticism is that there are different textual levels—either a deep structure and a surface structure (according to Chomsky's linguistic model) or a level of unarticulated material which is displaced and condensed into a dream work (following the suggestions of Freud). Thus Joseph Sommer's study of *indigenista* fiction¹³ looks at the rationalizations in the way of character and plot development which "resolve" or "manage" the contradictions of a paternalistic ideology. Hernán Vidal examines Romantic novels as displacements of the rationalizations of liberal ideology into a series of structuring myths—the Adamic myth of Latin American originality, the Utopian myth of a future vision of integration and prosperity and the Demonic myth of Latin American backwardness.¹⁴ The implication that ideology is a kind of structuring energy has recently been developed by Angel Rama (in an article on Martí which suggests a challenge and a new trend for literary study in the 1980's.)¹⁵ In Rama's view, ideologies cannot be reduced to distorted realities but are rather unifying forces that open up as well as foreclose possibilities. "Es posible reconocer en cualquiera de ellas ideologías, discursos más o menos inconscientes, frecuentemente colectivos—clasistas, sexuales, culturales (lingüísticos), políticos, etc.,—así como falsas racionalizaciones que delatan los sistemas represivos sociales, pero también captaciones objetivas de la realidad y más altos niveles de conciencia y racionalidad derivados de que tanto el autor como la lengua y el propio sistema literario son productores de sentido que funcionan dentro del marco social."

The new term here is "production of meaning", and in literary criticism we must thus start from the assumption that the poem is a symbolic event which regulates and unifies drives and discourse so that "the rationality of the poem is assumed to be aligned to an interpretation of reality". In the case of Martí, Rama is able to demonstrate the way that the heterogeneous discourses are managed by means of poetic devices such as rhyme and parallelisms. His methodology demands an exhaustive reading of all the different levels of text according to this hierarchical ordering which actualizes certain features and subordinates or thrusts others into the background

As this language is inevitably abstract unless accompanied by practical criticism, I should like to give an example of how such a

reading, in terms of the production of meaning, helps us to understand ideology. Probably the most detailed example is Josefina Ludmer's study of *Cien años de soledad* which carefully details the production of meaning through parallelisms, oppositions and semantic transformations and the conditions which have to be fulfilled to make the text understandable.¹⁶ For present purposes, a rather simpler example will suffice by way of illustration—the organization of meaning in Mariano Azuela's novel *Los de abajo*.

Formalist criticism has long been interested in the fact that the characters in narrative can be viewed not simply in terms of their psychological verisimilitude but as functions or roles in the dynamic of the narrative. Traditional criticism of *Los de abajo* tended to consider the novel as an allegory of the Mexican Revolution's triumph and failure. If, however, we consider the novel on a more abstract level as an articulated series of events and discourses which require agents, instruments and patients, we find that there are different levels in the narrative with distinct surface actors or roles. At the beginning of the novel, Demetrio Macías is the subject of simple actions which on the level of language are constituted by indicative, transitive verbs. Luis Cervantes, on the other hand, inaugurates speech acts and discourse. He delivers speeches, names Macías a general and articulates the aims of the revolutionaries. He also invents and fictionalizes. We can therefore establish a dichotomy which is supported by the linguistic features of the text between action and a discourse (which, because it can be abstracted from real situations, is susceptible to distortion and manipulation). In addition, we might note that characters are built up out of the accumulation of different semes or units of meaning which can then be separated into a structure of oppositions and contradictions, according to a system of semiotic constraints suggested by Greimas.¹⁷ These elementary units of signification can be reduced to a number of binary oppositions—nature/culture, sincerity/corruption, spontaneous/calculating—in which the first is the unmarked term. Macías is a natural, spontaneous and sincere character; Cervantes, calculating, corrupt and cultured; Margarito corrupt and uncultured, with the fourth term (culture o pure) occupied briefly by the intellectual Alberto Solís who dies in battle. As Fredric Jameson has recently suggested, such an analysis is important insofar as it can suggest some ideal or unrealized synthesis—in this case, someone who would combine the spontaneity and natural virtues of the peasantry with intellectual rationality and foresight. It suggests, too, that Azuela's novel, like

Guzmán's *El aguila y la serpiente*, is structured around the absence of this ideal synthesis and that the significance of this absent term extends beyond literature into politics. Vasconcelo's candidacy for the Presidency of Mexico in 1929 was not simply fortuitous. There was a logical space within the ideology of the "gente letrada" which could only be occupied by a social actor who combined energy and intellect. What literary criticism enables us to appreciate is the fact that such a solution was based on certain structural limitations inherent in those semic oppositions between body and (peasantry) versus intellectual and mind which foreclosed other possibilities—for instance, the Gramscian possibility that the peasant might be the organic intellectual of a revolutionary struggle.

Such analytical possibilities go beyond literary criticism and signal the emergence of a new field which can be described as discourse analysis. Hayden White's *Metahistory* and Kenneth Burke's examination of the grammar and rhetoric of motives can, in some sense, be regarded as the precursors of this kind of study, though in Latin America the antecedents are more likely to be found in Althusser and in Foucault's identification of discourse with the exercise of power. Discourse analysis starts from the assumption that the text is not an artifact or a book but is coextensive with the social and is "the ensemble of the phenomena in and through which social production of meaning takes place, an ensemble which constitutes society as such".¹⁸ In other words, the historical and the social, if not texts, are yet available to us primarily in textual form.

Perhaps the most interesting example of discourse analysis to date is Hernán Vidal's article on "The Politics of the Body,"¹⁹ which analyses the metaphors, ideologemes (Jameson's term for class fantasies) and narrative style of the discourse embodied in the Chilean Junta's *Declaration of Principles*. Thus the Junta attempts to articulate its concept of human space as if this were "congealed in the Middle Ages" and at the same time organized around modern technology. It can only effect this catachresis by making the worker and the human body (the material on which the Chilean "miracle" was effected) disappear from the discourse. This absence, as Vidal shows, helps to account for the fact that oppositional writing restores the human body to the center of its discourse, thus making manifest the ideological suppression effected in the Junta's discourse.

Vidal's article is symptomatic in several ways and most importantly because it indicates that discourse analysis does not respond to some formal requirement of the discipline, but rather

to the growing interest across disciplines in the way that authoritarian governments discipline and persuade populations to obey and how they use not only direct repression but the discipline of the market, of *apartheid* (the *poblaciones*) and carefully constructed myth.

Clearly this is also the sense of Laclau's recent article on "Populist Rupture,"²⁰ the details of which I confess to finding obscure, but which attempts to establish linguistic differences between the articulation of "democratic" and "populist discourse".

What is at stake in these examples is not the obvious separation of the governors and the governed but rather how the constitution of meaning in a society involves the constitution of subjects of discourse who have the right to intervene (and the exclusion of others). The subjective is no longer the privileged domain of private life or of literary works which express the individual, but rather is social through and through since it is by constituting subjects that the structures of dominance are actively reproduced. There are rival views at the moment as to how this subjectivity is constituted, whether through primary psychological processes or within discourse itself and it is a theme which is too complex for rapid exposition at the present time. Its central term is "positionality"—i.e. any text (in the broad meaning of that term) aligns a reader (interpreter) in a certain way (the preferred reading); in other words, it positions and constitutes an interpreting subject by its very mode of interpellation. For example, television programs constantly interpellate viewers as patriots (*Wake up, America*). Thus the text privileges a certain "reading", in part by inscribing "certain preferred discursive positions from which its discourse appears 'natural', transparently aligned to the 'real' and credible. However, this cannot be the *only* reading inscribed in the text, and it certainly cannot be the only reading which different readers can make of it".²¹

Though I have used the term "reading", I have clearly something in mind that is more dynamic than the simple reception of a precoded text. The constitution of meaning is always active and it is particularly important, therefore to bring this notion of activity to bear on a number of areas—cultures of resistance especially in everyday life, popular culture and the media and feminist criticism—which have hitherto been dominated by passive assumptions. Thus, for instance, there have been analyses of cultural imperialism which take the view that television is a vertical medium, that mass culture takes away the

voice of the people²²; and analyses of women in literature which are confined to the "image" of women in fiction or poetry. Let me take these areas in turn and show how they respond to a more dialectic treatment.

1) *Cultures of resistance and everyday life.*

Everyday life is the very locus of subjectivity, the place where people's needs and desires are expressed, where beliefs and attitudes are reinforced or undermined. It is interesting that the first studies of everyday life as a terrain of struggle seem to have emerged in Chile, partly as a result of the abrupt reorganization of culture that took place under the authoritarian regime of Pinochet. As José Joaquín Brunner has shown, this reorganization takes place through the privatization of everyday life:

La obediencia y la utilidad máxima que son funcionales a la cultura disciplinaria se obtienen...por una atomización del tejido social y la interrupción de los procesos de formación de solidaridades orgánicas dentro de los grupos y colectividades. De allí debe emerger el individuo suelto de trabas tradicionales, no a la manera del ideal liberal sin embargo... Se trata de un individuo heterónomo, en cambio, que debe someterse a las exigencias de subordinación en que lo coloca su posición respecto de las posiciones inmediatamente superiores dentro de un orden jerárquico.²³

The study of everyday life involves the investigation of the state's control and disciplining of family, leisure-time activities, even modes of dress and behaviour. Such a reorganization demands new types of culture of resistance. The "locas de mayo" and the resistance of the Chilean families of the disappeared is one interesting example of how the family can become the locus of political action as well as of social control. When we turn to more formal modes of cultural expression—novels, theater, film and so on—we find that though censorship is now engaging the attention of some critics, less attention has been paid to a reverse phenomenon—the politicization of apparently neutral or non-political material merely because it provides a focus for feelings which cannot be channelled more explicitly. For example, the staging of *La señorita de Tacna*, a play by Mario Vargas Llosa in Buenos Aires in 1981 provided a non-political event of this kind. Though this can hardly be termed "resistance", it does indicate the fact that almost any unofficial public event in the highly privatized environment of Argentina or Chile becomes a latent form of dissent.

2) *Media and Literature*

The development of communications during the Second World War initiated media studies, especially around the phenomenon of "cultural imperialism", i.e. the control of public opinion by saturating radio and television with foreign-made programs which indirectly promoted the consumer culture. The tools of analysis, at this stage, were generally those of the sociologist. The inauguration in March 1981 of the Latin American Popular Culture Association indicated that there was widespread interest not only among sociologists but also among literary critics, historians, political scientists, musicians and artists in questions of mass and popular culture although an adequate theory has yet to be developed. Clearly, the political importance of the media cannot be underestimated. In certain countries (especially Chile and Brazil), television has become a major instrument of social control. In other countries, the photonovel and the comic strip are important instruments of modernization. Older theories of the media tended to regard such phenomena as merely degenerate forms of high culture and as methods of manipulating the helpless masses. Recent media studies, mostly developed outside Latin America²⁴ have gone far beyond simple theories of manipulation which were common a decade ago. What these theories provide is a grammar and syntax of the moving image and an understanding of how images as well as language construct meaning. They also recognize the specificity of cinema, television and radio, especially in their structuring of time. Because of Latin America's uneven development—which means that there is included within the same geographical boundaries communities without writing, and with electronic equipment and all possible varieties of print culture from the comic strip and the photonovel to the newspaper and to the high culture forms of poetry and the novel—culture criticism must take into account not only the specifics of these different technologies of knowledge in the production of meaning but also the interaction between them. For instance, orally-transmitted narrative tends to prefer superhuman heroes and these are perpetuated and redeployed in mass culture genres such as the comic strip or in the high culture form of magic realism. Literary realism which depended on verisimilitude and plot closure has been taken over by the photonovel and the television soap opera. As Fredric Jameson has shown,²⁵ the development of certain high culture forms is linked to new modes of perception encouraged by advanced capitalism as well as to the need of writers and artists to distance themselves from mass culture which had gradually appropriated "realism". This suggests new ways of looking both

at the media and at movements such as realism and "lo real maravilloso" which were affected by developments in other media.

In contrast to mass culture, popular culture has frequently been idealized as the authentic voice of the people. In fact, traditional orally-transmitted culture retained its importance in Latin America precisely because of the survival of non-capitalist modes of production which were articulated into the world system through the market. It is thus more accurate to consider traditional rurally-based cultures in relation to economic and social formations which were particularly resistant to capitalism. Traditional culture bonded societies and provided them with a language and a narrative for dealing with the violent process of modernization.²⁶ Yet, as in the case of high culture, what has been lacking in much popular culture criticism is any sense of the dynamics and inter-relatedness with other modes of cultural productions.

3) *Feminist criticism.*

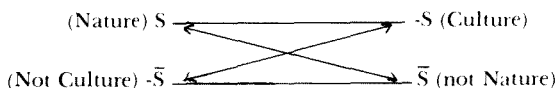
This is bound to be a priority for the 1980's and not only because there is now a substantial body of literature by women. In fact, the predominantly male-oriented assumptions behind conceptions of authorship is a scandal that is waiting to be addressed and which still spreads alarm and despondency whenever it is publicly noticed abroad. As research in other fields is now making evident, exploration of the way texts establish gender differences often cuts across the more familiar dichotomies of civilization and barbarism or class polarities. Consider, for instance, how the heroines of nineteenth-century Romanticism—María, Cecilia Valdés, La Cautiva—so often embody the impossible conjunction of racial miscegenation and romantic ideal. What is clear in the nineteenth century is that in the process of the secularization of society (in contrast to the predominantly religious hegemony of the colonial period), the system of differences between male and female is also changed. Women become allegories of "la madre patria" upon which the male project is to be realized. Even the concept of authorship is gender specific since the author disseminates and engenders upon the receptive body of mother nature. Clearly this implies not that Latin American women have been less creative than men but rather that literature is constructed in such a way that women can only speak with difficulty and against the grain. The obvious example is Gabriela Mistral who believed that she was condemned to write poetry because of her inability to do what women were supposed to do—that is, to create children. There is, nevertheless, an emergent feminist criticism both in this country

and in Mexico and other parts of Latin America. Its main thrust in the 1980's will undoubtedly be towards an exploration of how gender divisions operate within the ideology of the literary texts and the construction of gender roles and identities.

To summarize, the overall trend in the 1980's is towards the development of sociocriticism. This extends our capacity to understand how literary and non-literary texts construct social meanings and how they manage heterogeneous elements and position readers by the very process of textual organization. Literary criticism expands its boundaries into the more general area of cultural criticism and discourse analysis and hence brings a greatly increased repertoire of analytical resources to bear on new areas of research such as everyday life, cultures of resistance and the constitution of gender differentiation. No longer qualitatively separated from the social sciences, it now participates in its own right in investigating the social.

Notes

1. Roland Barthes, *S/Z* (New York: Hill and Wang, 1974).
2. Gérard Genette, *Narrative Discourse* (Cornell University Press, 1980).
3. Fredric Jameson, *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act* (Cornell University Press, 1980).
4. Wolfgang Iser, *The Implied Reader* (Baltimore: Johns Hopkins, 1974).
5. Hans-Georg Gadamer, *Truth and Method*, trans. Garrett Barden and William Glen-Doepel (New York: Seabury Press, 1975).
6. Umberto Eco, *The Role of the Reader* (Indiana University Press, 1979).
7. Oscar Collazos, et al., *La literatura en la revolución y la revolución en la literatura* (Mexico City: Siglo XXI, 1970).
8. *Casa de las Américas* no. 67 (julio-agosto 1971), 39-69.
9. In Jacques Leenhardt (ed.), *Ideologies, Littérature et Société en Amérique Latine* (Bruxelles, 1975).
10. Jean Franco, "Criticism and Literature within the Context of a Dependent Culture," in A.P. Foulkes (ed.), *The Uses of Criticism* (Frankfurt: Lang, 1976) pp. 269-287.
11. Alejandro Losada, *La literatura en la sociedad de América Latina* (unpublished manuscript).
12. Noé Jitrik, *Las contradicciones del modernismo* (Colegio de México, 1976).
13. Joseph Sommers, "Literature and History: The Ideological Contradictions of *Indigenista* Fiction" (unpublished manuscript).
14. Vidal, *Literatura hispanoamericana e ideología liberal: surgimiento y crisis* (Buenos Aires: Ediciones Hispamérica, 1976).
15. Rama, "Indagación de la ideología de la poesía," *Revista Iberoamericana* (julio-dic. 1980), 353-400.
16. Ludmer, *Cien años de soledad: Una interpretación* (Buenos Aires: Contemporáneo, 1972).
17. Fredric Jameson in *The Political Unconscious* defines Greimas' "elementary structure of signification" as the "representation of binary opposition or of two contraries (S and -S), along with the simple negations or contradictories of both terms (the so-called subcontraries -S and S-). Significant slots are constituted by the various possible combinations of these terms, most notably the "complex" term (or ideal synthesis of the two contraries) and the "neutral" term (or ideal synthesis of the two subcontraries):



18. Ernesto Laclau, "Populist Rupture and Discourse," *Screen Education* (Spring 1980).
19. In *Social Text* (Summer 1979).
20. *Op cit.*
21. David Morley, "Texts, Readers, Subjects," in Stuart Hall, et al., *Culture, Media Language* (London: Hutchinson, 1979).
22. Armand Mattelart, *Mass Medias, Ideologies and the Revolutionary Movement* (Brighton: Harvester Press, 1980).
23. José Joaquín Brunner, *La cultura en una sociedad autoritaria* (Santiago: FLACSO, 1980).
24. Raymond Williams, *Television* (New York: Schocken Books, 1975).
25. *Op cit.*
26. Michael Taussig, *The Devil and Commodity Culture* (University of North Carolina Press, 1980).

Para Una Redefinición Culturalista de la Crítica Literaria Latinoamericana

Hernán Vidal
University of Minnesota

Años atrás, muchos de nosotros participamos en un movimiento para hacer más amplio el uso de aproximaciones socio-históricas en el estudio profesional de la literatura en Estados Unidos. En lo inmediato muchos fuimos movilizados por el conmovedor surgimiento de los Estados Autoritarios en Chile, Uruguay, y Argentina en la década de los '70. En el transfondo, sin embargo, también estaba la gravitación de sucesos de la década anterior, como el experimento populista-militar en el Perú, la reorientación de la sociedad por el militarismo brasileño y, por supuesto, la fundación del primer Estado socialista latinoamericano en Cuba. Nuestra intención fue ajustar nuestro trabajo a las implicaciones culturales de estos sucesos, planteando cuestiones que el análisis intratextual exclusivo no ayuda a perfilar. Esta problemática penetró en el medio académico norteamericano no solamente a través de la noticia y de las repercusiones familiares para los profesores establecidos en Estados Unidos, sino, además, con la organización informal o estructurada de esfuerzos por rescatar a intelectuales en peligro. Con las nuevas temáticas y preocupaciones que ellos introdujeron quedó reforzada la conciencia de la necesidad de reenfocar nuestro quehacer para situarnos en mayor cercanía a las culturas que motivan nuestro trabajo. Posteriormente ha seguido un tráfico ininterrumpido de estudiantes y profesores latinoamericanos hacia este país, bien sea en condiciones "forzadas" o "voluntarias." Esto ha ocurrido paralelamente con las enormes olas migratorias de las últimas décadas, que han acentuado la presencia de nuestras culturas en Estados Unidos. No se podría decir hoy en día que Latinoamérica es un ámbito ubicado más allá

de las fronteras norteamericanas. Estados Unidos se ha convertido en un corredor cultural latinoamericano en que estamos aquí como dato irreductible de la historia de este país. Así lo prueban las masas de trabajadores haitianos, cubanos, dominicanos, puertorriqueños, ecuatorianos y mexicanos que a veces se concentran en comunidades más grandes que muchas de sus países de origen. La mayor inversión estatal norteamericana en la educación universitaria para la modernización de los años '60, en competición con el campo de naciones socialistas, permitió una definida presencia de profesores latinoamericanos como extensión de este fenómeno global. Con todo esto, la transnacionalización de la economía capitalista ha tenido insospechadas consecuencias.

En este contexto, la experimentación socio-histórica en la crítica literaria no podía sino atraer un grado de reconocimiento. Ya es parte irreversible del horizonte crítico actual, aunque no haya acuerdo general sobre su valor e importancia.

En esta experimentación se ha producido una conciencia cada vez más aguda de que, para solucionar los problemas de conexión de la intratextualidad literaria con su contexto social, es indispensable una fundamentación argumental en una teoría de producción de cultura. Sólo así es posible situar un texto literario en el proceso de su gestación e impacto en una sociedad específica. De este modo, se puede postular razonablemente la relación de un texto literario con los diversos grupos-agentes sociales que buscan orientar, modificar el desarrollo de la sociedad. El origen de la producción literaria puede ser asociado con grupos hegemónicos que diseminan sus valores y prioridades comunitarias como fundamentos universales del devenir social, o bien, ese origen puede determinarse en un esfuerzo por criticar, negar o neutralizar la validez de esos universales, tácita o explícitamente proponiendo alternativas. Si entendemos por cultura (nacional) el cúmulo de ideas, conceptos, discursos, símbolos, valores, instituciones, autoridades, modos de comportamiento y utensilios, en el extenso sentido de la palabra, creados en una sociedad para la articulación y administración de sus estructuras, el texto literario debe ser entendido como una representación metafórica, analógica y metonímica del proceso de producción cultural.

Esta vertebración teórica que algunos de nosotros parecemos haber encontrado para guiar nuestro trabajo como críticos literarios, abre una plétora de problemas que requieren una redefinición de nuestra identidad profesional. Una exposición escueta del asunto sería la siguiente: si es que en el trasfondo de nuestra actividad hay una teoría de la cultura, potencialmente

somos practicantes y estudiosos de algo más vasto que la crítica literaria misma. Siempre me ha llamado la atención la urgente necesidad que han demostrado los críticos socio-históricos de nuestra generación por incursionar en la antropología, la historia social, la sociología y la politicología. Parecemos estarnos convirtiendo en estudiosos de la cultura que inicialmente partimos de la literatura para descubrir que nuestra base de iniciación es demasiado restrictiva, aun para dar cuenta de ella. Las perspectivas que así se abren son enormes. Sin embargo, para los propósitos de este taller quisiera reducirlas a una sola, porque, como digo, incide en una posible redefinición de nuestra identidad profesional: si en realidad somos "culturólogos" cuya base institucional en Estados Unidos es lejana, nos incumbe conectarnos con las culturas que nos preocupan de manera orgánica e integral, es decir, contribuyendo con nuestro trabajo intelectual al planteamiento y solución de problemas con mayor significación raigal para esas culturas en el curso de su cambio histórico.

Sin ánimo de desmerecer sus contribuciones, para el crítico de práctica estrictamente intratextual esta problemática no es esencial, puesto que la institucionalización de la literatura como conjunto de textos "clásicos" no está sujeta necesariamente a este tipo de inquisición. No obstante, para la crítica fundamentada en una ciencia de la cultura, es inevitable e ineludible estar alerta a los últimos desarrollos sociales y, como consecuencia, provocar una reconceptualización periódica de amplias zonas de su área profesional. Por ejemplo, si yo fuera peninsularista, estaría muy preocupado de las implicaciones globales para la sociedad española del término del régimen franquista. Esto tendría que llevar a una reorientación del modo de aproximarse a la literatura presente y pasada como canal de comprensión de la historia actual. Abundando más, se hace inevitable considerar, en el ejemplo dado, el resurgimiento de tendencias autonomistas entre las nacionalidades agrupadas bajo el Estado español. ¿Hasta qué punto es, entonces, válido seguir enseñando literatura peninsular como si lo castellano fuera el elemento privativo, sin siquiera esbozar la problemática del pluralismo cultural en ese país? También por vía ejemplar, en el ámbito latinoamericano cabría preguntarse si los sistemas literarios vigentes hasta el surgimiento de los Estados Autoritarios en el Cono Sur realmente pueden captar la magnitud de la crisis cultural de la zona. Si no es así, como yo creo, por lo menos en cuanto al caso chileno que mejor conozco, ¿cómo se pueden estudiar las condiciones para el surgimiento de sistemas expresivos de mayor efectividad? Esta

pregunta obliga a abandonar una concepción de la literatura como campo ya y para siempre formado y delimitado, para entrar a captar experiencias sociales previas a su formalización literaria que, sin duda, constituirán literatura. Más tarde volveré sobre esto. Antes quiero referirme a la necesidad de una mejor compenetración de los campos que motivan esta reunión.

La inercia profesional nos lleva a mantener esferas de estudio en que lo ibérico (español y portugués), lo latinoamericano y lo luso-/hispano-africano parecen responder a tradiciones críticas compartimentalizadas como estancos comunicados. Sin embargo, una conciencia culturalista de la literatura debería llevarnos a recuperar experiencias comunes, como la de la Guerra Civil española. Ella delinió un horizonte histórico que unió a los Vallejos, a los Nerudas, a los Albertis y a los García Lorcas. La investigación de la experiencia del fascismo en Portugal y España podría servir de aporte iluminador de una experiencia cultural contestataria del fascismo recién emergente en el Cono Sur. Claramente tenemos una agenda común, vital y orgánica, que ni siquiera hemos comenzado a explorar.

Lo que sugiero es una estrategia investigativa asentada en una selección de temas provenientes de coyunturas históricas de importancia para los culturas involucradas. En condiciones ideales esta estrategia daría resultados óptimos con una planificación e implementación colectiva. Sin embargo, la organización departamental que predomina en el sistema universitario interpone obstáculos difíciles de superar. Ella promueve una rápida productividad para lograr ascensos, seguridad de trabajo y bonificaciones por mérito, que resulta en líneas de investigación individualistas, en que se escatima cuidadosamente el tiempo disponible. Obviamente, todo proyecto colectivo es de maduración más lenta. Esto también afecta la productividad de críticos establecidos, que ya han recibido un reconocimiento profesional. Para refrendar su posición, deben ahorrar tiempo de manera similar, lo que impide compartir el conocimiento acumulado para la guía y cohesión de un grupo. No obstante, aunque el trabajo de equipo es un ideal dudoso, esto no absuelve al crítico literario culturalista de diseñar una conexión más raigal con las sociedades que le conciernen. En los párrafos que siguen hago una propuesta al respecto, basada en una posible conjunción de la antropología simbólica y la crítica literaria.

I

Exploración de una Antropología Para-Literaria

Luego de la ruptura institucional marcada en Chile por el golpe

militar del 11 de septiembre de 1973, se ha puesto en evidencia lo que se podría llamar "crisis de los sistemas literarios vigentes" para elaborar una visión de mundo coherente, de acuerdo con las transformaciones sociales ocurridas desde entonces. Tal proposición es riesgosa en extremo, pero valga para ilustrar el argumento que me interesa exponer a partir de la narrativa. Por otra parte, creo de importancia tratar la cuestión a partir de este género, dado el sobrerrelieve que tuvo en la llamada "narrativa del boom." El problema es visible en la novela reciente que se ha referido al golpe militar: Poli Délano, *En este lugar sagrado* (1977); José Donoso, *Casa de campo* (1978); Jorge Edwards, *Los convidados de piedra* (1978); Volodia Teitelboim, *La guerra interna* (1979); Fernando Alegría, *El paso de los gansos* (1980). Ellas se caracterizan por una incapacidad de elaborar un discurso orgánico sobre los hechos históricos, lo que se traduce en rupturas no funcionales de las secuencias episódicas, soluciones de continuidad de fuerte abstracción alegórica (índice de una apropiación no lograda del material histórico), reiteración temática tal vez ya desfasada de su momento, como en los casos de Donoso y Edwards. Por el contrario, la crisis chilena es atribuible a causas y efectos que ya han podido ser comprendidos y categorizados, en lo cual se podría argumentar que la conciencia literaria ha quedado retrasada con respecto a las ciencias sociales.

Un desarrollo apropiado de estos juicios tomaría un espacio del que ahora no dispongo. Sin embargo, las observaciones siguientes pueden servir de aval momentáneo: *En este lugar sagrado* presenta a un militante comunista que, antes de plegarse a la resistencia, rememora casi ritualmente, en un W.C., el pasado de azares, determinismos, motivaciones e incitaciones que lo llevaron a ese compromiso político. No obstante, el desarrollo de esos factores como necesidad histórica es rudimentario y hasta escamoteado por un uso de montajes que evitan segmentos fundamentales de la evolución.

Casa de campo trata, según su autor, el complejo y contradictorio intento de transición al socialismo durante el gobierno de la Unidad Popular. El contexto de este proceso son los nuevos requerimientos de una acumulación capitalista transnacionalizada, bajo el control de corporaciones multinacionales. Sin embargo, en la novela, la contemporaneidad capitalista es metaforizada como si se tratara de las últimas décadas del siglo pasado, mientras la lucha de clases es reducida a una concepción pastoril del enfrentamiento entre niños y adultos en una remota casa de campo. Donoso insiste aquí en la visión de la sociedad que articulara sus principales obras anteriores: lo nuevo

en la historia se presenta como una rebelión instintiva contra rituales ya fosilizados de la oligarquía latifundista/exportadora-importadora.

Los convidados de piedra es también una reiteración. Edwards vuelve a mostrar la cohesión de la burguesía chilena "tradicional" a través de ritualizaciones cíclicas que refuerzan sus códigos de clase. En un ágape en que miembros de esa burguesía celebran su triunfo con el golpe militar, se recuerda a amigos tráfugas que se sumaron a los partidos populares. Sus motivaciones no son desarrolladas, por lo que su desertión toma aspecto de fenómeno patológico más que de necesidad histórica.

La guerra interna abstrae alegóricamente la historicidad del golpe militar. Una joven llamada Esperanza a Pesar de Todo cae víctima del terrorismo estatal, con lo que se revelan las distorsiones de su submundo. Durante su viaje por él mantiene un diálogo con el espíritu de Pablo Neruda. El horror y la participación del imperialismo en la tragedia chilena se concretan con figuras grotescas como las del Conde Drácula, Frankenstein y Bela Lugosi, asesores de la DINA. La venganza queda propuesta con Alicia, hija del general Pinochet, quien reniega de su padre y busca asesinarlo después de penetrar los espejos maravillosos del mundo perverso que controla.

Por último, *El paso de los gansos* representa un testimonio existencial puesto entre una introducción que alegoriza una voz narrativa de rápidas transmutaciones de identidad que sirve de portavoz a toda la chilenidad y un grotesco final de feroz mofa antimilitarista. A través de una selección de cartas que forzosamente presentan una visión fragmentaria y un diario de vida que psicologiza e individualiza extremadamente el proceso de la Unidad Popular, descubrimos cómo un joven, producto de un matrimonio fracasado, vuelve a Chile para encontrar un significado romántico para su vida.

La hipótesis de una insuficiencia de la conciencia literaria para apropiarse orgánicamente de la historia arranca de una concepción de la literatura como discurso que tipifica y totaliza la experiencia social, integrando la inmediatez y limitación de la cotidianidad a una visión global de la cultura nacional. El fragmentarismo, la abstracción alegórica y la reiteración temática revistadas pueden interpretarse como incapacidad momentánea para plasmar simbólica, metafórica y temáticamente un flujo histórico vasto y contradictorio. Demás está decir que esto enuncia la proposición de que a la ruptura institucional corresponde el extrañamiento de una noción totalizada de la cultura chilena. En última instancia, a esta insuficiencia también correspondería una

crisis de la crítica que se aboca a ella.

Sin embargo, estas dislocaciones no pueden extrañar, si es que las compulsamos con la actividad del Estado Autoritario inaugurado por el militarismo. Este destruyó una noción largamente acogida de la cultura chilena como comunidad, en aras de un criterio de eficiencia del sistema capitalista con índices en las leyes "naturales" del mercado. Para este desmantelamiento se destruyeron o alteraron las organizaciones que la sociedad civil ha creado para producir y canalizar un conocimiento más totalizado de la cultura: los partidos políticos, los gremios y los sindicatos; ha censurado y controlado la comunicación masiva; ha restringido la movilidad de los ciudadanos con toques de queda; ha aprisionado, desaparecido, relegado y exiliado a grandes números de ciudadanos. La base de decisiones sobre la administración de la cosa pública ha quedado restringida a una escasa minoría de altos militares, burócratas y miembros de la burguesía financiera transnacionalizada, que actúan con criterios estrictamente tecnocráticos. Ante esto la oposición democrática no ha podido todavía articular un proyecto de alternativa para la conducción social que comprometa masiva y manifiestamente a la ciudadanía. De allí que se pueda señalar tanto un aspecto positivo como otro negativo en la visión de mundo del corpus revistado: por una parte, el fragmentarismo y la abstracción son un reflejo adecuado de la situación cultural chilena en el presente; por otra, está su incapacidad implícita para proyectar nuevos rumbos culturales a partir del ámbito existente. En este último respecto, sin duda el teatro actual ha hecho avances significativos.

Pero la cuestión no puede terminar aquí. Los problemas señalados implican un desafío radical para quien emite tales juicios. Ellos tienen validez sólo en la medida en que sus criterios también puedan contribuir positivamente a la labor de escritores como los señalados, que honestamente han tomado el riesgo de elaborar artísticamente la historia actual. Se trata de un desafío que la crítica literaria debe enfrentar. Sin embargo, ya al enunciar tal afirmación y tal esperanza quedan expuestas las limitaciones de la crítica literaria: la producción del discurso crítico ha sido entendida como un *acto retrasado* en relación a la producción del texto literario. Desde el momento en que la crítica literaria aspiró a un status científico, debió demarcar su sector propio de la realidad conocible y plantear sus categorías epistemológicas y discursivas en relación a un cuerpo pre-existente de objetos llamados textos literarios. Una contribución para superar una crisis como la esbozada requiere, por el contrario, que la crítica literaria también tenga la capacidad de abandonar su positivismo y su formalismo

originales, de modo que su discurso *se adelante* a la producción literaria, sugiriendo al creador nuevos complejos simbólicos, metafóricos y temáticos para un mejor nexo con la situación histórica contemporánea.

Para hacer de su ciencia una actividad de vanguardia, el crítico literario debe dirigir su mirada a la realidad circundante para detectar allí elementos cuya elaboración literaria puedan servir de materia prima para la constitución de nuevos sistemas expresivos o incrementar los ya existentes. Ello requiere una noción de los modos en que se produce cultura dentro de los condicionamientos y enmarcaciones estructurales de una sociedad. Indudablemente, esto implica una incursión en el territorio de la antropología. Sin embargo, a diferencia de esta ciencia, el énfasis analítico no estaría en el objetivo programático de definir el modo de ser de un sistema cultural, su dinámica y su devenir. Puesto que la literatura es una praxis ideológica, habría que concentrarse en el estudio de las condiciones en que los seres humanos producen representaciones imaginarias, figurativas, del modo real en que se relacionan entre sí para reproducir el contexto de las estructuras sociales que los sustentan. En particular habría que estudiar la forma en que se producen significaciones plasmadas material, espacial y temporalmente para incitar a esa actividad reproductiva. Estas significaciones adquieren rango de símbolos en la medida en que fusionan amplias y contradictorias interpretaciones de orden económico, social, político e ideológico. Estos símbolos surgen en la vida cotidiana. Por su capacidad fusionadora tienen la potencialidad de iluminar, dentro de los marcos de su microdimensión, la unicidad orgánica de la sociedad total, en su macrodimensión de complejos y dispares dinamismos y conflictos. Ya estamos hablando de antropología simbólica y vale la pena aportar ejemplos concretos de los símbolos a que me refiero.

En ciertas circunstancias de las luchas sociales, determinados incidentes parecieran condensar la atención pública dentro de límites espaciales y temporales claramente perfilados. El triunfo de un equipo nacional de fútbol en un campeonato mundial y la histeria masiva que provoca; la ocupación pacífica de una embajada extranjera por campesinos que protestan; la clausura de las entradas y salidas de esa embajada por efectivos policiales que luego pegan fuego al edificio y carbonizan a todo el mundo; el descubrimiento de un cementerio oculto de líderes sindicales masacrados secretamente por un operativo militar, sucesos como estos súbitamente adquieren una significación que remite más allá de los hechos mismos y ponen en tela de juicio el modo en que se

conduce un desarrollo cultural. En torno a estos incidentes, sectores socialmente hegemónicos y de oposición aceleran esfuerzos por interpretarlos y canalizar a la ciudadanía una imagen en consonancia con sus intereses en el conflicto social. Su potencialidad literaria surge en la medida en que la capacidad movilizadora de esos símbolos revela una sensibilidad colectiva posible de ser descrita con categorías literarias. Estos símbolos evidencian prioridades comunitarias en las luchas por la transformación de la sociedad. La convicción o confianza que revelan en la capacidad transformadora de su entorno por el hombre son fuente central de categorías genéricas esenciales del discurso literario: tragedia, comedia, melodrama, épica, farsa, etc. La solución a problemas técnicos para la comunicación de estos símbolos en discursos continuos constituye los géneros expositivos que llamamos narrativa, drama, lírica, ensayo.

Pienso que, para este tipo de investigación literaria cercana a la antropología, es imprescindible concebir la producción literaria como una práctica cuya materia prima está en la cotidianidad. Episodios de la rutina diaria son elevados a tipificación totalizadora de la cultura mediante su integración en esquemas ideológicos universalizadores que sirven a modo de medios productivos. Es evidente, por ejemplo, que la narrativa reciente ha echado mano a categorías psicoanalíticas, existencialistas, marxistas y surrealistas para estructurar su representación ficticia de la realidad social latinoamericana. Ya que la categoría central de esta definición de la literatura es la de *totalización*, una antropología paraliteraria debiera captar en la cotidianidad aquellos incidentes que, por su naturaleza fusionadora de significaciones, tengan mayor probabilidad de convertirse en materia literaria. Esto obliga a reexaminar el concepto de cotidianidad como espacio de surgimiento de las significaciones simbólicas que nos interesan.

Vida cotidiana es la experiencia del cuerpo y de la psiquis durante el desarrollo espacial y temporal de la rutina diaria. La rutina diaria es un esquema de uso de la energía corporal y psíquica organizado en torno a la participación de los individuos y los grupos en el modo de producción y distribución material e ideológica que caracteriza a una sociedad. Los horarios de comida, descanso, diversión, contactos sociales, laborales y sexuales quedan regimentados en su duración, frecuencia, intensidad y ubicación por la forma en que los seres humanos quedan insertados funcionalmente en la producción y por el ingreso económico consiguiente. La diferenciación de ingresos por esa inserción demarca la amplitud y calidad de las experiencias

psíquicas, corporales, temporales y espaciales de los individuos y grupos. Resulta evidente que un campesino instalado en un villorrio montañoso conocerá menos del mundo que el presidente de un banco neoyorquino con recursos para contratar aviones y toda clase de aparatos de comunicación internacional. La eficiencia en el empleo del tiempo para un mayor o menor número de actividades durante el día también estará condicionada por una diferente función social. Ella dicta, en última instancia, el mayor acceso de los individuos a las formas culturales, materiales y espirituales, de que dispone una sociedad.

Planteado el problema desde otra vertiente, la experiencia inmediata de la cotidianidad equivale a un *estado de conciencia limitada*, en el mejor de los casos, o distorsionada, en el peor de los casos. Esto en relación a que los individuos no conocen "la sociedad" como dato cercano. Más bien conocen un número limitado de calles, edificios, parientes, amigos, socios, actividades, instituciones y autoridades a su alcance. Los canales más cercanos para construir una imagen social totalizada son la escuela, el lugar de trabajo, el rumor y los medios de comunicación masiva. Por su organización, estos canales están sujetos o son vulnerables a la ideología hegemónica. Ella regula el grado de conocimiento social diseminable, con el objeto de controlar la sociedad. Por ello, una de las formas más elementales de conflicto social en la cotidianidad capitalista se da como esfuerzo por conocer o impedir el conocimiento de las actividades del poder económico, social y político. La oposición debe desvelar estos mecanismos y ocultamientos para reemplazarlos por un conocimiento real e instrumental para la democratización, es decir, para crear un *estado de conocimiento real*, todo esto en condiciones materiales de escasez y de riesgo personal.

Los incidentes de importancia en la vida cotidiana son captados por los aparatos de elaboración ideológica en pugna para medir su relevancia como índice de cambio en las relaciones sociales. Se analizan sus implicaciones políticas, luego se exponen a la opinión pública aquellos elementos que refuerzan la perspectiva privilegiada por quienes los interpretan. Como indicaba con anterioridad, ejemplos como un campeonato de fútbol, la ocupación de una embajada y el descubrimiento de una masacre tienen el potencial de explicar el sentido humano del funcionamiento de las estructuras de poder y de las luchas políticas y sociales a que dan origen. Para su interpretación, estos incidentes son claramente delineables en sus etapas de iniciación, desarrollo y desenlace. Constituyen verdaderas unidades dramáticas en el sentido aristotélico del término, por cuanto

revelan la lógica de las acciones humanas como ente social y político de su ser. A los ojos de la colectividad, esos incidentes se despliegan como espectáculo con escenario de acotaciones específicas. Dentro de él, tanto los participantes como los espectadores y los intérpretes se preocupan por controlar, administrar y modular el impacto de las imágenes producidas en la opinión pública.

Nótese la facilidad con que el último párrafo de este argumento ha pasado de la esfera antropológica a la artística. A mi entender, este transcurso comprueba la posibilidad de una investigación antropológica paraliteraria.

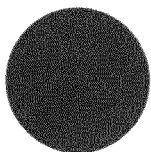
II

Para terminar, quiero confesar que bajo tanto tecnicismo he escamoteado una cuestión fundamental: por qué buscar esa conexión raigal de la que hablo. En realidad, creo que el asunto tiene que ver con mis dudas sobre la razón de ser de nuestra profesión, en el modo en que usualmente es definida: ¿Para quién realmente organizamos, reproducimos y producimos el conocimiento que entregamos en clase o ponemos en papel? ¿Hay una justificación para esta actividad más allá de la cíclica renovación generacional de los cuadros de profesores en servicio, o la amplificación del cuerpo de conocimiento ya establecido y, por supuesto, el bienestar personal y quizás al renombre profesional, mayor o menor, del crítico literario? Me parece imposible negar el valor de estos objetivos, como también creo en el enriquecimiento de las artes liberales. No obstante, se podría argüir que tal evolución no tiene orientación ni noción de sí misma, se aísla de la realidad social haciéndose parámetro autorreferente e incestuoso de sus propias elucubraciones, sin trascender más allá de sus propios confines. Esto debilita nuestra profesión porque no logra definir adecuadamente su legitimidad social. Los embates que las Humanidades, en general, sufren en la actualidad por la desinversión estatal en la educación superior, son evidencia clara de nuestra vulnerabilidad. No creo que una redefinición culturalista de la crítica literaria vaya a neutralizar estas presiones. Sin embargo, anclar nuestro trabajo en la historia nos daría claridad de ideas sobre el sentido de lo que hacemos y, por sobre todo, convicción, ahora que la presencia latinoamericana en Estados Unidos es tan marcada como la de este país en Latinoamérica.

La implementación de una estrategia intelectual como la que sugiero, no importa que premisas teóricas la vertebrén, requiere

establecer estrechos nexos con grupos de producción cultural en Latinoamérica. De manera simultánea, se da la necesidad de una cuidadosa meditación de un protocolo ético para esos nexos. Una compenetración raigal con la problemática cultural de la sociedad seleccionada desahucia de inmediato la más mínima posibilidad de que se repita el "clásico" desbalance que ha victimizado a nuestros países en el intercambio internacional: el peligro de que el grupo cultural de contacto se convierta en productor de materia prima intelectual para ser refinada teóricamente en Estados Unidos. Este riesgo es ineludible, puesto que las condiciones en que se produce conocimiento progresista en Latinoamérica, particularmente en naciones controladas por Estados Autoritarios, son en extremo difíciles. Al quedar entregados a las contingencias de la supervivencia en un medio económicamente desfavorable, la capacidad de los investigadores para terminar proyectos y encontrar canales de difusión se reducen drásticamente. Acumulan así materia prima que no tiene destino. Impedir que ésto ocurra y recuperarla para enriquecimiento de la cultura y de nuestra profesión son los principales elementos de validación de un engarce de esfuerzos de investigadores del interior y del extranjero. Se deberían diseñar modos conjuntos de elaboración y diseminación, reforzados por alguna forma de intercambio institucional. Una moderada infusión de fondos desde Estados Unidos y visitas de enseñanza a este país podrían dar como resultado el beneficio mutuo de que los proyectos de investigación se finalicen en términos orientados por el grupo de contacto. Esas visitas, estipuladas sobre la base de una completación de un proyecto por el intelectual latinoamericano, beneficiaría al medio académico norteamericano con la introducción de problemáticas vitales para la sociedad de origen.

Un plan de acercamiento tan práctico como el propuesto podría tener vastas resonancias para una cuestión que debería ser explorada formalmente: una definición de la cultura del exilio en su relación con la nacional.



En Torno a Julio Cortázar: Problemática sobre la Vigencia Histórica de las Formas Culturales*

Hernán Vidal
University of Minnesota

Una convocatoria a un ciclo de conferencias sobre la obra de Julio Cortázar significa celebrar su importante contribución a la cultura latinoamericana. Este juicio tácito nos ha servido de base para entrar sin mayor demora a las diferentes presentaciones que nos ocupan en esta oportunidad. Pero, como ocurre siempre con la obra de un gran autor, su literatura anima a un cuestionamiento de nuestras premisas más básicas sobre la realidad. La práctica intelectual de un maestro tiene contenidos que permiten a la crítica literaria vislumbrar categorías para su propia práctica. Mi aporte a esta convocatoria es retrasar un poco nuestra premura y meditar un momento sobre el término "contribución cultural." Más específicamente me refiero al problema de la historicidad de las formas culturales: ¿qué factores sociales condicionan la vigencia y caducidad de una producción literaria?

Hay un gran riesgo en hacer esta pregunta, tanto por su amplitud rayana en la vaguedad vaporosa como porque, quizás, desde nuestras diferentes perspectivas teóricas, su utilidad como instrumento crítico puede ser relativa. Si por "vigencia" se entiende la capacidad de una producción literaria para generar significaciones relevantes para la contemporaneidad de diversos públicos lectores, a través de diversas épocas, todo lo que se pueda decir en una sola oportunidad como esta es insuficiente. Se hace referencia a un laberinto de problemas que va desde la naturaleza misma de la producción textual hasta su consumo y

*Trabajo presentado en el simposio *Cortázar en Barnard*, abril, 1980.

descodificación, pasando por la producción material del libro, su comercialización y distribución, sin olvidar la famosa pregunta sobre qué hace que una obra de la remota antigüedad tenga o recobre significación en un período muy posterior. Por lo tanto, en la presentación que sigue me cabe una doble responsabilidad: acotar el área precisa en que instalo mi discusión y luego justificar su validez como vía de conocimiento nuevo.

En cuanto al primer aspecto, mi argumento es que la situación del mismo Cortázar nos provee una acotación del problema. Si nos atenemos a sus declaraciones¹ se trata de un intelectual que avanzado en su carrera declara su compromiso con el proceso revolucionario de instauración del socialismo en Latinoamérica. De allí en adelante establece un nexo entre la posibilidad real de construir un nuevo orden social—como en Cuba—y su producción literaria, a pesar de que ella se venía elaborando según fundamentos divergentes de la doctrina revolucionaria. Con este nexo Cortázar asignó a su experimentación literaria la función de “desrutinizar” las percepciones de lo real para desvelar los límites ideológicos impuestos por el poder burgués hegemónico. Así se crearían las condiciones mentales para la transformación socialista de nuestros países como único espacio en que el hombre puede desarrollar libremente el cúmulo de sus potencialidades. Con la expresión de su compromiso socialista y la relación con su obra, Cortázar intentó unir una vanguardia política con una vanguardia literaria en cuanto ambas se complementan en la lucha por concretar formas culturales nuevas en sus respectivos campos de acción.²

En su aspecto positivo el problema queda acotado así: dentro del marco temporal de su existencia, la obra de un autor tiene vigencia en la medida en que responda a un compromiso con la dialéctica que introduce nuevas formas de organización social o se problematice a sí misma en torno a la dialéctica social que introduce esas formas. En su aspecto negativo esta definición podría aparecer restando vigencia a la producción literaria que no responda o no se problematice en cuanto a esos referentes. Sin embargo, este planteamiento corresponde sólo a un primer acercamiento a la cuestión tratada y debe ser refinado teóricamente. La objeción central que habría que hacer a lo dicho es su estatismo, ya que la dialéctica social es un proceso en movimiento permanente. Volveré a esto más adelante.

Primero debo justificar mi cuestión y lo hago en relación a la forma en que nosotros, como profesores y críticos, institucionalizamos académicamente la literatura. Creo indispensable distinguir que en nuestro trabajo no tratamos *la*

literatura, es decir, el conjunto total de obras producidas. Más bien de manera colectiva elaboramos paradigmas valorativos que nos permiten señalar la producción de autores específicos como introductores de nuevas modalidades estructurales que consideramos hitos de importancia en la evolución de los diferentes géneros. Hemos organizado un sistema de inclusiones y exclusiones que sería de interés analizar alguna vez desde un punto de vista sociológico. Nos compete revisar con frecuencia nuestro aparato conceptual para evitar que nuestra institución se convierta en panteón. Para ello es preciso considerar variables que permitan una mirada al futuro y alertarnos a las condiciones que puedan promover cambios en la producción de formas literarias. El compromiso social de Julio Cortázar nos señala la variable más importante, la historia contemporánea que compartimos con él.

Las consecuencias teóricas de unir una vanguardia política con una vanguardia literaria deben partir de la noción de que el discurso literario es una forma de conciencia de relaciones sociales preexistentes. La amplitud, complejidad y permanente cambio de estas relaciones hace que toda forma de conciencia sea a la vez capaz de aprehenderlas, e insuficiente y retrasada en su conocimiento. Como conciencia la literatura es una elaboración analógico-metonímica del modo en que grupos humanos crean y usan cultura, es decir, herramientas, ideas, conceptos, símbolos, valores, formas de conducta, instituciones y objetos para transformar aspectos discursivamente definidos de la realidad natural y social.³ Los discursos literarios participan en la conformación de las visiones ideológicas de una época proponiendo la forma en que los hombres reproducen o debieran reproducir su existencia de acuerdo con sus necesidades y objetivos materiales y espirituales, en el ámbito de un poder político hegemónico. Metafóricamente, la literatura tipifica agentes que luchan por conservar, transformar o revolucionar la sociedad desde el escorzo sensual y emocional de su experiencia de la vida diaria.

Puesto que toda conciencia es un esfuerzo retrasado por aprehender la realidad social, lo anterior supone una dialéctica por la que los movimientos culturales masivos necesitan instrumentalizar representaciones adecuadas de la realidad para su trabajo objetivo de transformación social. En los grados de eficacia de este trabajo y en la posibilidad de abrirse a nuevas formas de existencia se comprueba la validez y actualidad de significado de las representaciones. Puesto que el literato es uno de los diversos tipos de intelectuales cuya función es producir representaciones ideológicas de la sociedad, de acuerdo con su origen o adhesión de

clase, es posible postular que la obra de un escritor es vigente y se mantiene en la vanguardia de su cultura en tanto ella y la práctica social de su autor responden a la esencia de los procesos históricos que dinamizan su sociedad, y en tanto esa literatura articule y refuerce una práctica social efectiva.

Sin embargo, un desfaseamiento entre la obra de un autor y los procesos sociales no implica necesariamente el extremo opuesto, la caducidad. La sociedad es un conjunto de formas culturales activas y recesivas permanentemente a la mano en el uso diario, o depositadas en la memoria individual, generacional, de clase o colectiva, o institucionalizada en escuelas, universidades, bibliotecas, hemerotecas, museos, pinacotecas, cinematecas, etc. Recuperamos o abandonamos total o parcialmente estas formas para readaptarlas a las tareas sociales que debemos enfrentar como individuos o como parte de un grupo. Toda creación cultural de la que ha quedado registro es testimonio de la forma en que la especie humana ha forjado su propia conciencia, sensibilidad, cuerpo y capacidad manipulativa de sí misma y de la realidad, es decir, testimonio de su historia.

El concepto de la articulación ideología-práctica social trae implícito un modelo ideal de un intelectual implicado centralmente en actividades políticas revolucionarias, cuya obra surge de esa experiencia. Latinoamérica tiene una larga tradición al respecto desde Simón Bolívar a Roque Dalton y Leonel Rugama. No obstante, como ocurre con todo modelo ideal, su valor es más bien heurístico que prescriptivo. Así como la formación ideológica de un autor está sujeta a variables a veces difíciles de ponderar, su posibilidad de tener una participación central en un movimiento histórico no depende del todo de su voluntad. Pero, aun así, esto no significa que no haya criterios objetivos para juzgar la vigencia tanto del modelo de intelectual que un escritor representa como la de su producción literaria. En una época como la que vivimos, en que atestiguamos tan profundas conmociones sociales como anuncio del surgimiento de un nuevo orden cultural, la respuesta de un intelectual a la posibilidad de fundir pensamiento y acción es criterio de importancia para su valoración histórica. De los intentos por solucionar la contradicción entre intelecto e incitación social en los términos que hoy experimentamos procede la materia e identidad intelectual del escritor contemporáneo. Se podrían postular tres categorías en este sentido, que afectan al escritor y su obra, aunque no se equilibran necesariamente entre sí: 1) *compromiso* con las tendencias sociales de transformación cultural; 2) *conocimiento* de la dialéctica social que sirve al

escritor de materia artística; 3) *adecuación*, apropiada o no, de las formas literarias a su disposición para representar artísticamente su conocimiento de la dialéctica social.

En esta punto quiero recapitular las proposiciones que surgen de una elaboración del testimonio intelectual de Julio Cortázar: 1) que la vigencia de una obra literaria en la época de su producción está en referencia a su validez como representación imaginaria de los procesos reales de la creación de cultura en una sociedad; 2) que la forma en que se asume un compromiso con los procesos sociales constituye modelos de conducta intelectual posibles de ser definidos en su perfil. A continuación creo conveniente aplicar estos criterios a la obra de Julio Cortázar. El es la figura central en la llamada narrativa del boom y a través de un examen se podría cuestionar su vigencia en los términos propuestos, para luego esbozar probables tendencias y labores futuras para la crítica literaria.

En esta aplicación es conveniente considerar que la obra de Julio Cortázar se popularizó en la década de 1960, época de gran optimismo político por la creciente consolidación de la Revolución Cubana y de radicalización de grandes sectores de las clases medias latinoamericanas. También es la época de la diseminación de las teorías revolucionarias de Frantz Fanon, Régis Debray y Herbert Marcuse por Latinoamérica. Ellos hicieron una interpretación espontaneísta del cambio social revolucionario.⁴ La obra de Julio Cortázar coincidió con ese espontaneísmo con un irracionalismo de origen surrealista que revivió planteamientos del romanticismo europeo.

En primer lugar quiero referirme a la crisis del modelo tecnocrático-liberal de escritor que Cortázar mismo provocara después de haberlo encarnado inicialmente. Julio Cortázar abandonó Argentina en 1951. Se exilió voluntariamente en Francia con el objeto de tener las mejores condiciones posibles para un trabajo literario de reconocido eurocentrismo. En Argentina sentía que su dedicación era menoscabada por la interferencia cultural del populismo peronista. Hasta ese momento definía su intelectualidad con una concepción liberal de dimensiones idealistas y tecnocráticas: el artista tiene una responsabilidad exclusiva sólo ante su trabajo y debe desprenderse de las incitaciones inmediatas de las relaciones sociales en que está inmerso para lograr una contemplación no contaminada de su espiritualidad creadora; esta espiritualidad alcanza su maduración en la medida en que se apropie de formas discursivas europeas que han sido elevadas al rango de universalidad; ese desprendimiento y esa apropiación logran su concreción máxima con la instalación

del intelectual en Europa; allí la apropiación de formas culturales lleva a experiencias totalizadoras de la realidad teñidas de intensa religiosidad; esta totalización resulta en una comprensión irracional de la "esencia americana."

Instalado en Europa e inspirado por las revoluciones argelina y cubana, Cortázar expresó un compromiso de apoyo al proceso socialista de la isla, compromiso que interpretó como un reencuentro con sus raíces latinoamericanas. Su radicalización política magnificó y trajo a primer término el potencial de crítica social de los basamentos surrealistas de su producción literaria, aspecto que Cortázar ha enfatizado frecuentemente. Con igual constancia ha tratado de mostrar la concordancia de esos basamentos con el proceso revolucionario. No obstante, este esfuerzo significó una escisión entre producción literaria y práctica política. Por una parte, y a nivel ideológico, el irracionalismo surrealista de su formación literaria no permite a Cortázar una estricta apropiación intelectual del materialismo histórico y dialéctico como ciencia de la acción revolucionaria. Por otra, Cortázar nunca ha cejado en su apoyo personal a los movimientos de liberación latinoamericana.

Esta contradicción se hace evidente con una observación global del modo en que Cortázar concibe las fuerzas que potencian el cambio social. Estas son ahistóricas, están en la base biológico-instintiva del hombre, cuyos orígenes están supuestamente más allá de todo condicionamiento social. Su entrada a la institucionalidad forzosamente racionalizadora de las relaciones humanas es concebida como una caída que mutila la rica capacidad perceptiva estético-religiosa, primordial en la humanidad. La racionalidad "occidental" la ha restringido, desacralizando y fragmentando los nexos numinosos que unían al individuo, la sociedad y la naturaleza. El ser humano ha quedado alienado del flujo que sostiene toda manifestación de vida en el universo. La razón ha convertido los entes de la realidad en objetos inertes o menoscabados de vida, sometidos a todo tipo de explotación, particularmente en el capitalismo consumista contemporáneo. En este orden social la sensibilidad humana ha quedado dividida anormalmente entre razón e instinto, atributos que ya no se complementan equilibradamente. Por esta escisión, razón e instinto han llegado a significar muerte y vida respectivamente, procesos que tampoco logran complementarse en la organicidad vital.

Como proyecto social, la literatura de Cortázar promueve la desalienación del hombre con la restauración de la unicidad de todas sus dimensiones mediante el despertar de la imaginación

provocado por el consumo literario. El nivel ideológico de la lucha por la liberación humana es erigido como fetiche que reemplaza niveles más fundamentales. Se confía para ello en la energía instintiva que nunca es del todo encadenada por la represión social. Ella manifiesta su tendencia liberadora a través de la sexualidad, la imaginación, el juego y un numinoso acercamiento a la naturaleza que superan el principio de realidad capitalista. La riqueza de las reacciones instintivas relativiza la inflexibilidad de las formas de conducta social sancionadas por el poder político hegemónico. Esta premisa lleva a una especial valoración de personajes y situaciones marginales que alteran los padrones hegemónicos de conducta. De allí la atracción por personajes "piantados," de difícil identificación social, homosexuales y niños que todavía no han completado su socialización. Esto es completado con la insistencia en accidentes, incidentes fortuitos o maravillosos que rompen la rutina racionalizada de la vida diaria.

Pero, por sobre todo, el impulso de liberación instintiva se da en casos de violencia y muerte, claramente acotados en cuanto a magnitud y espacio, que toman aspecto de *happening*. Se trata de incidentes álgidos en la acción narrativa, consciente y gradualmente elaborados por los personajes, con sentido ceremonial, en que se da una fuerte descarga de energía emocional hasta convertirse de manera repentina y, aparentemente, espontánea en un símbolo que sintetiza impulsos lúdicos, posturas histriónicas e inquisiciones metafísicas para terminar con una definición existencial de los participantes.

Ideológicamente esta matriz conceptual demuestra una gran cercanía con la llamada Nueva Izquierda que cuajó en Europa y Estados Unidos especialmente en la segunda mitad de la década de 1960.⁵ La Nueva Izquierda se organizó espontáneamente en torno a problemas coyunturales como la necesidad de reformar la educación superior en Francia o la oposición a la guerra de Vietnam en Estados Unidos. Fueron grupos en que el estudiantado sirvió de vanguardia, sin experiencia partidista ni sindical, que se presentaron como alternativa frente a los Partidos Comunistas. Estos fueron acusados de ser burocracias fosilizadas que habían postergado su misión revolucionaria por su preocupación exclusiva de mantenerse y reproducirse. En el análisis neoizquierdista de las sociedades capitalistas avanzadas se alteraron aspectos fundamentales del materialismo dialéctico e histórico. La Nueva Izquierda negó el potencial revolucionario del proletariado en la fase capitalista actual. En una típica fetichización del poder del aparato ideológico, los medios masivos de comunicación fueron señalados como el instrumento de

manipulación psíquica causante de esa parálisis. La conciencia racional del proletariado habría sido condicionada por mensajes que habrían neutralizado la imaginación teórica en su búsqueda de alternativas de organización social. La promoción conjunta del hedonismo consumista habría resultado en la integración sumisa del proletariado al capitalismo. Por estos motivos la Nueva Izquierda postulaba que la alternativa revolucionaria estaba en grupos "marginados" o no del todo incorporados al sistema. El movimiento encontró sus elementos más afines entre el estudiantado y reclutó activamente entre el lumpen y las poblaciones presidiarias. En condiciones especiales estos elementos servirían de gatillo explosivo que arrastraría al proletariado a cumplir con su misión histórica revolucionaria.

La rápida declinación y desaparición de movimientos como el Students for a Democratic Society en Estados Unidos y aquellos surgidos en Francia durante la revuelta de mayo-junio, 1968, dan testimonio de la caducidad de este tipo de análisis social espontaneísta. También habría que señalar el fracaso del análisis foquista representado por Régis Debray y la derrota de las guerrillas urbanas y rurales, sin olvidar que algunos de los escritores del boom expresaron simpatías por ellas. Su fracaso estuvo en su incapacidad para conectarse con o crear estructuras políticas masivas enraizadas en el movimiento laboral.

La declinación del espontaneísmo debe ser confrontada con los sucesos de los años recientes. Luego de los desastres iniciales en Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, la vanguardia del movimiento histórico se localiza en la victoria reciente del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua y las consecuencias que este triunfo tendrá en El Salvador y Guatemala; la presión exitosa del pueblo brasilero para provocar una apertura política en la dictadura; y los progresos chilenos en rearticular el movimiento obrero como puntal de la resistencia antifascista. Todo esto no ha sido posible con sorpresivas explosiones de vitalidad reprimida o por la acción de una pequeña vanguardia aislada, sino con una cohesión democrática pluriclasista que ha templado la disciplina y la capacidad organizativa de los partidos populares.

Con el conocimiento de los agentes y circunstancias que acarrearón los desastres antes indicados, ha crecido el convencimiento masivo de que la lucha por la democratización latinoamericana está esencialmente ligada a la lucha antiimperialista. La coincidencia en estos dos objetivos ha aunado esfuerzos proletarios, de estratos medios y de sectores burgueses progresistas para recuperar o instaurar las libertades burguesas

como espacio de maniobra política. Para el proletariado organizado el período transcurrido desde los golpes de Estado trajo múltiples labores: repliegue, reagrupamiento de fuerzas, reorganización clandestina, negociación de diferencias entre sectores políticos populares, iniciación y mantenimiento de un diálogo con otros sectores sociales, exploración de instituciones que facilitarían el trabajo político en condiciones represivas, la adecuación de las formas y los medios culturales a la mano para la resistencia y la concientización de las masas. Todo ello para presionar y mellar la inflexibilidad dictatorial y expandir las posibilidades de expresión de los intereses populares. Para estos trabajos ha sido fundamental un alto grado de organización y disciplina para cohesionar y coordinar frentes masivos, permitir el flujo comunicativo entre el interior y el exilio y, como lo requiere el triunfo sandinista, articular un aparato partidista, administrativo e institucional para una reconstrucción económica, social y política programática.

Todo esto sugiere que han cambiado marcadamente las condiciones que permitieron el desarrollo de una narrativa de bases espontaneístas ante la historia latinoamericana. Las etapas recientes de los conflictos sociales obligan a considerar las nuevas prioridades para la elaboración de la realidad cultural. Estas prioridades ya se han hecho visibles en los últimos años. Me refiero a crecientes esfuerzos por un entendimiento más estricto de los procesos sociales continentales. Índice de esto es el gran interés causado por la investigación de las ciencias sociales, su aumento, junto con el de la literatura testimonial. También es índice el desarrollo e importancia alcanzados por el teatro de creación colectiva, cuya característica central de su modo de producción es el tratamiento dramático de la investigación histórica. Para los literatos esto implica el compromiso de poetizar este conocimiento histórico con mayor asidero en la realidad social. Para la crítica literaria ésto demandará gran atención por los problemas implícitos en la elaboración de este tipo de material. Este desafío quizás promueva un reenfoque de la literatura política de los años '30 en términos comparativos con la situación presente. El hecho es que la poetización de los procesos sociales cuenta ahora con la rica experiencia técnica aportada por escritores como Julio Cortázar.⁶

Por último quisiera llamar la atención sobre la relevancia actual que tiene el quiebre de Julio Cortázar con una definición tecnocrático-liberal del escritor. Con esta ruptura Cortázar ha mostrado las posibilidades de un compromiso intelectual internacionalista con toda lucha de liberación, compromiso

asumido en cualquier lugar del mundo donde lleve la necesidad de trabajo. En una época como esta, en que gran número de intelectuales laboran por absorber, comprender y definir no siempre con éxito las dimensiones y significados del exilio, Cortázar propone un modelo de conducta constructivo que supera la obsesión por meditar nostálgicamente sobre un pasado convertido en utopía.

Notas

1. El esbozo siguiente se basa en "Acerca de la Situación del intelectual Latinoamericano." *Ultimo round* (México, D.F.: Siglo XXI Editores, S.A., 1969); *Viaje alrededor de una mesa* (Buenos Aires: Editorial Rayuela, 1970); "Discurso del Escritor Argentino Julio Cortázar en el Acto de Constitución del Jurado del Premio Literario Casa de las Américas 1980, La Habana, Cuba.
2. Testimonio de este nexo es una afirmación como esta: "Porque los escritores, aunque sean un producto obvio de los procesos culturales, se crean de alguna manera por su propia cuenta, encuentran su camino contra viento y marea; pero los lectores no se hacen solos, a los lectores hay que hacerlos, hay que llevarles los elementos para que salgan de la barbarie mental y accedan a nuestro mundo, a nuestros procesos políticos en calidad de protagonistas y no de rebaños." "Discurso..."
3. Para una amplia discusión del concepto cultura desde una perspectiva materialista histórica consultar Desiderio Navarro, ed. *Cultura, ideología y sociedad: antología de estudios marxistas sobre la cultura* (La Habana: Cuadernos de Arte y Sociedad, Editorial Arte y Literatura, 1975)
4. Un análisis de los tres autores mencionados en cuanto a este problema se encuentra en Jack Woddis, *New Theories of Revolution* (New York: International Publishers, 1971).
5. Para un estudio de las implicaciones neoizquierdistas de la obra de Julio Cortázar ver Hernán Vidal, "Julio Cortázar y la Nueva Izquierda." *Ideologies and Literature* (Minnesota), No. 7, 1978, pp. 45-67.
6. Una observación del material presentado en concurso al Premio Literario Casa de las Américas, 1980, apoya estas impresiones. Las categorías ensayo, testimonio, teatro y poesía fueron las más concurridas en cantidad y calidad. Limitadas en estos aspectos fueron las categorías cuento y novela. En cuento sobresalieron los experimentos por traer a la elaboración literaria de una problemática de muy definida preocupación social la modernidad técnica asociada con la narrativa del boom.

LATIN AMERICA: THE VIEW FROM COMPARATIVE LITERATURE

Neil Larsen,
University of Minnesota

I have been asked, as a student pursuing a career in Comparative Literature, to comment on the status of Latin America within my particular field. It may be supposed that my claim to a Latin American "specialization" within a general course of comparative literary studies justifies this request, and allows me to speak with some authority. If so, then there should be no confusion of this claim with a pretense to speak *for* any institution, either by virtue of rank within the field or the possession of a knowledge securely based in investigations. What follows should be read simply as an essayistic statement on the history of institutions, reflecting a personal trajectory.

"Comparative Literature" as an academic discipline with institutional apparatus (faculties, degrees, university departmental or program status, professional associations and journals, etc.) is the product of the 19th century European intellectual movement which, under the general impetus of positivism, manifests itself in a whole set of "comparative" projects: comparative philology, comparative anatomy, comparative religion, etc. It appears as an academic discipline in universities outside Europe only in the 20th century, as an extension of the European "field."

The spiritual origins of Comparative Literature are in European Romanticism and are often specifically assigned to Goethe, who began to speak of the concept of "Weltliteratur" (world literature), after the Napoleonic wars. It is also worth noting that before entering its institutional "comparative" body "Weltliteratur" makes another famous appearance, this time in 1848 as part of the first section (entitled "Bourgeois and Proletarians") of the *Communist Manifesto*: "And as in material so also in intellectual

production, the intellectual creations of individual nations become common property. National one-sidedness and narrow-mindedness become more and more impossible, and from the numerous national and local literatures there arises a world literature."

Regardless of whether one interprets this remark of Marx and Engels as a prediction or as the precise marking of a global social trend which elicits the social forces tending simultaneously to contradict and obstruct its unfolding (an interpretation which most 20th century Marxists would probably adhere to), there can be no doubting the role of its revolutionary and utopian appeal in motivating the pursuit of Comparative Literature. This despite the probable ignorance of most comparatists that so notorious a text has already produced the historical narrative within which the ideals of literary internationalism find their place. But there can also be no doubting the eventual disappointment of this vision, when, in the course of the institution-bound practice of CLIT (as it is abbreviated in the University of Minnesota course schedule), the student-scholar discovers that the "comparison" of literatures amounts mainly to the comparison of pre-existent *national* literary histories, between which there is said to exist a network of "influences" and "indebtedness." It turns out that this network is the only academic territory belonging exclusively to comparatists.

The revolutionary project of "Weltliteratur" is even further frustrated when it is discovered that, by and large, the "literatures" which one is trained to compare as if in an external, mechanical and "equal" relation to one another are European and, occasionally, North American—precisely the "literatures" of the former colonial and current imperialist and subimperialist social formations. When one questions this preponderance, one is given a number of standard replies, ranging from the sympathetic reminder that most CLIT faculties are themselves the product of training in European and North American national literatures, to the transparent chauvinism which insists that Literature is after all a European invention. In all this there appears to remain but one avenue for the expression of the global vision: that is the realm of theory. But the pursuit of literary theory can obviously not be unaffected by the exclusivity of its historical and spatial domain.

Thus "Weltliteratur," to the degree that it exists in institutional practice, becomes the conglomerate image one obtains by filtering discourse through the transparent negative of the national literatures associated with the major European states. Here "literatures" confront one another with an equality and commonality which is exactly that of commodities in the now global circuit

defined by the imperialist world market: already in their exchange form (whether as marketable good or as comparable literature), and regardless of content, there is expressed in each an *equal* subordination to the accumulation of capital and its resultant forms of social and ideological reproduction.

The literatures of Latin America occupy an intermediate position in the imperialized literary totality. As former colonies with a longer history of "national independence" than is the case with Asian and African social formations, and as societies which speak and write in the European colonizer's language without major exceptions, the Latin American social formations approximate the European model at a relatively minor cost to existing structures of mediation. Thus the traditional catalogue of literary genres (novel, poetry, theater, etc.) can be applied to Latin American texts without undue modifications—these genres, in other words, inform the autonomous process of textualization without having to be imposed *post factum*, as is often the case with tribal and classical nonEuropean texts. Latin American literature shares this feature with the literatures of North America.

What is special about Latin America's mode of insertion into the circuit of "universal" literary form is the particular critical discourse which increasingly accompanies and facilitates its implicit subordination to the colonial-imperialist standard. This is the discourse of the social sciences, excluding, for the most part, anthropology (the articulating critical discourse for more "primitive" literatures and cultures), but including sociology, historiography, political science, demography, ethno-geography, etc. Why these? Because Latin American works of literature are somehow not considered to be adequate representations of their respective national cultures and "civilizations." Unlike, say, a French literary text, which is supposed, by mere virtue of its intrinsic properties, to encapsulate the essence of the French "spirit" or national character, a Latin American literary text requires that society itself speak alongside the text (hence the discourse of the social sciences, society's "language") in order for its literary value proper to be realized. Thus, for example, the uniqueness as literature of the work of Sor Juana cannot be affirmed except as a function of her colonial Mexican milieu; otherwise she must be classified as a second rate Spanish writer, as is, in fact, sometimes still done. And thus, even after the translation and mass publication and distribution in Europe and North America of works like García Márquez' *Cien años de Soledad*, or the novels of a Jorge Amado or a Vargas Llosa, the ancillary function of social explanation still cannot be dispensed with. These are "great works of

literature" primarily because the social reality to which they correspond—the familiar exotic landscape of the "real maravilloso"—is thought to endow them with its own aesthetic qualities. The few exceptions to this—e.g., Borges—prove the rule by originating in the Río del Plata, Latin America's only fully Europeanized and urbanized enclave. Does not the strict claim of the social dimension to a prior mediation of the literary ultimately revert to the logic of imperialism, whose task in those areas of the world still undergoing integration into the international division of labor requires that entire societies—and not merely the atomized subject of the metropolis—become the subjects of careful study and measurement, as well as the objects of desire?

The cult of the socially exotic, even as practiced by its supposedly more "progressive" disseminators (Carpentier, Asturias, García Márquez, etc.) has of course come under political fire and has been made the object of criticism from the left (see, for example, Horst Rogmann, "Realismo Mágico' y 'Negritude' como construcciones ideológicas", *Ideologies and Literature* vol II #10, Sept-Oct. 1979). Meanwhile the status of Latin America in the global literary canon seems to have undergone little change, although the class struggle currently unfolding in Central America, having drawn the world's political attention, may soon have a certain global literary impact as well. At any rate, there is still no escaping a regionalist, or better, *continentalist* reading of Latin American art—a reading which in its most critical format merges with the discourse of the social sciences. What, then, should be the practice of the sympathetic and adventurous comparatist, schooled in the theories of Modernism, when the question of Latin America is raised in the court of "Weltliteratur"?

The answer seems obvious: select a canon of Latin American classics (starting with Borges, but including more plebian but still illustrious names); undertake a set of definitive readings based on universal principles of literary criticism; wean interpretation from its sociological crutch; arrange a Nobel prize for someone not from the Río de la Plata; and proclaim Latin America's transcendence of its own regional essence.

But this is all wrong. For two reasons: first, because, in supposing such integration to be possible, it ignores the imperialist reality of integration into the international division of labor on an *unequal* basis and the fact that the academic and intellectual service of capital, despite considerable dissidence, is not institutionally capable of exceeding this logic. And because it remains, lamentably, the case that this imperialist reality is not likely to go away in the foreseeable future, whether the language of final

literary (and political) authority be English, French, German, Japanese or Russian. The social and not the literary Latin America will continue to command the "world"'s critical interests, because it is on this plane, that of class struggle within the social and economic formation, that the principal contradiction with imperialism continues to be played out.

Second, the obvious answer is wrong because, in the blush of its good cultural/literary intentions, it misses the political dialectic of the situation: for just as Latin America is not immune to the literary revolutions imported from the imperialist metropolis, so the metropolis is not immune to Latin America's major revolutionary export—the *political* "avant-garde." The imperialist center strives to understand the political Latin America, so as to contain and control it. To this end it deploys its social scientists, and among them a few literary critics—but always with the risk that the object of study may at some point seduce the student. Have not most of us felt this seduction?

As a comparatist, imbued early on with an exclusive orientation to the European aesthetic vanguard, I must attest to this special power exerted by the anti-imperialist movement in Latin America, even in its most literary mediations. One begins by making excuses for the lack of literary mediations. One begins by making excuses for the lack of literary finesse and ends by questioning the very politics of Literature as such. In my opinion—and here I conclude—this process is both inevitable and good; more of us ought to undergo it. One can only hope that its impact will not spare even the most sacred canons of European Modernism.

Literatura Chicana y Crítica Literaria

Juan Armando Epple
University of Oregon

1. *La literatura chicana: una cultura en busca de su identidad histórica.*

Las décadas del 60 y del 70 han sido consideradas como el período en que se afianza y se desarrolla distintivamente la expresión cultural de una entidad humana considerada oficialmente como una minoría "étnica" en los Estados Unidos: es el período de renacimiento de la cultura chicana.

Es el período en que surge un teatro de raíz popular que alcanza rápidamente un reconocimiento internacional (el Teatro Campesino), una poesía impetuosa y juvenil, de poderoso aliento, una narrativa que atrae la atención tanto del público norteamericano como hispanoamericano¹, y una producción ensayística que empieza a interpretar, afinando sus perspectivas teóricas y metodológicas, la singularidad de la historia y la cultura del pueblo chicano.

Pero la actividad intelectual no es una práctica autónoma, que se genera y evoluciona a partir del impulso espontáneo de los sentimientos y las ideas, sino que es una praxis condicionada por una historia concreta y por el modo en que el intelectual define su compromiso de trabajo en el marco sensible de esa historia, marco que orienta y articula su esfuerzo por producir un conocimiento (político, científico, estético) de la realidad.

Este renacimiento cultural es un producto, una apertura dialogante, del movimiento social y político que se inició en la década del sesenta en distintos sectores de la comunidad chicana, como respuesta colectiva a factores específicos de discriminación social y étnica: las luchas reivindicativas de los farmworkers, la organización comunal y política en los barrios y en los pueblos, el movimiento estudiantil en las universidades. El reconocimiento de tener, como grupos sociales, necesidades e intereses distintos a

los que propugnaba retóricamente el sistema dominante—y la guerra de Viet Nam fue uno de los hechos políticos que puso de relieve estas inadecuaciones—estimuló un proceso de revaloración de la comunidad chicana como sector social y culturalmente diferenciado, proceso que adquirió una cohesión ideológica a través de la postulación de rasgos caracterizadores del grupo como totalidad: una identidad étnica, (la Raza), una identidad política (la Causa), una identidad cultural (la formulación de la cultura chicana) y al incorporar a este proceso ideológico un sentido nacionalista, la explicable postulación de un territorio propio (Aztlán). Lo que es importante destacar es que estas formulaciones surgen—en tanto modos de formular una identidad—en oposición a los intereses políticos y los valores ideológicos del sistema dominante, y tienen básicamente una función de movilización social. A la vez, rescatan y vuelven a formalizar un conjunto de signos identificadores que estaban en la tradición, y que se proyectan ahora con una nueva fuerza.

La tarea de indagar en la experiencia colectiva de la comunidad chicana, de rescatarla en tanto experiencia histórica, y de proponer un sentido para esa historia en tanto fuerza movilizadora de las aspiraciones del presente fue asumida con notable entusiasmo, seguridad y apertura creadora por el teatro y la literatura. No es que no haya existido una literatura chicana anterior—de hecho, este renacimiento ha estimulado la necesidad de investigar y valorar un pasado cultural que se remonta al siglo pasado, descubriendo muchas obras que permanecían olvidadas—sino que las nuevas circunstancias históricas permiten desarrollar esta expresión cultural desde una perspectiva cualitativamente distinta.

Habría que examinar en qué medida la historia cultural del pueblo chicano, sus avances y reflujos, y sobre todo las perspectivas ideológicas predominantes de esta praxis cultural en distintos períodos, responde a las alternativas de ese otro proceso que es la vida colectiva abriéndose paso, enfrentada a situaciones y problemas específicos, en la sociedad en que trabajan y sueñan sus habitantes.

Lo que parece evidente es que el movimiento político-social de los años sesenta estimula poderosamente el desarrollo intelectual, orientando, tanto en el ensayo como en la creación artística, una especial preocupación por definir una identidad histórica, esto es, por caracterizar el modo peculiar de existencia de la comunidad o pueblo chicano en los Estados Unidos.

La nueva literatura chicana surge entonces como una compleja y rica manifestación cultural cuya preocupación básica es

formalizar la toma de conciencia, los valores y aspiraciones de una entidad humana conceptualizada 'legalmente' como minoría étnica en la sociedad norteamericana, y que en el proceso de formalización de esa identidad colectiva se va enfrentando—como problema central y como requisito básico para producir un conocimiento significativo de la realidad—a la necesidad de definir esa identidad en términos de formación histórico-social distintiva. Esta literatura, que se produce en el marco de un sistema dominante que separa al mundo social en entidades puramente 'étnicas', con un status aparentemente igualitario (cada grupo puede ostentar el derecho a un "ethnic pride") y canalizando un modo asocial de asumir la realidad, enfrenta el difícil problema de definir a la vez la experiencia histórica (lo vivido como realidad colectiva) y la entidad que cohesiona y distingue a esta colectividad de otras (¿grupo social, minoría étnica o nación?)²

Al analizar la producción literaria de un país, hay parámetros que se dan como algo supuesto, que están implícitos o han sido aceptados en la comprensión de su radio cultural: a) el considerar esa literatura como la producción cultural de un país determinado geográficamente, social y políticamente (es decir, con alternativas políticas de desarrollo que se dirimen en la vida nacional): b) el distinguir en ese país y en esa cultura un desarrollo histórico fácilmente discernible, con períodos que pueden delimitarse en el tiempo.

Pero en el caso de la literatura chicana, estos parámetros necesitan ser formulados y explicados, porque no constituyen diferenciadores ya decantados en el pasado, sino la posibilidad de percibir y distinguir un proceso histórico y cultural que se va consolidando en el presente, en un esfuerzo que une íntimamente el avance social y político de la colectividad chicana y su praxis cultural distintiva.

En una literatura nacional suelen distinguirse, implícita o explícitamente, ciertos niveles de identidad, como: una entidad geográfica (el país), una entidad humana (el conjunto nacional) y dentro de esta entidad global una identidad político-social (el proyecto ideológico de futuro que distingue, en el proceso de vida nacional, a cada sector social). En el caso de la literatura chicana nos encontramos con la expresión cultural de una humanidad concreta, conceptualizada abstractamente como minoría étnica, en busca de su identidad nacional. La formulación de esta identidad, que es el motivo básico que orienta su mejor literatura, se ha canalizado inicialmente en tres conceptos, que son modos tentativos de reconocerse existiendo como realidad humana

distintiva: el territorio es Aztlán, la identidad étnica o nacional es la Raza, y el proyecto político de futuro es la Causa. Pero estos conceptos, válidos en la medida en que orientan y dinamizan un proyecto histórico de desarrollo, tienen el peligro de quedarse en una mera abstracción si no se redefinen dialécticamente en función de la práctica de vida social y cultural que desarrolla el pueblo chicano. Son conceptos que la propia realidad va poniendo a prueba, y que reformularán su sentido o serán reemplazados por otro en la medida en que sirvan para expresar esa identidad.

La cultura de un pueblo, y su literatura, formulan y definen un modo peculiar de verse existiendo en la sociedad. Y en la literatura chicana, una literatura a la que aún no se le ha dado el status oficial que tienen otras literaturas del mundo contemporáneo (en varias bibliotecas, esa institucionalización del saber, aún se la encasilla indistintamente junto a la literatura norteamericana, mexicana, "hispana", e incluso en el folklore), lo que leemos es un proceso intelectual de conquista y formulación de un espacio histórico de existencia. Se trata, en suma, de una literatura en busca de su país.

El primer problema que se le presenta al historiador y al crítico literario es el de delimitar esa entidad histórico-social específica (el pueblo chicano) del cual la literatura es su expresión sensible. Una acotación inicial—desde una perspectiva histórica—definiría la literatura chicana como la expresión cultural de la población indomexicana de los territorios del Southwest, anexados por Estados Unidos después de la guerra con México, y que en virtud del tratado de Guadalupe Hidalgo (1848) obligó a esa población a elegir entre la ciudadanía mexicana y la norteamericana. Se trata, rigurosamente, de un acto de conquista dado en el proceso de la expansión capitalista de los Estados Unidos y la conversión de ese dominio en dominio imperialista. Esta conquista, en que el sistema dominante impone sus pautas de control económico, social y de asimilación cultural (específicamente lingüística) sobre la población anexada, genera un modo de existencia cualitativamente diferente al que existía antes en esos territorios: un modo de existencia conflictivo en que chocan constantemente las pautas de dominación con las formas de vida social y cultural que desarrolla el grupo dominado, y que expresan la conciencia de un vivir/colectivo que se sigue produciendo al margen de los intereses hegemónicos del poder imperial. Cuando se habla, para definir el modo peculiar de existencia del pueblo chicano, de "extranjeros en su propia tierra", se señala una característica distintiva de principal importancia para entender la naturaleza de

este fenómeno de conquista: que el dominio no ha estado orientado a integrar al pueblo del southwest a la vida política y social de Estados Unidos, sino a aceptarlo como fuerza de trabajo, pero manteniéndolo al margen de las decisiones que afectan al desarrollo del país como totalidad. Pero cuando se pone el acento en la existencia de una cultura nacional autónoma, buscando definirla en términos de cultura homogénea, se elude el hecho de que la comunidad chicana no constituye un todo homogéneo, sino que presenta divisiones sociales, con actitudes, valores y una conciencia ideológica que responde a una percepción distinta de su identidad en tanto grupo social. Consecuentemente, estos grupos desarrollan formas culturales con rasgos diferenciados, haciendo muy difícil, por ejemplo, definir las características comunes de expresiones como la literatura oral y las canciones (el "corrido"), afincadas en una tradición popular de origen campesino que se renueva con el proceso inmigratorio desde México, las expresiones biculturales que se generan en el barrio, y aquella literatura en inglés que se ha escrito desde una perspectiva ideológica de asimilación a la cultura anglosajona. Indudablemente, un farmworker, un obrero, un comerciante o un profesional de clase media, un actor como Anthony Quinn, no se identifican culturalmente en la sociedad en que viven de la misma manera.

Desde una perspectiva sociológica, entonces, se hace necesario discernir los grupos sociales que se presentan en la población de origen mexicano, el status que tienen en la sociedad norteamericana, con sus posibilidades de movilización en la estructura social del país y sobre todo considerando las formas de estratificación que se les impone, y los patrones culturales que desarrollan, con su aceptación de las pautas asimiladoras de la cultura anglosajona, sus esfuerzos por formular una expresión sincrética, alternativa, o su cercanía a las formas de expresión cultural provenientes de los sectores inmigrantes, cuya condición social, de marginalidad extrema, los hace menos permeables a la asimilación.

Juan Gómez-Quiñones ha analizado con claridad este hecho social, distinguiendo, por sobre la aparente homogeneidad de la llamada minoría chicana y la noción de que preservan una esencia cultural garantizada por el sistema en tanto componente distintivo de una sociedad formada por distintos grupos étnicos, la existencia de tres grupos sociales, cada uno de los cuales formaliza subculturas cuyas líneas distintivas se van reformulando en relación a su aceptación o rechazo al sistema dominante. Es decir, junto al análisis de la estructura social de la llamada minoría

chicana, ve la cultura como un proceso sometido a la tensión básica y a las alternativas de una división mayor, que afecta, con variaciones de grado, a los diversos grupos: la existencia de un sistema dominante (económico, político y culturalmente, y que se expresa en el estado nacional) y de una formación histórico-social que fue parte de otro país y que se mantiene ahora ligada al sistema de acuerdo a las pautas específicas de control social que genera el capitalismo: promoviendo una asimilación ideológica (superestructural), permitiendo una relativa autonomía cultural, pero negando sus derechos políticos y sociales.

La precisión del análisis que hace el autor de esta realidad social y la dinámica cultural que genera justifica, creemos, estas citas extensas:

"The policies of cultural and economic suppressions and assimilation, both in regard to class and culture, have resulted in alienation, false consciousness and internal economic and social division within the Mexican population. Each of these three groups has class divisions. There is distributed in the three groups a very small elite of high wealth, a traditional middle class of merchants and professionals, and a newer state-dependent lower middle class, and also artists, intellectuals, and workers and lumpen. (...) Though clearly there are class divisions, domination has eschewed the general stratification patterns of bourgeoisie, petite bourgeoisie, proletariat and lumpen. Outside part of New Mexico and Texas, the elite of high wealth is scarce. The middle class element, which owes its origin to business, the state and education, has been historically small and in some areas absent, but since World War II, is increasing. The lower middle class is recent, small, unstable, dependent and generally of working class origin. Its political, cultural and economic instability is the result of the crisis it undergoes because of strain and conflict of the dominant economy and society. Interestingly, elements of the middle class functioning as "colonial" mediators hold their positions, in many cases, only to the extent that they have popular support or tolerance. This class is continually pulled by the contesting forces from above and below. At this time the vast majority of the Mexican people are members of the working class, working in technologically and organizationally updated production or in the urban services. There also is a large and growing lumpen. The cruelty of the job market, crime and vice fostered by the system, cultural disintegration, the schools—all increase the lumpen element. Often the lumpen historically ally with the upper and lower bourgeoisie.

"Class interest and assimilation resulted in an element among

the people of Mexican descent who identify with dominant culture and its values. Others are less forthright: a few are deceptive. On a surface level Mexican or Chicano identity is a means to bolster arguments for benefits of status and relative economic privilege. They do not have full membership in domination. To place all petite bourgeoisie and salaried artists and professionals or specialized white collar element into one cultural membership or one class loyalty would be unanalytical.”³

A continuación analiza lo que podríamos llamar un proceso de reformulación de una identidad cultural como resultado del movimiento por los derechos civiles y políticos en la década del sesenta, y donde la expresión cultural adquiere una fuerza unificadora y movilizadora enraizada en la lucha política. En este contexto, la praxis cultural, cuyas formas más vitales y progresistas provienen de los sectores sociales más afectados por la dominación, canaliza una conciencia crítica de resistencia y liberación:

“The importance of identity increases in relation to social status, urbanization, and education, in other words, in relation to the subjection to assimilation which by the sixties had touched all sectors of society but with varying degrees. Cultural reaffirmation of the community as a whole may be viewed from two contrasting cultural points and divisions: 1) those who never greatly suffered cultural or identity loss and hence had preserved their culture and identity, and 2) those who consciously sought to acquire or reacquire culture and identity. There has been a vigorous cultural vitality, conscious propagation and dissemination of cultural material for both groups.

“The crisis of the system, the impact of the movement, cut across class and cultural divisions among the Mexican people. As economic and political crisis ensues and class and cultural resistance occurs, a two-folding division and participation in domination, culturally, economically, and politically, and those who gradually but increasingly question domination in regard to identity and cultural allegiance. These, along with others heavily exposed to assimilation—students, artists, and highly skilled workers—develop a compelling need for overt cultural identification and paraphernalia, and conceive elaborate, often merely decorative artistic and literary forms, themes, and styles which exalt culture as transcendent. Identity, rather than struggle, is the central theme. Without class identification and political participation, this is at best neutral. At worst, it becomes deceptive, diversionary and conservative, thus supportive of the status quo. Cultural activity qua culture, even in groups ostensibly allied to

the political movement, retains this conservative character.

"However, the crisis is foremost economic and political: thus community survival demands a response in these areas: From the point of view of culture and assimilation, politics generally involves four groups: 1) those who support domination and its culture, 2) those who vacillate, 3) those who practice culture but ally politically with domination, and 4) the individuals who join the cultural-political process of resistance. The return to culture and identity is demanded by the need to avoid social annihilation, by the need for recognition, and because of discrimination. At a time of crisis, class resistance and cultural affirmation joined to politics has a number of ramifications. The system of oppression is under attack politically, economically, culturally, and ideologically. Ideological weapons which domination has monopolized and has used to intimidate are now turned against domination with irony and skill. When even a few, a tiny fraction, who were seemingly favored or indoctrinated by domination, attack oppression, it sets a temper. Other elements of this "privileged" sector are affected, influenced. Individuals are recruited, while yet others withdraw to a neutrality favorable to reaffirmation, and importantly the opposition is forced on the ideological defensive. Further, this cultural and ideological reaffirmation, with its aggressive stance, has effect on the middleclass professionals, intellectuals and artists of the oppressor causing them disorientation. Most importantly, despite the esoteric language or the stylistic idiosyncrasies of the individuals in cultural and ideological revolt, the meritorious thoughts, ideas, and facts are retranslated and absorbed by the popular class in a reflective and dynamic manner."⁴

Junto a la necesaria delimitación histórica y social de la colectividad que produce la cultura y la literatura chicana, y que como vemos constituye una realidad estructuralmente compleja, y sobre todo sometida a contradicciones sociales e ideológicas, el estudioso de la literatura deberá considerar las perspectivas ideológicas que orientan la producción literaria y las modalidades estéticas que formalizan la visión del mundo del escritor, entendiendo la literatura como forma de conocimiento de la realidad y proposición de un sentido para el mundo objeto de atención literaria.

Desde el punto de vista ideológico, la literatura chicana constituye una radiografía muy completa de los conflictos de valores que se dan en la zona fronteriza entre el sistema socio-cultural dominante y un pueblo dominado, entre el modo de leer la realidad propuesto por ese sistema dominante y la búsqueda de

una interpretación más auténtica e íntima, desde una perspectiva interiorizada, de la experiencia histórica peculiar vivida por el pueblo chicano. Y lo que es más importante, la evolución de esa literatura muestra cómo el esqueleto social va adquiriendo un cuerpo y una fisonomía distintivos.

Uno de los problemas que han debido enfrentar los historiadores de la literatura chicana es caracterizar los orígenes y la evolución de esta literatura. Los criterios historiográficos que se han asumido para evaluar el desarrollo literario son bastante diferentes. Consideremos tres ejemplos cuyas perspectivas, si bien dan la impresión de ser complementarias, al estar animadas del mismo deseo de rescatar y darle validez histórica a una literatura olvidada y rechazada oficialmente, difieren entre sí. José de Anda, en su artículo "Mexican Culture and the Mexican-American"⁵, describe un amplio friso cultural que se inicia en el siglo XD.C., con la formación de las civilizaciones maya y azteca, y se desarrolla hasta nuestros días, mostrando una evolución cultural cuyo centro es México, y postulando, consecuentemente, que la cultura chicana debe entenderse como parte de la mexicana. Luis Leal, en uno de los primeros ensayos de periodización sistemática de la literatura chicana, "Mexican American Literature: A Historical Perspective"⁶ adopta una perspectiva similar en cuanto a la amplitud de ese desarrollo, pero demarcando una evolución cultural dada distintivamente en el Southwest, que es así el asiento territorial de una continuidad histórico-cultural: la del pueblo chicano. Para Leal la literatura mexicano-americana se origina durante la Conquista y continúa ininterrumpidamente hasta nuestros días, pudiendo dividirse en cinco períodos: a) un período hispano (de la Conquista hasta 1821), b) un período mexicano (de 1821 a 1848), c) un período de transición (de 1848 a 1910), d) un período de interacción (de 1910 a 1942) y e) un período chicano (de 1943 hasta el presente). Si bien acepta el criterio histórico que obliga a considerar como punto de partida para la formación de una colectividad mexicano-americana el año 1848, su preocupación por valorar una relación de continuidad cultural con el pasado lo lleva a definir ese pasado como "estadios iniciales de la literatura mexicano-americana", coincidiendo en esto con Ray Padilla, para quien "todas las obras anteriores a 1848 deben ser consideradas como materiales pre-chicanos"⁷

Philip D. Ortego, por su parte, en su artículo "The Chicano Renaissance",⁸ junto con destacar la importancia del resurgimiento de la cultura chicana en los sesenta como el período en que se articula un sentido de identidad y se conquista un status de reconocimiento en el mundo dominante anglosajón, traza un

desarrollo literario que se remonta también al período de la conquista española, y que a partir de 1848 evoluciona como una cultura sometida y rechazada, luchando por expresarse y difundirse en un medio dominado por la cultura anglosajona. Se trata de una cultura que, enraizada en tradiciones anteriores a la dominación americana del Southwest, lucha por conquistar un status en la sociedad americana, una sociedad caracterizada actualmente por su pluralismo cultural y lingüístico. Esta literatura expresa, así, un proceso de reconocimiento de una identidad grupal distintiva y un acto de afirmación de los valores de esa entidad humana, y debe ser reconocida como parte de la literatura y la cultura americana.

Finalmente, Richard A. García, considerando el desarrollo histórico y cultural del pueblo chicano como un proceso de formulación de una identidad en que se unen dialécticamente experiencias colectivas delimitadas en el tiempo y modos distintivos de formalizar en ideas esas experiencias, ve una sucesión cultural, o intelectual, centrada en los cambios ideológicos que se producen en la comunidad chicana durante el siglo XX. Acentúa, entonces, el poder de las ideas, y su capacidad para fijar una mentalidad distintiva en cada período histórico:

“Without question the economic and social structures are important in the development of history, but so is the intellectual one. The human mind is an active force in the making of history. Mexican Americans and Chicanos, collectively and individually, make choices everyday that over a period establish patterns of intellectual currents which create changes. In other words, ideas and ideology, together with economic forces, help shape people and events. How Chicanos identify themselves, what they think, what their intellectual roots are, how they live, what their plans of action are, and how they relate to others have helped to determine the direction of their history, and therefore, must be systematically explored.”⁹

De acuerdo a esta perspectiva, se trataría de una cultura de cambio, con períodos que hacen prevalecer distintas mentalidades, y cuyo signo distintivo sería su desarrollo divergente tanto frente a la cultura de México como a la de los Estados Unidos. Pero básicamente, una cultura que se va reformulando frente a las determinaciones y retos de cada período histórico.

Estas líneas historiográficas—que no pueden considerarse como posiciones enteramente divergentes, puesto que reconocen y buscan interpretar factores sociales y culturales que consideran elementos distintivos para perfilar una presencia “chicana” en

Estados Unidos, difiriendo en el modo de relacionar esta presencia con la obvia presencia dominante de la cultura anglosajona—muestran tres tendencias en la delimitación del fenómeno cultural objeto de análisis: una que acentúa sus lazos de continuidad con la cultura desarrollada en México, otra que destaca el grado de inserción de la cultura chicana en una sociedad pluricultural, y finalmente otra que busca definir esa cultura en términos de una evolución independiente.

Sin duda, el investigador de la literatura chicana enfrenta un campo de estudio extremadamente complejo, que constituye un reto que pone a prueba los criterios tradicionales para delimitar la historia literaria. La multiplicidad de factores que entran en juego en la formación de esta cultura y en su desarrollo literario (tradiciones culturales e influencias de distinto origen, conflictos sociales, étnicos, ideológicos y lingüísticos, etc.) justifica el que estas delimitaciones se propongan más como ensayos tentativos que como estudios historiográficos definidos. Sobre todo, son acercamientos que apelan, a través de su notable esfuerzo por dar a conocer hechos históricos y datos culturales poco considerados, precisar su influencia, proponer límites, etc., a la necesidad de fundar un sólido criterio historiográfico que dé cuenta de la singularidad de esta praxis cultural en que un pueblo expresa sus circunstancias y define sus pasos distintivos.

2. Tendencias de la crítica literaria chicana.

Ligado al problema de la búsqueda de un criterio historiográfico que defina comprensivamente la evolución histórica de la literatura chicana, surge la necesidad de formular una base teórico-crítica destinada a caracterizar y evaluar la producción literaria del presente. La crítica literaria, sea la tendencia que asuma, no es nunca una praxis neutra o desinteresada, sino que adopta, explícita o implícitamente (como tendencia ideológica en este último caso) una toma de posición social e intelectual frente al texto que analiza. En sentido estricto, es un discurso valorativo, que pone en relación el texto (lo dado como producto impreso) con un sistema de preferencias que enmarcan la lectura analítica, y del cual el crítico es portavoz (en tanto lector que forma parte de un público histórico). Se ha dicho que el acto de elegir un texto implica ya un proceso inicial de selección, en el cual el crítico destaca las expresiones literarias que considera más representativas (sea positiva o negativamente) en un período dado, estableciendo a partir de allí un diálogo entre lo que es esa literatura (según la lectura profesional del crítico) y las expectativas de un deber ser.

En el caso de la literatura chicana, la significación social y cultural de la labor crítica adquiere una relevancia especial, sobre todo cuando debe analizar y auscultar *críticamente*, es decir, a partir de una toma de posición intelectual, las disímiles opciones de desarrollo ideológico y estético que se dan en esa literatura. En este sentido, la crítica literaria chicana—sobre todo en este período de reformulaciones y búsquedas—está llamada a cumplir una tarea relevante en tanto voz que destaca, analiza y valora la significación que tienen determinadas obras literarias en el desarrollo de una cultura cuyos parámetros distintivos no terminan de delinearse. La pertinencia de la función crítica de la crítica (y la frase no es redundante, sino que diferencia implícitamente un tipo de discurso que satisface en el comentario laudatorio, muchas veces sectorizándose o especializándose en determinados autores o temas que avalan las preferencias del crítico), su efectividad como opinión dialogante, se ha manifestado en forma muy clara, y con resultados concretos, en la crítica teatral que ha recibido, en distintos momentos de su evolución, el teatro de Luis Valdez, quien ha hecho modificaciones y cambios de perspectiva en algunas de sus obras, atendiendo a la opinión de la crítica chicana. Recientemente, este diálogo crítico se hizo más notorio: la crítica chicana que recibió la representación teatral de *Zoot Suit* fue un factor importante para redefinir el tema en la versión fílmica, recuperando una postura de definición histórico-social del mundo chicano de Los Angeles que se había desdibujado ideológicamente en la producción (por lo demás fallida) de Broadway. Se podría aducir que el teatro, por ser una manifestación artística que se representa teniendo en cuenta un público históricamente delimitado, el que de alguna manera define los alcances y motivaciones de la obra, es más susceptible a la crítica que otras expresiones culturales. Pero, aunque en grado menor, el escritor también es sensible a los juicios críticos, y su obra igualmente está históricamente motivada, pudiendo cambiar de orientación en el curso de la producción intelectual de cada autor.

Nos interesa examinar ahora, en forma sucinta, las tendencias principales que se dan en la crítica chicana actual. Sin pretender una clasificación absoluta y restrictiva, queremos distinguir los que a nuestro juicio constituyen las tres tendencias básicas que presenta la crítica chicana, algunas de ellas con variantes que implican actualizar o modernizar la tendencia general: a) una crítica formalista, con una metodología y focos de atención variados (por ejemplo, la que se centra en los análisis comparativos, como los trabajos de Charles Tatum y Guillermo

Rojas, la que se dedica al análisis textual, incorporando las categorías del estructuralismo, o la que busca definir un sistema de valores morales y poéticos propuestos por el artista en la compleja y sobre todo singular trabazón del texto), que se ocupa básicamente de delimitar las características "internas" de los textos, identificar influencias y rasgos originales, y destacar la modernidad y cualidad "universal" de esta literatura; b) una crítica culturalista, que analiza la literatura chicana desde una perspectiva nacionalista, destacando los valores 'esenciales' de Aztlán rescatados en las obras, o "etnicopoética", que estudia las obras en tanto manifestaciones de una estructura mental chicana que condensa—en el inconsciente colectivo de la raza un esquema de valores y una cosmovisión única, no afectada por la historia; y c) una crítica histórico-dialéctica (según el término empleado por Joseph Sommers), que asume las proposiciones teóricas del marxismo y de la sociología contemporánea proponiendo una interpretación de la cultura chicana en término de las relaciones dialécticas entre la vida social, las formulaciones ideológicas y la producción artística.

Estas tres tendencias han sido reconocidas y comentadas—desde distintos puntos de vista—por autores que han dedicado artículos específicos al tema. El primero en analizar la base teórica de estos acercamientos críticos, su radio de alcance y sus implicaciones en la delimitación de la producción cultural chicana es Joseph Sommers. Su artículo "Critical Approaches to Chicano Literature" (1977)¹⁰, constituye, a nuestro juicio, una contribución fundamental al análisis de la crítica literaria chicana y su significación ideológica y socio-cultural. Joseph Sommers no sólo buscó formular una base teórica destinada a dar cuenta de las relaciones dialécticas entre la historia chicana y sus expresiones literarias, definiendo esta literatura como una respuesta creadora, como la producción de un sentido a esa experiencia de verse existiendo en la sociedad, sino que estimuló una línea de producción crítica que ya ha hecho aportaciones notables a los estudios literarios chicanos. Justo S. Alarcón, en su artículo "Consideraciones sobre la literatura y crítica chicanas" (1979)¹¹, también destaca las mismas tendencias, aunque ampliando la clasificación: distingue una tendencia formalista-estructuralista, una arquetípico-folklórica, una sociológico-marxista y un acercamiento moralista filosófico, el último de los cuales en verdad no queda suficientemente caracterizado (se refiere a la acentuación de los valores didáctico-morales que presenta la obra, y que a juicio del autor, podría reforzar algunos de los otros acercamientos).

Al analizar estas tendencias, las califica de formulaciones impuestas o pensadas "por la intelectualidad anglosajona", para luego, extremando una postura nacionalista, señalar la necesidad de constituir una teoría y una metodología "chicana": "para expresar una realidad histórica chicana se necesita una literatura creativa chicana así como para re-intrepretar esa misma realidad histórico-literaria se necesita una metodología analítica chicana" (p, 17).

Este nuevo acercamiento, que traslada al plano de la teoría literaria la oposición social entre dominación y pueblo dominado, sólo podría ser formulado y practicado por aquel intelectual que ha sido formado en la experiencia histórica chicana. Pero a la vez esta formulación chicana se basaría inicialmente en una reinterpretación de los fundamentos teóricos existentes, produciendo una crítica ecléctica ("Un método ecléctico, en el momento presente, es lo más razonable", p.18).

La posición de Alarcón expresa una posición 'nacionalista' o 'chicanista' excluyente que se explica en el contexto histórico e ideológico en que surgen los estudios chicanos de las dos últimas décadas, y donde la conciencia de estar sometidos a una cultura impuesta desde arriba, la cultura anglosajona, llevó a propiciar, en algunos sectores intelectuales, una praxis teórica fundada en los límites experienciales del mundo chicano, y destinada a definir restrictivamente una filosofía, una antropología, y un núcleo de ciencias sociales chicanos, opuestos a los conceptos tradicionales ofrecidos en la universidad americana. El problema es que estas tendencias—que se explican ideológicamente como una actitud de rechazo al sistema dominante—tienen el peligro de desconocer o minimizar la orientación básica del pensamiento científico, que es desarrollar y formular un sistema teórico, un cuerpo de principios, de validez general. En el caso de la literatura, no sólo niega la posibilidad de una ciencia o teoría general de la literatura, sino que implica una atomización extrema del conocimiento puesto que siendo consecuentes con esta proposición, una interpretación auténtica y correcta de la obra de Neruda sólo podría ser formulada por un chileno, la obra de Vallejo por un peruano, y así. Sin considerar el problema del acercamiento teórico a la literatura del pasado.

Finalmente, Carmen Salazar Parr, en su artículo "Current Trends in Chicano Literary Criticism" (1979)¹², destaca cinco tendencias (comparativista, marxista, arquetípica, etno-genérica y temática), pero viendo básicamente una suerte de polarización entre una crítica que se preocupa de definir la literatura como reflejo de la realidad socio-histórica y cultural del chicano y otra

que defiende los valores universales y trascendentes de esa literatura. Según la autora el Chicano aspira hoy a una expresión de síntesis humana, que se manifiesta en una tendencia universalista de su arte. Consecuentemente, la crítica literaria evoluciona, incorporando distintos métodos, hacia una perspectiva de síntesis, que le permitiría dar cuenta de una singularidad cultural entendida como una "asimilación sin ser asimilado", en otras palabras, como un proceso de libre "comunidad" de culturas.

El lector podrá darse cuenta que los artículos mencionados expresan preferencias por cada una de las tendencias críticas básicas que hemos delimitado.

La crítica formalista, en sus diversas variantes y reformulaciones, suele caracterizarse por una atención rigurosa a la organización estructural de los textos y a la jerarquización de sus elementos internos, que proveen una lectura única y autosuficiente del mundo. La obra es vista primariamente como un objeto estético autónomo, creador de su propia realidad, un objeto que es resultado de la libre experiencia estética del creador. En relación a la literatura chicana, tiende a concebir las obras como expresiones de una voluntad individual que aspira a universalizar la experiencia del artista. En este sentido, las obras de valor son aquellas que logran trascender las condicionantes y limitaciones de la historia para producir un "sentido" que hable de la condición del hombre, de sus problemas y dilemas universales, similares a los de otras culturas y literaturas. Esta crítica tenderá a valorar, naturalmente, aquella producción literaria que se acerque más, en sus características estéticas, a los padrones culturales conceptuados como nuevos o modernos, aceptando implícitamente como modelos de comparación las obras más prestigiosas de la literatura contemporánea, y dejando en un segundo plano aquellas demasiado centradas en la inmediatez del contexto social e histórico.

Una concepción formalista que ha tenido cierto arraigo es la postulada por Juan Bruce-Novoa, quien define la literatura chicana como una "respuesta ordenadora al caos" de la conflictiva experiencia social y cultural del chicano en Estados Unidos, respuesta que se expresaría en la creación de un "espacio imaginario" propuesto como alternativa al caos, un orden cerrado que esconde una respuesta esencial a los conflictos del ser social.

Primero, al definir esa entidad colectiva que es el chicano, sus características sociales y culturales se diluyen a un grado extremo:

"Chicano writers are becoming freer to write as they please. However, no one would deny the predominance of the Mexican

and the American influences; yet, we are neither, as we are not Mexican-American. I propose that we are the space (not the hyphen) between the two, the intercultural nothing of that space".¹³

Consecuentemente, la literatura chicana está formada por una variedad de voces individuales que buscan definir ese espacio, que buscan superar el vacío creando obras que definen imaginariamente, en una suerte de ritual, un sentido ordenador del mundo:

"El espacio literario también significa una retirada de la vida corporeal al espacio de las imágenes, un espacio deslindado del mundo contingente por su esencia permanente. Por eso puede ofrecer otra alternativa; por eso puede ser la voz que espera con el caudal de tradiciones siempre presentes en un presente siempre actual. Y por eso es capaz de servir de rito de cosmización. Al espacio literario viene el pueblo para retirarse momentáneamente del caos que es toda vida profana, sea mexicana o angloamericana o china. En virtud de su otredad, la literatura es un retiro—pero no un escape. Los lectores vuelven siempre a la vida material, contingente, social, peligrosa. Si entran a ese espacio con una actitud abierta—si leen bien—el espacio literario los puede transformar devolviéndolos al mundo social con una visión nueva y una capacidad para, a la vez, cambiar el mundo. Pero cambiar el mundo es labor de las personas, no de la literatura. Esta mantiene su propio deslinde y la frontera es la página del libro o la letra de una canción. Los lectores expanden el alcance de ese espacio al realizarse como productos en la lectura de esta vida—de nuevo surge el propósito didáctico de la lectura".¹⁴

Siendo estos espacios imaginarios búsquedas y formulaciones individuales, cada uno poseedor de un sentido íntimo, el papel de la crítica sería contribuir a entender la singularidad del texto. Y siendo la literatura chicana una expresión variada, hecha de varias obras que definen su propio sentido en esa sustitución ordenada de la realidad que es el libro, admitiría naturalmente distintas perspectivas de análisis.¹⁵

La crítica culturalista, por otra parte, se basa en la noción de la singularidad de la cultura chicana, pero entendiéndola como depositaria de un sistema de valores, tradiciones, ideas y sentimientos que forman una "esencia" impermeable a los procesos históricos. Esta perspectiva de valoración de la literatura chicana busca destacar los elementos constituyentes que la separan de otras literaturas, y al definirla en oposición directa a la cultura dominante anglosajona, tiende a privilegiar sus orígenes étnicos (la fusión racial y cultural producida en el pasado entre el mundo

indígena y el mexicano). El rasgo distintivo de la cultura chicana sería, así, el mestizaje. Los acercamientos críticos de este tipo (etnopoéticos, míticos, y en gran medida crítica 'nacionalista' que busca destacar el valor movilizador y concientizador de la cultura en el presente histórico) tienden a ver la literatura como una expresión depositaria de ciertos valores primordiales que se transmiten a través del tiempo, y que están en la conciencia colectiva del pueblo chicano.

Refiriéndose a esta tendencia crítica, Joseph Sommers señala:

"The key assumptions here not only view culture as static, but also view race (and ultimately nature and the biological process) as the controlling element in culture, while positing culture as the central determinant of a people's experience. This line of thought tends to subordinate the idea that culture might be related to the social category of class, as well as the idea that cultural forms evolve in response to the specifics of the historical process. The upshot for critical practice is usually the adoption of one of the several variants of "myth criticism" which have been in vogue in academe recently, centered on the archetypal qualities in human nature and archetypal patterns in human relations". (pág. 35)

Una de las implicaciones de esta línea crítica es la valoración idealista del pasado cultural no "gabacho", especialmente la tradición cultural india.

Uno de los rasgos distintivos de la nueva literatura chicana es, sin duda, el motivo de la "búsqueda de la identidad", que se da en una doble dimensión: como un reconocimiento de la experiencia personal del presente (en obras que actualizan la forma de la bildungsroman, o en el género de la autobiografía, hasta ahora muy poco estudiado) y como una reconquista del pasado histórico, asumiendo los valores de períodos que han antecedido al presente chicano, y que el personaje rescata y asume como herencia. Lo que existe, en verdad, como pasado histórico, no es una línea de continuidad sino una sucesión de formaciones histórico-sociales: la civilización maya y azteca, la conquista española, la formación de México como país, y en los territorios del Southwest la posibilidad de constituir entidades nacionales, especialmente en California, Texas y Nuevo México, y luego el conflictivo desarrollo de una entidad mexicano-americana, enfrentada a distintas experiencias históricas de cambio. Es interesante notar que, en esta aventura intelectual de recuperación del pasado, los autores chicanos han tendido a privilegiar determinadas etapas, en una identificación estrechamente ligada con las motivaciones ideológicas y las opciones estéticas de definición de una identidad colectiva del presente: la cosmología del pasado azteca y maya, la

tradición política independentista de México (de la independencia a la revolución de 1910), el mundo del barrio (con una mitificación del pachuco, visto como un precursor del sentimiento rebelde del chicano de hoy), etc. Sugestivamente, la conquista española casi no aparece como referencia a una herencia, quizás por una asociación implícita con la dominación anglosajona.

La preocupación por reafirmar los lazos de continuidad con la tradición cultural, algunas de cuyas formas aún perviven, modificadas, en el presente chicano, tienen sin duda un valor positivo, sobre todo si contribuyen a explicar esa tradición en término de proceso histórico de cambio. Pero si esta búsqueda conlleva una idealización del pasado, como suele ocurrir, y ese pasado se propone como categoría ordenadora de la conciencia del presente, termina imponiendo una visión ahistórica de la realidad.

La crítica culturalista por lo general no distingue, en su valoración de la literatura chicana, los elementos centrales que definen esta literatura (sus componentes "esenciales") de las motivaciones ideológicas que suelen guiar a los autores, y les lleva a buscar y rescatar como origen distintos momentos del pasado.

Finalmente, este tipo de acercamiento—que es más descriptivo que crítico—tiende a asumir que toda la literatura chicana, al ser expresión de una colectividad ya definitivamente delimitada, es una contribución válida a su cultura. La función crítica de la crítica literaria se inhibe, y desde supuestos valorativos que pueden ser distintos: el autor no chicano que ve esta literatura como simple expresión "étnica", aceptando condescendiente cada obra como manifestación de la mentalidad chicana, y algunos autores chicanos, guiados por un fervor nacionalista, asumiendo que toda obra chicana es buena, y que las opiniones negativas están dirigidas a atacar la cultura de que forman parte.

La crítica literaria histórico-dialéctica concibe la obra literaria como un producto cultural históricamente dado, esto es, formulado en una situación histórica concreta y destinado a proponer un conocimiento de la realidad en tanto experiencia humana.

Esta concepción de la actividad artística exige analizar las relaciones dialécticas que se dan entre la estructura histórico-social en que el escritor está inserto (incorporando las concepciones de la sociología de la literatura), la perspectiva ideológica desde la cual se articula la praxis literaria (en el caso de la literatura chicana, producida en un complejo contexto de dominación y búsquedas alternativas, distinguiendo los elementos provenientes de la ideología dominante y los que definen una respuesta crítica a esos valores) y la configuración

estética (incorporando el análisis inter-textual, para ver su relación o su inter-acción con las tradiciones literarias fronterizas, en este caso mexicana y anglosajona, y el análisis textual, destacando sus rasgos distintivos en tanto producción de *un sentido* de la experiencia que formaliza estéticamente).

Al caracterizar esta modalidad de análisis crítico, Joseph Sommers señala tres premisas que deberían guiar el acercamiento a la literatura chicana:

"Returning to our analysis of the historical-dialectical approach, perhaps three assumptions can be identified. One stems from the understanding that Chicano literary expression is bound up with the historical pattern of economic and social oppression prevailing since 1848. In economic terms this oppression has eliminated upward class mobility, consigning Mexican-descended Americans almost uniformly to working class status, whether urban or rural. This fact, compounded enormously by the racism of linguistic discrimination, has historically limited access to education, to literacy, to the print media including journals, libraries and publishing houses, and to the related distribution systems which shape the growth of a literary market. Logically, then, the trajectory of Chicano literature differs crucially from the mainstream models of both Mexico and the United States. The mapping of this literary tradition will have to account for an important popular stratum, only rarely available to print, which include corridos, folk tales, historical narrations, and teatro de carpa y de revista. It must search out the work of artists whose impact was local or regional, and expect thematic emphasis more centered on the social, cultural and historical than the personal, individualized, and psychologically introspective.

"A second assumption incorporates ideology into critical evaluation. For example, where a culturalist critic would insist that all writing by Mexican-Americans deserves equal footing in the study and articulation of Chicano literary history, a critic of this approach would see the defining of literary history as part of the struggle for cultural expression in the face of oppression. (...) Finally, the third premise is that literature, rather than merely reflecting historical experience, carries in its form and its structures an interpretation of this experience, an interpretation which is capable of impact upon the consciousness of its reader. By this logic, the writer is neither an omniscient vates, a seer, nor a self-anointed revolutionary, but rather a creative interpreter, whose identification with a social group connotes responsibility to it, one who must assume the contradictions of his or her social condition and struggle to resolve them" (pp. 37-38).

El análisis crítico debe situar el texto en su contexto historico-cultural y a la vez definir sus motivaciones ideológicas (internalizadas en la obra como "visión del mundo") y sus características estéticas. Se trata, en suma, de un acercamiento que una, que explique dialécticamente, las relaciones entre la obra y el contexto histórico-social en que surge. Este acercamiento, que debería superar un tipo de análisis 'sociológico mecanicista', exige atender tanto al contexto como a la estructura interna de la obra.

En la crítica literaria chicana se ha ido desarrollando en los últimos años una línea ensayística de notable calidad, que asume estas proposiciones teóricas, y que se ha abocado al estudio de diversos períodos, géneros y autores chicanos, contribuyendo, en un esfuerzo compartido, a perfilar mejor las condiciones históricas y la dinámica interna de la literatura chicana.¹⁶ El hecho de que la mayor parte de estos críticos fueron discípulos o colegas de Joseph Sommers (Juan Rodríguez, Rosaura Sánchez, Lauro Flores, Clara Lomas, Mariana Marín, Yvonne Yarbro-Bejarano, etc.) es un homenaje a la solidez intelectual y al carácter renovador de su pensamiento.

Hoy por hoy, la literatura chicana está en un proceso de crecimiento y reformulación distintiva de su identidad con respecto a otras literaturas. Se ha dicho que uno de sus motivos preferenciales es el motivo del espejo (y la primera antología chicana tenía justamente este título: *El Espejo/The Mirror*, 1969). Este motivo sintetiza un proceso dinámico, que define el sentido íntimo de la escritura: una interacción entre imagen e imaginación. Imagen es verse existiendo uno mismo, como frente a un espejo. Es describir la experiencia sensible de este verse existiendo. Imaginación es proyectar lo conocido y lo vivido en un sueño de futuro. Y la literatura es eso (ya lo decía Aristóteles): no describe sólo lo que fuimos—como la historia—sino lo que podemos o lo que podríamos ser. Es imagen, reproducción sensible de la experiencia, e imaginación de un sentido para esa realidad que se describe.

La crítica chicana tiene como tarea ineludible contribuir a definir los problemas que se le presentan al escritor en este período de búsquedas y reformulaciones, clarificar las tendencias que se perfilan en el horizonte cultural actual y analizar críticamente tanto las opciones de desarrollo histórico del pueblo chicano como los rumbos de su literatura, ese espejo (imagen e imaginación) de su experiencia y sus sueños colectivos.

Notas

1. En Estados Unidos, la reedición de la novela *Pocho*, de José Antonio Villarreal, que pasó desapercibida cuando se publicó originalmente, en 1959, indica la atención que se le comenzó a prodigar a la literatura chicana en algunos canales editoriales norteamericanos en la década del setenta. Pero la difusión mayoritaria de la literatura chicana en Estados Unidos responde al esfuerzo editorial de los propios intelectuales chicanos. En Latinoamérica, donde la nueva cultura chicana se conoció inicialmente a través de las giras iniciadas por el Teatro Campesino—que debe ser valorado como un esfuerzo fructífero de diálogo cultural con el teatro latinoamericano—un hito importante del reconocimiento literario chicano lo constituye el premio Casa de las Américas otorgado en 1976 a la novela *Klail City y sus alrededores*, de Rolando Hinojosa. La publicación de esta novela, especialmente por la amplia circulación que tienen las ediciones de Casa de las Américas, puso al público latinoamericano en contacto con una literatura cuya fuerza y calidad la hermanan con aquella producción del Sur del Río Grande que se difundió bajo el rótulo del “boom” latinoamericano. Como continuación de este proceso de apertura, existe la necesidad de difundir, fuera de las fronteras de Estados Unidos las obras más representativas de esta literatura.
2. Conceptuar a la minoría chicana como “minoría étnica” implica aceptar las viejas teorías raciales—tan en boga en el pensamiento sociológico norteamericano—de que los grupos humanos están determinados por rasgos fisiológicos, étnicos, conductuales (rasgos atávicos, se decía en el siglo XIX) y culturales “esenciales” al grupo, es decir, no modificables en la evolución histórica. Es explicable que, como un proceso ideológico de afirmación de una identidad, la minoría chicana busque definirse como “raza”, un término de raigambre popular que engloba una diferenciación a la vez étnica y cultural, y que surge en oposición a las nociones prevalecientes en el mundo anglo. Pero, como distinción fundamental, una identidad en términos puramente étnicos no contradice la ideología del sistema dominante, sino que la reafirma, al sancionar la idea de que la sociedad norteamericana es un “melting pot” integrado por diversos grupos étnicos que conviven en un ambiente de pluralismo y libertad.
Conceptuarla como una nación dentro de otra lleva fácilmente a aceptar la teoría del “colonialismo interno”, esto es, que es un pueblo colonizado en la misma forma en que lo son otros pueblos del Tercer Mundo, sometidos al dominio imperialista de los países avanzados. Lo que significaría—de aceptar esta tesis—que posee una estructura nacional, y más aún, que su proyecto de futuro implica una liberación nacional, su independencia como país. Lo que no parece ser aplicable a la realidad chicana. La perspectiva de definición que se acerca más a esta realidad, considerada en términos de una evolución social dada en el interior de un sistema totalizador, esto es, la sociedad norteamericana, es la que ve al pueblo chicano como un conglomerado de grupos sociales que, si bien tienen tradiciones y un origen nacional común, hacen su vida y proyectan su futuro en el interior de una sociedad diferente. Es un pueblo que, después de 1848, dejó de desarrollarse como nación, y se incorporó al mundo social de Estados Unidos. Su proyecto de futuro, entonces, está unido a las opciones de transformación del sistema norteamericano. La inmigración continua desde México, que posibilita el sistema no por simpatías con la entidad “étnica” sino por las necesidades de mano de obra barata, agranda esta diversidad social y hace más compleja la contradicción entre la tendencia (ideológica) a la asimilación que requiere el sistema para mantener sus esquemas de

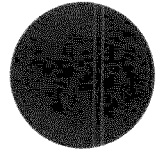
desarrollo y la marginación en que mantiene a esa fuerza social en la estructura nacional. Las otras minorías "étnicas" que han llegado al país (la italiana, noruega, sueca, alemana, etc.) han sido asimiladas en la segunda o tercera generación, pero en un proceso de integración que es básicamente social, y al que sigue la asimilación de las pautas ideológicas y culturales dominantes. En relación a la comunidad chicana, habría que analizar qué sectores sociales son más proclives a la asimilación y dónde se mantiene con más fuerza la adhesión a normas de vida y pautas culturales diferentes.

Mario T. García, en su nota "Internal Colonialism: A Critical Essay", *Revista Chicano-Riqueña*, VI, 3 (1978) postula que la incursión a la vida norteamericana se da en términos de incursión social, y no como grupo "étnico" ni como nación:

"What can be said about both blacks and Mexicans is that the "internal colony" theory fails to recognize the historical development of a black and Mexican working class and its integration—although admittedly hampered by racial discrimination—into the multi-racial working class of the United States. In reality, we do not have a separate white America, a separate black America, and a separate Mexican America, but rather a society characterized by a relatively small number of capitalists dominating the wealth of the country and a vast and complex working population composed of men and women and of a variety of ethnic and racial backgrounds. This does not mean that inequities within the working class do not exist. They do due to the continual efforts of "bosses" to separate, divide, and encourage workers to fight among themselves. Certainly, racism has historically constituted one way of keeping workers apart from each other and from recognizing that they have a common interest in uniting rather than dividing. (...) While the internal colonial model may have played a progressive role at a time when Chicanos needed to ideologically break with concepts like "melting pot", and ethnic pluralism, it no longer constitutes a suitable theory to advance the struggles of Mexicans in the United States. Let me at this point suggest that we are in danger of creating a new stereotype concerning Mexicans in this country. Just as we have previously been pictured as farmworkers, which most of us are not, we are beginning to convey the impression that the majority of Mexican are recent immigrants. This, of course, is false. Yet the current concern over the "illegal crisis" has tended to obscure the fact that the majority of Mexicans are no longer immigrants. This has important political implications. While I cannot speak for recent arrivals who historically have always believed they would return to Mexico, it can be said of Mexican Americans and Chicanos that for us there is no going back. The present, the future, and the struggle is here" (pp. 38-41).

3. Juan Gómez-Quiñones, "Toward a Concept of Culture", in Joseph Sommers & Tomás Ybarra-Frausto, *Modern Chicano Writers* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1979), pp. 62-63.
4. Juan Gómez-Quiñones, op. cit. 64-65.
5. José de Anda, "Mexican Culture and the Mexican-American", *El Grito*, Vol. III, N. 1 (Fall 1969): 42-48.
6. Luis Leal, "Mexican American Literature: A Historical Perspective", *Revista Chicano-Riqueña*, Año 1, N. 1 (1973): 32-44.
7. Ray Padilla, "Apuntes para la documentación de la cultura chicana", *El Grito*, Año 5, N. 8 (Winter 1971-72): 1-17.
8. Philip D. Ortego, "The Chicano Renaissance", *Social Casework*, Vol. May 1971.

9. Richard A. García, "Chicano Intellectual History: Myths and Realities", *Revista Chicano-Riqueña*, Año 7, N. 2 (1979): 58-62.
10. Joseph Sommers, "Critical Approaches to Chicano Literature", en Joseph Sommers & Tomás Ybarra-Frausto, op. cit. pp. 31-40. Una versión más extensa de este ensayo aparece en *The New Scholar* 5, N. 2 (1977). Las citas incluidas en este trabajo corresponden al texto publicado en la antología.
11. Justo S. Alarcón, "Consideraciones sobre la literatura y crítica chicanas", *La Palabra*, Vol. 1, N. 1 (1978): 3-21.
12. Carmen Salazar Parr, "Currents Trends in Chicano Literary Criticism", en Francisco Jiménez, ed. *The Identification and Analysis of Chicano Literature* (New York: Bilingual Press, 1979): 134-142.
13. Juan Bruce-Novoa, "The Space of Chicano Literature", *De Colores* (Albuquerque), 1.4 (1975): 22-42.
14. Juan Bruce-Novoa, "El deslinde del espacio literario chicano", *Aztlán*, Vol. 2, N. 2 (1980): 323-338.
15. Es lo que postula expresamente en las últimas páginas de su artículo de 1975. Siendo cada obra un orden, un espacio imaginario autónomo, a cada obra correspondería una lectura crítica diferente, adecuada a la índole del texto.
16. De estos trabajos, queremos destacar los artículos de Clara Lomas, Lauro Flores, Mariana Marín y Marta Sánchez, publicados en la *Revista Chicano-Riqueña*, Año IV, N. 4 (1978): 44-74, precedidos de una introducción de Joseph Sommers y Rosaura Sánchez que define la preocupación central de los ensayos: "Problemas ideológicos en el desarrollo de la literatura chicana"; los ensayos de Yvonne Yarbro—Bejarano destinados a analizar críticamente la evolución ideológica y estética del Teatro Campesino y de la obra teatral de Luis Valdéz; y el artículo de Rosaura Sánchez, "La crítica marxista: propuesta para la crítica literaria chicana", *Revista Chicano-Requeña*, Año VIII, 3 (1980): 93-96.



Latin American Literary Criticism and Immigration

Marc Zimmerman
University of Illinois, Chicago Circle

1. The Advances of Socio-Historical Criticism

As many of us are quick to point out, great advances have been made in the past several years with respect to the socio-historical study of Latin American literature. New methodologies developing in literary studies have enmeshed with perspectives developing in the social sciences to create a new range of possibilities for historical and critical analyses of texts, movements and currents. The traditional canon of works has been questioned, and the doors opened to the study of a whole series of genres and modes of written expression, so that the very definition of the object of study has been questioned and transformed. Intensified work on countries and regions that have been neglected or given scant attention has enhanced our understanding of the richness and diversity of Latin American literatures, their varying rhythms of development, their varying relations with and distances from varied social totalities. Studies directed toward the multi-lingual, multi-cultural Caribbean area led to a certain problematizing of our object, and of our overall theoretical apparatus, implying a need for grasping regional totalities and relations among works, writer-groups and larger social sectors before establishing a firmer basis for a comprehensive or reconstructed totalistic theory.

In terms of approach, we have participated in a shift from rather simplistic Marxist and historicist perspectives to an enriched focus on the relative autonomy of "literary practices" and the importance of "relative literary systemicity" as forces mitigating against any socio-economic, ideological or even class reduction of literary phenomena; and we have carried out an application and

then critique of dependency theory and Althusserian perspectives, ever in function of a more complex and adequate grasp of social formations and processes, as well as socio-economic relations. We have seen a gradual shift in emphasis, too, from a concern with the social explanation of the production of texts to a concern with their functioning in distinct social formations as part of a cultural or counter-cultural field.

Ultimately all roads have led to the bases for constituting a new history of Latin American literature in function of regional, historical and cultural differentiations, and in terms which see "literature" as the varied written expressions of social groups in varying degrees of conformity or opposition to the ideological and formal determinations of evolving local, national and international apparatuses which have acted to assure the extended reproduction of the relations necessary to the socio-economic and political system in which these determinations are operative. And in all this there has been a shift from a focus on literature as a received phenomenon to a focus on all written and expressive forms—on a shift, then, from *belles lettres* according to dominantly European models, to "cultural expression," from institutionalized ideological and even cultural manifestations to those connected with everyday life, seen as a kind of creative cauldron of compensations, resistances, condensations of oppositions to forces of domination.

Nevertheless, while the bases in method and knowledge for a new totalistic approach have grown, while a process of institutionalization has taken place which has made many of the advances noted possible, and while many of those who have participated in this movement have themselves become institutionalized and thus enabled to carry on their work, other forces have been developing which have raised questions about the value of the ongoing project and the functions it could serve, its overall impact on the social totality in which it operated and the social totality which it had as object.

Of course changes in the world economic and political order, as well as the place of the U.S. in the midst of these changes had much to do with both our advances in socio-criticism and our latest sense of uncertainty about its purpose, effect and future. Since the early 1970's, the capitalist countries have suffered stagflation, internal crisis and a series of realignments within their internal and external relations; meanwhile, underdeveloped nations have undergone nationalist, religious and cultural turmoil, so that the configuration of global power relations and possibilities has changed considerably. Many advanced countries have been

crippled; underdeveloped countries, oil-rich or not, capitalist or not, have been unable to underwrite or attract the ever-escalating sums required for modernization. The conflict between capitalist and socialist policies and powers, between advancing and declining capitalist states, between these states and multinational corporations on the one hand and developing national liberation struggles and established governments of national liberation on the other hand—all these have had a far-reaching impact on economic and political policies and strategies, on ideological and cultural structures and on the expressive artistic systems in which literary systems and specific literary expressions are born and operate; they have also had impact on the institutions and entities in which the study of literature takes place.

As for Latin America, the fall of Allende and the seeming collapse of many revolutionary movements led to the exile of many progressive scholars, critics and writers from the Southern Cone and other points. The entry into a period of reflux, paralleled, some would claim, by a twilight of the Latin American narrative boom had actually helped to dynamize the new developments in Latin American literary studies. But the new order which emerged globally at the same time would not only facilitate but simultaneously put constraints on the whole process and eventually tended to neutralize much of its hoped for effects, even as a new revolutionary wave, this time from Central America, gave even deeper importance to literary-historical studies. At the very moment when socio-historical approaches to Latin American literature seem on the threshold of significant totalizations and applications in grand synthetic and national literary histories, we find ourselves questioning the value of such a field as a pedagogical and practical force. The decline of U.S. resources of education, the consequent pressure on academics, the elimination of many promising teachers from the academy, the scarcity of committed, advanced students to carry on the work, the erosion of the force of literature and literary criticism (or rather the neutralization of the space for such endeavors)—all these and other dimensions come together to present us with a sense of uncertainty. Indeed, the need to delimit, neutralize and rechannel left-tending Latin American studies becomes even more crucial as Central American revolutionary movements are seen as a threat to U.S. hemispheric hegemony, at a time when a reduced global position makes "local" hegemony seem all the more important. Advanced Marxist literary studies as applied to Latin America has come to seem just an alternative academic approach in a vapid pluralistic democracy of discipline; the possible social effect of our

work, indeed even our effect on most of the students we teach, is rendered quite minimal in the total constellation of forces affecting social consciousness and action.

At the same time, another not unrelated matter, too much ignored in our past efforts at theoretical totalization, the process of immigration and its implications for Latin American literary history studies and their effect, came to bear strongly on the very conditions of literary creation and analysis.

2. Immigration, Latin America and Literature

Of course immigration has long been an international phenomenon of great significance as both an effect and causal factor in the functionality and development of socio-economic and political forces and institutions. Obviously world economic tendencies as they impact specific regions and policies are essential in determining the flow and impact of immigration; and these broader tendencies then create new contexts for a whole series of problems which confront home base and host countries involved in particular immigration processes. A study of immigration causes and effects with respect to home-base countries is very important in plotting the future development of these countries and their international role; such study is also important in understanding the future of immigrant populations in host countries. Inevitably the consequences of immigration for the host countries and their particular constituencies are of vital concern, especially with respect to questions of economic, social and cultural adjustments, impact on pre-existing institutions and forms, technological and overall productive development, employment, housing and an array of issues affecting social dynamism, public policy, law and politics. Ultimately immigration related issues affect and potentially transform the very nature of host countries and the very world order of which they are a part. Thus, to the degree that immigration has become an essential dimension and expressive form of world socio-economic development, it is a key issue for understanding all things which are said to relate to that development. Indeed, the general normative observations set forth here are especially relevant to Latin America and the Caribbean in their relation to the U.S. While immigration is a global phenomenon, and while recent key migrations include the exodus from Southeast Asia and Eastern Europe, the movement of Mediterranean guest workers to Northern Europe, and such Latin America-related phenomena as the Japanese movement to Brazil, the Salvadoran movement to

Honduras, the Guatemalan movement to Mexico and the more longstanding Columbian movement to Venezuela, still, for Latin America, the chief issue must be the massive and still growing movement of peoples to the U.S. This latter movement signals important and deep structural processes which are important even for literary studies.

Just as the decline in U.S. world hegemony led politicians and strategists to give more attention to Latin American and Caribbean social formations, and just as Grenadan and Central American revolutionary currents broke loose, the rate of immigration from these and adjacent areas accelerated. Of course, these phenomena were not unrelated. To cite just one connection: As U.S. and homegrown Latin American capitalists invested heavily in capital-intensive enterprises, rising growth rates betokened new levels of immiseration and stirred new waves of revolutionary unrest and migration. As U.S. products became less competitive in the world market, more U.S. capital migrated to Latin America, and the immigrants who were increasingly forced to move north became subject to a process aimed at bringing down the price of labor to thus stave off the further export of industry and capital.

While the total process has been far more complex than can be grasped by any one pattern, still the overall implications of U.S. decline and its effect on large numbers of Latin American and Caribbean workers, as well as our overall hemispheric economic and social life, have not escaped notice. And yet Marxist literary critics were not in the forefront of considering this dimension of our times. Perhaps they were fetishized by their own objects of study, by their theoretical syntheses and above all by their concern for the literary movements in the Latin American countries they studied and, in many instances, with which they identified. It is not that they never mentioned the phenomenon, but we are speaking here of a real, operationally implemented concern. Even when we verbally acknowledged a need to include, say, Chicano literature as at least a problematic part of our Latin American object of study, even as more and more refugees and exiles, or their sons and daughters, began to write a literature of migration and exile, little attention was given to such work except to the degree that it could be assimilated to concerns with home base countries. Indeed, I believe that it was not until the Chilean literature of resistance in exile appeared, so qualitatively distinct in contours as to demand a mutation in critical frame, that say, Chicano, and U.S. Puerto Rican or Cuban literatures began to attract an attention that could begin to impinge on the theoretical synthesis

toward which we were heading. The whole syncretic process of the internationalization of a specifically Latin American mode of literary production tied to the concrete circumstances of Latin America was slipping between our fingers. And only now, before a phenomenon that has been developing for any number of years, are we persuaded to consider that we can have no theory or theoretically-guided study of literature expressive of Latin America if we do not pose the question of how Latin America and its literary expressions have extended north and of how Latin American literature, however hybridized and mutant, was part of a world which most of us had opposed to Latin America.

Suddenly, after several years of affirmative action, when Spanish Departments and Latin American Studies programs have held on and in some cases thrived in relation to the growing importance of Latin America and the Latin American presence in the U.S., we find ourselves saying (and this at a moment when affirmative action is dying) that the issue of immigration and the literatures of immigration may be a very important dimension of our work.

If we are saying that Marxist literary study extends now beyond the realm of traditional literary criticism and to deal with the contours of everyday life, then what more apt phenomena than the ones posed by immigration? The issue is no longer peripheral, parenthetical or tangential, but the very stuff of our work, because it is increasingly the substance of many Latin American lives. And clearly in this country the question is not simply that of Chicano literature (indeed that literature poses a particular problematic instance with relation to the question of totality, since it is both a literature indigenous to the Southwest and a literature of immigration). And isn't it a coincidence that Latin Americans involved in our field bring up this subject just at a time when at the theoretical level they are talking about everyday life? Can it be that the subject of immigration encroaches on the everyday life of the researchers, and has been a business they have lived without ever wanting to confront it as a subject matter until, turning a corner, they find it staring them in the face?

For, our proposed object of study, immigration and its culture and literature, is certainly one of the hardest objects of study for U.S.-based Latin American Latin Americanists, if only because they are so very directly part of the object of study. And it is an object which the force of our socio-economic system has perhaps made them want to stand apart from—as so many middle class Latin American immigrants (or those who have risen in class once here) have wanted to stand apart from those lowly economic

refugees, those *mexicanos* and *caribeños* with their beaded curtains, and loud stereos, their dashboard Christs and macho crosses hanging from their necks—those people whose treatment in a racist country threatens the status and sense of being of the Latin American middle class, and the life experience of their children. The very value which Chicanos celebrate in function of *La Raza* are values which even Marxist Latin American Latin Americanists, as respectable members of the middle class, may instinctively seek to avoid. And yet, if as I have insisted elsewhere, Latin American socio-criticism constitutes a veritable mode of production interior to the literary system which Latin American literature, the problem for the critic is especially compounded, for the exterior object of study becomes a mirror.

So there, turning the corner, the critics see that even the literature of exile (of political immigrants after all!) may also be a literature of exiles who will never return and whose distance from home grows each day as they sit in one place dreaming of home. And this literature—it may, stylistically, structurally, somehow, have more in common with certain works of Chicano literature than of the literature in the home base. And so we begin to take note, and we must, simply because hardly any subject can be more symptomatic to Latin America today and to the situation of Latin American critics whose own lives and writings are the causes and effects of immigration. And if we are concerned about distances (between the critics and the reality they treat, between the literary texts and the people they however mediatedly express), the phenomenon of immigration as fact and object of study will provide many of the answers. And if solidarity work with Latin American struggles provides some extra-professional means for bridging the gap back to Latin America, and if in this work, we suffer perplexities and frustrations (as well as certain naïve pleasures) when we try to work with other homebase immigrants or other Latinos, are we not once again facing the same issue in another guise?

Reconstructing Latin American literary history, we come to realize that the issue has always been there (we think of Martí and so many countless others). But immigration and its context have undergone innumerable transformations, and never has the issue been so extensive and profound as it is today. Never has it affected so many; never has it been so much the expression of social formations in crisis; whole socio-economic systems, whole peoples and cultures. Over one hundred thousand leave Cuba; Haitians drown off the Florida coast; thousands are fleeing from Central America; Puerto Rico, in the face of Reaganomics,

prepares for another massive exodus; Dominican undocumented flood New York; and now with the peso devaluation, what may we expect from *nuestro querido* Mexico?

If we are concerned about the practice of Latin Americanist Marxists in this country at a time when the pedagogical function seems to be shrinking for even certain of our more advantageously placed colleagues to specialized studies for ever more tiny and elite elites and basic language skills for future technicians and low-level technocrats, the question of Latin American immigration poses a whole area for creative and responsible activity in the very areas of everyday life, cultural expression, mass media, sex role transformations, etc. with which we are becoming increasingly able to deal. And what issue confronts us more directly with domestic concerns and even the future of the U.S. workingclass in ways that connect so decisively with Latin America?

What are the implications of immigration for Latin America and the U.S. and for the particular areas of culture, ideology and literature in which our work as critics is situated? What are the parameters of our object? What are some of the problems and tasks before us? In what follows, we will look at just certain dimensions and possibilities of an enormous yet-to-be mapped out field.

3. *Latin American and Caribbean Immigration: Population and Culture*

The first effect of continuing Latin American and Caribbean immigration is the fact made so much of in the past few years, that the "Hispanic" population is fast becoming the largest U.S. minority. An important dimension of this fact is that the vast majority of this population is of working class origin and destination, although this is not to underestimate the growing immigration of business and professional people, including many intellectuals. Indeed the heterogeneity of the incoming peoples combined with the already existing heterogeneity of those Latinos already here (reactionary Cuban lumpen, radical and reactionary professionals, etc., etc.) mitigates against overestimating the significance of mere numbers: the U.S. Latino population hardly forms a *bloc*, and even among many sectors with similar objective interests, it is extremely difficult to build effective unity. Nevertheless, in focusing on the workingclass dimension which predominates in this growing population, we may note the general trend by which the U.S. is experiencing potentially unsettling repercussions resulting from its modes of expansion and domination, according to which the long-standing

exploitation of Latin American and Caribbean peoples is becoming more and more a situation which has turned inward on the U.S. itself.

For reasons stated above and many others, it is very difficult to specify the implications of projected Latino population growth for the future. While immigration has often offered the possibility for dynamizing host country development, the problems for immigrant population and for the populations among which the immigrants come to live and work, seem the dominant phenomenal dimension of our current social reality. Such problems have their effects on cultural and literary transformations and on the total system of which teachers of culture and literature are a part.

One such problem stems from the fact that material conditions in U.S. society have led to a racist attitudinal set which tends to lump all Latin Americans together, and from the fact also that such an attitudinal set feeds back on and tends to reproduce the very material conditions which produce it. We may already observe that even among non-Chicano or Puerto Rican Latinos with more privileged class and educational backgrounds significant numbers (sometimes even the children of immigrating Latin American professionals) are gradually coming to share the problems of their more dominantly working class Chicano and Puerto Rican "cousins" and are becoming less and less distinct from them in their situations and interests. This process has its positive side if we think of potential alliances among Latin American workers, but the negative side consists of the class differentiation which has been developing within a framework of exploitation and manipulation. But in spite of this last factor (which is inevitably a crucial one for considerations of potential Latino unity in actual class struggle), it is nonetheless true that what happens to the vast majority of Latin Americans here who are working class will be important to all U.S. Latinos. Inversely, since we are discussing what will potentially constitute a very significant proportion of employed or unemployed U.S. workers, what happens to U.S. Latinos will be important for the future of the U.S. Finally, since people absorb and react to historical events through the mediations of culture as complex and process, the question of Latin American culture as a specifically evolving and variable synthesis of several Latino and U.S. majority and minority complexes becomes a matter of growing importance for all people in this hemisphere.

The initial prospect seems bleak enough. Without some dramatic transformations or policy changes, current trends would

lead to a situation in which a vast and growing population of unskilled, poorly educated workers, many of them mono-lingual in Spanish or French, would be inserted into a society based on advanced technology and capital-intensive labor; we would have a population needing housing, social services, education and jobs in a nation whose own logic of capitalist development may well leave it ill-prepared to deal with the problems it has engendered. Indeed, since the median age of this population mass would be significantly lower than the U.S. majority population, the U.S. would face an extenuation of an already existing polarization between an older, mainly White population (though with some strategic Latino intermediaries) which increasingly monopolizes wealth, resources and power, and a younger, mainly non-white population numerically dominated by Latin American and Caribbean immigrants and their children, who will be waging an ever more difficult struggle to maintain and win access to institutions and resources in which the majority has lessening interest and commitment.

To the questions for immigration theory and overall policy posed by this prognosis, we may add an array of issues pertaining to the legal and political status of immigrants, as well as to the corporate and even military stake in immigrant concerns. But without elaborating on these points, we may take note of all the problems and dangers which a consideration of Latino immigration poses. Given our premise about the role of culture, we may then make the following assumptions (really just some of many possible ones) about the future:

1. In the coming years, U.S. Latinos will be a people going through a conflictive and painful process of transformation marked by constant, contradictory efforts to hold on to their existing cultural patterns and identifications while modifying and transforming them in an effort to maintain relative balance with changes in society at large.
2. In this period of transition, some Latinos will seek to acculturate fully into capitalist or "Anglo" society, but vast numbers will hardly make the effort. For each one who wishes to do so, there will be many others so alienated by a society based on class domination, institutionalized racism and oppression, that they will not want to integrate themselves. And even many Latino workers who may want to will be unable to integrate themselves adequately in the U.S. mainstream, because their marginalized role as cheap labor source will be all too convenient for certain powerful groups in this country.

3. Thus many Latinos will continue to seek their solace from the wear and tear of social domination in what they can salvage of their traditional cultural values and relations.

4. But Latin American cultural complexes will not be able to remain the same in a changing world, and if U.S. society evolves along its present road, Latino culture may prove less and less able to meet its old needs, of providing all which the governments of class domination have not provided. In this circumstance, we may expect to see a possible extenuation of the worst things that are already happening to large numbers: Increased unemployment, increased poverty, increased crime and drug abuse, increased enmity between newly arrived and more established sectors, increasing hostility toward Latinos from other parts of Latin America and toward other minority groups, the breakdown of families and whole communities, the survival and assertion of only the most negative, superficial and regressive dimensions of culture.

5. In fact, unless Latinos can develop their culture in ways which integrate a progressive political dimension able to overcome certain community splits based on certain aspects of the culture itself, unless Latinos can form viable alliances and struggle effectively for their future, large numbers will be sunk in the backwaters of North American life in a society that will move toward a greater division of rich and poor, haves and have-nots.

6. A politically progressive study of U.S. Latino culture involves examining prevalent and potential modes of Latino identification in function of their possible activation in forging group unity, alliances with other Latinos, oppressed minorities and class sectors. Identification with popular struggles in Latin America and elsewhere is a dimension of what is at issue here. The ultimate end is to find bases for generating a viable and organizable political response to conditions of exploitation and exclusion.

7. Crucial in the study of U.S. Latino culture is the ability to grasp both Latin American and U.S. dimensions. But class and academic division have left Latin Americanists mainly external to developments in U.S. Latino Studies, and only a few figures like Gilberto López and the late Joseph Sommers have worked comfortably in both Latin American and U.S. Latino Studies. Given the factors specified above, it is important to break down the barriers between fields, and to launch a more integrative approach to the question. The following additional hypotheses provide a partial, provisional basis for further work:

8. Efforts by Chicano and U.S. Puerto Rican specialists to define their cultural complexes in themselves are important. But these complexes can only achieve full definition when seen as differential, historically changing phenomena in relation to Latin American, Caribbean and U.S. Latino realities as they in turn relate to North American and the wider world beyond.

9. Especially important and symptomatic in any analysis of U.S. Latino culture is the fact that it is not a phenomenon with fully meaningful geographic parameters. While the U.S. Southwest has inevitably dominated pioneering efforts in Chicano Studies, for example, successive waves of immigration from different parts of Mexico and varying patterns of migration from and to different parts of the U.S. have led to a complex and often subtle grid of historical differentiation and convergences that must be recognized and defined in any effort to conceptualize and forge some ultimate unitary theory about present and future realities of Chicano culture. In the studies necessary for formulating such a theory, increased emphasis will have to go to those groups not from the Southwest itself.

10. Further, Latino culture requires differentiation from other U.S. minorities or ethnic cultures, and from strictly immigrant complexes, first because of the longstanding Mexican and Indian presence in the U.S. and second, because of the ongoing two-way immigration pattern between the U.S. and Mexico, the U.S. and Puerto Rico.

11. While aspects of U.S. development and U.S. Latino history and culture generate tendencies of increased Latino diversification and disunity (including class and political differentiation) and while certain cultural dimensions (e.g. extended family structure) vitiate efforts to forge broader social unity among Latinos (as well as other, non-Latino groups), there are nevertheless other factors, resulting mainly from the effects of domination, which suggest greater future Latino unity and greater impact on Latino and U.S. American sub-totalities.

12. One of the most complex and crucial dimensions of Latino unity is the retention of characteristics which have been variously defined as "pre-capitalist," "early capitalist," "pre-industrial," "Catholic," "dependent," etc. It has been argued that these characteristics render Latinos as relatively "dysfunctional," "under-privileged" or "underdeveloped" in the vast rationalized productive system governing U.S. society; but such characteristics may well prove to be a source of strength against the corrosive effects of capitalist advance.

13. While Latinos are slow to absorb the values and productive patterns of dominant Whites, their situation in U.S. cities has led to hostility toward and yet "lateral acculturation" with other minority cultures. However reluctantly, Latinos are both recipients and generators in the syncretic process of lateral working-class acculturation which stands as a prime potential source for a positive Latino future in united struggle with other workers.

14. The particular place that Latinos tend to occupy in the workforce is, of course, a fundamental factor both in their preservation of "dysfunction" cultural characteristics and their potential for alliances and action. But the unique place of Latinos between Latin American and U.S. workers makes the analysis of Latino culture important for a consideration of future transformations in the U.S. and the possible forging of international class alliances that will affect capitalism in the Americas.

15. In a progressively oriented study of Latino culture, or any culture for that matter, distinctions must be made between a group or sub-group's ideology of culture and culture itself—also between the specific cultural products (in art, music, literature, etc.) and the "little traditions" of the oral and popular traditions—of language, social interaction, etc.: between what people say they believe and do and how they actually behave in concrete situations. Thus actual cultural analysis from a socio-historical perspective must relate cultural products to more mass concerns and actualities. There must be some determination of the relation between the "ideologues" of a people's culture and the people's culture itself.

16. Ideally, a socio-historical study of Latino culture from the perspective established here must involve a synthesis of contributions from specialists in several disciplines as they address our focus: specialists in anthropology because our object is culture; specialists in sociology because culture is not "class-innocent"; specialists in history, because culture is historical and involves a grasp of patterns of industrialization, urbanization, modernization, acculturation and resistance; specialists in sociolinguistics because language is the most overt and objectifiable mode of cultural expression and communication, linking everyday life to broader historical currents; specialists in literature, since the literature of Latin American immigration in its dramatic arc of development and elaboration is the lived nexus between the oral tradition and the "print culture" world or advanced

capitalism both in its external imperialist and internal domestic manifestations.

4. *Latin American Immigration and the Question of Literature*

In the context of the above considerations about U.S. Latino culture, it would be valuable here to supplement the very impressive work which has been developing about the questions of Chicano and U.S. Puerto Rican literature with some observations and working hypotheses that would have reference to both Latin American and U.S. Latino literature in function of our focus on immigration. At a conference on the Caribbean sponsored by the Institute for the Study of Ideologies and Literature in the fall of 1978, Roberto Márquez addressed himself to the impact of immigration on Caribbean writers in a way that is very valuable for our concern. Since his comments were never published, I take the liberty of quoting him at length:

The problem of immigration...requires thorough investigation before it can be fully integrated into a theoretical schema governed by the notion of totality. Indeed the immigration issue pressures a more acute historical precision with respect to a totalistic orientation that could otherwise be too abstract, lax, romantic or unrigorous...My sense is that [many twentieth century Caribbean writers] share several characteristics with [a figure like] José Martí...Martí spent almost all his life outside the Caribbean area. Is he any less a Caribbean writer? Hostos is another example, so that even in the 19th century, the problem is not one that can be dealt with in terms of geographical location. Yet, when we come to the 20th century, the problem seems to become more complex, for the fact of residence, say, in the U.S. even for five or ten years creates a veritable *problematique* out of the question of integral Caribbean identity. That is why the issue of immigration needs to be sorted out in a theoretical and historical manner which affects our overall conception of Caribbean society and literature.

While it is...correct to see Claude MacKay's Harlem as a transposed Caribbean setting, the precise coordinates of this transposition are difficult to define. ...Nevertheless, by seeing MacKay as a transitional figure between the 19th century and our present moment, we can begin to locate a significant dimension of the conceptual apparatus we require. A constant dimension of the immigration process has consisted in the fact that the immigrants have brought with them their entire sense of class structure into contexts that have not provided the social buttressing for this structure. In the capitalist center, the fact of class is generally superceded by national origin, and indeed "Caribbeanness" tends to outweigh and homogenize both class and national differences. The distinctions that existed in the home environment...between some anonymous sugar worker and a George Lamming are minimized by a foreign productive structure and by a social process which says that both men are Jamaican or Caribbean or black.

It is more than a coincidence that the Negritude movement is at once a movement of immigration and a movement whose contradictions in terms of class perspective stemming from the immigrant situation did not prevent its being accepted by many Caribbeans at home and in foreign centers as an indigenous phenomenon. Immigration from the Caribbean was already becoming a general occurrence in the 1920's; even then it was more a phenomenon of push than of pull...And the fact is that the salient features and contours of negritude were determined by the immigrant push. ...It is also more than coincidental that it is in London that Caribbean immigrants whose native language is English come to realize that they are from the Anglophone Antilles, and not just from Jamaica, Barbado or Guyana. Indeed, within certain linguistic and cultural parameters, both national and pan-Caribbean consciousness are intensified by the push-out process...The writers are pushed out because they can't make a living, because they have no place to publish. Structurally their situation is similar to that of the field hands; the relation of both groups to the mode of production is untenable. Once outside their class differences are outweighed by their more or less common cultural *desajuste* in a new geo-cultural setting, where, we might add, racism cooperates with the needs for cheap labor to lump the two groups together. Thus features of their native mode of production and the ones which dominate the world to which they migrate both serve to define them as composite. And obviously the same composite crosses over distinct national identities. This composite typing in the immigrant centers inevitably poses a *problematique* for those who are its object; they must come to terms with it.

For a countless number of reasons, then, the phenomenon of migration and what it means in its historical and geographical variations has to be looked at very carefully, because this phenomenon dovetails back and becomes central to the question of Caribbean identity...Recently Puerto Rican migration has vied with the migration of right wing Cuban middle sectors and exiles and migrant workers from all other parts of the Caribbean. Thus the class and political dimensions of immigration have multiplied; in addition, the dimension of lateral acculturation with dominant and minority groups...in the host country have become increasingly complex. These matters have greatly complicated Caribbean realities...Of course what is complication and fragmentation at one level may be the basis for greater richness and unity on another. But ultimately the question of immigration must be given the theorization it requires if we are to arrive at an adequate approach to Caribbean culture and literature.

On the basis of Márquez's comments, whose richness I can only partially reflect here, I offer the following hypotheses which I believe helpful (though by no means sufficient) in the examination of Caribbean literature and in the overall effort to develop a theoretical perspective on the immigration process in relation to literature:

1. Caribbean immigration to the imperialist centers involves a transposition of cultural values and norms tied to one local mode

of production, to the values and norms of a second mode which in fact conditions the very functionality and efficacy of the first.

2. The immigration process involves the immigrant's cultural and even psychological "de-centering" from imperialist contradiction to the more determinant contradictions of capitalism itself.

3. This shift derived from immigration tends to homogenize Caribbean class, national, cultural and today even linguistic differences in function of the core capitalist dichotomy of capital and labor, so that while some Caribbeans from the middle sectors may aspire to and succeed in maintaining or securing their non-working class status, the force of the dominant host society's ideological and productive necessities will tend to displace large numbers toward the laboring (which often means, unemployed or under-employed) sector.

4. In this circumstance, Caribbean immigrants, while perhaps attempting to assimilate white dominant class values, will often grasp those values through the filter of the oppressed group which dominates the productive sphere to which they have been relegated.

a. This historical and geographical variable conditions the process of lateral acculturation among immigrants and means that in New York, Caribbean peoples will tend toward "Newyorican" norms, which will in turn be conditioned by U.S. Black; in the Southwest, Hispanophone Caribbean norms will tend toward the Chicano, etc.

5. The immigration experience may lead to the most negative possibilities: unemployment, acculturation into lumpen patterns of drugs, prostitution, loss of viable cultural identity, etc.; it may involve the most radical *de-creolization*. However, it may, as in the case of the negritude movement, involve an actual intensification of positive creolization.

a. The stereotyping, domination and concrete exploitation of Caribbean immigrants may have the positive effect of giving them a sense of class consciousness which they could not perhaps have as easily acquired in the imperialist context of their home base; their lateral acculturation process is a dialectical one which involves a sharing of tendencies (though obviously in the center of domination)—which means that while they obviously remain Puerto Rican, Jamaican or whatever, they may become simultaneously "de-centered" from their national core identity and incorporate more Pan-Caribbean and then international working class dimensions.

6. Given the large return rate of Caribbean immigrants from the U.S. (the Haitian, Jamaican and Dominican farmworkers returning from Florida, the constant ebb and flow of Puerto Rican return rates), the negative and positive resultants of the hybridization process re-enter the Caribbean reality, and begin to modify it. Contradictions external to the islands not only penetrate through the importation of goods, through mass media and tourism, but through the returning Caribbean peoples, who bring along their new parcel of contradictions as integral elements of their identity to disseminate at home.

7. Obviously, a Marxist perspective seeks out the means for countering the negative developments and for intensifying and instrumentalizing the positive dimensions of this process. In this sense Marxist *literary* studies of the Caribbean require the full examination of several very important matters—for example:

a. The degree to which immigrant and non-immigrant Caribbean writers are able to grasp the social processes involved in the immigration movement, especially those processes which relate to sectors other than their own.

b. The degree to which immigrant writers, either by their pre-immigration or post-immigration formation, in fact (and in spite of their claims to shared experience with other immigrating social sectors) begin to distance themselves or relate themselves to a more totalistic Caribbean identity.

c. The degree to which they take on metropolitan majority or minority patterns in literature—to undergo the influence, say, of dominant culture writers like Conrad, Faulkner or Pynchon, or an “internal minority migrant” artist like Wright or Ellison, or a more cosmopolitan minority figure like Ernie Gaines or John Williams.

8. We need to see what theoretical parameters we can establish, to specify the overwhelming complexities we have been describing: the degree to which the writers in fact say what the people are saying; the degree to which the cultural distance immigration or the very practice of writing implies ultimately dilutes or intensifies the capacity for totalistic Caribbean expression; the degree to which externally generated creolization has its reverberations on the metropolitan center (for immigration certainly means that Caribbean norms do influence the metropolitan norms—e.g., MacKay influences Ellison—which influence the Caribbean); and finally, then, the degree to which the immigration experience, and immigrant literature act on the culture and literature of the Caribbean home base.

These hypotheses are only meant as general guides to future work in which the Caribbean focus here may be expanded to overall Latin American immigration. In such work we would have to reach the point of being able to deal with the question of immigration in relation to specific themes, modes and genres, and a whole series of formal considerations. In this direction, three further points which respect to Caribbean immigrant writers may help to articulate and refine the literary dimensions of our hypotheses:

1. Immigrant writers are not only a product of the class of value sets developed around two modes of production (as in hypothesis 1); to the degree that they establish themselves as writers, they are subject to the social relations of production pertaining to their particular productive sphere—this in spite of the fact that their Caribbean immigrant status makes them marginal to those relations in their new work center and in their home base.
2. Further, Caribbean immigrant writers are simultaneously installed in a specifically and historically determinate literary mode or sphere of production, and in one or more subdivisions of this mode. They may work in function of a Caribbean subset of literary production, or, say, in a U.S. dominant or minority subset—or in some hybrid context; further, they may work in one or more literary modes or genres of the literary “mode of production.” However, whatever these writers produce in their productive sphere can only be a modification or transformation of what that sphere already contains or allows.
3. The degree to which that mode, then, is initially distanced from expressing immigrant concerns or Caribbean concerns will condition the distance which a given Caribbean immigrant writer must go to express the social groups basic to Caribbean identity and unity.

To be sure, the suggestions I make with respect to Caribbean literary modes and genres are ones which are very difficult to consider—especially if one wishes to sort out and pinpoint the impact of immigration (as opposed even to imperialist penetration) on these complexly determined literary matters. Why is it, Márquez asks, that Caribbean poetry is more homogeneous in levels of achievement and forms of expression than is the Caribbean novel? And he adds:

Whatever the sociological and specifically cultural and literary reasons for differences between Anglo and Hispanophone novelistic

practices, they are clearly multiple, involving the greatest complexity among interacting processes. Among these processes, immigration undoubtedly makes its contribution. But ultimately we must ask how we are to measure that contribution and how we are to elaborate a proper theory enabling us to trace the materialization of an effect.

All of these and other objections that could be raised have their validity. But as Márquez finally admits, the fact that we must acknowledge our current inadequacy on this score should not prevent us from applying those concepts and notions about which we feel reasonable sure, to carry on what we trust are more or less adequately scientific and useful studies of Caribbean culture and literature.

Again, I believe these remarks can be extended to Latin American literature, and I also believe it would be very valuable to carry out future developments along the lines of theory, compilations and analyses of Caribbean and Latin American immigrant literature within an overall framework of immigration studies. It is to certain suggestions in this regard to which I will now turn.

5. Suggestions for Work on Latin American Literature and Immigration

In an effort to explore the hypotheses raised as well as the difficulties cited above, I would propose that the phenomenon of immigration (as well as exile and displacement, as related processes) be one of the primary areas of exploration among Latin Americanists (and of course Latin American literature specialists) in the years to come. But I say this within the frame of a concern for the future study of historical, cultural and literary phenomena of the homebase as well as the host countries. Indeed, I believe that by centering on the question of immigration and immigration culture (the expression of that experience), we can well justify more careful and practically oriented examinations of homebase developments, as well as their transformations in this society, their impact here and finally their impact back on the homebases. To take a rather sensationalistic example, it seems no coincidence that at a time of great conflict and mass migration from El Salvador, Reagan is discussing the establishment of "free enterprise zones" in the U.S.; in the midst of great and growing unemployment, too, armies of rightwing Latin American exiles are being trained: does this suggest a possible future for U.S. Latinos being displaced from the labor market? Immigration studies provide a particular locus for understanding cultural and literary developments in the

context of overall transformations of international capital in which homebase and host nations are implicated.

In order to carry out our proposal, we would ideally make use of such centers of immigration and of immigration studies as New York, Washington, Chicago, Los Angeles, etc., with given specialists in given centers focusing on their particular priorities. In Chicago, the two main streams of Puerto Rican and Mexican immigration are caught up in waves of immigration from other Caribbean points, and the Central American immigration has been exponential. In addition, like New York, Chicago has massive immigration from many other points of the globe, as well as a massive internal migration population, including Chicanos from the Southwest. And yet while we have a Latino Institute and various entities that carry out various kinds of work related to immigration, we have no institution focused according to the parameters we have suggested. Ultimately it would be necessary not only to work in our two traditional literary and Latin Americanist frames (MLA and LASA), but also in the frames of established general and specifically Latin American immigration institutional developments. Such organizations as New York's Centro de Estudios Puertorriqueños possibly offers us an expandable model. In this context, we have much to learn, but it is also true that our emphasis on culture and literature will dimensionalize the work of such existing institutions. If no such institutes exist where we think they should be, then we should work with others to establish them. And here we should note that it is important that the centers be multidisciplinary, but that when possible, literary specialists should participate in their formation and development as early as possible, because if not, our concerns and what we have to offer will receive little space.

There is of course something tremendously creative in all this, because to the degree that we choose to focus on immigration literature in the context of immigrant cultural expression, then we must not only be investigators and analysts, but creative producers, promoters and participants in immigrant culture.

Our first task might be to establish seminars in which we work with students to survey community resources and issues. Out of the seminars could come more permanent interdisciplinary curricula and bibliography, as well as the beginnings of a library or archive of materials, which would include whatever holdings we could acquire and reference materials which would indicate other local, regional and national holdings, special and individual collections, etc. For example, in Chicago one researcher has gathered copies of old magazines, newspapers,

clippings, dance and banquet programs, etc. reflecting the evolution of Chicago's Mexican communities. With reference to our own modest resource library, steps were taken last year to catalogue and cross-reference existing Chicago materials on Central America, and to gather initial materials on other primary homebase centers of Latin American immigration to Chicago. At a certain point in development of modest university-based programs and libraries, it would become valuable to utilize or set up a local consortium frame of universities and community-based organizations (cultural centers, etc.) to develop a more coordinated city plan.

As the macro-organizational work is going on, our work with students in class is very important. We need to have students working on projects which help to build our library and increase our knowledge at all levels; we need to form student cadres who will continue the work when their class-work ends. Projects could be as simple as clipping articles from local newspapers, developing a bulletin board of current happenings, etc. But more ambitious things have been attempted, even with undergraduates and have worked. Students have gathered materials from the community, done oral history projects, factual studies of community organizations, agencies, associations, groups, cultural producers, etc. Other projects suggest themselves:

1. A survey of daily life and recreation in immigration centers takes on special importance in a time of high unemployment. The organization of unemployed time as well as traditionally defined "leisure time" should yield special insights. What are the most popular songs in the cantinas? What records do people pay to hear, to own? What requests do people make of strolling musicians? What do they sing when the spirit moves them? What kinds of books and magazines are available in libraries, grocery stores, etc.? What do people buy and read?

2. Oral history tape and also photograph libraries are relatively easy to develop, and represent great riches for studies of immigration culture; developing video libraries is also a not too expensive possibility.

Obviously, along with the library and curriculum components of our work we need to establish journals or other publication frameworks which would disseminate our materials and our findings, offering opportunities for student and community research and cultural expression. These publications can be of the simplest nature (mimeographed, photo-copied, whatever—meant for classroom use, sharing among centers, etc., perhaps in the style

of the Centro de Estudios Puertorriqueños monograph series. But from our point of view, perhaps the most important task would be to establish the means for placing, developing and publishing local and regional immigration cultural expression and providing a basis for analyzing it. In this context, our creative use of our critical skills is essential. The selection and editing of the cultural materials and fragments entail a series of ideological choices bound on the one side by our concern with historical accuracy (too narrow a selection aimed at highlighting a progressive trend may simultaneously distort its rather minor role in the constellation of immigrant tendencies) and our concern with cultural and ultimately political effect.

For our purpose is ultimately political. We would not simply be reflecting and expressing Latino immigration culture in its historical development and proliferation of expressive modes, but we would be playing on possibilities, affecting future production, if only by creating our own vehicles, and we would also be proliferating effects on those Latinos and non-Latinos who would read our publications, attend our exhibits, film showings, etc. The emphasis would indeed fall on our creative function in developing and promoting projects and collaborations, in writing grant proposals at a time of severe cutbacks, for one or another aspect of our total project. Also it would take a good deal of time before a mass of cultural expressions could accrue that would provide the basis for rich theoretical and critical elaborations, although from the inception of this work, we must be guided by a sense of theoretical frame, a sense of global process, a sense of unity about the nature of processes in home base and host populations, because we would be trying to feed into the more progressive possibilities of the immigration population in their participation in this society and the effects this society has on home bases.

To the degree that our concern with regional and local phenomena results in products of a certain expressive richness, we will in fact be helping to create a richer basis for the elaboration of the literature of immigration and U.S. minorities.

In the work on literature itself, of course, distinctions must be made among three Latin American literatures being created in the U.S.:

1. A literature of "middle-class" Latin Americans who happen to live here for reasons of exile or transplantation as part of the "brain drain." Whether progressive or reactionary, this literature tends to integrate itself with dimensions of the overall "high literature" literary systems, the works standing as Caribbean, Central American, Argentine, etc. or even, as an effect, North

American majority or "international." Relations between this literature and the phenomenon of worker immigration are very distanced and mediated, perhaps emerging in certain linguistic or stylistic transformations of varying significance in terms of internal dynamics of the work or its relation with the world. Here it is a matter of degree, for the Chilean exile poet from the Allende period, still thinking himself Chileno, not integrating into a Latino group that functions as an ethnic minority, middle class in social status, a professional or intermediary between Latinos and the large rationalized structures of modern U.S. life, nevertheless can write more broadly and openly, less symbolically and restrainedly about the Chilean experience that they could if they were to approach similar materials in present-day Chile.

2. Another, less "*culta*" literature with form and theme dictated very much by the immigration experience itself, a literature that draws perhaps on other immigrant literatures but that grows out of the mass of Latin American workers in this country, even if the writer is basically a son or daughter of immigrants so that already sufficient distance exists between the writer and the mass so that the act of writing itself (whether in "mother tongue" or adopted language) can occur at a level of elaboration sufficiently high to constitute a relatively coherent text. The usual treatment of writers of such often crude and unschooled literature is to encourage them to "develop," that is, to take on what is seen as meaning for them to enter into the categories of those writers we note as belonging to the first literary mode, rather than seeing how their expressive experience may be enriched by a greater relation with a third mode:

3. This is the literature not even produced as literature, but as the product of oral history, as grafitti, etc. The raw material of the other two literatures mentioned, this literature involves the pattern of daily speech, the songs and variations of songs, the jokes—the very spontaneous creative, syncretic and dynamic reproduction of the experience of everyday life which remains then as part of everyday life in the creation of further patterns. One of our goals should be the recording of such materials and in critical practice, of making it available to the writers of literatures 1 and 2, so that they may draw upon it in the creative development of an ever richer literature.

Implicit in all this is not the creation of a left literature, but of a literature and culture which sustains its relation to broad numbers of people, and maintains and develops its creative possibilities, so that the prospects for a progressive culture are kept ever alive,

though never imposed. Indeed, the effort to impose a sense of history and consciousness which does not grow out of the concrete development of a people can often lead to negative results. Pushing too hard, say, on the crisis of El Salvador may create resistance in a Latino community not carefully prepared to hear the message.

The goal of our work is not the mere focus on local communities but on their role in a larger national and international totality, and their value as models for tracing the links between all phenomena subject to international and local determinations. We are not only interested in particular Latino subgroups, but their interactions with other immigrant groups, minority and dominant groups in the configuration of patterns existing today and the possible patterns (and alliances) for tomorrow.

Work along these lines is very much open to Marxist Latin American literature specialists (and especially the Latin Americans among them) who have already a grounding in the history, cultural development and literature of home-base areas and who can then begin to develop a knowledge of immigration and acculturation effects which ultimately feed back into an enriched knowledge of the homebase. Such work also gives Latin Americanists a local area of study and practice and provides those in remote places with very minimal immigration influx with a framework of ties to nearby regional centers where they can apply their and their students' expertise and intellectual interests. While much of the work involved feeds into the practical and implies an action on culture and ideology, it also implies a theoretical frame for action and the increased enrichment of that frame which ultimately remakes our conception of Latin American cultural and literary history, as well as our ability to understand it as it develops in the future. In this sense, the growing consciousness of U.S. Latino immigrant populations and of their cultural products feeds in and affects homebase literary production, not only because some of the exiles and immigrants return, but because their works and experiences, as well as writings about them do. The fullfledged development of this dimension of Latin American and Caribbean studies suggest an actual praxis on literature, the kind of multi-leveled intervention of which Marxist intellectuals often dream. We cannot be sure of all the results; we can only hope that some of them will be roughly as progressive as the intentions. But the project I am proposing does provide a logical place for the insertion of U.S. Latino and other minority students in graded studies and activities that can even begin in their early formative years. My own experience has been thus, as undergraduate

Latinos and other minority students have worked on developing Central American political poetry projects, and in the development of a newspaper, *La Opinión Latina*, as well as a journal, *Ecos* (both of them centering on immigrant issues and culture). And they are now saying they want to work on other projects, ones delving into the communities of Chicago, others reaching out into the larger world. In this way, the object and subject of study come together in ways that propogate creation and hope.

La Cultura en la Práctica de la Libertad

Rafael Catalá

La función de este trabajo será marcar una serie de procesos en el transcurrir cultural y literario de América que abarca desde el barroco hasta nuestros días. Con esto no intentamos hacer un estudio completo, sino que queremos marcar algunos puntos importantes en este devenir cultural. Nos damos cuenta de que son muchos estos puntales culturales para abarcarlos todos, ahora nos motiva la necesidad de apuntar algunos de ellos para centrar la importancia que el estudio de ellos conlleva.

La crítica literaria americana ha venido, y viene, funcionando desde una dependencia teórica y metodológica europea. No nos motivan estos juicios en un plan de ataque a esos métodos. En realidad que todos fueron importantes en nuestro desarrollo literario. Esta dependencia, que en un momento histórico, tuvo una función importante, hoy tiene una función detrimental ya que obstaculiza la creación y diseminación de teorías americanas. La crítica europea dentro de su bien engrasado aparato cultural de diseminación, ha establecido una hegemonía difícil de reemplazar debido a la dependencia mental del crítico americano. Así encontramos muchos críticos luchando por probar que Sor Juana leyó a Descartes para legitimar la intelectualidad científicista de la poeta mexicana. Esto es algo factible si tenemos en cuenta de que Sigüenza y Góngora cita en su *Libra Astronómica y Filosófica* al filósofo europeo, o sea que los textos se encontraban en el contexto inmediato de Sor Juana, y ésta era amiga del sabio mexicano. Ahora, la lectura necesaria exige un paso previo e importante. Ella no menciona en ninguna de sus obras al filósofo europeo, pero en la *Carta atenagórica* y en *Neptuno alegórico* sí menciona a San Agustín, a Santo Tomás y a Albertus Magnus. Es de notar que el pensamiento de estos escritores medievales fue una de las fuentes importantes del pensamiento científicista que cristalizó en Descartes (Catalá, *Revista Iberoamericana*, págs. 431-33; y

Crombie, Vol. II, pág. 125). Crombie explica y documenta la evolución del pensamiento cientificista que cristalizó en el siglo XVII, lo mismo hace Randall. Las fuentes que ellos utilizan son, entre otras, las mismas que Sor Juana menciona en sus obras. Por lo tanto, se puede concluir que los elementos para una combinatoria que resulte en un pensamiento cientificista se encontraban en el contexto inmediato de esta poeta. Ella, como cualquier otro intelectual, poseía la capacidad necesaria para llegar a conclusiones de este tipo y hacerlas patente en su práctica poética y ensayística. La dependencia mental del crítico lo ha llevado a desestimar la capacidad intelectual del escritor americano. Que por supuesto, tanto en el barroco como ahora, *mutatis mutandis*, tiene que ver con los que controlan los medios de producción y difusión. Lo mismo ocurre con la educación. Cómo se educa afecta profundamente cómo el lector se ve a sí mismo, cómo lee, y cómo percibe su cultura. Si es educado a ver y admirar otra cultura ya tener a menos la suya, aun cuando haya gigantes intelectuales en su cultura no lo verá porque no está entrenado para ello. Algo así pasa en Puerto Rico donde se conoce muy poco, o no se conoce, la vanguardia del movimiento atalayista de los años 30. Donde poetas como Clemente Soto Vélaz y Graciany Miranda Archilla se conocen sólo por los nombres y se ignoran sus obras.

Debido a esto vamos a tocar tres aspectos del devenir cultural y literario americano en este trabajo: el sincretismo o mestizaje cultural del barroco, y luego saltaremos al siglo XX con la teoría pedagógica de Paulo Freire y la teología de la liberación de Gustavo Gutiérrez y su manifestación en la práctica literaria de hoy. Con esto sólo queremos apuntar algunos momentos americanos para mostrar que la relectura de América es una necesidad de primera importancia. Si antes vimos a nuestros escritores desde la perspectiva de la crítica europea—esto es, ver a América desde Europa—, el momento actual exige la lectura de América desde América. No se interpreten estas palabras como un nacionalismo patrioter. Pero este momento de la literatura americana exige una mirada hacia dentro. La salida, conciente e inconsciente, de la mentalidad colonialista así lo exige. Después de la obra de Fanon, Rodney, Jitrik, Galeano, Fernández Retamar, Vidal, entre otros, el momento exige la relectura desde la nueva visión y el nuevo hombre y la nueva mujer—esto sin rechazar los modelos europeos, pero poniéndolos en su perspectiva natural: desinflados. El prólogo al libro de poesía *Copulantes* dice lo siguiente:

Copulantes nace del trabajo que viene gestándose en dos libros anteriores, *Círculo cuadrado* y *Ojo sencillo Triquetraque*. *Copulantes* es el ser mestizo—en todos los sentidos—que somos, y el despertar consciente de las raíces que nos forman. Al sabernos colonizados—consciente e inconscientemente—hemos comenzado los primeros pasos en nuestro camino. Es un despertar que es el comienzo de la vida consciente. No es un sentir nalgas en laureles o un enaltecer del ego que sólo puede llevar al estancamiento. Este despertar es solamente un comienzo. Como al hijo que lo cría su madre y cree a su padre muerto. Al llegar a la adultez deja su casa agradecido de su madre, mas sabe que tiene que ir a realizarse en el devenir de su proyecto. Un día por una calle de Puebla o Lima descubre a su padre por los ojos. Se adentra en ellos y encuentra un mundo profundo, civilizado, entero. Se da cuenta, además, que le habían enseñado silenciosamente a rechazar ese mundo por una serie de supuestos que apuntaban a la inferioridad. Se da cuenta de que esa inferioridad fue hecha para pretextar el saqueo. (Catalá, pág. 7)

No es un odio a Europa lo que motiva este escribir, es un agradecimiento a ella. La lectura de Borges y de Lezama Lima me llevaron a darme cuenta de que estos escritores se habían apropiado de Europa de una manera tal, que en vez de ara—como había sido siempre—Europa era ahora un pedestal. Un museo de bellas proporciones para ser visto y utilizado a voluntad. La gran iglesia ante la cual se arrodillaron nuestros padres se había convertido en el museo donde poder estudiar detalles de una rama de nuestra genealogía. La otra rama es maya e inca, africana y navajo. Europa es ya un museo en nuestra conciencia.

Es de suma importancia estudiar, codificar, criticar, decantar, teorizar a América desde América, esto sin negar a Europa que ya es nuestra, para así no tener que hablar de la novedad creadora de Macedonio Fernández que se adelantó a tal o más cual escuela europea cincuenta años después. Siempre se ha descubierto la novedad americana después que algún grupo europeo hace lo mismo, entonces miramos hacia atrás y descubrimos lo nuestro. Hemos descubierto la vanguardia americana por reflejo de la retaguardia europea, o desde la retaguardia europea. Entonces se dice que Macedonio se adelantó a..... ¿Por qué no codificar y/o estudiar su vanguardia cuando aún era vanguardia? De aquí la necesidad de volver los ojos a América—sin negar a Europa, repito—. De aquí la necesidad de releer a Martí o la poesía huichol, a Nezahualcóyotl, Lezama Lima, Macedonio Fernández, Ezequiel Martínez Estrada, Huidobro, Neruda, Guillén, Palés Matos. O de leer a los no leídos como Clemente Soto Vélez, Pedro Mir, Cintio Vitier, Hector Libertella, etcétera. O de leer a los críticos y teóricos como Retamar, Rama, Marinello, Alfonso Reyes, Paz, Jitrik, Lida, Martí, Lezama, Monegal, Vidal, etc. Hay que descubrir la vanguardia americana cuando nace, en su infancia y adolescencia. No en una autopsia o en un análisis post facto de literatura

comparada, en la que se compara una obra americana con un paradigma europeo establecido. Entonces, el ¡ah! o el ¡eureka!, se sacan de la gaveta los textos olvidados y se legitiman. Un ejemplo de esto que acabamos de decir es el artículo de Didier T. Jaén sobre *La raza cósmica* de Vasconcelos. El ensayista panameño muestra la coincidencia de ideas de esta obra con la de Teilhard de Chardin y apunta:

Es irónico, sin embargo, que ideas similares a las de Vasconcelos fueran luego propuestas por mentalidades tal vez más metódicas y científicas que la suya. Tal es el caso del antropólogo francés Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955). En su obra *El fenómeno del hombre* (escrita en 1935 pero no publicada hasta 1955). (pág. 18)

Este artículo que reivindica y muestra las raíces y formación de esta proyección futura del pensador mexicano:

Su teoría de la raza cósmica no es simplemente una teoría racial o sociológica independiente de su obra total. Sus raíces están en el *Pitágora*, una teoría del ritmo y sus principios básicos se encuentran diseminados a través de toda su obra filosófica, desde la *Metáfisica* y la *Estética hasta culminar en la Lógica orgánica y Todología (Filosofía de la Coordinación)*; sistema que debió ser completado con el prometido volumen de la *Mística*, que nunca llegó a ver la luz. Pero para una cabal re-evaluación del ensayo de Vasconcelos se requiere pues, un estudio más detallado de lo que permiten estas páginas, en las cuales simplemente se han esbozado sus posibles direcciones. (pág. 20-21)

Este interesante estudio corrobora lo que acabamos de decir, esto es, cuando salió a la luz *La raza cósmica* se vio como una forma de idealismo abstracto y nada más. No se le estudió sistemáticamente sus raíces dentro de su sistema filosófico. Y no se construyó un cuerpo a partir de ese texto seminal. Hasta hoy ha dominado la técnica del reflejo y es nuestra labor restituir la importancia que exige la labor intelectual de América. La obra de Zea y la de Caso, y la de muchos otros artesanos incógnitos, exige la lectura original de su momento. No la lectura refleja retrospectiva. Exigen también que se elabore el edificio a partir de ellos. Hay que tener en cuenta que el primero que escribe pone los cimientos y los demás acaban el edificio.

De aquí la importancia de libros como *La expresión americana* de Lezama Lima que se detiene a reflexionar sobre el camino de América, de lo hecho por la cadena interminable de intelectuales. Allí encontramos al barroco de la contraconquista y la cultura como paisaje. Paisaje que todo lo incluye desde los árboles y flores y montañas hasta los textos y las relaciones humanas, hasta la síntesis de razas y culturas. Por eso "el sueño de Sor Juana es la noche en el valle de México; mientras duerme parece como si su yo errante dialogue con el valle, y lo que parecía términos de la dialéctica escolástica se convierten, transmutados por el sueño, en

las señales convenidas para los secretos de aquel paisaje". (pág. 112)

De aquí que una de "Las imágenes posibles" de Europa en América tomando otro texto lezamiano apunte:

Europa arrastraba su cuerpo hacia el lomo sin agua, aunque pudiera caerse. Y Europa comenzó a gritar. El toro, antiguo amante de su blancura, de su abstracción, siguió hacia el mar con noche, y Europa fue lanzada sobre los arenales, hinchada con un tatuaje en su lomo sin tacha: tened cuidado, he hecho la cultura. De los gritos que recordamos: el Dios pan ha muerto, el nietzscheano ha matado a Dios, y las ediciones vespertinas que voceaban: el asesinato de Europa, en el bolsón de su faltriquera se ha encontrado la cultura. (.....)

Europa hizo la cultura. Y aquel verso: *tenemos que fingir hambre cuando robemos los frutos*. ¿Hambre fingida? ¿Es eso lo que nos queda a los americanos? Aunque no estemos en armonía ni en ensueño, ni embriaguez o preludio: el toro ha entrado en el mar, se ha sacudido la blancura y la abstracción, y se puede oír su acompañada risotada baritonal, recibe otras flores en la orilla, mientras la uña de su cuerpo raspa la corteza de una nueva amistad. (1948). págs. 78-79.

La cultura que se sabe, que se da cuenta de que su expresión no es problematismo a resolver (*La expresión*, pág. 21) sino despertar, trabajar, y expresar lo que se es. De aquí la importancia de la Revolución Cubana, de textos como *Literatura y arte nuevo en Cuba*, de *Calibán* de Fernández Retamar, de la obra de Darcy Ribeiro, Ezequiel Martínez Estrada, Antônio Callado, Eric Williams, Fanon, Memmi, Walter Rodney o Eduardo Galeano. ¿Cuáles son las relaciones de esta ecuación cultural? ¿Cuál la importancia de la relectura, o más aún, la del descubrimiento de textos ignorados? ¿Cuál la importancia de revalorar visiones como la de Vasconcelos, o decantar la práctica teórica inscrita en textos como los de Macedonio Fernández o Lezama Lima? ¿Qué importancia tienen estos estudios para la autorealización continental, literaria, científica, filosófica?

Desde el barroco

Cuando comenzamos a leer a América desde América empezamos a vislumbrar un sincretismo que da lugar a una plenitud mestiza de la cultura americana. Por ejemplo, nos daremos cuenta de que cuando Sigüenza y Góngora dice en su *Teatro de virtudes políticas* que a Sor Juana no le perjudica lo que él ha escrito respecto a las civilizaciones americana—dentro del contexto de los arcos triunfales recibiendo al nuevo virrey—y lo que ella ha escrito en el *Neptuno alegórico* (Sigüenza, pág. 247) porque es cosa de todos conocida que Neptuno es progenitor de los indios americanos. Sigüenza dice esto dentro de un contexto pre-establecido que va desde el *Origen de los Indios del Nuevo Mundo*

e *Indias Occidentales* de Gregorio García e *Historia Natural y Moral de las Indias* de Acosta hasta *Monarquía Indiana* y *Teatro Mexicano* de Torquemada y Vetancurt respectivamente. En este período de tiempo tiene lugar la polémica respecto al origen de las civilizaciones americanas. Una de las conclusiones es que vienen de Noé, que a su vez es padre o abuelo de Neptuno. Este viajó y fundó estas civilizaciones. Tanto Sor Juana como Sigüenza, o Baltasar de Vitoria o Cartari, creían que los dioses de la gentilidad fueron príncipes que tuvieron existencia real, y que por sus buenas obras fueron tenidos por dioses.

Los primeros historiadores de América al tratar de explicar los dioses mesoamericanos lo hicieron a través de los dioses grecorromanos y egipcios (Sahagún I, p. 43; Torquemada III). De esta forma estos últimos sirven de decodificadores de los primeros, surgiendo así un nuevo código que sincretiza ambos sistemas. Sahagún y Torquemada, entre otros, fueron instrumentales en la creación de esta infraestructura. En esta síntesis encontramos la creación de identidades—siguiendo a Torquemada—: Neptuno-Tlaloc, Júpiter=Tezcatlipoca, y así sucesivamente. De aquí comienza el barroco americano a tomar su propia identidad: su mestizaje. Otro símbolo sintetiza las culturas europeas y las americanas: el águila. En *Primero sueño* (Vol. I, pág. 335) Sor Juana nos presenta cómo un águila pagana evoluciona hasta llegar a ser un águila cristiana. Las fuentes mitológicas de esta gradación evolutiva las proporcionan Baltasar de Vitoria, Vincenzo Cartari, Fray Juan de Torquemada. El primero documentado por Octavio Paz que muestra cómo Sor Juana parafraseó trozos de su obra (Paz, pág. 10-11), los dos últimos mencionados por Sor Juana en *Neptuno alegórico*.

De acuerdo con los antes mencionados mitólogos e historiadores el incesto fue necesario en la creación del mundo. Los hijos de Adán y Eva tuvieron que tener relaciones incestuosas ya que no había otros, luego ocurre lo mismo con los hijos de Noé. De este último vienen todos los hombres y mujeres del mundo. De aquí que los americanos y europeos vengan del mismo padre. Esta confusión incestuosa se presenta como algo oscuro y misterioso en *Primero sueño*. Nictimene tuvo relaciones incestuosas con su padre, y Acteón invadió el sagrado pudor de la diosa, madre espiritual, de la caza, Diana. Dentro de este contexto surge el águila de Júpiter que evoluciona hasta el águila de Patmos, signífera del evangelista San Juan del *Apocalipsis*. Nótese que los primeros doce frailes que llegaron a la América creían que venían a cumplir las promesas de este libro bíblico (Phelan). Así toda la gentilidad incestuosa evoluciona de la oscuridad a la luz de la edad

evangélica que trae Europa. Pero, ¿cómo se unen estas dos gentilidades a nivel mítico en el poema sorjuanescos? En las doncellas tebanas (los murciélagos) y en Icaro. El castigo de las primeras fue comer carne humana (Gaytán, p. 147). En el Laberinto desde donde huyeron Icaro y su padre que lo construyó, residía del Minotauro. A éste se le ofrecía el sacrificio de siete niños y siete niñas de familias nobles anualmente (Murray, 241; Gaytán, 220). Méjico y Europa se funden en la sangre de los sacrificados y el escritor novohispano—consciente o inconscientemente—los toma para comenzar a tejer una ideología que funda una nueva águila que representará a Cristo y/o a María, el triunfo de lo cristiano sobre lo pagano: la llegada de la edad evangélica, como la llamarán muchos historiadores y escritores novohispanos. Esta águila es a su vez maya, azteca, criolla, europea, mestiza (Wolf, Hunt).

Con esto en mano podremos leer, entonces, el *Neptuno alegórico* de Sor Juana y el comentario de Sigüenza y Góngora en *Teatro de virtudes poéticas* que apunta a Neptuno como progenitor de América. Aquí podemos observar la ideología en su función práctico-social que apunta Althusser: "un sistema (con su propia lógica y rigor) de representaciones (imágenes, mitos, ideas o conceptos, de acuerdo con el caso) dotado con una existencia histórica y un rol dentro de una sociedad dada. Sin meternos en el problema de las relaciones entre la ciencia y su pasado (ideológico), podemos decir que la ideología, como sistema de representaciones, se distingue de la ciencia en que en ella la función práctico-social es más importante que la función teórica (función como conocimiento)". (p. 231) Esta ideología no necesitaba de una explicación profunda y Sigüenza y Góngora sólo se limita a mostrar la visagra engarzadora que los une. El problema que ha surgido al no poder interpretar estos textos y sus relaciones se debe a que se han leído desde Europa, y no desde América como su lectura exigía.

Gran parte de la práctica literaria del barroco americano surge de esta síntesis mestiza de culturas, no como proceso intelectual separado de la vida, sino como un proceso intelectual que es la vida. Estos procesos y visiones secretan la ideología y la teoría que los definirá.

¿Cómo analizar el sueño inscrito en *Primero sueño* sin tener en cuenta cómo filtraron las visiones del *sueño* europeo a América? ¿Cómo se funden éstas con el sueño del colibrí de los americanos?. Los jesuitas utilizaban el mito del sueño del colibrí para explicar la muerte y resurrección de Cristo. Esta tradición estaba aún viva en los tiempos de Sor Juana si vamos a juzgar por la *Historia del*

Nuevo Mundo del Padre Bernabé Cobo publicada en 1653 (Hunt, p. 62); además, Torquemada y otros le dedican capítulos al misterioso sueño del colibrí y su identidad con Huitzilopochtli. Entonces tenemos que el colibrí y el águila son signíferos de Huitzilopochtli, de la misma forma que el cisne y el águila son signíferos de Júpiter. Este mismo dios fue el que guió al pueblo mexicano, en forma de águila, a la tierra prometida. Tal como la nube al pueblo hebreo.

Si vemos a América desde esta perspectiva sincrética, podemos aseverar que la *piramidal funesta* con que comienza *Primero sueño* es la visión de las cosas por venir que tuvieron los pueblos americanos antes de la llegada de los europeos:

El que considerare estas cosas hallará que muchas veces Dios las ordena para que movidos los hombres de ellas conozcan lo que les conviene y eligan los medios mejores de su conversación y paz; porque viendo cosas nuevas, y que salen del curso común de la naturaleza, caben en su consideración; y viendo que son particulares conozcan en ellas también algunos particulares fines y que siendo las señales de fuego de espadas, de gente armada y de otras cosas semejantes, entiendan que no pronostican buenos fines sino que los anuncian malos y contrarios. De éstos tuvieron estos mexicanos (también como la república de Israel a quien en mucho los hemos comparado en diversos lugares de esta historia) y en número tan crecido como ella y algunos muy semejantes a aquéllos; de los cuales fue el primero una llama de fuego, notablemente grande y resplandeciente, hecha en figura piramidal, a la manera de una grande hoguera, la cual parecía estar clavada en medio del cielo teniendo su principio en el suelo, de donde comenzaba, de grande anchor y desde el pie iba adelgazando en la forma dicha y echaban echaban centellas en tanta espesura que parecían chispas de pólvora y iba subiendo con el movimiento de el cielo, hacia la parte del poniente; de manera que cuando salía el sol perdía su resplandor (como todas las demás estrellas) y se desaparecía, hasta que la noche siguiente volvía a parecer en el mismo lugar y a la misma hora. Esto duró por espacio de un año cada noche. (Torquemada, I, 320, el subrayado es mío)

La *piramidal funesta de la tierra* de *Primero sueño* y la figura piramidal de la profecía mexicana parecen estar estrechamente relacionadas. “Iba subiendo con el movimiento de el cielo” = “escalar pretendiendo las estrellas”; “si bien sus luces bellas —exentas siempre, siempre rutilantes— la tenebrosa guerra que con negros vapores le intimaba la pavorosa sombra fugitiva” (S. Juana, I, 335) = “una grande hoguera [.....]echaban centellas en tanta espesura que parecían chispas de pólvora y iba subiendo con el movimiento de el cielo”. La idea de la guerra la hemos visto en la cita arriba mencionada. Los paralelos entre lo que encontramos de los historiadores de América y los escritores novohispanos son innumerables. Sirvan estos brevísimos ejemplos para apuntar un nuevo curso.**

**Estas ideas aquí expresadas son de un libyo en preparación: *La lectura americana de Sor Juana*.

Desde ahora

Hay dos hechos que en los últimos años han cristalizado como un producto del devenir ético de América: la teología de la liberación y la teoría de la educación de Paulo Freire. Los principios delineados en estas teorías se manifiestan concretamente en el teatro y la literatura resultante de estos procesos éticos y pedagógicos.

En Latinoamérica se hace cada vez más difícil analizar, leer, una obra literaria si no se tienen en cuenta los vectores culturales que la componen. Ya desde los comienzos de la colonia podemos observar un movimiento de autodefinición americana. Desde Sigüenza y Góngora hasta Mariátegui y Lezama Lima. Las civilizaciones precolombinas no necesitaban definición porque ellos eran, y son, América. Es el criollo y el mestizo el que necesita definirse, entroncar y enraizar, en la tierra que por nacimiento lo determina. Así comienza por ser poseedor de dos civilizaciones que se funden en él o ella. Esto es lo que lleva a Martí a escribir:

El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.

¿Cómo han de salir de las Universidades los gobernantes, si no hay Universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yankees o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen.

La Universidad europea ha de ceder a la Universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. (III, p. 107-08)

Este proceso de autodefinición y de enraizamiento del grupo dominante en la cultura latinoamericana, el criollo, ha tomado un sinnúmero de años. Sólo en los últimos años se comienzan a ver trabajos profundos que muestran que este sincretismo cultural está siendo catalizado en una forma nueva. Asimismo, el maya o huichol o inca, está comenzando a tomar parte en la formación de su destino, como en el caso de Guatemala donde está gestando la libertad de su pueblo. Si la labor incansable de Martí, Andrés Bello, Sigüenza y Góngora, para sólo mencionar unos pocos, marca el curso a seguir y da los primeros pasos, la obra de Mariátegui es un cimiento seguro pues marca uno de los elementos

que permiten un paso sincrético: el socialismo incaico y el europeo. Mariátegui parece ser una de las bases donde comienza la reflexión respecto a la teología de la liberación. Gustavo Gutiérrez en su *Teología de la liberación* apunta que en América Latina se vive en medio de un proceso revolucionario que resiste interpretaciones esquemáticas, y que demanda una constante revisión de las posturas adoptadas. La pobreza, la alienación y la explotación son inaceptables lo que produce una urgente demanda de liberación económica, social y política. Estos son los primeros pasos hacia una nueva sociedad. Muchos de los grupos liberadores son de orientación socialista, y de acuerdo con Gutiérrez, el socialismo representa el camino más productivo y de más largo alcance. Aunque no hay una orientación monolítica, una orientación teórico práctica diversificada está emergiendo. Gutiérrez está consciente de que se están utilizando en algunos casos los métodos utilizados por otros, y hasta concede el rol que la dependencia cultural juega en todo este proceso. Asimismo, se da por sentada la vanguardia que, en este respecto, Mariátegui representa, y reconoce la necesidad del socialismo autóctono apuntado por el pensador peruano. Esto es, el socialismo autóctono planteado por Mariátegui parece ser un factor importante en el planteamiento cristiano de América, así como la necesidad de elaborar una teoría socialista americana debido a la exigencia práctica del realismo histórico. Más aún, hay una conciencia clara de que la liberación de América es mucho más que un cambio económico, social y político, sino que es una toma de conciencia, esto es, la emancipación del ser humano donde éste se convierte en el artesano de su propio destino. En esta creación del nuevo hombre, y la nueva mujer, Gutiérrez cita a Ernesto Che Guevara cuando se refirió a que los revolucionarios a veces carecen del conocimiento y osadía intelectual de hacer frente a la tarea del desarrollo de un nuevo ser humano por métodos diferentes a los convencionales. Los métodos convencionales sufren las limitaciones de la sociedad que los creó, por lo tanto no son instrumentos que puedan hacer viable la creación de una realidad que exprese las nuevas necesidades humanas. (Gutiérrez, 90-91)

El diálogo del marxismo con el cristianismo está teniendo lugar a través del cauce de la teología de la liberación. Los une la lucha contra la opresión, la expresión autóctona de América, la creación de un nuevo hombre y mujer que expresen la nueva realidad naciente. Esto nos obliga a pensar que si se quiere estudiar la realidad americana hay que comenzar a verla entonces desde estos paradigmas americanos que ya han nacido. No son estructuras histórico-sociales simples, sino que son cúmulo de un proceso

sincrético complejo. Si se estudia el marxismo en América hay que ver cómo ha evolucionado éste dentro de un contexto determinado. El cristianismo, igualmente. No se puede olvidar que la práctica de la religión católica en Cuba se efectúa dentro de un proceso sincrético en la población de descendencia africana, en México la virgen de Guadalupe es muestra de este sincretismo en los pueblos mayas o nahuas. (Wolf)

Dentro del proceso histórico americano que exige este proceso sincrético, hay otro proceso que lo acelera: el desgaste de los arquetipos de conducta religiosa, como el concubinato de los líderes religiosos con la oligarquía opresora, han obligado a los religiosos a examinar los supuestos desde los que parte su creencia y su práctica religiosa. Tanto los marxistas como los cristianos buscan la liberación de la opresión, aspiran al acceso a la educación y al bienestar social, y en esta meta común unen sus fuerzas. Se podría decir que razonamientos como estos hacen viables este aunamiento de fuerzas: Pablo en su *Epístola a los romanos* (14: 7 y 8) dice: "Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos" (Biblia, 1357). Esto lo dice dentro de un contexto mayor, ya que el Señor de que habla Pablo había dicho en el Evangelio según Mateo (25:40): "En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos, más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Biblia, 1190). O sea, que si vivimos en el Señor, como dice Pablo, vivimos también en la plenitud del otro supuesto: funcionando responsablemente en la sociedad. La libertad ganada en la enseñanza de este personaje histórico-bíblico llega a su plenitud en la medida que se vuelca en beneficio a los demás.

Por el lado marxista se puede ver desde otro contexto. Filósofos y místicos como Baruch Spinoza y Jacob Böhme, ambos con una concepción impersonal de Dios parecen haber ejercido cierta influencia en el concepto de materia marxista. Marx y Engels en *La sagrada familia* al hablar del materialismo de Bacon apuntan que las cualidades inherentes en la materia, el movimiento es el principal, no sólo en la forma mecánica y matemática, sino en la forma de *impulso* principalmente, un espíritu vital, una tensión, o un "qual" para utilizar el término de Jacob Böhme de materia. Las formas primarias de materia, continúan Marx y Engels, son vivas, fuerzas del ser individualizadoras inherentes en ellas y que producen las distinciones entre las especies (Marx y Engels, pág. 57).

Engels ve a Spinoza como uno de los grandes filósofos materialistas, y dice ser de gran mérito para la filosofía de su

tiempo que no se desvió al insistir que el mundo se explicase desde sí mismo y que dejaran la justificación del detalle a las ciencias naturales del futuro—esto dicen respecto a Spinoza hasta los grandes filósofos materialistas franceses. (Marx y Engels, pág. 137). Sabemos que para Spinoza la mente humana era parte del divino intelecto impersonal. Esta concepción de un Dios impersonal renace en la teología moderna. Hans Küng dice que Spinoza es el precursor de la crítica bíblica moderna “considerando la Biblia, no como un libro infalible inspirado por Dios, sino un documento a veces contradictorio, genuinamente humano de la fe judía. El Dios de Spinoza no vive fuera del universo: Dios está en el mundo y el mundo está en Dios. La naturaleza es una forma particular en que Dios existe; la conciencia humana es una forma particular en la que Dios mismo piensa.” (Küng, pág. 133).

Esta visión de Dios vista desde dos perspectivas diferentes ha venido evolucionando para permitir hoy día el diálogo existente entre marxistas y cristianos. No es solamente la fuerza de la circunstancia—la opresión, por ejemplo—el único elemento catalítico, aunque sí parece ser el elemento más importante. Pero la evolución de estas ideas parece ser un factor de cierta importancia en esta fusión sincrética americana.

Este proceso evolutivo que ocurre en la lucha de clases de América secreta su propia ideología y se manifiesta en la producción literaria de muchos escritores. Las últimas obras de Cintio Vitier son una bella muestra de esta fusión cristiano-marxista. *Ese sol del mundo moral* es un ensayo sobre la evolución ética de la conciencia cubana desde la colonia hasta nuestros días. Nos muestra paso a paso el transcurrir ético del devenir histórico cubano. *La fecha al pie* es un poemario del mismo autor, en él se plasma poéticamente la lucha, el diálogo, el devenir y el ser de este proceso sincrético. Todo el libro lo expresa. Ahora, dos poemas son epítomes de este proceso: “Apuntes cañeros” y “Suite de un trabajo productivo”. Estos poemas cristalizan en un profundo y elaborado proceso estético una meta de América.

Otros poetas y novelistas americanos reflejan esta preocupación, fusión, evolución, entre otros son: Ernesto Cardenal, el poeta nicaragüense, y Antônio Callado, el novelista brasileño. La novela *Quarup* de este último es una bella muestra.

Otro proceso americano que el transcurrir histórico de América ha generado últimamente es la teoría de la educación de Paulo Freire.

Es menester que regresemos al siglo pasado para observar brevemente esta preocupación en el contexto americano. Dos de

los maestros intelectuales de Martí, el presbítero Félix Varela (1787-1853) y José de la Luz y Caballero (1800-1862) fueron auspiciadores de la educación cubana. En la obra de estos hombres encontramos una conciencia profunda de la diferencia existente entre "instrucción" y "educación". "El proceso educativo está compuesto de dos procesos: la instrucción y la educación. Por el primero se transmiten conocimientos. Por el segundo se concientiza. Para concientizar hay que haber encarnado el ideal, la teoría, los conocimientos. Haber memorizado formulas nos hace instructores. Haber encarnado éstas nos hace maestros". (Catalá, pág. 173). De esta forma llegamos a los postulados de estos maestros, José de la Luz y Caballero dice "Instruir puede cualquiera; educar, sólo quien sea un evangelio vivo". Varela, por su parte, postula: "Educar no es dar carrera para vivir, sino templar el alma para la vida". Estos educadores no apuntan a un proceso idealista como algo separado e inalcanzable en nuestra vida diaria, apuntan a un principio básico de la educación, el proceso de integración de conocimientos y su práctica en la vida diaria. El proceso que transforma. No se estudia para ganar dinero solamente, se estudia para integrar y barajar efectivamente una visión de la cultura que nos permita practicar la libertad en usufructo de nuestro bien y del ajeno. De Luz y Caballero dirá José Antonio Portuondo:

Luz consagró los últimos años de su vida a preparara los hijos de la burguesía criolla para el gobierno propio. Fiel a sus criterios patrióticos, no fue un revolucionario, pero de sus aulas salieron hombres que encendieron la primera guerra por la independencia. (Portuondo, pag. 21).

Su teoría se funde en su práctica y da fruto. Estas ideas encarnan luego en la teoría de la educación de Freire—aunque éste no haya oído jamás de estos maestros cubanos. Lo importante observar aquí es el proceso evolutivo que diacrónicamente va cuajando en un sistema.

Freire, otro cristiano militante, cuya obra teórica alimenta la teología de la liberación de Gutiérrez. Freire no sólo aporta una teoría y un método para una praxis educacional, sino que aporta una serie de conceptos sumamente plásticos y que sintetizan un proceso de la evolución de la conciencia americana—y humana. Es un pensamiento pedagógico que es a su vez un pensamiento político:

La alfabetización, y por ende toda la tarea de educar, sólo será auténticamente humanista en la medida en que procure la integración del individuo a su realidad nacional, en la medida en que pueda crear en el educando un proceso de recreación, de búsqueda, de independencia y, a la vez, de solidaridad. (Barreiro, pag. 15).

Este proceso toma al ser humano y lo hace conciente de sí mismo y de las posibilidades de su potencial dentro de su contexto histórico, despertando así la capacidad del mismo para edificar su medio. Otro concepto importante es el de "concienciación" y que define como "un despertar de la conciencia, un cambio de mentalidad que implica comprender realista y correctamente la ubicación de uno en la naturaleza y en la sociedad; la capacidad de analizar críticamente sus causas y consecuencias y establecer comparaciones con otras situaciones y posibilidades; y una acción eficaz y transformadora. Psicológicamente, el proceso encierra la conciencia de la dignidad de uno: una 'praxis de la libertad'" (Barreiro, pág. 14). "Domesticación": proceso alienante por el cual se atrofia la capacidad del individuo. "Integración" que resulta "de la capacidad de ajustarse a la realidad más la de transformarla, que se une a la capacidad de optar, cuya nota fundamental es la crítica" (Barreiro, pág. 31). A este término opone el de "acomodamiento". Muchos otros términos se constelan en esta teoría educacional, pero sirvan estos de ejemplo.

Dos libros recogen el meollo de esta teoría: *La educación como práctica de la libertad* y *Pedagogía del oprimido*, estos unidos a la *Teología de la liberación* de Gutiérrez forman una contribución importantísima en el devenir histórico americano. Por un lado crean y consolidan un diálogo cristiano-marxista, deslindan conceptos, redefinen teorías y estructuras ideológicas que precedieron este momento histórico, de ahí surge una síntesis que define y marca un nuevo momento de América. De aquí surge una literatura y una praxis teatral, como el Teatro Escambray.

Este último, aunque no parezca haber tenido una influencia directa de las teorías de Freire o de Gutiérrez, manifiesta una praxis similar. En el Teatro Escambray la teoría surge de la práctica y viceversa (Séjourne). Es un teatro, que como los procesos de integración y de concienciación de Freire van dirigidos a la audiencia transformándose unos a otros—la audiencia y los actuantes. Más que un teatro a la antigua, un teatro que sólo entretiene, el Teatro Escambray concientiza y transforma. Estamos presenciando un proceso en que las partes alienadas y alienantes de la sociedad se redefinen y se transforman. Se integran al todo orgánico del proceso colectivo: la sociedad.

Bibliografía

- Acosta, Joseph de. *Historia natural y moral de las Indias*. Edición preparada por Edmundo O'Gorman. (Fondo de Cultura Económica, México, 1962).
- Althusser, Louis. *For Marx*. Traducida por Ben Brewster (Vintage Books, New York, 1970).
- Barnett, Miguel; M. Benedetti; A. Carpentier; J. Cortazar; et al. *Literatura y arte nuevo en Cuba*. (Editorial Estela, Barcelona, 1971).
- Barreiro, Julio. "Educación y concienciación" en *La educación como práctica de la libertad* de Paulo Freire (Siglo XXI, Editores, 1975).
- Callado, Antônio. *Quarup* (Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1967). Este libro ha sido traducido al inglés bajo el mismo título por Barbara Shelby (Alfred Knopf, New York, 1970).
- Cartari, Vincenzo. *The Fountaine of Ancient Fiction*. (Londres, 1599) traducido del italiano *Le Imagini de I Dei de Gli Antichi*. (Venecia, 1556).
- Catalá, Rafael. *Copulantes* (L.C.C., República Dominicana, 1981)
- "La trascendencia en *Primero Sueño*: el Incesto y el Aguila", *Revista Iberoamericana*, Vol. XLIV, No. 104-105, julio-diciembre, 1978. Pittsburgh, Pennsylvania.
- "A propósito de *Ese sol del mundo moral*". *Cuadernos Universitarios* (Universidad de San Carlos de Guatemala, Guatemala) No. 5, noviembre-diciembre, 1979.
- Crombie, A.C. *Agustine to Galileo 2: Science in the Later Middle Ages and Early modern Times 13th-17th century*. (Penguin Books, England, 1959).
- Cruz, Sor Juana Inés de la. *Obras completas*. Edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte. (Fondo de Cultura Económica, México, 1951) Vols. I-IV.
- Engels, Frederick. "Dialectics of nature", *On Religion*. (Progress Publishers, Moscow, 1975).
- Freire, Paulo. *Pedagogía del oprimido*. (Siglo XXI, México, 1977).
- García, Gregorio. *Origen de los Indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales* (Madrid) 1ra edición 1607; 2 da edición 1729.
- Gaytán, Carlos. *Diccionario mitológico*. (Editorial Diana, México, 1971).
- Gutiérrez, Gustavo. *A Theology of Liberation*. Traducido del español por Sister Caridad Inda y John Eagleson (Orbis Books, Maryknoll, New York, 1973).
- Hunt, Eva. *The Transformation of the Hummingbird: Cultural Roots of a Zinacantan Mythical Poem*. (Cornell University Press, Ithaca, New York, 1977).
- Jaén, Didier T. "La raza cósmica de Vasconcelos: una re-evaluación", *Texto crítico* (Universidad Veracruzana, México) Año I, No. 1, 1975.
- Küng, Hans. *Does God Exist?* Translated by Edward Quinn (Vintage Books, New York, 1981).
- Lezama Lima, José. *La expresión americana*. (Editorial Universitaria, Chile, 1969).
- "Las imágenes posibles" en el libro del mismo autor *Esferaimagen* (Tusquets Editor, Barcelona, 1970).
- Martí, José. *Obras completas*. Prólogo y conolia biobibliográfica de Jorge Quintana (Caracas, Venezuela, 1964) Vol. III.
- Marx, Karl; y Frederick Engels. *The Holy Family, or Critique of Critical Criticism en On Religion* (Progress Publishers, Moscow, 1975).
- Murray, Alexander S. *Manual of Mythology*. (Scribner, Amstron & Co. New York, 1874).
- Paz, Octavio. "La Diosa Isis y la Madre Juana", *Vuelta*, No. 36, noviembre de 1979, México.
- Phelan, John Leddy. *The Millenial Kingdom of the Franciscans in the New World*. (Univ. of California Press, Berkeley, 1970).

- Portuondo, José Antonio. *Bosquejo histórico de las letras cubanas*. (Editora del Ministerio de Educación, Cuba, 1962).
- Randall, John Herman Jr. *The Career of Philosophy: from the Middle Ages to the Enlightenment* (New York: Columbia University Press, 1962) Vol. I.
- Sagrada Biblia* (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1968).
- Sahagún, Fay Bernardino de. *Historia general de las cosas de Nueva España*. Estudio preliminar de Angel Ma. Garibay K. (Editorial Porrúa, S.A., México, 1977) Vol. I.
- Séjourné, Laurette. *Teatro Escambray: una experiencia*. (Editorial Ciencias Sociales, Cuba, 1977).
- Sigüenza y Góngora, Carlos de. *Obras históricas*. Edición y prólogo de José Rojas Garcidueñas. (Editorial Porrúa, México, 1960).
- Torquemada, Fray Juan de. *Monarquía Indiana*. (Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1975) Vols. I-VI. Primera edición 1615.
- Vetancurt, Agustín de. *Teatro mexicano* (José Porrúa Turanzas, Madrid, 1960) Vol. I.
- Vitier, Cántio. *Ese sol del mundo moral*. (Siglo XXI editores, México, 1975). *La fecha al pie*. (Unión de Escritores de Cuba, Cuba, 1980).
- Vitoria, BAltasar de. *Del teatro de los dioses de la gentilidad*. (Madrid, 1676). Vol. I-II.
- Wolf, Eric R. "The Virgin of Guadalupe: A Mexican National Symbol". *Journal of American Folklore*, Vol. 71, 1958 (Philadelphia, Pennsylvania) Págs. 34-39.

Autoritarismo e Inhibición Crítica en el Uruguay Actual

Mabel Moraña
University of Minnesota

1. *Introducción*

La pregunta, muchas veces formulada sin más especificaciones, acerca de la existencia o desarrollo de la actividad crítico-literaria en regímenes autoritarios, supone una serie de asunciones metodológicas quizá cuestionables, y que en todo caso vale la pena explicitar.

Parte, en primer lugar, de la consideración tácita del concepto de *crítica* como suficientemente definido en sus caracteres esenciales, pasando por encima de los debates acerca de su objeto, sus métodos, sus objetivos. La *crítica literaria*, entendida así como disciplina o actividad cultural establecida, es conceptualizada por un procedimiento de abstracción de sus rasgos permanentes, es decir, convertida en un concepto de valor teórico operativo, ahistorificada.

En segundo lugar, se asume, a partir de allí, la posibilidad y pertinencia de la confrontación de ese concepto con una situación político social diferenciada: la del asentamiento de un régimen de fuerza en países, como el Uruguay, de marcada tradición democrática.

La interrogante es entonces enfocada hacia las posibilidades de permanencia o supervivencia de una actividad cultural ya constituida, en el marco de una situación histórica de excepción, es decir, concreta y transitoria.

Tal pregunta, que no es teóricamente irrelevante, parece sin embargo desacreditarse ante la misma definición genérica del sistema autoritario y las particularidades del régimen uruguayo actual.

Afirmada en la fuerza, sin legalidad ni legitimación, la gestión militar se dio en el Uruguay apelando a un represivo sistema de

exclusiones que afectó medularmente el trabajo cultural.¹

Eliminadas las instituciones mediadoras entre el pueblo y los centros de decisión estatal, clausurados los espacios públicos de expresión cultural opuestos a la línea dominante, mantenidos en monopolio los medios de comunicación masiva, establecido, en fin, el régimen de represión y censura que posibilitó hasta ahora, pasando por distintas etapas, la continuidad del autoritarismo en el país, no parece concebible ni quizá deseable el mantenimiento sin variaciones de actividades culturales vigentes en períodos anteriores.

De hecho, un mero relevamiento empírico del quehacer cultural de la última década demuestra que ante la lógica de la dominación autoritaria, las respuestas han sido, sucesivamente, el silencio, y la instrumentación espontánea de mecanismos alternativos de reelaboración cultural.²

La supervivencia de cualquier forma de trabajo cultural al interior del sistema autoritario no supone solamente un proceso de asimilación de restricciones, un cambio de estrategias. Implica, en cuanto han variado sustancialmente las condiciones de producción cultural, un replanteo de su función social y, en ese sentido, una redefinición disciplinaria que alterará el *status* teórico de cada actividad, al poner en cuestión sus métodos y los objetivos que se persiguen.

La posibilidad de tal supervivencia pasa tanto por las instancias de concientización de las formas y alcances de la ideología hegemónica y por la comprensión de la situación política actual como momento de un proceso histórico, como por la re inserción de los cuadros intelectuales en condiciones de excepción, y la necesidad de encontrar formas y medios materiales de intercomunicación.

El objeto de la crítica es ahora producido en condiciones excepcionales que alteran la vida misma de los productores, su relación con la tradición histórica, política y cultural del país y, por ende, su proyección hacia distintos grupos de destinatarios potenciales, que cuentan con una capacidad también alterada de recepción y análisis. Nos encontramos entonces ante una cadena comunicativa distorsionada no sólo por las condiciones específicas desde las cuales se produce y recibe el producto cultural, sino además signada por los distintos mecanismos de la censura (estructural, institucional), cuyos grados de interiorización son difíciles de establecer y evaluar.

La rearticulación del escritor, en tanto trabajador cultural, con la realidad inmediata, con los medios de comunicación, con su público, produce en los textos variaciones temáticas y formales.

“Clandestiniza” la carga ideológica del producto literario, que se redimensiona, más allá de los grados de conciencia del productor, al entrar en contacto con una realidad social distinta. Cambia las expectativas del receptor. Rompe la vinculación con una praxis de escritura, lectura y crítica, interrumpida por los cambios en la situación total que ocasionan entre otras cosas, en muchos casos, la ausencia física de muchos de los que venían desarrollándola.

¿Tiene sentido, en este panorama, una crítica literaria entendida en alguna de sus formas tradicionales de concreción histórica, como un modo de acompañamiento didáctico de la obra literaria, como explicación e interpretación de textos, como promotora del libro, como actividad técnica autosuficiente, restringida a suscitar cuando más un diálogo entre pares en el ámbito académico?

¿Hasta qué punto los cambios enumerados en la situación global de muchos países no la inhabilitan a que siga operando como mera actividad ancilar, supeditada y siempre posterior a la aparición de su objeto? ¿Cuáles son los reclamos del escritor, como parte interesada en el trabajo de la crítica? ¿Cuáles son las demandas o las necesidades de los grupos de receptores?

¿Tiene algún espacio, real o potencial, una actividad crítica, capaz de desmontar y problematizar la producción literaria en tanto hecho cultural, dentro de regímenes autoritarios que se definen por excluir toda posibilidad de diálogo y confrontación ideológica entre los distintos sectores sociales?

¿Puede la crítica aceptar las variaciones sustanciales en la producción literaria, la relación conflictiva del escritor con el lenguaje, con el medio social en general, sin replantearse a sí misma en sus métodos, en sus objetivos, en su función social?

Creo que estas interrogantes, que podrían aumentarse en número y detalle, pueden servir para orientar una discusión acerca de los modos de existencia, estrategias y alcances de las formas presentes o posibles de actividad crítica en regímenes autoritarios. Pueden auxiliar, quizás, al observador cultural, en la que aparece como su primera tarea cuando se trata, como por ejemplo en el caso del Uruguay, de visualizar el área del trabajo crítico-literario: la necesidad de interpretar un vacío (¿aparente?), o cuando más, una serie de indicios que se cargan de sentido por el mismo aislamiento en que se dan, y por la situación político-social imperante.

2. *La crítica, ¿un vacío?*

2.1

Los trabajadores culturales que han estado viviendo en el

Uruguay del último decenio, han estado enfrentados a una verdadera "realidad de postguerra".³ En un clima de represión sin pausa, disminuida a su mínima expresión la vida nacional, raleadas las filas de la "intelectualidad" por las distintas formas de desaparición de buena parte de sus integrantes, la reconstitución de grupos y espacios propicios para una actividad alternativa fue y sigue siendo un desafío peligroso e ineludible.

El trabajo realizado por ellos en las distintas áreas culturales no puede ser enfocado, en principio, más que como la suma de una serie de actividades de emergencia, en el doble sentido de urgencia y surgimiento.

El discurso cultural no oficialista debió en general enmascararse para sobrevivir, ampararse en los lugares comunes de una retórica circunstancial, o canalizarse, muchas veces, hacia una temática sin mayor relevancia.

El régimen de fuerza formalizado con la disolución de las Cámaras Parlamentarias en junio de 1973, se perfiló como un sistema al mismo tiempo brutal y mediocre, y, como O'Donnell señalara hace poco para el caso argentino, contradictorio. El autoritarismo se caracteriza por negar el principio mismo de su supervivencia: el ejercicio del terror, la censura constante, son continuamente ejercidos y negados por el discurso oficial, son a la vez el apoyo y la línea de fracción oculta en la aparentemente monolítica organización del poder.⁴

En este panorama, durante mucho tiempo, la pregunta acerca del desarrollo de una actividad crítica en el Uruguay, cualquiera que ella fuera, pareció improcedente.

Hoy puede comenzar a plantearse en la medida en que la actividad cultural se empieza a perfilar, de modo cauteloso y tentativo, a partir de una serie de ámbitos a través de los cuales se canaliza la producción intelectual nacional.⁵ Tales ámbitos deben ser entendidos, sin embargo, más que como centros reales de discusión cultural, como núcleos de experimentación, situados entre la tensión de una serie de contenidos latentes contrahegemónicos, y la fuerza represiva del régimen.

Tal situación de los intelectuales, que podría describirse como un estado de "conciencia acosada", fue y sigue siendo el contexto dentro del cual se desarrolla una actividad crítica descentralizada, ejercida básicamente desde colecciones monográficas, semanarios culturales y revistas en general no especializadas.⁶

Esta actividad se desenvuelve básicamente por las siguientes líneas: celebración de efemérides a través de notas alusivas; elaboración de "guías para el estudiante", en general del nivel de la enseñanza media; reseñas bibliográficas para divulgación de

publicaciones, orientadas en gran medida hacia la literatura universal; estudios de apoyo para una relectura de los clásicos (Petrarca, Dostoievski, Lesing, Salinger, etc.); algunas notas que intentan mayor alcance teórico o interpretaciones más globales de ciertas áreas de la actividad literaria actual;⁷ entrevistas a escritores; trabajos monográficos (del tipo "vida y obra") sobre autores nacionales; estudios de obras clásicas de la literatura universal.

La primera interpretación que puede hacerse del material citado es que se orienta fundamentalmente por tres caminos:

1-Establece, de acuerdo a la tradición cultural del país, la articulación interna de la cultura nacional con la universal, recordando el antiguo principio liberal de promoción de una educación general y humanística, situada en general de espaldas a la problemática latinoamericana.

2-Se ofrece como una actividad de apoyo a la enseñanza oficial.

3-Se ubica como una parte del circuito del mercado interno, asumiendo la tarea de promoción del libro, intentando, a partir de su colaboración en la "oferta literaria", influir en el consumo más que en la demanda. Lo mismo parece valer para la crítica literaria y cinematográfica.

Examinados, sin embargo, a la luz de la situación imperante, los puntos indicados anteriormente, así como las concepciones de la literatura y de la crítica que están en la base del material citado, se cargan de un sentido que sería forzado conferirles en un contexto diferente.

En primer lugar, la actividad crítica constituye, en estos momentos, una pieza central del mecanismo de intercomunicación cultural. Básicamente en el último quinquenio, la tarea principal ha sido la rehabilitación de voces individuales: cada publicación, un signo de supervivencia.

La crítica ha actuado, con conciencia de la importancia de actuar como mediadora en un sistema de intercambio social que resultaba impensable, sin ir más lejos, en el quinquenio anterior.

Las concepciones sobre lo literario que subyacen en la mayoría de los enfoques críticos, son sólo a medias una supervivencia pasiva de la tradición cultural de la democracia liberal uruguaya. Son también, en gran medida, una forma de canalización de un reclamo por la restitución de valores esenciales que la gestión del autoritarismo borrara del horizonte cotidiano.

La insistencia en el problema del valor (ético, estético), la posibilidad de comprender un texto poético como "un hermoso gesto ante la vida", la apelación a una retórica de corte existencialista, el esfuerzo, en fin, por entender el arte y el trabajo

intelectual principalmente como una *forma de humanización* (aunque sea siguiendo la sosegada fórmula de Worthworth: "el objeto de la poesía es la verdad, no individual y local sino general y operativa"), no pueden desprenderse del pesado contexto cotidiano, donde la persecución y la muerte dieron la tónica durante mucho tiempo.

Creo que para cualquier intento de comprensión e interpretación del discurso cultural en cualquiera de sus formas, debe tenerse en cuenta que todo sistema represivo opera, a nivel del lenguaje, justamente por el régimen de restricciones que impone, como un catalizador que precipita un proceso de resemantización. Los tópicos manidos, los blancos textuales, los lugares comunes de una retórica reconocible, el tono y organización (composición) del discurso total, se redimensionan y sólo pueden ser comprendidos a cabalidad a través de una *historificación de los términos claves*, que permita una actualización de sus posibilidades connotativas, que indague sobre un campo de probables sinonimias, que intente asociaciones y combinaciones en el proceso de decodificación y persecución del sentido.

El discurso crítico, en un movimiento espontáneo de reinstalación histórica, junta las partes sueltas de un conjunto que-brado de concepciones culturales, pautas de comportamiento, principios vitales. Busca entender la producción cultural como una manifestación "de la vida", verla como una afirmación del individuo que, atacado en sus principios básicos, "se inserta en la zona sagrada de lo colectivo",⁸ en un intento, consciente o no, de totalización de la experiencia.⁹

La retórica que sirve de apoyo a un movimiento como el indicado no coincide, claro, con los principios críticos en boga. Toma la forma, más bien, de una conceptualización estacionada en un presente cultural convaleciente, se expresa a través de una serie de principios que tienen un sentido histórico preciso, una justificación coyuntural.

En el mismo sentido, la crítica que se sitúa como promotora del libro nacional, emprende no solamente una tarea solidaria con el escritor en tanto trabajador cultural, y con las empresas editoriales, sino que se da conscientemente un papel dentro del circuito de socialización del producto literario.

La comercialización del libro nacional es en el Uruguay un área específica dentro del mercado interno, porque nuclea, entre editores, escritores y críticos, a un sector popular decididamente opuesto al sistema de dominación autoritaria. La circulación del libro tiene entonces un sentido social específico, aunque haga de la creatividad, como indica Brunner para el caso chileno, "una

función subordinada al mercado".¹⁰ El libro tiene un "valor de uso", que a la crítica le corresponde destacar.

Los trabajos críticos, que en muy pocos casos se autoconciben como "crítica técnica",¹¹ se resuelven en general en el Uruguay actual como comentarios de libros o interpretación de textos. En la mayoría de los casos se recupera el sentido que Alfonso Reyes confería a la disciplina al entenderla como "ejercicio del criterio", y priva la intención de llegar a "discernir con propiedad",¹² para guiar el consumo, restablecer el diálogo, y sobre todo alentar a la producción cultural en cualquiera de sus formas. Al mismo tiempo, la división de tareas tiende a desaparecer, en un medio cultural donde los poetas escriben letras de canciones, hacen periodismo, los profesores de literatura se vuelcan a la crítica cinematográfica, intervienen en programas radiales, comentan espectáculos de canto popular, etc. Cada intelectual es, cada vez más, en sentido amplio, un trabajador cultural, no sólo por la falta de una infraestructura que le permita profesionalizarse, adquirir especialización, sino porque los contenidos culturales, específicamente literarios, se dispersan en diferentes formas de expresión que la tradicional noción de "lo literario"—en el sentido en que lo utiliza Alejandro Losada, como "literatura ilustrada"—no puede absorber.

¿Cuáles son, sin embargo, las demandas? ¿Cómo se visualiza, desde adentro, esa producción crítica, heterogénea y fragmentaria, que mirada desde afuera, se parece a un vacío?

2.2

Hace algún tiempo, en una entrevista publicada en el semanario uruguayo *Opinar* bajo el título "La lucidez como herramienta", un joven escritor, Rafael Courtoisie, indicaba:

Hay acuerdo en cuanto a que la década del setenta se caracteriza por más de una ruptura en lo cultural, que provoca discontinuidades y años de gran silencio (...) El silencio se verificó fundamentalmente en la crítica, el ensayo y la narrativa (...) Entre otras cosas, falta el advenimiento de la crítica. En estos tiempos es necesario instaurar la lucidez como herramienta de creación, de conocimiento. La orfandad de una generación puede mitigarse con un ejercicio crítico y, en lo posible, autocrítico, sin caer tampoco en la paradójal esclerosis y esterilidad que a veces provoca un exceso de raciocinio.¹³

A su vez, Luis Cerminara, actor y director teatral de larga trayectoria dentro del teatro independiente uruguayo, en un reportaje titulado "El teatro sin tapujos", suscitado por las acerbas críticas a que diera lugar su puesta en escena de *La voz humana*, de Jean Cocteau, señalaba que en tales comentarios periodísticos faltaban reflexiones acerca de las modificaciones del libreto, de los

recursos técnicos utilizados, de la transformación realizada en el personaje central, y agregaba:

Entiendo que el espectáculo no gustó a la crítica (...), pero no aclaró ni uno solo de los por qué. Creo que ésa no debe ser su función. Cuál es, no me corresponde a mí decirlo. Aunque entiendo, luego de más de 20 años generalmente de elogio, que debería colocar su escarpelo en el razonamiento y no en la ironía. Sabemos que el teatro es un juego peligroso. Sabemos que la crítica es un juego más peligroso aún. Sabemos que los actores debemos rendir examen permanente antes, durante y después de entrar en el juego. Sabemos que la crítica se ejerce por generación espontánea (...). Ambos (el teatro y la crítica M.M.) tienen una misma función específica. Ambos están dirigidos a un mismo objetivo. Ambos deberían estar ejercidos con el mismo rigor.¹⁴

Testimonios como estos, provenientes tanto de la última promoción de escritores (Courtoisie tiene 22 años), como de intelectuales cuya trayectoria (como es el caso de Cerminara) atraviesa un largo período de la cultura uruguaya, son obviamente significativos, desprendidos, incluso, de la circunstancia concreta desde la cual surgieron.¹⁵ Ambos llaman la atención sobre hechos verificables también a través del análisis de los comentarios de libros y teatro producidos en el país en el último quinquenio: el retardo de la crítica con respecto a la producción literaria, la falta de una crítica especializada (en el caso del teatro), la apariencia de un cierto grado de improvisación en el trabajo crítico. Pero de paso traen a colación dos elementos que atañen directamente a la función de la crítica en relación con la producción de cultura en la situación actual.

El primero, es la clara conciencia de los escritores de la última promoción de estar reconstituyendo un tejido cultural amputado por la acción del régimen autoritario. Courtoisie se reclama, por ejemplo, como parte de la "generación del receso o del silencio", y dice al respecto:

Efectivamente, somos una generación huérfana, sin padres. En la literatura, concretamente, Uds. (se refiere a la generación anterior, M.M.) tenían figuras al lado, presencias muy validas y muy vivas, que formaban una barrera involuntaria. Con nosotros hubo una fractura, esas presencias desaparecieron pero siguen manteniendo su vigencia dentro de mucha gente que está escribiendo en este momento (...) Creo que mi inquietud responde de alguna manera al problema de la fisura cultural de los últimos años y a las presencias que se fueron pero siguen vigentes.¹⁶

Lo segundo es que, en la situación actual, el teatro y la crítica tienen, como indica Cerminara, "una misma función específica," "un mismo objetivo". La crítica que se reclama es entonces la llamada a dar cuenta de una producción literaria surgida en una

situación anómala, posterior a un corte social, político y cultural, que ha hecho estallar los vínculos inmediatos con el pasado cultural del país. Es aquella que puede atenuar la orfandad de los escritores realizando una problematización adecuada de sus textos, viéndolos como intentos de totalización, surgidos de un cuerpo social reprimido y fragmentado. Es aquella que debe replantearse en su función y en sus objetivos, y entenderse como parte de un frente cultural amplio, de líneas convergentes.

3. Conclusión

El autoritarismo es, por definición, un sistema basado en el ejercicio monopólico del poder. Su capacidad hegemónica no se agota, sin embargo, en la imposición de un régimen de represión continua, sino que se expresa fundamentalmente por su capacidad de ir generando un sistema de conocimiento de la realidad, una ética, un sistema de representaciones, un conjunto de símbolos.¹⁷

Ningún intento de desmontaje del discurso autoritario puede ser elaborado más que a partir de núcleos ideológicos dependientes, con una capacidad de movimiento obviamente relativa.

La tentativa por incluir la crítica como una actividad eficaz y sistemática en el interior mismo del sistema es antes que nada una batalla por la recuperación de un idioma común, apto para el acercamiento a una realidad sociocultural diferente. El lenguaje debe dejar de ser, antes que nada un espacio residual, asfixiado por los lugares comunes de la retórica dominante, a partir de la cual pueden seguirse proponiendo *ad infinitum* preguntas cuyo interés ya ha desaparecido del horizonte de expectativas de la mayoría.

Al parecer, se carece aún de las categorías teóricas y de la metodología necesarias para atender a las variaciones sustanciales operadas en el medio cultural indicado. Parece asistirse, sin embargo, a una toma de conciencia creciente acerca de las transformaciones que vienen realizándose en la imagen pública del crítico y del escritor, y de su función social. Parece ir decayendo, de modo paulatino, la concepción de la crítica literaria como un acto de lectura profesional, consistente en el traslado pasivo de una determinada carga de erudición, primero a los textos y luego al lector, que terminará recibéndola, también pasivamente.

Creo que la crítica puede empezar a plantearse con legitimidad, porque los hechos la están empujando a ello, sobre todo cuando opera al interior de regímenes autoritarios, en condiciones represivas como las anotadas, cuál es el lugar que verdaderamente

puede y le corresponde ocupar en el ciclo producción/recepción literaria. Si el objetivo debe ser tratar de re-institucionalizarse como mediadora, como el momento primero y más calificado de la cadena receptiva, o si debe intentar experimentar nuevas formas de incidencia, actuando complementariamente desde el polo mismo de producción de los textos. Si en la situación actual es pertinente seguir sobreponiendo un criterio de calidad que en definitiva no refleja más que el gusto personal del crítico, o si el juicio sobre una obra determinada debe tener otras apoyaturas. Si puede seguirse operando a partir del análisis o la interpretación de contenidos manifiestos, producto de una práctica censurada. Si corresponde aún sobreenfatizar la figura individual del escritor o más bien verlo como la cabeza visible de un grupo productor que comparte con él y con el crítico las condiciones básicas de producción cultural.

Creo que, cualesquiera que sean las opciones que se acepten, los rasgos específicos y las funciones que caracterizaban a la disciplina y que regían los procesos de producción literaria dentro del marco de las democracias liberales, resultarían anacrónicos y por lo mismo ineficaces en el contexto actual.

En el Uruguay, el autoritarismo ha clausurado un período histórico, ha seccionado una forma de vida, un ritmo cultural, ha planteado la disyuntiva extrema, no sólo en el terreno de la literatura, de sobrevivir o desaparecer. Los distintos sectores sociales quedaron desguarnecidos, sin principios ideológicos articuladores, y en una situación de dependencia con respecto a elaboraciones culturales gestadas en otras situaciones contextuales, para otra realidad.

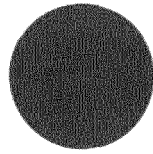
El Estado ha actuado de acuerdo a lo que ya señalara Mario Sambarino para 1970:

Nuestra ideología oficial funciona en los hechos como un super-ego inhibitor, impuesto por una sociedad internacional, en la que tenemos el rango de dominados.¹⁸

Al hablar de inhibición crítica en el Uruguay actual importa menos, me parece, constatar la retracción de una praxis que venía realizándose con anterioridad-cuyo mantenimiento resultaría, por lo menos, paradójico-que verificar el congelamiento de una potencialidad, cuyo desenvolvimiento está reclamando la cultura nacional. Y ésta requiere, antes que nada, la comprensión del trabajo crítico, en cualquiera de sus aplicaciones, como parte de un proyecto cultural liberador.

Notas

1. Más detalles sobre este punto fueron incluidos en mi trabajo "Indicios culturales alternativos en el Uruguay actual (1978-1981): movimientos en el Panopticon", leído en el X Congreso de L.A.S.A.
2. Idem.
3. La expresión pertenece-y no es casualidad-al escritor argentino Jorge Asís.
4. El punto fue tocado por G.O'Donnell en su ponencia presentada al X Congreso de L.A.S.A.
5. Esos espacios de creación alternativa fueron analizados en mi trabajo "Indicios culturales alternativos..." ya citado.
6. Los volúmenes monográficos que se aluden son principalmente los de la colección *Prometeo* (Rev. Uruguaya de Cultura), y los que publica la Editorial Arca bajo el título de *Figuras*. Los semanarios son principalmente *Opinar*, *La Semana*, *El Correo de los Viernes*, Las revistas: *Opción*, *La Plaza*, *Cuadernos de Granaldea*, *Imágenes*, *Maldoror*.
7. Pueden servir como ejemplo Roberto Appratto, "Aproximaciones a la verdad del significante", *La Plaza*, No. 19, oct. 1981 pp. 31-33, y Alicia Migdal, "Recuento de la Poesía Visible", *La Semana*.
8. La expresión pertenece a H. Giovanetti Viola pero coincide con la idea de otros escritores al respecto. Dice por ejemplo R. Courtoisie: "La literatura es una gran obra colectiva que se escribe en el tiempo", en "La lucidez como herramienta" (reportaje), *Opinar*, 23 de julio de 1981.
9. Cfr. Rafael Courtoisie, reportaje citado.
10. Cfr. J.J. Brunner, *La estructuración autoritaria del espacio creativo*, FLACSO, Dcto. de trabajo SCL/10.12.79/88.
11. Quizá el único ejemplo sería el de Roberto Appratto. Cfr. su artículo "Aproximaciones a la verdad del significante", ya citado, y "Poesías 1949-79 Amanda Berenguer" en *La Plaza*, no. 10, oct. 1980.
12. La expresión es de Roberto de Espada.
13. Rafael Courtoisie fue ganador de una de las menciones del Concurso organizado por El Día/Acali en 1980. La cita es parte del reportaje ya citado.
14. *Opinar*, 6 de noviembre de 1980.
15. Podrían agregarse otras opiniones, por ejemplo la de Teresa Porzekanski: "Y yo no noto en la nueva literatura nacional un aceptable grado de autocrítica. Tampoco creo que el nivel de la crítica literaria haya llegado a una calidad comparable con la que hubo en otras épocas, por ejemplo durante el Modernismo". En "La Porzekanski y su primera novela", en *Opción*, No. 11, 12 de enero de 1982, pp. 39.
16. Reportaje citado.
17. J. J. Brunner ha insistido sobre este punto en casi todos sus trabajos publicados como Documentos de trabajo por FLACSO.
18. *La cultura nacional como problema*, Mvdeo, Nuestra Tierra, No. 46, oct. 1970, p. 44.



El Exilio Uruguayo y la Producción de Conocimientos sobre el Fenómeno Literario

Hugo Achugar

1. El título del presente trabajo no pretende ser un eufemismo con el que se sustituye el tema propuesto originariamente, a saber: "La crítica literaria uruguaya en el exilio." No. Por el contrario, es una respuesta o una reformulación de algo que entendemos como inexistente o mal formulado. Incluso, hubiera sido equivalente de nuestra actitud el cambiar la estructura afirmativo-descriptiva por una interrogativa: "¿Crítica uruguaya en el exilio?" Ello hubiera sido, además, una estructura interrogativa enunciada con entonación exclamativa de asombro. Preguntémoslo de una vez: ¿Es posible hablar de una crítica literaria uruguaya en el exilio? Creemos que no, por varias razones.

En primer lugar, cabría preguntarse si la actividad realizada por los uruguayos que andan por el mundo—es decir, que deambulan fuera de fronteras—es crítica literaria o, puede denominársele de ese modo. En todo caso, este aspecto del problema nos deriva hacia otros temas: en particular el de las condiciones en que se produce y se recibe dicha labor intelectual, así como a la distinción entre el ensayo—en la acepción hispana del término que lo relaciona con el discurso no científico—y la crítica literaria.¹ Pero suponiendo que tal actividad intelectual constituyera en todos los casos "producción de conocimientos", ¿qué realidad nos autoriza el uso del gentilicio *uruguaya*? Ante él, sólo caben dos posibilidades: 1) entender el gentilicio como mero designador de procedencia geopolítica, ya que todos los considerados nacieron en Uruguay o, 2) entenderlo como designador de una comunidad, coherente o no—ello sería quizá, secundaria que, trasladada geográficamente, se comporta de acuerdo a ciertos patrones colectivos.

La primera opción es un truismo y la segunda, una realidad inexistente. A diferencia, quizá, de los filósofos uruguayos en el exilio—para sólo citar una actividad intelectual de la que tengo noticia—cuya cohesión, más o menos laxa es perceptible aunque obedece a razones puntuales—concentración geográfica (México y Venezuela), origen y trabajo coordinado (en su mayoría procedentes del Instituto de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias) y también su menor número. Los críticos (o profesores, en su mayoría) literarios, no se hallan cohesionados. Es cierto, que están dispersos en América Latina, Estados Unidos y Europa; que su número es mucho mayor y que su origen o su formación originaria presenta variaciones enormes. Por cohesionados, entendemos el participar en un programa común o al menos, afín; comunicados o en diálogo más o menos permanente en virtud de metas o aspiraciones colectivas.

Si por último decimos crítica literaria uruguaya en el exilio, la condición fantasmal termina por manifestarse. Si se atiende a las personas, es decir, a los "actantes" o "voces" de la actividad mencionada la calificación de exilio es falaz para la totalidad. A menos que, siguiendo la propuesta realizada en Caracas-Mérida en oportunidad de la "Conferencia Internacional sobre el Exilio y la Solidaridad Latinoamericana en los años 70" del 21 al 27 de Octubre de 1979, habláramos de exilio económico y político. "Todo aquel—se sostuvo en dicha ocasión—que ha sido obligado a abandonar su país de origen, sea por motivos económicos o políticos, es un exiliado²". Precisemos: hay migrantes económicos, migrantes por asfixia cultural³ y, por último, exiliados políticos. Entre los críticos literarios uruguayos que viven fuera de su país, tenemos de los tres tipos. Si, por otro lado, atendemos a la "acción" o al "discurso" mismo de la crítica literaria uruguaya, nuevamente enfrentamos un imposible, un "vano fantasma de niebla y luz".

Tal actividad, ya lo hemos dicho, no existe como conjunto o discurso homogéneo. No existía en Uruguay antes de los "años de la ira"—1969-1973—y no existe ahora. Entendámonos, no existía como actividad unificada. Hubo sí individualidades e incluso atisbos de actitudes sectoriales (y hasta se podría decir "generacionales"). *Marcha* y algún otro sector, pero no un desarrollo concertado o, al menos, encuadrado dentro de un proyecto nacional con diferentes y adversas concepciones científicas y políticas que unificara esa labor.⁴ El liberalismo y el pluralismo que caracterizaron culturalmente al Uruguay previo a estos años convulsionados, explican parcialmente la escasez de una reflexión crítica metódica. Había una *actitud crítica* y había

todavía más, un *hipercriticismo* que cuestionaba la historia, los valores literarios y los políticos, los familiares y los educativos. Había o hubo una *soberbia crítica*. Los intelectuales eran críticos de cine, de libros, de historia, de teatro, del movimiento político, del sindicalismo economicista, etc. Un ejemplo prócer fue, como lo sigue siendo, Carlos Quijano. Todo estaba puesto a revisión, todo era sujeto de duda o de revisión. La diferencia que nos separa quizá de lo sostenido por Angel Rama⁵ está en el hecho de que nosotros, es decir, los que como yo comenzamos a pensar el país en la década del 60, exigíamos más. Real de Azúa, Rama y Benedetti, como antes Quijano,—para nombrar cuatro intelectuales que ayudaron a formarnos—perteneían a la época en que se construyó el *cuestionamiento* del intelectual uruguayo. Nosotros pedíamos algo más. Pedíamos—ingenuamente—una coherencia y una unidad que teníamos que construir y en la que—la historia por ahora así lo demuestra—fracasamos.

Seguramente las palabras de Juan Flo en 1954 destinadas a *Marcha*, pudieron haber sido dichas diez años más tarde, sobre la totalidad de la cultura uruguaya cuestionadora: "...lucidez discrecional al no plantearse realmente los problemas y problematizar en cambio las soluciones dadas por otros a los problemas".⁶

La observación de Flo nos importa más que nada, como ilustración de las maravillas y de las limitaciones de un proyecto crítico que la *intelligentzia* uruguaya propuso en las décadas del 50 y del 60. No obstante, la producción de conocimientos sobre el fenómeno literario que pudo ser central en los 50, para 1969 y respecto de las nuevas promociones, parecía ser una labor adjetiva.⁷

Incluso en el sentido laxo de existencia de una crítica literaria en el Uruguay previo a 1973, no es posible hablar de una crítica literaria en el exilio.

Preferimos entonces distinguir y referirnos: por un lado, a un hecho, el exilio uruguayo y su diferencia con las variantes migratorias señaladas y, por otro, a la actividad o a la producción de conocimientos a través de la crítica literaria que realizan algunos uruguayos en el exterior del país.

2.1. Lo anterior nos lleva a formular un par de preguntas: 1) ¿cuál es la realidad en relación a lo antes anotado? y 2) ¿cuáles son las condiciones en que se produce la crítica literaria por parte de los uruguayos fuera del Uruguay? Con respecto a la primera pregunta, es necesario diseñar un cuadro de variables que dé cuenta de esa realidad que constituyen los críticos literarios fuera

del Uruguay. Una posibilidad es referirnos a su ubicación geográfica. Tenemos así tres grandes áreas: América Latina, Estados Unidos y Europa. Otra, sería atender a las áreas de trabajo. Tendríamos entonces: docentes, periodistas-reseñadores, y articulistas profesionales—y publicistas ocasionales—en general escritores o intelectuales vinculados a tareas editoriales que, sin regularidad, ejercen el “estro” crítico. La cifra total supera las dos docenas. Lamentablemente no tenemos noticia más que parcial de los intelectuales uruguayos fuera de fronteras.

La distinción previa, sin embargo, se refiere a la condición de exiliados. Si, tal como parece—y en ello el consenso es casi total—exiliado es “todo aquel que se ha visto obligado a expatriarse por decisión o acción del régimen político imperante en su país y que, por consecuencia está imposibilitado de retornar al mismo, pues ello podría significar su muerte o su encarcelamiento”⁸, no todos los críticos literarios uruguayos en el exterior son exiliados.

Migrantes económicos y migrantes por asfixia cultural⁹; exiliados o migración forzada y espontánea como propuso Lelio Mármora recientemente.^{9A} A los efectos de nuestro trabajo, proponemos englobar o considerar como equivalentes o asimilables, migrantes económicos espontáneos y migrantes por asfixia cultural. Pues, en dichos casos el retorno al país no está imposibilitado.

Si, a pesar de la distinción, tomamos en cuenta toda la “población” de críticos literarios uruguayos fuera de su país, cabría una distinción de tipo histórico-política: aquella que se establece por la fecha de su migración. Durante el lustro álgido—el que va de 1968 a 1973—se produce un cambio cualitativo de importancia en las motivaciones de los migrantes. Si para fines de 1969 Eduardo Galeano podía referirse al exilio en sentido lato y sólo tomaba en cuenta la migración económica^{9B}, poco después, el exilio político era una realidad.

Entre los que se fueron antes de esos años y los que comenzaron a irse por esos mismos años, en virtud de la acción represiva—primero de autoritarismo legal y luego, a causa de la dictadura—hay o caben ciertas diferencias.

En el primer caso, el de los que se van antes de esos años álgidos, existen algunos casos conocidos de críticos literarios, incluso aquí, en los Estados Unidos. En el segundo, podrían contarse algunos casos en México, Europa y también los Estados Unidos—aceptando como críticos aquellos en cuyo caso la función predominante no es la de crítico, sino la de poeta o docente.

Es evidente que el número crece luego del lustro 1968-1973, como también resulta claro que la fecha histórica no es distinción

suficiente. El proceso de migración no-política continúa hasta el presente. La fecha simplemente marca el cambio en cuanto a la aparición de un elemento inédito en la historia uruguaya: el exilio político.¹⁰

En relación a los exiliados e incluso a aquellos migrantes cuya actividad posterior o cuyos lazos de consaguineidad extendieran a modo de "miasma" griega la contaminación de la condición de exiliados, el número no es menor, aunque quizá sí sea menor su notoriedad o su caracterización como críticos literarios. De entre los más conocidos, pueden nombrarse a Angel Rama, Mario Benedetti y Jorge Ruffinelli¹¹.

Migración o exilio, la salida del país de estos intelectuales se articula—en su mayoría—con el proceso económico y político de la sociedad uruguaya a fines de la década del 60 y comienzos del 70. Lo que nos interesa son las peculiaridades de esta realidad, que se ha dado en llamar la "diáspora uruguaya", en el campo de la producción de conocimientos sobre el fenómeno literario. Si hemos procedido a la descripción anterior, ello se debe a que la segunda pregunta hacía necesario saber qué características tenían quienes estaban fuera y por qué lo estaban. El porqué está sugerido y no analizado, quede así, por el momento.

2.2. ¿Cuáles son las condiciones en que producen los uruguayos antes considerados? Y también, ¿cuáles eran las condiciones en que producían en el Uruguay antes de su partida?

2.2.1. Parece claro que en su inmensa mayoría, se trataba de docentes de enseñanza media, que alternaban su labor con el llamado periodismo cultural. Salvo escasas excepciones, nunca ejercieron la enseñanza en tercer nivel o enseñanza superior. También salvo algunas excepciones, ya por dedicarse exclusivamente al periodismo, ya por haber dejado el Uruguay en su adolescencia o en su temprana juventud, todos ejercían, fundamentalmente, la docencia.

El Uruguay previo a la dictadura concentraba la crítica literaria en la enseñanza y a ello se agregaba, parcialmente, la labor del Instituto de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, el Departamento de Literatura Iberoamericana y el de Literatura Uruguaya de la Facultad de Humanidades y Ciencias, amén de algunos órganos periodísticos.

La reseña bibliográfica era, sin embargo, más absorbente e, incluso, podría parecer ante los ojos de quien, como Mario Benedetti, intentara en 1961 reflexionar sobre la crítica literaria uruguaya, casi como su única dimensión.¹²

De hecho, la producción de conocimientos sobre el fenómeno literario estaba refugiada en el ejercicio crítico bibliográfico y en la cátedra. Algunos publicaban manuales o introducciones a los autores contemplados en los programas de enseñanza. Otros, muy pocos, recogían su labor periodística en libros y los menos, exponían el resultado de investigaciones o estudios en publicaciones periódicas académicas nacionales o del extranjero. Las condiciones de la vida cultural uruguaya imposibilitaban una dedicación exclusiva y, en general, docencia, periodismo literario o, llanamente, cultural y labores editoriales, repartían el tiempo y las fuentes de ingreso de estos intelectuales.¹³

Así, la atención a un mercado seguro y ávido por la docencia y la producción de textos a ella destinada, consumían gran parte del trabajo de la mayoría. Por otra parte, la publicación de trabajos de crítica literaria—en su acepción más amplia—no acarrea mayores ventajas o perjuicios. Por lo demás, el acceso a las cátedras de enseñanza superior era limitado por el mismo hecho de que eran limitados los cargos de nivel superior. Cabe agregarse que, para los jóvenes la realidad se complicaba—para los años 60—con el hecho de verse obligados a ejercer la docencia en varios institutos de enseñanza media. La dispersión geográfica y horaria de la tarea docente, consumía muchas de las veces, tiempo precioso. La ausencia de encuentros académicos, por último, contribuía a desestimular la labor.

Sin embargo, como no pensamos que condiciones materiales de trabajo y condiciones de producción sean menos equivalentes, por el contrario, creemos que entre las condiciones de producción deben contemplarse además, elementos sobredeterminantes tales como la disputa estético-ideológica llevada a cabo—en una primera etapa que cubre los años 50—por la llamada “generación del 45”. Así, en dicha etapa el ejercicio del criterio, el “hipercriticismo parricida”, según algunos, intentó desterrar el amiguismo o la mitificación más o menos ideológica o idealista de la crítica frente a los resabios de la cultura uruguaya anterior y, sobre todo, frente al oficialismo cultural del Uruguay-a-crítico imperante entonces.

Progresivamente, dicho hipercriticismo fue sustituido por definiciones más “radicales” de tipo político y por proyectos político-culturales más ambiciosos que cohesionaban parcialmente la actitud crítica y que “acompañaban” el desarrollo del movimiento popular y, en algunos casos, tenían definiciones precisas: anti-imperialistas y o clasistas.

Organos como *Marcha* y “La Revista Cultural de los Viernes” de *El Popular*, entre otros, posibilitaban o dividían o, mejor, eran

expresiones de las diferencias estéticas e ideológicas de esta labor. El movimiento generado por el *Frente Amplio* a partir de finales de 1970 y la radicalización—aún mayor—del enfrentamiento político, contribuyó a la cohesión sino teórica, al menos coyuntural y política de muchos de ellos.

Las condiciones en que se realizaba la crítica literaria eran definibles—quizá no necesariamente de un modo acabado—como las de una etapa de lucha socio-política e ideológica que atravesaba todos los aspectos de la vida nacional, incluso el científico, donde grosso modo se enfrentaban un proyecto democrático popular nacionalista y antiimperialista y un proyecto oligárquico antidemocrático y cuyo nacionalismo era neo-fascista. Por lo mismo, la distinción cardinal en el campo cultural—por lo menos en los años finales—era más política que científica o metodológica, en sentido estricto. El compañero impresionista y el riguroso analista se unían en el proyecto—todavía vivenciado como de realización histórica factible (lo que para muchos otros países constituyó esa especie de síndrome esperanzado de los 60, de una sociedad más justa, independiente y, para muchos, socialista.)

La represión, los fracasos y la derrota: los años que culminaron en 1973, trajeron la diáspora.

2.2.2. La diáspora de los uruguayos contribuyó a acentuar rasgos pre-existentes y, necesariamente, desarrolló otros nuevos. Algunos de los críticos que migraron o se exiliaron en Europa—en su mayoría jóvenes que apenas alcanzaban los treinta años—fueron abandonando la práctica crítica, devorados por otras urgencias: ya fuera por sobrevivir o por absolutizar sus esfuerzos en la praxis política. En este caso, el hombre político anulaba al profesional. Otros accedieron a la docencia a nivel universitario en Francia e Italia. Se trataba en general de intelectuales que habían abandonado el país antes de 1970 y cuya asimilación a las necesidades del medio europeo se inició antes de la instauración definitiva de la dictadura. Otros, casualmente establecidos en España, han permanecido ajenos a la enseñanza y desarrollan su labor como escritores o periodistas.

Para Estados Unidos, “la situación es homogénea”; todos están vinculados a universidades y desarrollan su labor de acuerdo a la academia norteamericana. La excepción, como siempre, confirma la regla. Pero sobre academia y exilio hablaremos luego.

En el caso de América Latina, ocurre algo similar a lo que sucede en Europa. Escasos profesores universitarios: un par de ellos en México, un caso en la Universidad de Managua y algún otro en

Venezuela. Periodismo cultural y labores editoriales conforman el resto.

Mención independiente merece el caso de aquellos que viven en países socialistas, concretamente en Cuba. No son muchos, pero uno de ellos, ahora en España, Mario Benedetti, quizá merece atención especial. Su "ejercicio del criterio" para glosar al propio Benedetti en su cita de Martí, escapa a las consideraciones generales de las condiciones de producción de la crítica literaria. Primero por su inserción en la Revolución Cubana a través de *Casa de las Américas* y, segundo, por su condición de líder, foco de convergencia, o como quiera designársele: político. Rasgo este último, que no es posible conseguir en otros críticos literarios uruguayos, al menos en su importancia o proyección para la política del exilio uruguayo. En ese sentido, si bien la competencia y los determinantes académicos de Estados Unidos o Europa pueden desaparecer para Mario Benedetti, existen en cambio, otros que surgen del hecho de pertenecer al equipo directivo de *Casa*. El hecho de vivir en una sociedad como la cubana, acentuaron en Mario Benedetti la politización anterior de su labor crítica. Sus textos sobre Urondo, Conti, Lezama Lima o "Algunas formas subsidiarias de la penetración cultural" dan cuenta de ello. En ese sentido, quizá quepa anotar que la explicitación y/o la tematización de una praxis política refuerzan su orientación crítica a diferencia de otros, donde dicha orientación se ve mediada por factores académicos casi inexistentes en Benedetti. Este "repasso" a la actividad o a las personas que realizan la actividad que nos interesa no obedece a un amor péfido por el dato, sino a la necesidad de describir algo así como un mapa que, ya de por sí, indica algunos aspectos del objeto de este trabajo.

Por un lado, tenemos, entonces, la esterilización o la frustración generada por el exilio—accidentalmente evitada por un ocasional ensayo—por otro, la divulgación periodística de la producción de conocimientos o el ejercicio del gusto, que continúa, en general, labores similares antes realizadas en Uruguay, y la producción académica de conocimientos, refugiada en las universidades. Por último, la continuación de una labor crítica que acentúa su aspecto explícito de praxis política.

2.2.3. El caso de la producción académica nos interesa especialmente, no por la falacia de identificar la crítica universitaria o académica con la crítica literaria¹⁴ pues en él podemos observar con nitidez un aspecto preciso del efecto generado por el exilio uruguayo en la producción de la crítica literaria. Nos referimos a la *adecuación*—llamémosle así

provisoriamente—de la crítica literaria a las nuevas condiciones en que dicha producción se realiza. Adecuación que opera de modo diverso en la producción del discurso literario de ficción. Esta adecuación supone varios hechos: 1) La inexistencia de un proyecto cultural o, simplemente, el literario que cohesione la comunidad uruguaya en el exilio o fuera de fronteras en virtud de la reconstrucción o del desarrollo cultural en el país es un hecho lamentable, pero irrefutable.

Salvo las “Jornadas de la Cultura Uruguaya” en Venecia, y acontecimientos similares en Panamá, México y Quito, los artistas e intelectuales uruguayos no se han reunido para confrontar experiencias o diseñar un programa de acción conjunta o coordinada; incluso dichas experiencias obedecieron más a la necesidad de destacar el hecho de que gran parte de la cultura uruguaya se encontraba en el exilio y a denunciar la dictadura cívico-militar; no implicó una discusión o un análisis de las tareas a realizar contra la dictadura por la cultura uruguaya en el exilio. Al menos, si ocurrió, nunca se tradujo en documento de ningún tipo.

La extrema “partidización política” de la cultura uruguaya, por otra parte, ha impedido la confluencia de esfuerzo más allá de las actividades de denuncia o solidaridad. La unidad del exilio uruguayo es más una aspiración—a veces concretada de modo ocasional—que una realidad inconvencional.

Resulta explicable, por lo tanto, la ausencia de planteos referidos a la unificación o coordinación de la producción cultural y, menos aún, en el caso de la crítica literaria. Al respecto, la propuesta de Angel Rama en 1979 desde *Cuadernos de Marcha*, sigue siendo válida y quizá única aún cuando referida a tareas generales del exilio:

(Se trata)...de trabajar dentro del cauce, continuar la tarea creativa que es la única que atestigüa que una cultura está viva, registrar desde luego las nuevas circunstancias y aún los desgarramientos, sobre todo, ellos, abarcar nuevos orbes, dolores y alegrías, integrándolos a un árbol que aunque desarraigado vive y se nutre de la memoria.¹⁵

Rama apuntaba al arraigo hispanoamericano sin que ello implicara el provincianismo ya censurado por Martí. Un arraigo que era, es, un mantener viva la cultura encerrada y desterrada del Uruguay. Pero aconsejaba además una tarea—quizá menor, aunque compartimos con él, fundamental—para el exiliado:

Era su manera propia de horadar la pampa de granito, de ser fiel a ese vicio adquirido de los uruguayos: educar. Yo también, y sin temor al ridículo diría a cualquier joven que ahora vive en el exterior, como en esas recomendaciones etiquetadas de los boy scouts: adopte a un

compañero del país, escríbale, mándele libros, cuéntele cosas, recorte los diarios que lee y remítale información, proporciónale textos para sus estudios, ayúdelo a crecer como libremente lo hace Ud. y aprenda de él como se crece en la patria. Porque no es bueno este tajo que ha hendido a la nacionalidad. Debemos tratar desde ahora que el cuerpo unido viva y se desarrolle lo más armoniosamente posible, debemos cuidarlo y protegerlo, porque es una cosa preciosa. Si cada ser humano es un "thing of beauty" qué decir de la nación que es "a joy forever".¹⁶

La propuesta de Rama atiende a labores de tipo individual. La dispersión de la diáspora uruguaya es de tal magnitud que incluso observaciones como las de Rama, Galeano o Benedetti no logran rebasar lo individual.

El hecho no escapa a la fragmentación, al sectarismo y al recelo político que anima a la mayoría—no necesariamente a los mencionados anteriormente. Es posible entonces *la convergencia*—el término tiene una denotación precisa a nivel político en el exilio uruguayo—entre los dirigentes pero no a nivel de la base sectorial o regional. Hay casos de concertación, convergencia o unidad a nivel local pero ello siempre dentro del ámbito estrictamente político—denuncia, solidaridad, etc.—conservando, por otra parte, una estructuración de tipo federativo y no de real comunidad.

Para el caso de los críticos literarios, la afinidad personal o metodológica prima—con independencia de lo político, aspecto en el que, por otra parte, todos declaran o parecen coincidir—sobre todo tipo de intento por construir un equipo de trabajo que visualice el país y encare un determinado proyecto cultural para el mismo. Es cierto, también, que entre algunos muchos—más o menos activos políticamente—se ha ido perfilando la idea de que no se puede proponer desde afuera lo que dentro se debe hacer. El exiliado es o será un auxiliador a un proyecto nacional elaborado dentro, nunca podrá o deberá ser el *pater* que pontifica, soberbio, desde fuera.

2) La necesidad de cumplir requisitos administrativo-académicos de tipo "publish or perish" reorienta el trabajo al ámbito de recepción constituido por los demás miembros de la comunidad académico-universitaria.

Ello conlleva una redefinición del destinatario del conocimiento producido. Redefinición en la que la comunidad nacional originaria pierde importancia e incluso puede llegar a desaparecer como destinatario virtual—al menos deja de ser su receptor natural. Redefinición que también lo es—tanto en el caso del escritor como en el del crítico—del lenguaje. Galeano apuntaba a ello, es decir a la redefinición de la situación y del diálogo que promovía el exilio al decir

Para los escritores, la experiencia del exilio implica, sin duda, un cuestionamiento del lenguaje. Y no solamente del lenguaje: en cierto modo, nos obliga a "nacer de nuevo", en muchos sentidos, para que *el diálogo creador sea posible*¹⁷ (subrayado nuestro, H.A.)

Esta nueva situación en la que se pretende que "el diálogo sea posible" y en la que se enuncia al discurso científico o crítico pasa, del ámbito nacional a otro de tipo internacional. Y, a diferencia del discurso literario, el discurso de la producción de conocimientos pierde, por su propia y creciente especialización eso que Angel Rama veía como una de las salvaguardas o persistencias de los cultores de la cultura uruguaya:

Son los hijos de una peculiaridad lingüística los que pertenecen a una misma comunidad. Y hay que decir que ella se distiende con mayor desenvoltura dentro de fronteras, pues el conjunto la robustece y la impone.¹⁸

La crítica literaria en el ámbito académico se internacionaliza por la vía de la especialización académica y por el propio cosmopolitismo que la integra. Hecho que no es privativo de la crítica literaria sino que se puede observar en la producción de conocimientos en otros campos.¹⁹

Esta internacionalización o universalización de la actividad crítica, supone un desfase de las preocupaciones vigentes en el medio nacional originario y evidencia las nuevas condiciones en que se producen los conocimientos sobre el fenómeno literario. Observar este hecho no implica pronunciarnos sobre un problema diferente—aunque conectado—como el del regionalismo crítico versus el universalismo crítico. Se trata simplemente de señalar la relación entre el proyecto ideológico académico al que se vincula el crítico fuera de fronteras y su, casi siempre "fatal", desvinculación de un proyecto nacional vigente, lo que no significa, por supuesto, oficial o dominante.

Es cierto que la mencionada internacionalización no ocurre por la mera inserción en un universo diferente sino que, en general, va de la mano de la imposibilidad de acceder al ámbito nacional o de la inexistencia de un proyecto colectivo y cohesionador a nivel cultural y político en el exilio.

En algunos casos, por otra parte, el tipo de material producido no logra burlar la censura, y en otros simplemente resultan *ajenos* a los intereses supuestamente vigentes en la comunidad nacional.

3) La trampa de la orientalidad temática que tiende la nostalgia o la mala conciencia, no justifica una identidad nacional—por otra parte siempre cuestionada—que, además, se redefine en términos académicos en virtud del problema teórico general.

Es decir, pasa a ser ilustración de otra tarea, más que objeto

central de estudio. No es casual que el "tema" uruguayo u oriental esté más bien pautado por las necesidades impuestas por los programas universitarios internacionales que, por necesidades de un proyecto cultural del exilio—por otra parte, y como hemos visto, individual y no colectivo. De ese modo, al plegarse a aquellas producciones literarias consagradas por historias de la literatura o por la crítica dominante internacionalmente la imagen de la cultura uruguaya sigue siendo pautada por intereses exógenos al proceso del exilio. Así es frecuente encontrar trabajos sobre Felisberto Hernández, Juan Carlos Onetti, la poesía gauchesca, Herrera y Reissig, mientras el fenómeno de los cantautores, la censura, el discurso literario de los 60, la literatura anarquista o los textos de presos, es objeto de escasos o ningún trabajo. Siempre existen salvedades: Verani se ha ocupado de Cristina Peri Rossi y de Galeano, Moraña de la lírica bajo la dictadura, Alvaro Barros ha trabajado la producción en el exilio, pero ello no pasa de ser ocasional y coyuntural.

La tematización, por otra parte, no identifica nacionalmente, de modo necesario, la producción de conocimientos. En ese sentido, Eileen Zeitz, John Deredita, Freda Pérez B. o Saúl Sosnowski podrían ser considerados dentro de la producción de conocimientos sobre el fenómeno literario uruguayo.

4) La adecuación supone además, la asunción de que la permanencia en la nostalgia o en el uruguayismo militante, es sinónimo de aldeanismo.

En el mismo momento en que la tiranía acantona a la población uruguaya dentro de fronteras bloqueadas, sumiéndola en el provincianismo y en la ignorancia del vasto mundo más intercomunicado que nunca, el pueblo de la diáspora y sus intelectuales están participando en un activo intercambio, haciendo suyos los problemas de otras comunidades, viviendo sus afanes, conociendo su historia, apropiándose de su legado histórico, sirviendo a estas culturas de adopción como lo hicieron con la suya propia y aportando dentro de ellas.²⁰

La adecuación a esa nueva historia y a ese legado cultural nuevo, supone la redefinición o la reconsideración del significado del proyecto cultural uruguayo. Se accede en algunos casos al latinoamericanismo, a la noción de patria grande y entonces ya no se piensa que "la aldea es el mundo". Más aún que tanto monta Gelman como Benedetti o José Emilio Pacheco y que el prado particular se ha transformado en "un continente" que "se desenrosca suave e indeleble"²¹. El prado, ahora continente, permite comprender fenómenos locales de antaño en los términos globales de enfrentamientos y discusiones que son propias del conjunto de países. Monta tanto, entonces, entender, divulgar y

producir el conocimiento descosificante enfrentando el trascendentalismo crítico en Caracas como en Montevideo, en Xalapa como en Washington.

"La distancia crece cuando es inevitable", dice Galeano, refiriéndose a la situación del exilio en general.²² La distancia, además, corrige la perspectiva y exige un ajuste de foco. Para aquellos que optan por el prado—ahora continente—y se integran, adecuando su labor a una realidad diferente pero que se asimila en lo semejante y profundo, las condiciones en que se produce el conocimiento sobre el fenómeno literario, sólo le acercan más a la patria chica. Aunque más no sea por la persistencia de una praxis. Para los otros la asunción del provincianismo y su rechazo en aras del universalismo, significa la persistencia de actitudes pre-existentes; antes se asomaban

...a la realidad uruguaya o argentina desde arriba y a la distancia, como perdonándola por ser tan ajena y estar "tan lejos de todo"²³

El texto, que no el fenómeno, literario uruguayo o argentino o dominicano, es, tautológicamente, simplemente texto. El gentilicio nacional es aldeanismo y el continental, un campo de especialización profesional donde ejercer *urbi et orbi* los diálogos necesarios a la mitificación académica hegemónica.

2.3. El cambio operado en las condiciones en que se produce la crítica literaria conlleva una internacionalización temática que, en el mejor de los casos, obedece a una perspectiva latinoamericana—no meramente a un campo de estudios latinoamericanos—sin que ello suponga un autoctonismo crítico o metodológico sino una perspectiva totalizadora signada ideológica y políticamente.

También parece claro que la dispersión de la diáspora y la inexistencia de un proyecto afin a los críticos literarios favorece tanto la actitud individual, como la inserción en proyectos continentales que sobrepasan el "pago". Y también que la resolución individual favorece la presión del medio académico-administrativo en que se produce.

Por último, queda sugerido—aunque no desarrollado—que las opciones metodológicas—en algunos casos sobrevivencia de opciones anteriores—se ven favorecidas por los hechos antes señalados. En algún caso, la relativa presencia o actividad política de un proyecto que trasciende la orientación académica dominante, incita a la consideración totalizante o continental.

Todo lo cual parece llevar a la conclusión de que el elemento o factor "pertenencia a la nacionalidad uruguaya", no constituye o no es pertinente en la determinación de las condiciones de

producción de conocimientos sobre el fenómeno literario, al menos, a nivel académico. Más aún, el que sea verdad como dice Galeano:

Ande por donde ande, yo no dejo de saber a qué tierra pertenezco si la llevo puesta, si camino con ella, si soy ella²⁴;

es pertinente para la producción literaria o cierta vaga noción de identidad nacional. No para la producción de conocimientos sobre el fenómeno literario. A diferencia de lo que ocurre con la producción literaria, donde el elemento ideológico o mítico "pertenencia a la nacionalidad uruguaya" sigue siendo pertinente o al menos mucho más pertinente. La producción de conocimientos sobre el fenómeno literario parece cuestionar dicha pertinencia, ya sea por mimetización que no arraigo, ya por trascendencia a marcos englobantes continentales, ya por atomización individualística, o ya, elemento principal, por no constituir lo "uruguayo" una categoría cuyo alcance tenga estatuto científico. Es decir, por no creer que exista una manera uruguaya de hacer crítica literaria.

Por otra parte, mi planteo puede ser formulado diciendo que el nacionalismo en sí, o el nacionalismo sin articulación en una praxis política determinada, constituye una categoría ideológica no pertinente de las condiciones de producción de conocimientos sobre los fenómenos literarios.

Esto nos lleva a preguntarnos si es posible hoy hablar de una crítica literaria uruguaya *en o fuera* de Uruguay. Y, en un nivel más general a cuestionar si las condiciones de producción del fenómeno literario y de su conocimiento, son diferentes o actúan de modo diferente. Lukacs propone, desde otro punto de vista y con otras preocupaciones, la diferencia entre el reflejo artístico y el reflejo científico.²⁵

Sin entrar a cuestionar lo propuesto por Lukacs—lo que nos obligaría a otro trabajo completamente diferente—parece interesante su sugerencia para el caso ahora considerado por nosotros.

El estudio de las condiciones de producción de la crítica literaria nos lleva a la conclusión de que el exilio es un determinante extraño al discurso cognoscente. En cambio, en el caso de la producción literaria, el exilio es estructurador del propio discurso producido. Es decir que mientras en el discurso literario, exilio es sinónimo de condiciones de producción, en el caso del discurso cognoscente, exilio es sólo un factor para la explicación del cambio de las condiciones de producción, pero nunca constituye

en sí mismo las condiciones desde donde se produce dicho discurso.

Notas

1. En relación con este tema hemos apuntado algo en nuestro artículo: "Notas para un debate sobre la crítica literaria latinoamericana", *Casa de las Américas*, no. 110, 1978. Véase además Clara Rey de Guido: *El estudio de la literatura venezolana: el ensayo literario y el estudio crítico*, tesis de grado presentada en la U.C.V., Caracas, octubre de 1981.
2. No se trata de una cita textual sino del consenso de lo dicho por varios ponentes en dicha ocasión.
3. Con esta denominación nos referimos a la determinación que realiza el individuo acerca de la imposibilidad de desarrollar en su país de origen una labor intelectual del tipo o del grado deseado.
4. Al respecto Angel Rama apunta lo siguiente: "Ni siquiera se encararon centros de oposición; apenas si cenáculos, revistas, grupos que fácilmente se desintegraban. La situación no mejoró cuando al llegar los años sesenta se restableció la relación directa con el público y éste comenzó a demandar la obra de los iconoclastas, restaurando el magisterio del escritor y el circuito de comunicación.
Tal incapacidad organizativa deriva del subjetivismo individualista que caracterizó a la generación crítica "*sus integrantes funcionaron como francotiradores, llenos de resabios antigregarios.*" (Subrayado nuestro, H.A.); "La generación crítica", *Uruguay hoy*, (Buenos Aires: Siglo XXI, 1971), p. 377.
5. Véase el artículo de Angel Rama "La generación crítica", indispensable para el período que nos ocupa.
6. Citado por Rama, "op. cit.", p. 389.
7. Alejandro Paternain señalaba en ese momento lo siguiente: "Regular o irregularmente, varios poetas de las promociones que nos ocupan escriben páginas críticas. Sin ser ellos rasgo exclusivo (anteriores generaciones líricas también ejercieron la crítica) es cierto que,...., en el análisis o la reseña, la poesía es el centro de sus reflexiones. Sin las obligaciones del crítico profesional, la crítica de los poetas puede mostrarse más espontánea y, a veces, también más apasionada (.....) Por supuesto, esta labor—colateral a las preocupaciones creadoras—está, en su mayor parte, en sus comienzos." *Capítulo oriental*, No. 39, Montevideo, enero de 1969, p. 619.
8. Tomás Amadeo Vasconi: "Reflexiones sobre el exilio actual". *El informador universitario* (Universidad de los Andes: Mérida, Octubre de 1979, Año II, No. 7), p. 10. También de Ana Vázquez (C.N.R.S.—Paris): "Algunos problemas psicológicos de la situación de exilio"; ponencia presentada en Mérida en 1979.
9. La distinción entre migrantes económicos y migrantes por asfixia cultural es quizá sutil y, en general, obedece más a una perspectiva subjetiva que a una realidad objetiva. No sugerimos que la realidad social objetiva del Uruguay no valide dichas vivencias; nos referimos a que dicha condición surge de la determinación o valoración subjetiva que el individuo realiza de una realidad, a veces, evidente, pero otras, no. Esto quizá pudiera aplicarse a algunos exiliados políticos pero ello es menos claro que en el caso de la migración espontánea.

- 9.a En febrero de 1982 se realizó en Quito un "Seminario técnico sobre migraciones laborales en el Grupo Andino, Haití y República Dominicana", allí Mármora propuso distinguir entre migraciones espontáneas, forzadas y selectivas.
- 9.b Eduardo Galeano: "El desafío" en *El mensaje de los jóvenes. Enciclopedia Uruguaya*. No. 57, Diciembre de 1969.
10. Decimos inédito a sabiendas de exilios anteriores como los ocurridos durante la dictadura de Latorre en el siglo pasado y el presente con la de Terra. Las características del actual exilio uruguayo tienen matices, incluso algo más que matices, que lo distinguen claramente de los anteriores.
11. Aunque escasamente divulgado el caso de Emir Rodríguez Monegal, debería incluirse ya que a pesar de que la dictadura uruguaya—a diferencia de los otros críticos mencionados—le renovó el pasaporte, está imposibilitado de ingresar al país. Según parece no por méritos propios sino por razones familiares.
12. Mario Benedetti, "Qué hacemos con la crítica?", *El ejercicio del criterio* (México: Ed. Nueva Imagen, 1981). El artículo fue publicado por primera vez en 1961.
13. M. Benedetti: "op. cit." y A. Rama: "op. cit."
14. Ver nota¹.
15. Angel Rama, "Otra vez la utopía, en el invierno de nuestro desconsuelo". *Cuadernos de Marcha*. Segunda Epoca, año I, No. 1, México, mayo-junio de 1979, p. 77.
16. Rama, "Otra vez la utopía,...", p. 80.
17. Eduardo Galeano: "El exilio, entre la nostalgia y la creación". *Cuadernos de Marcha*. Segunda Epoca, año I, No. 1, México, mayo—junio de 1979, p. 85.
18. Rama, "Otra vez la utopía,...", p. 78.
19. Ver al respecto lo sostenido por Norbert Lechner a propósito de las Ciencias Sociales en "La teoría y la práctica de la política. Sobre los programas de postgrado en Ciencia Política". *Estudios Sociales Centroamericanos* (Costa Rica), 1981. Allí Lechner dice: "Por una parte, los programas de postgrado en ciencia política buscan transmitir las teorías sociales y los métodos de investigación que hacen parte del debate internacional en la disciplina. Se supone un corpus de conocimientos sociológicos acumulados, reconocidos universalmente como teoría. Se supone igualmente un standard internacional de lo que son los métodos científicos de investigación. En concreto: se pretende que el estudiante de grado conozca la historia política de Platón a Huntington, que conozca tanto el enfoque estructural-funcionalista como el histórico-estructural.
- Por otra parte, se intuye que las teorías y los métodos no están desvinculados del objeto de estudio, que la producción de conocimiento es un proceso social e histórico, que el análisis sociológico no está al margen de los valores y las normas sociales imperantes y que no hay un conocimiento social "puro". En suma, se intuye que la ciencia social así dicha universal se encuentra determinada socialmente. Y aun quien no tenga tal lucidez, comprueba fácilmente que Parsons "no sirve" *ubi et orbi*, que una cosa es la

teoría y otra la realidad. Se postula entonces el conocimiento de la realidad nacional-continental como un objetivo propio del programa de postgrado en ciencia política. Es decir, se constata un desfase entre la "teoría oficial" y el conocimiento empírico-cotidiano, entre la ciencia política como *disciplina* con su tradición y la ciencia política como *práctica* socialmente relevante. Pero tal constatación no establece mediación entre uno y otro objetivo. De ahí que un programa de postgrado en ciencia política sea un proceso conflictivo de socialización, en que el aprendizaje de tipo universal-abstracto (disciplina) entre en contradicción con el aprendizaje de tipo particular-concreto (realidad nacional).

El conflicto entre la definición que se hace de la ciencia política y del rol de cientista social a partir de la tradición general de la disciplina y la expectativa que surge a partir de la realidad nacional, pareciera una de las razones para las crisis institucionales que amenazan los programas de postgrado en ciencias políticas." pp. 212-3.

20. Rama, "Otra vez la utopía...", p. 80.
21. Ernesto Che Guevara, citado por Mario Benedetti en *El ejercicio del criterio*, p. 103.
22. Eduardo Galeano, "op. cit.", p. 83.
23. *Ibidem*, p. 84.
24. *Ibidem*, p. 84.
25. Georg Lukacs: *Prolegómenos a una estética marxista* (Barcelona: Edic. Grijalbo, 1969).

La Crítica Literaria en Chile Bajo el Autoritarismo

Bernardo Subercaseaux
*Centro de Indagación y Expresión
Cultural y Artística (CENECA)*

1. *Actividad Crítica y Orden Cultural*

Para entender lo que ha sucedido con la crítica bajo el autoritarismo, resulta antes necesario explicar qué entendemos por crítica literaria y luego referirnos al perfil que ésta tenía en Chile a comienzos de la década del 70. Visualizamos la crítica como un espectro amplio con dos vértices, uno de ellos se aproxima a la teoría literaria y asume la crítica como una estructura de pensamiento y conocimiento en cierta medida autosuficiente, con relativa independencia de su objeto; el otro, en cambio, es más bien una caja de resonancia, un epifenómeno que se aproxima al periodismo y en última instancia a la publicidad. Dentro de este abanico caben desde las formas de crítica trascendente que vinculan la obra con totalidades más amplias (ya sea de índole artística, moral o social), hasta formas de crítica episódica, como la que suele practicarse en diarios y medios masivos de comunicación; desde la crítica sistemática con ambición científica, pasando por el comentario o la reseña descriptiva, hasta la nota o la simple información; en buenas cuentas, lo que los alemanes llaman *Literaturwissenschaft* y lo que llaman *Literaturkritik*. Se trata, entonces, de una actividad que incluiría a los críticos universitarios, a los creadores que conciben la crítica como un subproducto de su actividad creadora, a los críticos oficiales de diarios y revistas, a los comentaristas, a los reporteros culturales e incluso a quienes trabajan en ciertas áreas de la actividad editorial.

No se nos escapa que nos estamos distanciando de la concepción que tienen de la crítica autores como Wellek o Frye, quienes la restringen a sólo uno de estos polos. Hay, sin embargo, varias razones que justifican un enfoque amplio. Nadie discute, por

ejemplo, que además de tener como objetivo básico la *comprensión* del fenómeno literario en toda su complejidad, la crítica es también un factor importante de *valoración* y *orientación* y que por ende incide en el gusto y en la moda literarios. Qué duda cabe que el comentario, la entrevista o la mera difusión, aunque intelectualmente viven en simbiosis, desempeñan en este sentido un papel. Nos guste o no, el hecho es que la información y la publicidad literaria contribuyen a crear un espacio e interés por ciertos autores y tendencias. Hay casos en la historia de la cultura en que lo artísticamente valioso no se impone por sí mismo, sino que sucede más bien al revés: aquello que se impone es lo que termina por considerarse de valor. Si restringiéramos la crítica a lo que Northrop Frye entiende por tal, sólo nos restaría despachar el asunto con un "no hay crítica en Chile" o emprender una reflexión sobre las posibles causas de tal vacío. Hay que considerar, además, que al interior del espectro se dan vasos comunicantes: crítico docente, comentarista o reportero cultural no son compartimentos estancos ni ontológicos, sino más bien funciones, de modo que potencialmente una misma persona puede desempeñar una y luego otra. Por otra parte, teniendo en cuenta las dos vertientes, la autosuficiente y la parásita, se hace más patente el carácter de la crítica como un tipo de conocimiento—a pesar de Barthes—radicalmente ambiguo.

En todo caso, lo fundamental de esta comprensión de la crítica como actividad múltiple y plural es que nos obliga a tener en cuenta que las condiciones de su ejercicio no dependen exclusivamente de la voluntad o lucidez de los críticos, sino que se insertan en las características del espacio cultural, en las condiciones de trabajo y en los mecanismos de circulación de la cultura. Nos permite entender, por lo tanto, que la crítica no sigue un curso autónomo, sino que está inserta en un orden institucional ideológico y cultural, en un orden que, a su vez, está permeado por las relaciones sociales. Nos permite, en definitiva, historiar la crítica e integrar los componentes de esa historia: sus contenidos concretos y los mecanismos sociales e institucionales que posibilitan esos contenidos. Es precisamente esta perspectiva la que nos aproxima a una hipótesis que recorre nuestro trabajo: aquella de que los cambios que se producen en la crítica durante los últimos nueve años no son sólo explicables por la exoneración de las Universidades o la salida del país de la mayoría de los críticos, sino que obedecen también a la instalación de un modelo autoritario que excluye y cercena los espacios culturales que habían posibilitado el perfil de esta actividad hacia 1973. Y que, por lo tanto, los desplazamientos y rupturas que se observan a

partir de ese año, aun entendiendo que la crítica literaria tiene su propio nivel de especificidad, deben ser comprendidos como parte de los cambios operados en la totalidad social y en sus distintos órdenes, uno de los cuales corresponde al de la cultura.

2. *La Renovación Crítica Hacia 1973*

La década que precede al quiebre de la democracia es quizás una de las etapas más importantes para la crítica en Chile. Por primera vez esta actividad deja de identificarse con un par de críticos oficiales de algún periódico y ofrece, en cambio, un perfil variado y múltiple, un perfil que, teniendo como eje a la Universidad, se proyecta a través de diversos canales por todos los pliegues del abanico. Son años de actividad crítica pluralista, abierta a distintas vertientes de pensamiento, con tensiones y polémicas, pero con el propósito común de superar el impresionismo subjetivista y constituirse en una disciplina más o menos sistemática. Crítica que se arriesga, que complejiza el discurso literario y su propio que-hacer, que busca trascenderlo y que, para bien o para mal, se inserta en las opciones socio-políticas de la década. Vale la pena detenernos, entonces, en algunas de estas características y referirnos someramente a las condiciones que las hicieron posibles.

La Universidad, como señalábamos, es durante este período el eje fundamental de la actividad crítica, especialmente los Departamentos de Español de las Universidades de Chile de Santiago y Valparaíso, los Departamentos de Español de la Universidad Austral y de la Universidad de Concepción, y en menor medida, los Departamentos de Letras de la Universidad Católica. En estas instituciones ejercen la docencia, investigan o se forman por lo menos dos generaciones de críticos. Primero Félix Martínez Bonati, Carlos Santander, Pedro Lastra, Cedomil Goić, Jorge Guzmán, Juan Villegas, Guillermo Araya, Alfonso Calderón, Hernán Loyola, Mario Rodríguez y luego una generación más joven, entre los que podemos mencionar a Jaime Concha, Ariel Dorfman, Luis Iñigo Madrigal, Antonio Avaria, Federico Schopf, Antonio Skarmeta, Leonidas Morales, Nelson Osorio, José Promis, René Jara, Mauricio Ostria, Marcelo Coddou y Ramona Lagos. Todos ellos son influenciados, conocen o de una u otra manera entran en contacto con una constelación de corrientes críticas, entre las que pueden señalarse la estilística de Spitzer y Amado Alonso, la corriente estructuralista: desde el proto-estructuralismo de Roman Ingarden y Wolfgang Kayser, pasando por el estructuralismo antropológico de Levi-Strauss, el

estructuralismo francés de Barthes, Todorov y Greimas y el estructuralismo checo del Círculo de Praga; la corriente fenomenológico-existencialista desde Husserl y Heidegger hasta Sartre y Merleau-Ponty, y la corriente socio-histórica con Hauser, Lukács y Goldman o con la variante de la Escuela de Frankfurt y Umberto Eco.

En un primer momento predominan las orientaciones formalistas e inmanentistas, corrientes que suponen la radical autonomía del fenómeno literario y que se manifiestan también en el método generacional. Posteriormente, frente a esta concepción que privilegia la obra como el único horizonte legítimo de la crítica, empiezan a imponerse corrientes afines a una comprensión contextualizadora, corrientes que desde una perspectiva socio-histórica proveen un marco para captar la lógica de la presencia y desarrollo del fenómeno literario, o para el análisis de las obras como signos de una sociedad y una historia en transformación. Se percibe además, en este segundo momento, un esfuerzo por ajustar creadoramente a la situación nacional y latinoamericana ciertos enfoques y categorías pensados en otros contextos.

Enfrentados a este conglomerado de corrientes, y en medio de un proceso de agudización de la lucha política, son fundamentalmente las opciones sociales las que van perfilando la ubicación de cada crítico y el predominio, entre 1968 y 1973, de la orientación socio-histórica sobre la inmanentista. Por otra parte, el boom de la narrativa latinoamericana y procesos como la Revolución Cubana, relegan a un segundo plano a la literatura europea, situando en primera instancia, como objeto de estudio, a la literatura del continente y privilegiando a la narrativa. Hay factores como el rechazo al historicismo positivista de Raúl Silva Castro o el rechazo al impresionismo de Alone que de alguna manera vincularán a todos estos críticos entre sí, e incluso con críticos no universitarios como Martín Cerda, Yerko Moretić e Ignacio Valente, o con críticos teatrales como Orlando Rodríguez. No podría, sin embargo, hablarse de un movimiento cohesionado; se trata más bien de una diversidad de enfoques, de tendencias que coexisten y que, sobre todo en los últimos años, polemizan entre sí, ordenándose, como indicábamos más arriba, de acuerdo a opciones socio-políticas en las dos orientaciones señaladas. Hay, también, todo un espectro de tonos: desde la voz científica y engolada de algunos críticos como Félix Martínez Bonati y Cedomil Goić hasta el vitalismo lírico de Ariel Dorfman. Esta diversidad y pluralismo son evidentes, si se revisa por ejemplo un número cualquiera de la *Revista de Literatura Chilena* de 1972: junto a un artículo de Cedomil Goić en que analiza los exhordios

de la *Araucana* se encuentra otro de un crítico imberbe que, citando a Lenin con la fe del recién converso, dispara flechazos contra Carlos Fuentes como prototipo del escritor pequeño-burgués.

El pensamiento y la renovación crítica de la década, aunque tienen su eje en la Universidad, no se quedan, sin embargo, constreñidos a ese ámbito. Luego de la Reforma Universitaria de 1967, y particularmente entre 1970 y 1973, varios críticos tienen una participación importante en el aparato orgánico de la cultura, en los mecanismos institucionales de producción y circulación literaria. Pedro Lastra, por ejemplo, dirige la colección Letras de América de Editorial Universitaria, e introduce autores hispanoamericanos tan importantes como José María Arguedas y Ernesto Cardenal; a Lastra también se deben algunos títulos de la serie Teoría Literaria como *La partida inconclusa* de Alberto Escobar. Hernán Loyola crea y dirige la colección Biblioteca Popular de Editorial Nascimento en la que se editan antologías o reediciones de obras chilenas e hispanoamericanas precedidas por excelentes prólogos críticos. Nelson Osorio dirige la serie Teoría Literaria de Ediciones Universitarias de Valparaíso, que publica textos como *El círculo de Praga* o *El concepto de motivo en literatura*. También Cedomil Goic tiene ingerencia en Ediciones Universitarias de Valparaíso. Jaime Concha y Alfonso Calderón participan en el Comité Selectivo de Quimantú, editorial que significó una verdadera revolución en las formas de distribución y en el número de ejemplares, alcanzando tirajes que jamás antes se habían logrado en Chile. Esta participación de críticos en el aparato editorial hay que vincularla a ciertos rasgos estructurales de la sociedad, rasgos que, para bien o para mal, posibilitaron una proyección partidaria en algunas empresas editoras, como también la existencia de editoriales no regidas por una lógica comercial, sino más bien por el propósito de contribuir al desarrollo de la cultura chilena en una perspectiva democrática y latinoamericanista.

Varios de los críticos mencionados escriben también para medios masivos. Luis Iñigo Madrigal, tiene, por ejemplo, a su cargo la página literaria de *La Nación*; Federico Schopf y Antonio Skarmeta lo hacen en *Ahora*; Hernán Loyola en *El Siglo*; Alfonso Calderón en *La Quinta Rueda*. La crítica participa también en el medio masivo por excelencia: la televisión. Ariel Dorfman dirige y conduce un programa en Canal 9 en que el eje es la literatura; José Promis dirige y anima otro similar en un Canal de Valparaíso. Paralelamente a estas actividades, siguen haciendo lo suyo aquellos que T.S. Elliot llama los "supercríticos", los críticos

titulares de diarios de larga tradición como, por ejemplo, Alone e Ignacio Valente. Sin embargo, en el conjunto del sistema crítico no tienen ya ni el peso ni la autoridad que solían tener, debido sobre todo a que el horizonte de la crítica se ha ampliado considerablemente, tanto en número como en perspectivas. Lo que interesa recalcar es que el polo de la crítica universitaria es el que hacia 1973 alimenta las funciones de comentarista o de reportero cultural. Es cierto que el Ariel Dorfman televisivo no es el mismo que el Dorfman de *Imaginación y violencia en América Latina*. Hay, empero, vasos comunicantes y el propósito común de ser una crítica que oriente, y que no sea una mera caja de resonancia. Otro aspecto que interesa señalar es que gran parte de la crítica de esos años trasciende desde diversos ángulos el fenómeno literario tradicional; de partida se amplía el canon de lo estudiado, por una parte hacia la subliteratura y *mass media* y, por otra, hacia la literatura popular o a temas como la dependencia y la industria cultural o la transnacionalización de la cultura. No es casual, por ejemplo, que en 1972 se editen por primera vez, valorándolas como poesía, las décimas de Violeta Parra o que un profesor de literatura analice el pato Donald. Son años en que la crítica tiende a ser culturológica y prospectiva, en que los críticos opinan acerca del género de la realidad en que viven y participan activamente en las discusiones sobre política cultural, discusiones que se prolongan en su propio ejercicio, en la perspectivas de análisis y hasta en los libros que seleccionan. Interesa, por último, decir que esta actividad crítica se hallaba, en 1973, en un proceso de maduración y decantamiento. Si bien metodológicamente predominaba una orientación socio-histórica, esta se encontraba aún en un plano de tanteos, buscando un equilibrio entre los requerimientos de la ciencia y los de la sociedad. En ciertos momentos fue también una crítica precipitada, que no pudo abstraerse de la hipertrofia de lo político, una crítica voluntarista que en el camino—envuelta como estaba en un agudísimo conflicto social—solía perder la compostura.

El perfil variado y múltiple e incluso las limitaciones que ofrece la crítica hacia 1973, tienen que entenderse vinculados al proceso de una incorporación paulatina, desde la década del 30 adelante, de nuevos sectores a la vida económica, política y social del país. Matriz histórico-cultural que se tradujo, por una parte, en lo que se ha dado en llamar el Estado de Compromiso, y por otra, en un orden cultural que buscaba incorporar a sectores que habían permanecido desplazados de la cultura, un orden que se rigió cada vez con mayor énfasis por el desideratum de que los individuos y estratos que integraban la comunidad nacional debían dejar de ser

meros receptores para convertirse en agentes de su propio desarrollo.

Por supuesto, esta matriz no determina unívocamente los rasgos que asume la crítica. Una montaña no puede parir un ratón. Hay también en su perfil un factor endógeno, de desarrollo interno. La cultura, como se sabe, no es un simple epifenómeno de lo histórico-social. Podría decirse, sin embargo—parafraseando a Levin I. Schucking—que aunque el agua salada no hace al pez, no es menos cierto que sin agua no habría peces. ¿Qué duda cabe, por ejemplo, que la existencia de un ámbito discursivo “abierto” y de un sistema comunicacional que permitió expresarse a diferentes grupos de opinión, fueron factores fundamentales en la irradiación que alcanzó la crítica universitaria antes del 11 de septiembre? ¿Qué duda cabe, además, que este ámbito discursivo abierto, estaba en función, como ha señalado Giselle Munizaga, de un Estado de Compromiso que buscaba su equilibrio en la negociación de intereses diversos y que, por lo tanto, necesitaba de la participación de los más variados sectores sociales en el sistema de comunicación masiva? ¿Qué duda cabe que la Reforma Universitaria jugó un papel decisivo en la apertura a nuevas vertientes de pensamiento y en la vinculación de la actividad crítica a la producción y circulación cultural? ¿Qué duda cabe que este espacio cultural abierto permitía situarse en un continuum histórico? ¿Qué duda cabe, por último, que algunos excesos prospectivos tienen que vincularse a la agudización de la lucha política y al clima de “el que no salta es momio” que se vivió en Chile en los años inmediatamente anteriores a 1973?

3. *Régimen Autoritario y Transformaciones en la Crítica.*

La situación de la crítica a partir de 1973 hay que entenderla inserta en las transformaciones globales ocurridas durante el régimen autoritario. Siguiendo a Manuel Antonio Garretón y a José Joaquín Brunner entendemos el autoritarismo no como una mera desarticulación del orden anterior por la vía represiva, sino como un modelo fundacional que intenta reorganizar el conjunto de la sociedad y que, a través de distintas estrategias, busca fundar un nuevo orden social, un orden que asegure—en una perspectiva de largo aliento—la subsistencia y dominación del capitalismo en Chile.

Vinculados a esta lógica autoritaria ocurren algunas transformaciones que afectan el espacio social condicionante de la producción crítica y literaria. Aunque la profundidad de estas transformaciones está en discusión, la articulación que se da entre

ellas indicaría que no estamos ante cambios casuales ni sectoriales, sino ante una lógica global que se manifiesta en los diversos órdenes de la sociedad y que se patentiza incluso en una instancia tan específica y tan distante de los fenómenos macrosociales como es la crítica literaria. Siguiendo entonces estas transformaciones, intentaremos aproximarnos al perfil de la actividad crítica en los últimos 9 años.

a) La exclusión de la vida pública de importantes sectores y la desarticulación de espacios sociales, con el consiguiente estrechamiento del universo ideológico-cultural es, en el caso chileno, un fenómeno bien conocido. En la Universidad, por ejemplo—que, como hemos señalado, era el aparato institucional en que se asentaba la renovación crítica—las carreras humanísticas son virtualmente desmanteladas. De los 23 críticos que hemos nombrado, 13 debieron salir del país, luego de ser exonerados o de renuncias “voluntarias”; 2 sobreviven fuera de la Universidad, dedicados a tareas de gasfitería cultural y 6 emigraron o permanecen en el exterior, atraídos por la libertad de cátedra y por un clima de compromiso con el conocimiento. Contribuyó también al estrechamiento intelectual, la requisición, clausura o suspensión de algunos periódicos, revistas o casas editoriales. Las consecuencias de esta política de marginación—a la que podrían agregarse muchos otros antecedentes—son varias. El fantasma de la cesantía ilustrada, la censura y su contrapartida, la autocensura, se convierten en factores fundamentales de la vida académica, neutralizando así a las Universidades como centros generadores de un pensamiento crítico e independiente. La censura previa a los libros y a las nuevas publicaciones, o la autocensura, son ya de por sí una forma crítica, por más que guarden con esta actividad la misma relación que el linchamiento con la justicia.

Cercenada la vertiente socio-histórica, en la escasa crítica universitaria que queda predominan dos direcciones: por una parte, homenajes o crónicas con gusto a mármol, manifestación—también en la crítica—de la vía chilena al siglo XIX. Por otra, una dimensión estructuralista algo añeja, trasnochada, en la medida que excluye ciertas instancias metodológicas que venía incorporando la crítica anterior a 1973, como el plano del lector o la relación del discurso literario con otros discursos o las categorías de discurso y de producción de sentidos. Artículos con flechas y cuadritos, fetichización del texto, crítica obligada a morderse la cola puesto que se centra en la articulación centrípeta del código, cerrando toda posibilidad de conexión o cruce de ese texto con otros códigos mayores. Barnizado con lenguaje semiótico, este

reciclaje tardío de métodos de la década del 60, tiene, en las circunstancias del autoritarismo, la virtud de aparecer como un prisma técnico, no contaminado, como una materia posible de ser enseñada sin el riesgo de la cesantía. Parece difícil, empero, decir si se trata de prudencia o de opciones elegidas. Lo que sí puede afirmarse es que este reciclaje resulta adecuado a un proyecto cultural que busca vaciar de contenido histórico a la literatura y al arte, especialmente cuando ellos ofrecen una visión de mundo alternativa al modelo social vigente.

En medio de este clima de marginación e inhibiciones se produce en algunos sectores universitarios vinculados a las ciencias sociales un desplazamiento interesante. Pensamos en el Instituto de Sociología de la Universidad Católica y en lo que se ha llamado la Universidad Informal, en organismos como FLACSO y CENECA, instituciones en que los científicos sociales, particularmente los sociólogos, reorientan sus preocupaciones, dejando en un segundo plano aspectos más tradicionales de la disciplina para privilegiar una mirada cultural e incursionar a veces en aspectos directa o tangencialmente vinculados a la crítica literaria. Luis Barros y Ximena Vergara, por ejemplo, del Instituto de Sociología, publican en 1978 una investigación sobre "el modo de ser aristocrático" en la que estudian el universo significativo de la oligarquía chilena de principios de siglo, utilizando como fuente las novelas de Joaquín Edwards Bello, Tomás Gatica y Luis Orrego Luco, como también crónicas y memorias de la época. Aunque no es propiamente una investigación literaria, al privilegiar la novela como manifestación de la conciencia social sobre otros aspectos tradicionalmente considerados estructurales por el análisis sociológico, los autores articulan los textos con códigos mayores; la visión del ocio, la valoración del dinero o del linaje que aparece en las obras, los lleva a un análisis temático y, desde esos temas, a una lectura del sujeto social y de la época.

En el mismo Instituto de Sociología, alarmados por la pérdida del hábito de lectura, se realiza en 1980 un amplio estudio sobre *La situación del libro en Chile*. En FLACSO, Enzo Faletto y Julieta Kirkwood llevan a cabo una investigación sobre la sociedad burguesa y el liberalismo romántico en el siglo XIX que, al igual que el libro de Barros y Vergara, privilegia como fuente a algunas novelas. José Joaquín Brunner en su trabajo sobre *La cultura autoritaria en Chile* (1981), aunque entiende cultura más bien como cultura política, proporciona un marco utilísimo para el análisis de las transformaciones artístico-comunicativas en los últimos años. De toda esta vertiente sociológica, tal vez lo que con más propiedad podría considerarse como crítica, son las

investigaciones realizadas en CENECA sobre el teatro de la última década, serie de registros o análisis interpretativos en que se combina la investigación con la activación del medio, y en que los principales destinatarios son los grupos de teatro independiente o aficionados que portan una visión del mundo alternativa a la de la cultura oficial.

Este interés de las ciencias sociales por la cultura obedece a una estrategia de supervivencia en un medio hostil, pero también al convencimiento de que la cultura—entendida en un sentido antropológico, incluyendo por ende lo artístico pero sin restringirse a ello—venía siendo ignorada o subvalorada como variable de la existencia social. Ahora bien, el discurso crítico vinculado a esta vertiente sociológica—que de haberse dado en el momento de renovación crítica hubiera significado un valioso aporte interdisciplinario—se encuentra hoy día, en la medida que encarna un potencial alternativo a la lógica autoritaria, en situación de marginalidad, con pocas posibilidades de circulación, obligado a generar su propio espacio y a vivir en espíritu de ghetto, con interlocutores académicos que son en su mayoría estudiosos extranjeros o críticos chilenos que viven fuera del país.

En suma, la política autoritaria de excluir de la vida cultural a sectores que históricamente venían participando en ella, acarrea en la Universidad tradicional la involución y neutralización del pensamiento crítico; y en la Universidad informal, que es ya de por sí un resultado de esa política, la presencia de una reflexión alternativa, que por estar acosada encuentra serias dificultades para alcanzar un nivel significativo de proyección en el espectro crítico.

b) El amordazamiento y la marginación cultural no bastan, sin embargo, para explicar las transformaciones ocurridas en la crítica durante este período. La proscripción de una cultura abierta va acompañada por la creación de un espacio cultural artificial o, como lo llama Brunner, de un espacio público administrado, espacio que se caracteriza “porque define un amplio régimen de exclusiones, y reduce las oportunidades de participación solamente a aquellos agentes comunicativos validados”. Esto significa que sólo un pequeño grupo puede incursionar en ciertos tópicos y que existe un control de los temas con el propósito de lograr una integración política de la sociedad, un control que busca hacer aparecer como verdades universales lo que no son sino interpretaciones afines a la dominación autoritaria. El agente comunicador validado, especie de administrador de algunos temas que están vedados para los demás, desempeña, en el terreno de la

crítica, un rol funcional al sistema y a la ideología dominante. Esta es la posición que sustenta sin rivales José Miguel Ibáñez Langlois, crítico oficial de *El Mercurio* con el seudónimo de Ignacio Valente. Vale la pena que nos detengamos brevemente en él, para mostrar cómo incide en la crítica el espacio público administrado.

Hace un par de años el director de la revista cultural oficialista *Andrés Bello*, cuando se le preguntó por qué su revista carecía de una sección de crítica literaria, respondió que ello se debía a que "en Chile no había críticos, o más bien—advirtió—hay uno y medio". Con el "uno" se refería a Ignacio Valente y con el "medio" a todos los demás. Ignacio Valente aparece, entonces, como el crítico por excelencia, con un peso que no tenía antes de 1973. En los círculos intelectuales es esta una opinión bastante generalizada. Hay que reconocer que es un crítico culto, bien informado, que argumenta y escribe con perspicacia y que, a veces, tratándose de poesía, no titubea en reconocer valores nuevos y hasta experimentales. Es además, en el contexto actual, uno de los pocos críticos que por sus condiciones de trabajo y por coincidir con las líneas del régimen, no está sometido a las demandas del mercado y puede, por lo tanto, encarnar una postura ideológica y estética más definida y coherente, lo que como portavoz del espacio público administrado le permite incursionar en las tensiones que se dan al interior de éste.

Por lo pronto, Valente es el único profesor autorizado de marxismo que hay en Chile. Sus clases sobre este tema se dan nada menos que en el edificio Diego Portales y con alumnos tan selectos como los miembros de la Junta. En su libro *El marxismo: visión crítica*, difundido en varios países por el aparato editorial del Opus Dei, critica lo que llama la contradicción esencial del marxismo: aquella que se da—dice Valente—entre su intención humanista de rescatar al sujeto de la alienación, para luego, por su dialéctica materialista y atea, perderlo irremisiblemente en las fuerzas fatales de la materia. Por supuesto Valente parece no percibir contradicción en un autoritarismo que se postula mesiánicamente como adalid de la tradición cristiana occidental pero que, por otra parte, tiene un documentado historial de atropellos a la libertad y a los derechos humanos. Y no percibe esta contradicción, precisamente porque se mueve en un espacio público artificial y administrado, en que, a fin de cuentas, el único cotejo de su discurso es su propio discurso.

En 1981 circuló en Chile la novela *El jardín de al lado*, de José Donose, novela en que el exilio chileno y, más bien, latinoamericano, aparece presentado como una mezcla de la

“revolución con joda” del *Libro de Manuel* de Cortázar y el hedonismo potencialmente trágico de *Bonjour Tristesse* de Françoise Sagan. Cualquiera lectura atenta de la obra comprueba que el mundo del exilio es, en este caso, fundamentalmente un escenario, un marco para explorar temas recurrentes en la obra de Donoso como el de la alteridad, tema que a través de *un tour de force* en el punto de vista, se conecta, en esta ocasión, con otro tema central de la novela: el del feminismo.

Pues bien, ¿cómo lee Valente esta novela, el Valente que ha señalado que “la norma del juicio literario” debe provenir siempre de la obra misma, que la vara del crítico debe ser la ley interna de la novela, lo que la obra misma trata de ser como lenguaje, y que la relación de la obra con una realidad externa que la precede es irrelevante? ¿Cómo lee este Valente la novela de Donoso? La lee como un documento social, fijándose en los aspectos más externos del escenario, en algunos pibes viciosillos, en el consumo de psicofármacos y cognac, la lee como una crónica verídica del exilio chileno, omitiendo casi por completo los aspectos tocantes al punto de vista narrativo y a los diversos niveles de significación que porta la “legalidad interna de la obra”. Negando, entonces, sus propios principios críticos, superpone a ellos los requerimientos del espacio público administrado. Porque, ¿quién podría—tanto desde la realidad como desde la novela—contradecir esta lectura, cuando el exilio es un tema tabú, un tema que públicamente sólo puede ser tratado con las connotaciones de una escoria social que no merece los beneficios de la chilenidad? En el espacio administrado sólo caben las lecturas de esa novela con un prisma que no sobrepase los límites de ese espacio. Las otras lecturas, aunque respondan a la legalidad interna de la obra, están por el momento condenadas a ser privadas y no tienen, por lo tanto, cabida en la crítica que aparece en los medios masivos de comunicación.

El prisma del espacio público administrado excluye también de la vitrina crítica a importantes sectores de la literatura latinoamericana y, con mayor razón todavía, a la literatura chilena que se produce en el exilio. El prisma promueve, además, un espacio cultural amnésico, sin raíces, con zonas silenciadas, con un Neruda o una Mistral cercenados en todo aquello que exceda los límites del espacio público administrado. El prisma induce también a la crítica a actuar en un vacío histórico, a quejarse del apagón cultural o de la pérdida del hábito de lectura, como si estos problemas pudiesen resolverse en el nivel de la voluntad individual, como si no existieran espacios sociales condicionantes y una producción cultural manipulada por vías más sutiles que las

de la represión y la censura.

c) El mercado es otro de los factores que inciden, y tal vez el de mayor importancia, en el perfil que tiene hoy día el sistema crítico. El mercado es no sólo la piedra angular del modelo económico autoritario, sino el principal mecanismo de regulación social y cultural. Se pretende, por su intermedio y en función del consumo, que la mayor cantidad de individuos definan sus estrategias de vida y hasta sus líneas de creatividad; que los productos culturales tiendan a ser reconocidos por sus valores de cambio; que el mecenazgo se desplace del Estado a la Empresa, al Arte-negocio, a la Cultura-pagada; “el arte—dice un alto personero del BHC—debe ser manejado con las mismas técnicas de *marketing* que se usan para vender un refrigerador o una licuadora”.

En este contexto, el polo de la publicidad literaria adquiere un papel relevante en el abanico crítico. No es casual que los pocos datos, referencias, comentarios y reseñas sobre la actividad literaria que se desarrolla en el país aparezcan en medios de comunicación masivos y que, por lo general, tengan el carácter de avisos, entrevistas, crónicas frívolas o reseñas. Predomina, entonces, la concepción de la crítica como caja de resonancia, como mero epifenómeno o subproducto del acontecer artístico, como una actividad cercenada en sus posibilidades teóricas o en su papel orientador. Prototipo de esta perspectiva es la crítica que hace Enrique Lafourcade, siempre atento a lo que está de moda, a lo que puede ser espectacular, a lo frívolo, a todo aquello que contribuya a subir los *ratings*, no tanto de los libros o autores que comenta, sino de su propia imagen. Tal como la del periodista, la estatura del crítico empieza a ser medida por su éxito en el mercado y, por lo tanto, él mismo se convierte en un producto del mercado. Mediante este mecanismo aún los críticos honestos se van asemejando objetivamente a la tendencia dominante de la sociedad, por más que en privado se declaren contrarios a ella.

Los periódicos y revistas, que suelen mantener espacios literarios de mala gana, y más por espíritu de tradición que por convencimiento, empiezan a buscar—impulsados por la lógica comercial—fórmulas que les permitan obtener mayores beneficios de esos espacios. Terminan así dedicándolos a promocionar *best-sellers* o licitándolos a librerías y editoriales. Se da el caso, por ejemplo, de un crítico literario a quien el director de un medio le sugirió (y en estos casos “sugerir” significa “ordenar”) que reseñara la *Guía dietética para perder peso durante el sexo* de Richard Smith. Por otra parte, desde el punto de vista de las condiciones de trabajo, la baja cotización de la literatura obliga a los críticos a diversificarse, a ejercer la gasfitería cultural, a un

recargo de trabajo que muchas veces no les permite la lectura completa de la obra comentada y menos aún la meditación necesaria para juzgarla.

Aunque hay algunas excepciones, bajo el autoritarismo el espectro crítico experimenta, en definitiva, un vuelco de campana con respecto a sus rasgos sistémicos previos a 1973.

La reflexión teórica, la crítica trascendente que vincula la literatura con totalidades más amplias o la crítica prospectiva e incluso la hermenéutica, tienden de hecho a desaparecer. Jibarizada y sin proyecciones, la crítica universitaria permanece constreñida a ámbitos académicos donde el deterioro parece aún ejercer su dominio. En estas circunstancias impone la tónica al sistema su eslabón más débil: el polo periodístico, el del comentarista, el del *chroniqueur*, el del reportero cultural. Crítica, en suma, episódica, desamparada institucionalmente, sujeta—en medio de una actividad editorial dramáticamente deprimida—a las leyes del mercado y a los constantes vaivenes del tráfico espiritual.

4. *Algunas Consideraciones Finales*

Quisiéramos, brevemente, para terminar, hacer algunas consideraciones finales.

a) Realizar un examen del estado de la crítica a partir de la matriz socio-política del autoritarismo pudiera aparecer como una perspectiva determinista o reduccionista. Frente a esta observación habría que señalar, por una parte, que el autoritarismo chileno tiene un nivel de ortodoxia que otros modelos no tienen y, por otra, que representa una variación sensiblemente drástica con respecto al pasado histórico, lo que hace comprensible que en los años inmediatos a 1973 se dé un cuadro como el que hemos presentado. No se trata, por supuesto, de un cuadro estático y en el futuro seguramente habrá que matizarlo. En este sentido resultará provechosa la comparación con otros regímenes autoritarios que están evolucionando, con países como Brasil, donde la crítica ha tenido un importante desarrollo.

b) Sería ingenuo sostener que en Chile la crítica está inhibida únicamente por el autoritarismo. Conviene no perder de vista que se encuentra también acosada por un desafío histórico al que tendrá que enfrentar—con o sin autoritarismo. Los parámetros del mundo pretecnológico y decimonónico ya no sirven. La crítica tendrá también que dar vuelta la hoja. Especialmente la crítica

latinoamericana.

De ese desafío histórico creo que han hablado y seguramente hablarán muchas de las ponencias que aquí se presenten.

La Urgencia Histórica y la Crítica Literaria Hispanoamericana Vista a Través de un Caso Clínico Chileno

Vicente Urbistondo
San Francisco State University

La crítica literaria pasa por un período de ampliación y reajuste debido a cambios iniciados por 1915, muy lejos de sus centros geográficos tradicionales. A ellos ha vuelto transformada por la actividad de un grupo de pensadores que la han ido cambiando desde sus propias esferas de actividad, principalmente la filosofía, la antropología, y el pensamiento político. A todos ellos se aplica el vocablo estructuralistas y estructuralismo a la metodología que emplean, puesto que hasta el momento por lo menos no es posible hablar de una ideología estructuralista. Lo que los une es la lingüística de Saussure tardíamente difundida y sujeta a diversas modificaciones, y la determinación de concentrar el pensamiento en la forma de comunicación del significado de los textos por medio del significante, y sus contribuciones al desarrollo de una poética formalista (especialmente de la narrativa) que todavía no acaba de formularse. En buenas cuentas, la crítica literaria hispanoamericana por cierto que tampoco es lo que fue, según veremos más adelante a través de un caso clínico chileno.

Los estudiosos profesionales de la literatura en los Estados Unidos en general resisten la apertura o aperturas a que nos venimos refiriendo, apoyándose—más curiosa que paradójicamente—en esas novedades—rusas—de 1915, que llevan ahora etiquetas francesas; y aunque de vez en cuando parezcan despegarse del texto, siguen con la nariz pegada a él, llenando pizarrones de diagramas con letras. Esos, y otros, especialmente los que defienden catálogos literarios consagrados de lo escrito en nuestras lenguas: los de las Españas; los de América Latina y los de Anglo-América en aquellas regiones en que se habla y escribe el español y sus variantes desde 1836 (para dar una fecha exacta); los

de Portugal, y los de Luso-Africa, se sirven de la brecha, y por ella penetran, con o sin cautela; pero siempre con interés y beneficio para nuestra disciplina que, según se vio en nuestro taller, va inexorablemente alterándolos. Esos otros son, en buena parte, nuestros críticos, entre los que ahora figuran cada vez en mayor número, los estudiosos de la América Latina que empezaron a llegar de sus tierras voluntariamente o exiliados por los años sesenta, y a quienes se sumaron rápidamente los que dejaron suelos natales al empapar el Cono Sur los regímenes autoritarios, en los setenta. Por cierto que no puede aislarse de tal desplazamiento a las huestes laborales de nuestras hablas existentes en el país antes de los primeros 36 años del siglo pasado, aumentadas en 1848 y 1898, y ampliadas legal o ilegalmente desde entonces; y, finalmente, multiplicadas en este siglo por la transnacionalización de la economía capitalista, para servirnos de una frase del organizador de nuestro taller, Hernán Vidal.¹ El grado de reconocimiento de la "experimentación socio-histórica"² dentro de la práctica de la crítica literaria, es todavía difícil de precisar. De lo que no cabe duda es de su valor e importancia. Es esta convicción la que me lleva a narrar el caso que he llamado clínico que, junto con demostrar las ramificaciones de la "intratextualidad literaria"³ y los problemas de conexión a que se ve abocada, nos acerca a sus parámetros.

En una feria del libro, mecanismo básicamente económico que contribuye al proceso de producción cultural, salió al Retiro de Madrid, en junio de 1978, una obra cuyo título la vincula instantáneamente al corpus literario ibérico así como al francés, al inglés y al ruso—en realidad al de la Weltliteratur puesto que son escasos los cánones sin texto-pilar insembrado por el Don Juan, arquetipo inagotable como todos los que verdaderamente lo son. Se trata de *Los convidados de piedra*. La pluralización del comendador en la obra de Jorge Edwards vitalizaba la conexión al socializarla aun antes de conocer uno el primer fonema de su texto. Pese a ello resultó sorpresa descubrir que la obra presentaba no sólo material histórico sino además toda una teoría del cercenamiento institucional que produjo en Chile el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Habiendo visto venir la hecatombe antes de la elección de Allende y perfilarse ominosa ya junto con la presidencia socialista a través de la constante manipulación impresa y televisada desde el locus que la inició con la desestabilización (estrategia ahora "respetable"), la primera lectura de la novela me produjo un hondo remezón aunque al cabo de cinco años estuviera desvinculada de su coyuntura histórica. Desfasada, en buenas cuentas.

En el verano de Madrid, se evaporó el quinquenio y revivieron los demonios colectivos⁴ que habían intervenido en su escritura. Surgieron de las páginas ideologías más o menos inconscientes pero de todo tipo: clasistas, sexuales, lingüísticas y políticas, para citar las que más resaltaron. Mucho antes de llegar a los párrafos finales tuve presentes mis premoniciones discutidas en Berkeley con dos chilenos: un historiador de ideología liberal y su cónyuge y a quien el libro habría llamado "momia hasta la pared de enfrente." Era en 1970, el día de las elecciones presidenciales, y no cabía duda que su voto había neutralizado el de él.

En buenas cuentas, si la conciencia literaria quedaba "retrasada" según opinaba Hernán Vidal refiriéndose a esa novela y a *Casa de campo*, la de José Donoso sobre el mismo tema y del mismo año ("...en los casos de Donoso y Edwards se podría argumentar que la conciencia literaria ha quedado retrasada con respecto a las ciencias sociales," op. cit., p. 3), la obra colocaba al lector en medio de fenómenos colectivos que desviaron el curso histórico de una nación desde afuera y dentro (el orden no es antojadizo) situándola en el centro de esa lucha que se instaló en el escenario ideológico del mundo al derrumbarse la Rusia de los Romanoff, y que surgía por segunda vez en América, en Chile ahora. Con tardanza y todo, la obra era la crónica de la crisis que había arrancado a otro país latinoamericano de la periferia internacional para hacerlo participar en la praxis que surgió en 1959 en las mismísimas tierras del Nuevo Mundo que tocara la conciencia europea en 1492, háyalas o no hollado siglos antes la planta de Leif Ericsson.

Cualquiera que fuese el juicio que se diese sobre lo ya publicado por Edwards, sin excluir *Persona non grata*, cuyo contenido continúa generando ambigüedades, *Los convidados de piedra* era novela que exigía un comentario con facetas todavía inaceptables para las tradiciones de crítica literaria establecida, entendiéndose por tal la que se restringe al texto, al artefacto escrito. En otras palabras, no era una golosina lingüística que hiciese de lengua y estilo objeto y función. En torno a un personaje cuya juventud transcurre en una paradójica búsqueda de coherencia dentro de los excesos del cuerpo, único espacio de exploración que le permiten las férreas limitaciones de su casta, la de privilegio máximo, el autor va abriendo una cultura nacional latinoamericana, revelando su revés para llevar al personaje a la anagnórisis por medio de un delito que perpetra en el cuerpo de un su inferior, un mongovino, un roto. Silverio Molina pasa en un instante de aristócrata-rebelde-sin-causa a "pije cuchillero", y va a parar a la cárcel donde su familia y sus iguales esperan que "aprenda," que

se enmiende. Irónicamente, la peripecia que debió ser lección le abre esa puerta buscada solamente con el cuerpo y que su mente halla en los de abajo. El camino queda desbrozado y el personaje lo sigue sin desviarse, pero entorpecido por los hábitos corporales y la inercia intelectual. Viciado por una rebelión que no supo ni pudo intelectualizar, muere persiguiendo con hombres y mujeres de las clases oprimidas y despreciadas la acción eficaz. El descabro articulado en los centros del poder económico y dentro de su propia nación, es temporal para los demás pero definitivo para él. Silverio Molina es ya en su período formativo un joven que a pesar de una conducta estrafalaria y vergonzante para su clase por su rebeldía irreverente, primitivo; como lo es en el fondo, y a pesar de su banal afrancesamiento, la aristocracia a que pertenece. Al llegar a una idea clara de lo que es la representación imaginada de su persona frente a las circunstancias de esa nueva vida, Silverio fracasa. A pesar de la ayuda de Marx—lee en la cárcel el *Manifiesto comunista*—y la de la poesía de Neruda—*España en el corazón* y *Macchu Picchu*—su cambio altera poco su discurso porque lo que ha adquirido es, más que nada, fe; y porque el lenguaje de la aristocracia terrateniente disfraza la rudeza feudal de una inteligencia a medio cultivar con el discurso del campesino o del roto, muy a menudo combinándolos.

Así y todo, sin papel mayor pese a ser el equivalente del comendador de Tirso, Silverio sale de la escritura de Edwards con proporciones heroicas que resulta difícil no relacionar con la estructuración temporal de riguroso clasicismo de la obra que Joyce impuso al *Ulises*, integrando lo cotidiano y lo inmediato con esa unidad de tiempo que amenaza convertirse en "latiguillo" literario. Sin manejarla con la soltura de Virginia Woolf en *Mrs. Dalloway*, o la de José Donoso en *El lugar sin límites*, Edwards la doma reforzando la cotidianidad de su narración y el discurso de sus personajes y destacando lo que distingue a Silverio entre los de su clase, así como una intensificación del sentido de casta de su hermana hace de ella una suerte de Antígona al revés. La temporalidad escogida por el autor está ya en el título de la novela cuya acción dura lo que el banquete de cumpleaños a que "asisten" Silverio y los demás desaparecidos mediante el bien manejado salto atrás, y que abre históricamente la novela hasta la Guerra Civil de 1891, de la cual el golpe de 1973 parece por momentos ser una culminación. En realidad es simplemente una repetición aparente puesto que la ruptura institucional constituye una maciza y estruendosa obstrucción que, de una manera u otra, cumplirá otra etapa de un proceso histórico inevitable, según lo dejan en claro las últimas palabras de Guillermo y de la novela.

Tratando de explicarse desde la lejana Suecia la negativa de su mujer a reunirse con él fuera de Chile, dice: "Es raro... Pero quizás tenga razón."

Si la hipótesis de "una insuficiencia de la conciencia literaria" (si no de la artística) "para apropiarse orgánicamente de la historia",⁵ arrancada de una concepción de la literatura cual discurso "que tipifica y totaliza la experiencia social",⁶ y a estas alturas cabe agregar que Jean Franco pone en tela de juicio la manera de "constituir significado" por medio de la forjación de los temas del discurso literario favoreciendo lo individual subjetivo sobre lo social, es un hecho, parece justo también tomar en cuenta lo observado por Christopher Cauldwell (en *Reality: A Study in Bourgeois Philosophy*, Nueva York, 1970, p. 31) ya que, en última instancia, a la insuficiencia "correspondería una crisis de la crítica que se aboca a ella."⁷ Para Cauldwell la crisis se debe a:

la caótica confusión de 'descubrimientos'—física relativista, física del quantum, Freudianismo, antropología, genética, y psicofisiología, las cuales se fundamentan sobre supuestos excluyentes que se aíslan mutuamente o se hacen fuego.⁸

Es por lo tanto, si no injusto precipitado al menos, exigir una visión coherente del mundo—coherente en su totalidad al menos—a los escritores de la novela que se ha acercado al golpe militar chileno. Antes de entrar de lleno al caso a que me he venido acercando, hay que dejar constancia que antes de la obra de Edwards yo sólo conocía *El paso de los gansos*, y otra mía inédita, terminada precisamente el día del golpe militar, pero no ajena a él. Esa novela transcurre en el Santiago de la Unidad Popular, y sus personajes, en general inmersos en su cotidianidad, en mayor o menor medida perciben las secretas turbulencias del tejido social que los van acercando al descalabro económico-social articulado para las fiestas patrias del '73. Ello simplificó el trabajo sin causar dificultades de investigación, ya que las causas y efectos de la crisis chilena fueron más visibles desde el exterior que desde su centro, y por 1978 habían sido comentadas y categorizadas por participantes tan cruciales como el propio Kissinger.

En buenas cuentas, las dificultades de las notas críticas que decidí escribir y empecé en Madrid consistían en dar con un enfoque unilateral a mis observaciones puesto que mis buceos para hacerlo rebalsaban con insistencia el ángulo puramente formalista, sobre todo a mitad de camino en la segunda lectura que me sorprendió en Barcelona, y me impulsaron a ponerme al habla con el autor. Al cabo de tres horas de charla con él quedé perfectamente en claro que tras la inmediatez de lo cotidiano, había una visión de la cultura chilena y latinoamericana muy

cercana a lo global. Y todo esto pese a las abstracciones alegóricas, a la presencia de hilo conductor—el conflicto clasista—y las reiteraciones temáticas que reclama la articulación narrativa, si no siempre en la mayoría de los casos desde el abandono de las tiranías del factor argumental impuestas por Francia, y resistidas malamente pese a las influencias de la sociología que culminaron con el naturalismo.

A pesar de la salvaguardia de película que precede a su novela, Edwards corroboró que sus signos provenían de una confrontación con la realidad. El sincronismo sería "anejo" a la posición formalista, pero al fin y al cabo también había admitido el autor la contemporización reconociendo que "los eventos extraliterarios determinan la génesis de la obra literaria";⁹ y aunque continuase el debate y se insistiera que la tradición literaria misma "es el factor decisivo de toda obra literaria".¹⁰ Además *Los convidados* es obra de un escritor perfectamente familiarizado con la posición marxista frente a la literatura. Sin una conciencia clara de las direcciones socio-históricas de la crítica literaria nuestra, en Anglo y Latino América, algo de ellas apareció en mi ensayo, aunque no lo suficientemente bien articulado para que lo aceptara *Ideologies and Literature*, a donde primero fue enviado. La siguiente escala fue *Hispanérica*, cuyo director pidió una versión más breve,¹¹ y la última *Texto Crítico*, que lo aceptó tal como estaba.

El estado autoritario instalado en Chile no era para nadie novedad en 1978. Las repercusiones de todo tipo implícitas después de su violenta instalación, ya captadas por quien escribe, y más de una vez, en la España de los sesenta, resultaron perfectamente identificables en un par de visitas a Santiago. Las dislocaciones institucionales eran todavía claramente visibles de muchas maneras: en la esterilidad de la prensa tan "orientada" como la radio y la televisión y, generalizando, hasta en la manera de andar de una población no hecha a las desapariciones y a las muertes del terror institucionalizado, y, más adelante, a la diaria sangría cultural. El peso del temor que inspira la vigilancia, cuya eficacia refina la tecnología, era tan perceptible como el repentino y ominoso aseo de una ciudad que jamás había llegado a ser policialmente amenazadora. Seguro, entonces, de que *Los convidados de piedra* no aparecería en las anémicas vitrinas de las librerías por mí vistas la última vez en el año del bicentenario de Estados Unidos, también mandé copias del trabajo a un par de amistades del oficio, junto con despachar una para su autor a Barcelona. Había que conformarse con el algo-es-algo, ya que la idea de una vida cultural orgánica había tenido que dar paso a un

sistema de consumo eficaz, con sus tablas o índices yuxtapuestos a las leyes de la oferta y la demanda, las consiguientes "promotions," y toda la maquinaria del "business administration" liberada de los entorpecimientos institucionales de un gobierno representativo que no comulga con toques de queda, y menos con el ya mencionado control de los medios de comunicación.

Estando así las cosas, no dejó de sorprenderme la carta de Edwards agradeciendo el artículo—"me ha compensado plenamente de las tonterías mercuriales, donde la excepción ha sido Hernán del Solar"—y comunicándome que su novela se vendía en Santiago. Hacía falta explicación y me la di. Los altos jefes militares, sus burócratas, y la comunidad financiera transnacionalizada, habían diseñado y puesto en práctica nuevas estrategias. Confirmó el raciocinio el contenido de una carta del amigo a quien había enviado el trabajo, hombre dedicado a la poesía, la enseñanza, y la crítica literaria. Escrita en febrero del '79, antes de salir mi corresponsal a vacaciones, me proponía publicar el trabajo en la *Revista Chilena de Literatura*, pero con "salvedades": "para que apareciera en Chile habría que suprimirle algunas cosillas." Agradecido, rehusé el ofrecimiento informándole que *Texto Crítico* lo publicaría "sin usar tijeras podadoras." Ahí quedó el asunto hasta que recibí, a comienzos de marzo, una extensa comunicación de mi amigo, cuya dirección de la revista chilena había hasta ese momento yo ignorado.

La carta empieza pidiendo ayuda y explicando que antes de haber recibido mi respuesta que él esperaba sería favorable, había pasado el ensayo a un lector que recomendaba su publicación siempre que lo leyera "alguien más." Por la premura, el alguien más tuvo que ser mi amigo que releyó el trabajo llegando a igual conclusión. Publicable siempre que se suprimieran "cosillas." V.g., no hacía falta decir que la narración "entronca verticalmente con la historia de Chile desde la Guerra Civil de 1891 hasta el período que inicia el golpe *militarizado* del 11 de septiembre de 1973." Con decir período iniciado en la bien conocida fecha bastaba y la página quedaba, en el fondo, igual. Más adelante se leía: "Para Edwards, el escritor socialista era empresa difícil (contar sin opinar), etc..." ¿Por qué no decir: para Edwards el *escribir* socialista? La prestidigitación gramatical y lo que iba en ella implícito parecía preocupar menos a mi amigo que la siguiente supresión de una cita de la página 468 de *Persona non grata*:

He tratado en diversas páginas de este libro el paralelo entre el período de Allende y el de Balmaceda, nuestro presidente suicida de

fines del siglo diecinueve, derrotado por la alianza de la oligarquía entronizada en el parlamento, la marina y el imperialismo inglés...(Allende) se ha incorporado así al panteón de nuestros héroes trágicos, junto a mi antepasado José Miguel Carrera caudillo anárquico en las luchas de la Independencia...y a José Manuel Balmaceda. A los tres se les ha reprochado en la historia pasada y presente en Chile su falta de realismo político.

Hasta ese punto las tres salvedades y una "de llapa": la supresión del nombre ejército, a mitad del trabajo donde se habla de "los suicidas de clase alta que...se aferran a un sistema de privilegios que ya no son capaces de mantener como no sea recurriendo a fuerzas foráneas y al *ejército*." Las fuerzas foráneas podían quedar en el texto pero solitarias: sin la compañía del ejército.

Antes de seguir con la carta conviene recordar que practicamos nuestras actividades literarias y educacionales dentro de un sistema dedicado a la perpetuación expansionista de la hegemonía del capital, para el cual los departamentos de español y portugués están a cargo de la pasteurización cultural, y, a la larga, económica, de aquellas partes del mundo "has-been" que habla esos idiomas; y también porque en el menos prestigioso y más ignorado, o marginado, campo académico, el colega tiende en general a una productividad maleada por el chicoteo del ascenso y la competencia, cayendo con mayor o menor candidez, en el papelito tradicional que engorda el cheque y tonifica la vanidad, aunque sea momentáneamente. La viciosa yedra que decora los muros académicos oculta el pragmatismo aun para los que creen hacer distinciones entre la universidad y la profesión lucrativa. De lo que no se escapan la medicina ni las ciencias puras tampoco estamos libres los que practicamos la crítica literaria. Y si no es frecuente oír que la práctica venal-banal del comentario de la literatura no hace mal a nadie, o lo hace menos que convertir la medicina o la física nuclear en mero negocio, no escasean los cínicos inocentes que lo afirmen. Por cierto que también es posible evadir tal criterio haciendo una crítica literaria de vanguardia que eluda todo contagio con la diacronía, que aspire a una ciencia egregia eximida de lo social. Tal postura sólo tiene la etiqueta de vanguardia. En el caso del mundo hispánico de América, cuyas fronteras no son las del mapa—¿cómo podrían serlo si quedó sometido a un segundo colonialismo un año antes de sacudirse del primero, según lo prueba en estos precisos instantes la crisis de las Malvinas?—la urgencia histórica exige una vanguardia crítica verdadera. El caso de Chile, cuyo régimen autoritario sigue tan intacto (aunque no lo parezca) como hace nueve años, así lo demuestra.

Por eso no era posible ceder a las exigencias de una pequeña crisis de publicación, fuera cual hubiese sido su gestación. Lo que de vanguardia tenía el artículo para Chile era precisamente lo que era indispensable conservar; y lo que hacía difícil defenderlo—aunque fuese hipotéticamente puesto que no aparecería en Chile—era un pasaje de la carta que parecía sencillo calibrar: “Si estuvieras en Chile y supieras cuánto de bien hará tu artículo me comprenderías más aún. Para dormir tranquilo, por favor mándame una carta con la aprobación lo antes posible.”

La carta salió enseguida, pero con una nueva negativa: el artículo ya no me pertenecía y, suponiendo que hubiera podido hacer algo, no lo habría hecho porque la reiteración ampliada de las “salvedades” lo desvirtuaban. El escamoteo de nombres y adjetivos que desmilitarizaban el golpe, el adjetivo socialista trasladado del autor a su escritura, “léger de main” que podía pasar por error de imprenta, y, finalmente, la supresión de la cita sobre la Guerra Civil del ‘91—en el fondo tan civil como la española de 1939—eliminaban casi totalmente la dimensión socio-política del trabajo. Y aunque cuando fue escrito no hubiera sabido yo llamarla así, no dejaba de tener plena conciencia de que ese bien que según mi amigo habría podido hacer su publicación en Chile, residía en ella. Al no destacar en la reseña la conciencia histórica de un período revitalizado por la novela—presentado a generaciones de estudiantes y público lector en su aspecto casero y por lo tanto parcial—era reiterar el “eufemismo” del monumento a Balmaceda que lo representa de cuerpo entero y hasta el pecho empacotado en su sábana de bronce. Era ya tiempo de recordar que si la intención del escultor fue probablemente heroica, recuerda sin gran esfuerzo de imaginación la circunstancia final del presidente: sin más libertad de movimiento que la de las manos que le sirvieron para pegarse el tiro gracias a esa suerte de toga de fuerza cuya manufactura histórica fue tan nacional como británica. Imperialista, en buenas cuentas.

La respuesta llegó en forma de cable: “Artículo en prensa. Va carta.” Recurrí al teléfono para detenerlo todo hasta no exponer detalladamente la situación en México. El director de *Texto Crítico* respondió breve y generosamente. Comprendía la situación expuesta y terminaba en la forma siguiente: “Me parece bien que su trabajo sobre *Los convidados de piedra* pueda publicarse en Chile; es algo importante e incluso le servirá mejor al autor, Edwards.”

La digresión que sigue se explica porque, en alguna medida, completa el cuadro de la mínima crisis editorial. Hacia fines de los años cincuenta terminé de estudiar al nivel universitario en los

Estados Unidos, el dibujo y la pintura que habían acompañado y a veces integrado la escritura en Chile. La dependencia económica de la universidad aquí, y las exigencias de su rutina, se hicieron incompatibles con las de esas dos actividades y fueron extirpadas. Para continuar escribiendo ficción sin tener que recurrir al periodismo de corresponsalía que desde aquí sólo me permitía el artículo de vitrina—cine, teatro, viajes o comentarios cuyo contenido socio-político era diluido o expurgado si es que no llevaba al rechazo del artículo mismo—me dediqué al hispanismo. Bien sabía que nuestras literaturas eran la última carta de la baraja hasta en las universidades más augustas; y que desde el apogeo hollywoodense de Blasco Ibáñez, no existían para el público angloamericano obras escritas en español dignas de leerse, pese a los bien visibles brotes del boom. Pero, camino al Ph.D., Chile se fue integrando a Latinoamérica y al resto del mundo con número tres. Esa situación nuestra "muy compleja, muy compleja," según insistían oralmente y por escrito expertos académicos, acabó por simplificarse en mi mente, sin duda ayudada por esa cadena de acontecimientos que empezó en el Caribe, culminó en el Cono Sur, y llevó a los militarismos de los setenta y del presente.

En cualquier caso, muy distinta era la situación por 1979, cuando no me quedó otra alternativa que autorizar la publicación del trabajo sobre *Los convidados de piedra*, en la *Revista Chilena de Literatura*, previa promesa de que volvería al texto la cita eliminada.

Santiago cumplió. El número doce de la revista, octubre de 1978, la traía en un minúsculo volante sin anuncio, entre las páginas 103 y 104, últimas del ensayo y del ejemplar. Junto con la presencia de Jorge Edwards en Santiago la publicación fue considerada síntoma de mejoría por algunos de los que siguen dentro del país el curso de la más grave y duradera dislocación institucional de la nación, cuyos efectos se llamaba en esos días el apagón cultural. Era posible, por lo tanto, que, mínimo y todo, este caso clínico hubiera servido para recordarnos la ubicuidad de los efectos del neocolonialismo, muy lejos de haber sufrido el revés definitivo con el triunfo de la Revolución Cubana. Desde Inglaterra lo había mandado Canning a incubarse en los Estados Unidos, de donde había roto el cascarón en 1823, un año antes de la supuesta independencia de Latinoamérica que lo recibió con la ingenuidad de la Caperucita Roja. Ni el ataque a las islas Malvinas, autorizado por el representante del presidente Monroe en Buenos Aires en 1831, pareció alarmar a nadie, y el capitán angloamericano Silas Duncan y la tripulación del acorazado Lexington arrasaron con cuanto en las islas había. Y si la toma de las islas por Inglaterra que

desde entonces las llama Falkland despertó a la Argentina, no se dio cuenta el resto de nuestra América que Gran Bretaña gozaría de la dispensación capitalista de su sucesor, 159 años después.

Sin duda que se incurría en un exceso de optimismo al hablar de mejoría. Desde luego, carecemos de la misma familiaridad que el resto de Latinoamérica con las formas de autoritarismo de los uniformados que perpetúan el neocolonialismo con la cooperación de las clases por tal sistema favorecidas, y el fomento, por ambas fuerzas, de los nacionalismos mal entendidos cuyos mecanismos dejó magistralmente esclarecidos Martí. Hasta el año del golpe, el colonialismo de tapada se nos presentaba de manera benigna en el Cono Sur, y especialmente en Chile. La bondad es evidente si lo comparamos con la experiencia histórica de estados más próximos a la metrópolis, empezando por México, a menos que sigamos condonando tácitamente, como a su tiempo lo hicimos, las amputaciones territoriales de Tejas (1836) y del Dorado Oeste (1848) que le costaron a ese país la más rica mitad de su territorio. En buenas cuentas, la mejoría es mero espejismo. La política cultural del Chile de estos días permite la entrada al país de libros como *Los convidados de piedra*, y otros de atrevimientos más disimulados, así como tolera la presencia de artistas e intelectuales de ideología socialista, socializante, o simplemente de izquierda, siempre que se porten bien—para lo cual se les brinda discretas oportunidades. Pero, así y todo, esa tolerancia es vigilada y no cambia el cuadro “au fond.” El país se ha visto arrastrado a extremos de represión brutal que sólo conoció esporádicamente, y jamás en la escala del golpe del '73. Aun tomando en cuenta los años de revueltas que siguieron al del contubernio Monroe-Canning hasta 1829, nada ocurrió en el país remotamente semejante. La actuación ministerial de Portales, comerciante burgués de palo en mano, le dio a Chile una carta constitucional legítima; y precisamente el año de la primera flagrante violación de la Doctrina Monroe que entregaba al predominio del capitalismo—todavía básicamente anglosajón—todo el Nuevo Mundo.

Es que, como hemos visto, nos favoreció la coyuntura histórica. En Argentina, la dictadura de Rosas, el gaucho-comerciante—atípica a pesar de sus represiones mazorquianas—paradójicamente reforzó nuestra flamante e importada vida ideológica agregando al ibérico Mora y al venezolano Bello, los exiliados de La Plata. La presencia de Sarmiento y Alberdi, impulsó el desarrollo de la conciencia política y la de la vida literaria de la que había sido la más ruda y pobre de las colonias españolas. Lo que había iniciado Carrera en el campo de la

educación lo continuaron el venezolano fundador de su primera universidad y el chileno Lastarria. El tema del *Facundo* (1845), tan fecundo, nació en Chile, así como las polémicas sobre el romanticismo de su autor con Bello. La antítesis de Sarmiento, civilización y barbarie, desafiada a fines del siglo por Martí, es también el primer signo de rebelión a la hegemonía cultural de Europa, como el *Azul* (1888) de Darío es el primer reto a ese dominio literario, nacido en Chile, y anuncia el reconocimiento de la independencia creadora latinoamericana: el premio Nobel de Neruda que sin duda ayudaron a ganar otros como el peruano Vallejo, sin olvidar el triunfo de la Mistral que, con su dimensión feminista, profetiza el definitivo.

Dejando de lado el caso clínico, no cabe duda que en los 131 años que van de la polémica Bello-Sarmiento al apagón cultural, se forjaron en Chile estructuras oficiales y particulares cuya articulación y manejo permitía considerar "el texto literario...una representación metafórica, analógica y metonímica del proceso de producción cultural."¹² No es, pues, la manipulación de los que manejan nuestra economía desde Nueva York via Washington, D.C. lo único que ha permitido esta súbita actividad literaria y "pensante." El cosmético libertario lleva implícito un reconocimiento del general Pinochet: la ruptura institucional del golpe no puede destruir la idea integral de la cultura hasta el extremo que se pretendió al comienzo. Ni aun en los infames días del Estadio Nacional pudo llegarse a la oscuridad total puesto que los desterrados políticos mantuvieron en alto sus antorchas; y por débiles que fueran, desde tierras lejanas llegaron intermitentes resplandores. A pesar de la advertencia que significó la eliminación de Orlando Letelier mediante un acto de terrorismo burocrático y bilateral ejecutado el año del bicentenario en plena capital estadounidense, sigue abierta la posibilidad de seguir diversificando el campo de nuestra actividad profesional para permitirle exploraciones de vanguardia con herramientas de otras disciplinas como la antropología, y la historia en general.

Hace ya tiempo que el mero comentario del texto no basta para que nuestra crítica literaria aclare virajes como el modernismo o la alteración radical del realismo ortodoxo, con o sin su ropaje naturalista. Estas repercusiones de giros iniciados por la literatura que todavía tiende a dominar la nuestra, creando una especie de imperialismo cultural—por cierto que conectado con el otro, el neocolonialismo mediante el negocio del libro—deben ser tomadas en cuenta por el oficio nuestro puesto que crean el "modelo de consumo."¹³ De eso nos percatamos antes de que se hablara de aquel dominio. Era imposible desconocer que esas

transfiguraciones literarias—puestas al día, geniales y deliverados primitivismos de lirismo surrealista y poético, y, en fin, refinamientos y audacias de todo tipo—coincidían con las transformaciones sociales y económicas de su época; dijérase o no como hasta en pleno 1968 un famoso y voluble escritor mejicano reconociendo, oblicuamente, la teoría de la dependencia: la cultura de Latinoamérica debe pasar por las mismas fases de crecimiento cultural—en el caso literario la épica, la novela burguesa, etc. No se trataba tanto de cambios generacionales como de cumplir etapas de crecimiento tan inevitables como las de los cuerpos literarios de los países que habían llegado a formas de economía industrial avanzada.

Ahora se hace evidente que la práctica de la crítica literaria, pese a las tensiones creadas por la profusión de estructuralismos con su insistente sincronismo, se orienta hacia lo social pese a esa cárcel de la lengua de que habla Fredric Jameson que los critica, junto con el formalismo, su origen, desde una perspectiva hegeliana y marxista. Junto con las modificaciones introducidas por Jakobson a las ideas de Saussure, esas nociones ejercen una presión contraria en la dirección de la diacronía que se halla en la crítica literaria de Lukacs. Todo lo cual permite explicar más claramente lo que ocurre al campo nuestro en Chile en estas sus fases destinadas a colocar los eventos del pasado inmediato al golpe del '73 bajo un signo adecuado a la coyuntura de ahora: "La historia es, en realidad, ciencia de analogía compleja, de visión doble," según Eichenbaum.¹⁴ En otras palabras, el triunfo inicial de la supresión violenta al estilo cuenca del Caribe, no podía llevar al total exterminio de la oposición y terminó por transformarse en fracaso táctico con la campaña de los derechos humanos, manto de Pilatos que tan útil resultó a Jimmy Carter para llegar a la Casa Blanca. Sus dedos, si no limpios enjuagados, empujaron a Chile, su "whipping boy"—la expresión es de la revista *The New Yorker* (noviembre del '81)—a un viraje cultural en armonía con teorías económicas importadas de este país por la junta.

Sin duda entonces no fue únicamente la madurez política, que empezó a gestarse con la caída de O'Higgins, lo que llevó a Chile a la ampliación de una crítica literaria oficial incipiente sino que, además, la circunstancia metropolitana post-Watergate. Lógico era que Pinochet, por encantamiento plebiscitario transformado en presidente de la república, permitiese, poco a poco, la actuación de los escritores disidentes y el regreso de una selección de exiliados. El próximo paso fue la exhibición periodística y televisada de los prodigios pródigos o semi-pródigos, y luego la de una maqueta de oposición: entrevistas "atrevidas," algún artículo

con velados ribetes críticos, sin renunciar, por cierto, al derecho de supresión de cualquier elemento levantisco del modelo. Los efectos son interesantes. Edwards que luego de lo que ha resultado ser su vuelta a Chile, empezó escribiendo en "La Tercera," encuentra ahora acogida en "El Mercurio," cuyas columnas vilipendiaron *Los convidados*, y acogieron con entusiasmo *El museo de cera*, pasando por alto el estrecho parentesco ideológico que guarda con la obra condenada, destacado por Vargas Llosa en la reseña que de esa novela publicó en Buenos Aires. A tales novedades hay que agregar las conferencias "promocionales" en las librerías del país. V.g., el autor cuya novela maldita protagoniza nuestro caso clínico, presentó "in person" la nueva en tierras del Piduco, cuna de José Donoso, autor de *Casa de campo*, otra obra con el tema de *Los convidados*, y que también se expende en Chile.

Todo esto culminó a fines del '81 con una Feria Nacional del Libro—la primera del régimen—descrita con arrobamiento en "El Mercurio" del último domingo de noviembre, en un artículo intitulado "Su Majestad el Libro:"

...sobre las mesas custodiado (sic) por un gran retrato de Neruda bajo un quitasol, y otro de la Mistral, los poetas jóvenes y viejos, autoeditados, al pie del mostrador.

Más adelante viene la nómina de "Best Sellers" (sic) que encabeza Enrique Lafourcade y continúan García Márquez, Vargas Llosa, José Donoso y Jorge Edwards. Sus rostros sonrientes decoran esa página y otras que describen los tendidos de la Sociedad de Escritores y anuncian funciones de "ballet y teatro de cámara," y "sesiones de video de obras clásicas," esto último en la sección "Artes y Letras." Termina "Su Majestad el Libro" con un cuadro bucólico:

...Entre castaños y tilos, por las cuidadas avenidas de fino césped, con prados de petunias y a la sombra del árbol del coral (en flor en estos días) en el viejo Parque Forestal...que parece revivir.

Es como si, eliminando el cuadrumvirato por el plebiscito del '80, el digno diario se complaciera en presentar, por fin, una copia feliz de la democracia de un señor presidente que ha tenido la discreción de no eliminar el uniforme, pero ostenta la banda presidencial, y "last but not least," gobierna con "une espèce" de Carta Fundamental. Ocurre entonces que funcionando la sociedad feudalmente hasta un punto no alcanzado en Chile en este siglo, la autoridad estructura la actividad económica—según se dijo, sin excluir la literaria de tal categoría—en torno a la tecnología. Se sirve del subproducto de la ciencia adoptando el modelo

económico importado de la metrópolis que pone al servicio de un sistema socio-político medieval cuya perpetuación en sus formas extremas era claramente anacrónico antes que la Unidad Popular diera comienzo a su desmantelamiento final. Esta coexistencia de feudalismo y tecnología fertiliza la crítica literaria que hemos venido llamando oficial. Pero hace también inevitable la existencia de otra que toma, según se verá, distintos aspectos para coexistir y desempeñarse con la independencia mínima, esto es sin renunciar totalmente al desarrollo. Una influencia a la otra o la desvía para evitar contrastes perjudiciales al sistema vigente: el mismo Ignacio Valente que descargó su artillería más pesada sobre *Los convidados de piedra*, elogia rapsódicamente *El museo de cera* y hay vasos comunicantes de ese y otro tipo, según lo dejó en claro Bernardo Subercaseaux en su presentación *La crítica literaria en Chile bajo el autoritarismo*, página dos.

De esa presentación y las demás sobre tal tema, podemos concluir, los que estamos lejos y afuera, que se han abierto en Chile espacios para el discurso de abajo, cuya eliminación coincidió con las desapariciones corporales del inicio del autoritarismo. Por tímida y tenue que parezca a la distancia la reanudación de ese discurso, como se hicieron desde la subida al poder de Jimmy Carter los escamoteos físicos (y no sólo de cuerpos sino también de costumbres familiares, formas de esparcimiento y hasta modas de vestuario, los pantalones femeninos o el largo de la cabellera de los varones), se manifiesta e integra la nueva imagen del régimen.

Siguiendo a Angel Rama en un artículo sobre Martí, hay, en realidad, dos críticas, pese a las variantes que se encuentran dentro de ambas. En las dos es posible hallar

falsas racionalizaciones que delatan los sistemas sociales represivos, pero hay, además, captaciones objetivas de la realidad y más altos niveles de conciencia y racionalidad derivados de que tanto el autor como la lengua y el propio sistema literario son productores de sentido que funcionan dentro del marco social.¹⁵

Lo soslayado hasta el momento, aunque implícito en el caso clínico, es la evolución de la crítica literaria chilena que por los sesenta parecía aún reinar desde el diario y la revista, dominada por la postura impresionista y extranjerizante de Alone, y la positivista de Silva Castro que la orientaba hacia lo puramente chileno, en general. A raíz del golpe pareció que se volvía atrás. Muerto Silva Castro y en pleno desvanecimiento Alone, Valente era el foco único, al menos para el público. En realidad la evolución estaba demasiado avanzada por su práctica periferal al periodismo, dentro y fuera del país. En Chile habían surgido en

torno a las publicaciones del oficio literario, o sea dentro de un "establishment" académico; y sus componentes ya hacían incursiones periodísticas que iban elevando los niveles del comentario. Para la presentación de ese crecimiento que le dio conciencia y conocimiento de las corrientes críticas que hemos venido mencionando, me remito a la clarísima exposición de Subercaseaux en la página dos de su ya citada contribución a nuestro taller. Sólo queda reiterar que el oficio había venido madurando visiblemente en los últimos 20 años, que pareció destinado a la extinción por un tiempo desde el 11 de septiembre del '73, pero por la tradición cultural cuya gestación se ha mencionado, por la coyuntura histórica, y por el traslado de su eje el campo académico, que en la actualidad funciona como puede: "con la exclusión de la vida pública de importantes sectores y la desarticulación de espacios sociales, con el consiguiente estrechamiento del universo ideológico-cultural."¹⁶ En buenas cuentas funciona, según se ha expuesto anecdóticamente acosado por "la censura y su contrapartida la autocensura," además del "fantasma de la cesantía ilustrada."¹⁷

Convendría, sin embargo, señalar que la aceleración del proceso histórico en estos momentos concuerda y coincide con fenómenos políticos metropolitanos que podrían afectarla. Chile ha dejado de ser el-que-recibe-las-bofetadas-de-la-Casa-Blanca con la elección del primer histrión que empuña el timón neocolonial, aunque no se le permita o no pueda hacer girar personalmente la rueda. Por otro lado, lo que no ha cambiado es el interés del mundo por la suerte del segundo país en destapar la verdadera orientación socio-económica de un continente que, junto con otras zonas del mundo, representa campos de concentración con alambradas invisibles pero de nombre cambiante: desestabilización, sanciones económicas, sin que se renuncie al ya muy gastado de bloqueo, usado estos días por Gran Bretaña. Pero ahí están con sus cámaras de muerte sin murallas, exterminando humanidad con el más solapado de los gases y sus inexorables ingredientes: el hambre y la miseria. Pero el caso de Chile sigue vivo y le sale a uno al encuentro en un film de Fassbinder o en la conversación de la gente no embotada por la hartura, según expuso un poeta holandés a un novelista angloamericano que vive cerca de Amsterdam, donde me tocó estar no mucho antes de nuestras reuniones.

Desde fuera entonces resulta ilusorio imaginarse el advenimiento de una comunicación ideológica sin espacios fijos, de una situación que permitiera reanudar el progreso a que se había llegado desde la universidad el '73. Porque si bien el terreno ganado no se ha perdido enteramente, tampoco permite seguir

incorporando nuevos métodos que indaguen la producción de sentido o los nexos entre el discurso literario y otros que estaban en vías de categorización. Pero si a pesar del mimetismo producido por la actividad publicitaria en torno al libro y su negocio con esmalte de vida social, hay que reconocer la existencia de organismos del tipo de FLACSO y CENECA, brotes del Instituto de Sociología de la Universidad Católica—dados a conocer con más amplitud al taller por Subercaseaux, miembro del segundo—no pueden ellos dejar de repercutir a pesar de las restricciones espaciales que el autoritarismo les impone. Aun tomando en cuenta las restricciones de tipo personal, algún oxígeno cultural generan, aunque sea teniendo que orientarse a la literatura desde las ciencias sociales muchas veces más por exigencias estratégicas que orgánicas. Si se añade a su funcionamiento la presencia permanente y ocasional de novelistas, poetas con voces escuchables dentro y fuera del país, cuesta creer que no contribuyan en alguna medida a la producción de una crítica literaria que se abre a pesar de todo. Porque aunque valore la cultura dando preferencia a la antropología, no excluye lo artístico.

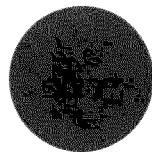
Pero ya lo dijimos al comienzo de estas reflexiones: la crítica literaria ha cambiado y sigue cambiando en todos los idiomas. No podemos en Latinoamérica, como en el resto del mundo, desconocer las presiones de la urgencia histórica. Se nos exigen otros enfoques que orienten las ciencias y su desbocada tecnología más allá de la miopía de los fines inmediatos: hacia la coherencia exigida a estas alturas por el mismo instinto de conservación. Es ello, en último término, lo que marca el rumbo hacia una crítica literaria que no excluya la dimensión histórica ni las herramientas de otras disciplinas. Articulada o no más formalmente, la integración de las críticas exiliadas con las que siguen existiendo en condiciones de heroísmo precario como la chilena—en pugna disimulada y sorda con la de los que defienden un espacio cultural administrado cognoscitiva y económicamente para defender lo vigente por medio del retroceso y la neutralización, según dejó en claro Subercaseaux—demanda precedencia, prioridad.

En suma, es indispensable estrechar relaciones dentro del oficio. La comprobación de la existencia de un modelo erigido en torno a los parámetros académicos estadounidenses lo comprueba. Una articulación más estricta y obvia como la que proponía en las páginas finales de mi esbozo, parece, a estas alturas, mucho menos necesaria y no sin riesgos. Como señala Hernán Vidal, convocador de nuestro taller, podría convertirnos en un grupo "productor de materia prima para ser refinada teóricamente en Estados Unidos."

Tal peligro podría combatirse diversificando las sedes de nuestros encuentros en forma que incluyera otros países. Esa posibilidad y sus dificultades de financiamiento podrían ser exploradas en una próxima reunión.

Notas

1. Hernán Vidal, *Para una redefinición culturalista de la crítica literaria latinoamericana*, 1982, p. 1.
2. *Ibid.*, p. 1.
3. *Ibid.*, p. 1.
4. En una entrevista aparecida en *Siempre!* (sic) del 16 de abril de 1969, Vargas Llosa afirma que las novelas son grandes cuando "contienen demonios que pertenecen a la colectividad y no sólo al novelista." Citado por Oscar Collazos en *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*, México, Siglo XXI, 1970, p. 10.
5. Vidal, p. 4.
6. *Ibid.*, p. 4.
7. *Ibid.*, p. 5.
8. Christopher Caldwell, *Reality: A Study in Bourgeois Philosophy*, Nueva York, 1970, p. 31.
9. Robert Scholes, *Structuralism in Literature*, New Haven and London, Yale University Press, 1974, p. 82.
10. *Ibid.*, p. 82.
11. El ensayo apareció con el título de *Los convidados de piedra, una lectura ecléctica*, año VIII, números 23-24, 1979.
12. Vidal, p. 2.
13. Collazos, p. 35.
14. Boris Eichenbaum, *Readings in Russian Poetics*, Matejka y Pomorska editors, MIT, 1972, p. 56.
15. Citado en *Trends and Priorities for Literature on Latin America*, ensayo inédito de Jean Franco, 1982, p. 5.
16. Bernardo Subercaseaux, *La crítica literaria en Chile bajo el autoritarismo*, 1982, p. 2.
17. *Ibid.*, p. 2.
18. Vidal, p. 8.



En Torno a la Crítica de la Literatura Cubana en Estados Unidos

Román de la Campa
*State University of New York
at Stony Brook*

Este breve ensayo intenta esquematizar algunos problemas de teoría, método y pedagogía que se presentan ante la crítica contemporánea. Busca tanto el planteo general como la aplicación a la particularidad cubana; para ello se emplean varias citas que organizan la presentación. Estas provienen, en orden, de: *Linguistics and Economics* (Rossi Landi), *The Political Unconscious* (Jameson), "Sobre la literatura como forma ideológica" (Macherey y Balibar), y "Un ejemplo de lucha contra el esquematismo eurocentrista en la ciencia literaria" (Desiderio Navarro).

El soliloquio de la textualidad

...But the fact is that we are now living in a neo-capitalistic régime: the structures of production press in on us from all sides, permeating more and more every aspect of our lives. It is no longer possible to ignore them. And lo and behold—what a novel idea!—the 'free, spontaneous, infinite activity of the spirit,' withdrawn from material production and reduced to linguistic production already is neo-capitalistically transferred from the Producer to the products and thus turns out to be perceivable within the *structures of the language*. The language, product and instrument, would contain itself the dimensions of infinitude...(Rossi-Landi)¹

Podríamos preguntarnos qué relación puede haber entre los reiterados conceptos de la arbitrariedad del signo, el triángulo de significación saussureano que excluye al referente, y la novedosa confección de la textualidad, con la lectura de Cabrera Infante, Severo Sarduy, Lezama Lima, y, en ciertos casos, Edmundo Desnoes. Si aceptamos que ésta suele ser la antología de la

literatura cubana que se nos presenta como último eslabón de la modernidad, la pregunta se hace imprescindible. Podría discutirse la participación de Lezama o la exclusión de Carpentier, ya que ambos complican las categorizaciones. Pero se puede partir de que estos narradores tienen obras reconocidas por ese marco conceptual del signo, tan frecuentemente acudido y escasamente explicado.

Suele presentarse una paradójica confusión al abordar este problema con demasiada precisión. Un caso paradigmático sería el de Julia Kristeva quien en su *Texto de la novela* define al signo en oposición al símbolo para señalar que no busca relación con ninguna realidad material. Luego, al final, declara su deuda con Lucien Goldmann, director de tesis, y con Roland Barthes, lector de la misma. Sabemos que para ambos, en modos distintos y particularmente en la época de ese libro (1967), la filosofía del lenguaje incluía al signo sin renunciar la exigencia de una relación con la materialidad. Tal parece que no importa cómo éste se usa o qué significado ostente sino que se conjugue.

No obstante el carácter movedizo de este terreno cabe simplificar un poco e intentar una explicación de trabajo que articule la utilidad del signo como filosofía. Por oposición a la onomatopeya se le dota un carácter epistemológico totalizador a la desvinculación entre la realidad material de las palabras y los objetos que designan. Se postula entonces que el lenguaje en general constituye una realidad distinta y arbitraria, inalcanzable por el mundo material. Entra aquí el ilimitado rejuego entre significantes y significados para redondear el deslinde dentro de lo literario: lo escrito corresponde a la relación entre signos y objetos nombrados que produce la literatura en forma autónoma, por ser una creación de lenguaje.

Buena parte de la crítica sociohistórica descarta esta teorización sin más, sin percatar su impacto en la lectura estructural y su ideologización para negar la historicidad. Sin embargo, de ahí provienen incontables nódulos empleados con total naturalidad en la crítica contemporánea. Cuando se remite a la índole del lenguaje como algo negativo, o a la autoreflexión de la literatura o al desliz del significante en la escritura, o audazmente a la historia como narratología, se conjugan postulados de gran valor de cambio cuya banca central se encuentra en esta teoría. Pero, no es tan fácil descartarla a pesar de que se use generalmente sin conocimiento de causa, ya que montarle una crítica requiere integrar el estudio científico del lenguaje como base integral para las ciencias sociales y culturales. Ni en Cuba ni en Estados Unidos existe tal tradición, al parecer.

Si nos dirigimos de nuevo al grupo de autores que esta noción privilegia y define notamos primero que convierte a la literatura cubana en un fenómeno de total abstracción, de producto desconectado de una realidad cultural autóctona, o en una burla de sus utopías y mitos. Nótese que este es un proyecto totalizador que excluye a toda literatura que tenga valor de uso para la cultura cubana: Nicolás Guillén, Onelio Jorge Cardoso, José Soler Puig, Manuel Cofiño entre otros. Los excluye porque no los conjuga, no los integra en la elaboración. Hasta José Martí queda ausente, a no ser que su ineludible explicitéz material lo convierta en un valor de contraposición binaria. Aun más, podría argumentarse que autores no identificados con la revolución, pero de obra marcadamente cubana serán negados por su especificidad cultural e histórica, salvo las obras depuradas, que sólo incluyan lenguaje. La literatura de Piñera, Triana y Cabrera Infante que sería incluíble, *Dos viejos pánicos*, *La noche de los asesinos*, y *Tres tristes tigres*, recoge esta división, el resto de su producción sería demasiado histórico o político, aunque los dos primeros remiten a la época anterior a la revolución y el último a la posterior.

Para los autores cubanos recién emigrados como Reinaldo Arenas, Antonio Benítez, José Triana y Heberto Padilla, la agrupación sugerida les ofrece posibilidades limitadas: entrar en un valor de uso para el exilio haciendo declaraciones políticas y análisis extraliterarios para los cuales tienen poca preparación, producir obras que desvinculen el signo de sus referentes históricos y culturales, o bien asumir puestos académicos con una autoridad más bien ideológica que académica. Para todos estos escritores la segunda opción será la más difícil y contradictoria. ¿Cómo crear sin cubanidad o en contra de ella, sin caer en esquemas ya transitados? Es probable que sólo Sarduy, por su rechazo de las otras opciones y su cultura teórica, libresca, o borgiana si se quiere, tenga éxito continuado dentro de este esquema hegemónico.

Poco queda de la realidad nacional como devenir histórico para el crítico de la literatura cubana si se parte de esta epistemología. Cuba es transformada en un conjunto de mitos burlados o lenguaje incorporado a una textualidad que atestigua la ironía del pasado y la vacuidad cíclica de toda hipótesis no literaria. El abismo entre significado del lenguaje y la referencialidad histórica reificado como base apreciativa y normativa no permite otra salida. Une, además, el proyecto creador con el crítico para separarse de una vez por todas del mundo cultural latinoamericano en su particularidad material. No es una escritura en tensión con la realidad social, ni tampoco una búsqueda de un sujeto burgués o proletario, perdido o emergente,

sino una elaboración neo-capitalista en el sentido más moderno, y si se quiere, estético de la palabra: es una teoría de la historia que busca comprobarse en la sintaxis de cambio de sus propios útiles. La cubanidad queda asimilada y superada por la literaturidad para satisfacer un consumo universalizado. Muy pocos productos y productores criollos dan la talla.

Para la crítica de la literatura cubana, dentro o fuera de Cuba, esta problematización merita ser reconocida y tratada en sus múltiples dimensiones. Se podrá argüir que este abordaje de un esquema teórico y su aplicación a lo cubano esquivaba la investigación semiótica que rescata las múltiples motivaciones (psicológicas, ideológicas, etc.), las cuales podrían aclarar si no complicar la falsedad inherente en la arbitrariedad del signo reificada como filosofía del lenguaje. También podría plantearse que la antología aquí ofrecida no recoge muestras de la literatura colonial, sobre la cual se producen trabajos de enfoque textualizante. A lo primero puede decirse que su impacto suele ser desconfiado por la crítica histórico-social o transformado orgánicamente por la ideología textual. A lo segundo cabe señalar que tal alegato confirma la hipótesis, ya que es el siglo XIX el que complicaría la reescritura, no la era colonial. Es más, el modelo de la palabra que viola, nombra y transforma la realidad cree hallar hartos recursos en las crónicas, a pesar de que la importantísima obra de Alejandro Lipschutz propone una lectura mucho más dialéctica y compleja.

El empirismo y sus sombras

It should not, in the present intellectual atmosphere be necessarily laborious to argue the position that every form of practice, including the literary-critical kind, implies and presupposes a form of theory; that empiricism, the mirage of an utterly untheoretical practice, is a contradiction in terms; that even the most formalizing kinds of literary or textual analysis carry a theoretical charge whose denial unmasks it as ideological. (Jameson)²

Podría plantearse que la crisis de la profesión crítico literaria en Estados Unidos es definible desde varios puntos de vista. Muchos sectores de izquierda, por ejemplo, considerarían que es una profesión cuya finalidad ha sido difundir el diversionismo ideológico, pero que se encuentra en crisis porque requiere mucho apoyo económico y ya no lo hace bien. Esto no se debería tanto al triunfo de la izquierda, ni a la aceptación de la crítica sociohistórica dentro del pluralismo, sino a los cambios dentro de la sociedad de consumo y a su programación cultural tecnológica. Plantear el valor de las humanidades y el hispanismo dentro de

este contexto se hace cada vez más difícil por razones muy concretas. Pensar que ha existido y debiera recuperarse un compromiso moral con el mantenimiento de la conciencia reflexiva sería superficial.

Se ha complicado la función del hispanismo tradicional de una forma ya irreversible. Intelectualmente ésto se registraba desde hace casi medio siglo en la investigación de Adorno, Horkheimer y otros que lograron teorizar la desaparición del sujeto burgués como eje productor y la nivelación entre la alta y la baja cultura. Pero el hispanismo en general, por su interés en el pasado, permaneció desentendido. El lapso usual de unos cincuenta años para la inclusión de obras, autores o movimientos literarios en el código de lo aceptable ha sido una realidad constatable en nuestra profesión. La ilusión de la subjetividad creadora decimonónica o la ontologización de su pérdida ha sido un ideograma trascendental e incuestionable, hasta hace muy poco. Pero ahora, de pronto, su razón de ser es puesta en jaque por la sociedad de consumo: estudiantes enajenados de la lectura; cuestionamiento de "lo literario" por parte de múltiples disciplinas; necesidad de adquirir escasos fondos gubernamentales o de fundaciones y de moldear el proyecto de investigación para que quepa dentro del código programado; departamentos obligados a transformarse en empresas que rindan de otro modo, y otros factores.

Ya no se puede tomar por sentado que la literatura y la crítica funcionen dentro de un espacio privilegiado por grandes obras de incuestionable valor. Por lo tanto, el empirismo—esa práctica de comentar la belleza o la verdad de las obras sin tomar conciencia de la relación teórico-ideológica que ello implica—se encuentra expuesto. Curiosamente es un fenómeno que entrecruza barreras ideológicas. La conocida práctica de reducir la crítica a notas ligeras en Cuba, por ejemplo, ha llegado a convertirse en un género acrítico. Se discute la tendencia, sobre todo en revistas como *El Caimán Barbudo*, pero sin muchos éxitos. La notable desigualdad entre los trabajos de autores extranjeros y cubanos que allí se publican, con raras excepciones, destaca más que nada cierto empirismo. Por otra parte, la política cultural fundamentada en lo que se llama la "línea histórica" de los grandes autores como Martí requiere mucho más reconocimiento de la labor teórica cultural. Podría decirse que la hipótesis cultural cubana parece privilegiar la producción literaria al vertir considerables recursos en talleres, publicaciones, premios, etc., mientras que descuida el ámbito de la reflexión. Mucha de la crítica suele ser la nota preciosista entre los mismos escritores.

El empirismo de la crítica en Estados Unidos es mucho más

arraigado, y responde también, inevitablemente, a la ideología del preciosismo y la sensibilidad, o pasión por literatura. Es capaz de asimilar el desfile de modas que podría verse en el transcurso de la filogénesis, estilística, new criticism, estructuralismo y postestructuralismo, siempre y cuando estos modos se mantengan ligeros, sin mayores exigencias teóricas. Ha sido notado que la investigación de Derrida es una cosa, y la asimilación del mismo por la profesión en Estados Unidos, otra.³ El concepto de la intertextualidad, por ejemplo, ha sido reducido a la antigua contaminación o búsqueda de antecedentes, pero con nuevo vigor. No se estudia como una noción dialéctica que sería útil para destacar la maestría de Fernando Ortiz cuya obra sintetiza discursos antagónicos y rescata la historia material cubana sin versión literaria, o las múltiples voces populares en los cuentos de Cardoso, o el diálogo debate entre discursos literarios y sociales que realiza Cofiño. Al contrario, la intertextualidad suele convertirse en el registro de fuentes literarias en la factura de los textos, ya de modo algo más sistemático, pero sin contradicciones.

Se puede concluir que el empirismo se manifiesta como la expresión crítica del preciosismo, y que éste ya no puede contar con una aceptación universal de lo literario. El mismo acontecer de la realidad capitalista lo ha complicado. Ello no implica, sin embargo, que no persista como ideología. Es palpable que el discurso de lo literario se viene definiendo a sí mismo en oposición binaria a los discursos ideológicos. Ya no es un espacio marginal sino central y politizado por oposición a lo que asuma conciencia histórica o ideología. De ahí la confección teórica de lo literario como institución en sí y para sí. En cierto modo ésta es la respuesta que le exige la sociedad de consumo a las humanidades hoy día: producir tecnología o ideología, y mejor si se combinan.

From our present standpoint, however, the ideal of an immanent analysis of the text, of a dismantling or deconstruction of its parts and a description of its functioning and malfunctioning amounts less to a wholesale nullification of all interpretive activity than to a demand for the construction of some new and more adequate immanent or antitranscendent hermeneutic model...(Jameson)⁴

Tanto la Nueva Trova como el cine cubano demuestran un nivel muy complejo de producción cultural. Se capta en ellos una labor dialéctica que no sólo hace fluir un contenido cultural autóctono en una forma estética, sino que como forma en sí ha adquirido valor de cambio dentro y fuera del país. En algunos casos, el lenguaje visual o auditivo de estas creaciones constituyen toda una poética materialista. Piénsese en la canción "El Papalote" o en la película "La última cena." Ambos géneros son además productos

de discusión y reflexión teórica. Nótese que la revista *Cine Cubano* ha publicado muchas discusiones dirigidas a la formación intelectual de los cineastas cuyo paralelo esperaba encontrar un observador en la esfera teórico literaria. Lo mismo podría decirse de la Nueva Trova cuyo *modus operandi* ha sido, desde los sesenta, un debate directo y crítico con el pueblo cubano. Ambas producciones se han nutrido y son producto de la reflexión y la búsqueda, tanto como de la inspiración individual.

Resulta pues, imprescindible que la crítica literaria cubana en Estados Unidos percate la complejidad de un nódulo cultural cada vez más amplio. Si el hispanismo ha perdido su inocencia también se puede argüir que asistimos al surgimiento de una culturología que abre nuevas fronteras. Si el preciosismo busca ensimismarse ello se debe en gran parte a la apertura de los estudios interdisciplinarios y sus muy variados aportes en el deslinde ideológico. Autores como Jameson parecen decir que en esta coyuntura yace la oportunidad de apropiarse metodologías múltiples, aún de carácter hermenéutico para un marco teórico más amplio y eventualmente dialéctico. Claro está, el llamado a una integración entre el marxismo y el estructuralismo es ya un lugar común. Más que una realidad se ha convertido en una intuición y reconocimiento mutuo.

Sería azaroso postular el futuro de esa alianza o dudar que algunos investigadores se sientan cercanos a ella, pero es innegable el valor de una posible ciencia cultural que integre las orientaciones discursivas y las sociohistóricas. La textualidad como ideología se nutre de una definición cada vez más especiosa de lo literario; sus recursos metodológicos, sin embargo, provienen de investigadores generalmente formados en múltiples disciplinas. Adquirir la técnica de análisis para analizar a Borges u Octavio Paz no debe confundirse con la afirmación de sus postulados teórico e ideológicos; quizá se deba invertir el planteamiento y postular, por ejemplo, en el caso de Paz, que la apropiación de oposiciones binarias en sus textos abre el camino para demistificar su visión de la historia. En todo caso se hace latente la disyuntiva: hay un caudal técnico y teórico cuya utilidad puede problematizar la ideología literaria en torno al estudio de la cultura, los discursos y la forma literaria en su valor de cambio.

La embajada departamental

La objetividad de la literatura es su intervención necesaria en el proceso de determinación y de reproducción de las prácticas lingüísticas contradictorias de una lengua común, donde se realiza la eficacia ideológica de la escolarización burguesa. (Macherey, Balibar)³

Es el discurso de la literatura el que induce, el que proyecta en su seno la presencia de lo 'real' sobre el modo alucinatorio. (Macherey, Balibar)⁶

¿Cuál es la realidad cubana que enseña un crítico literario a través de la escolarización norteamericana? Algunos dirían que esta pregunta no es válida puesto que la literatura es un mundo autónomo. Pero entonces cabe insistir en qué modo es cubana. No cabe duda que la lectura da una visión de la realidad y que la selección que se le dé al estudiante la determina. Cuando un especialista en literatura latinoamericana se pasa años estudiando español académico y cultura a través de las historias literarias su correlato objetivo existe, aunque sea mayormente lingüístico. En un reciente ensayo Jean Franco escribe: "Little wonder that Borges has become the guru of University circles, since his stories both flatter the reader's smartness while diverting skills into the harmless zone of a game of solitaire...In this sense they are indeed modern, for they school the reader into that free floating adaptability which has become the very requisite of modernization under advanced capitalism."⁷

Suele pensarse que los departamentos de lenguas extranjeras funcionan como embajadas culturales que exhiben monumentos literarios que atestiguan sobre todo la grandeza espiritual de un pasado burgués. De ahí que la inclusión latinoamericana en el museo siempre sea difícil, al igual que el procesamiento de lo moderno en general. Hoy en día se discuten los estudios hispánicos atisbando la posibilidad de un tratamiento menos desigual hacia lo latinoamericano, pero no es muy convincente. Además el cuadro se complica con lo hispano en Norteamérica, que algunos querrán llamar exilio, y otros parte de la realidad hispana o latina en Norteamérica. El flujo demográfico, político y literario del continente exige la problematización del ya caduco esquema que pretende estudiar castellano con todas sus implicaciones coloniales.

Si se permite una precisión técnica ante este problema se podrá entrever que la praxis departamental es digna de estudio. Se sabe, por ejemplo, que las oposiciones binarias de Saussure (*langue/parole*) y Chomsky (*competence/performance*) irrumpen la dialéctica entre una lengua sistematizada y su uso histórico por el hablante, en otras palabras, dividen la diacronía de la sincronía. Los departamentos proceden binariamente al dividir los estudios entre *literatura/lingüística*, *graduado/subgraduado*, *castellano/americano*. Puede decirse que su oposición más profunda sería: *manuscritos/vivencias*. No es necesario recalcar qué lados se favorecen, ni que hay excepciones que intentan

conectar la división dentro de lo posible. Pero vale destacar la unidimensionalidad del producto y reconocerlo como una realidad en gran modo ideológica. Independientemente del enfoque representativo de un departamento su franquicia intelectual suele ser un corpus de lenguaje normalizado (reading list) que remite irremediabilmente a ese sistema binario.

En una lista de lecturas departamentales, ¿bajo qué criterio aparece la literatura cubana? ¿Cómo integra un especialista en literatura latinoamericana esos 300 años de historia que van de las crónicas a Sarmiento desde un marco conceptual castellano, sin recurrir a *El problema racial en la conquista de América* de Lipschutz, *Las venas abiertas de América Latina* de Galeano y *El arpa y la sombra* de Carpentier? ¿Aparecen éstos en las listas? Hay, sin duda, una imperante necesidad de estudiar las listas de lectura como discurso departamental, compararlas con las de otros, y publicar un estudio al respecto. Lo que un departamento normaliza como corpus es una posición ante el lenguaje y la literatura que hoy en día—en el caso del español en Estados Unidos—no puede permitirse las clásicas oposiciones binarias de los departamentos tradicionales. No se trata de un idioma extranjero, ni de un museo, sino de un lenguaje y una cultura hemisférica mucho más dinámica y compleja. El tercer mundo latinoamericano se acerca a los profesores de literatura.

El análisis de la escolarización realizada en torno al hispanismo podría proponer varias posibilidades de cambio, que a su vez reconocerían el efecto ideológico de esa práctica y el efecto pragmático, ya que se participa en una realidad socioeconómica. A un nivel esto señala la necesidad de armar un nuevo corpus en forma y contenido. Esta sería una labor editorial. Antologías de obras o trozos de obras para que puedan ser leídas en las aulas norteamericanas. Ejemplos cubanos serían Ortiz, Marinello, Martínez Villena, Lydia Cabrera, y muchos otros cuya obra no está en forma intercambiable como textos. Esto sería ampliable a la producción de video-tapes, distribución de películas y redacción de metatextos que acompañen, articulen y provean un marco conceptual para el estudiante y el profesor, en algunos casos. Esta labor podría dinamizar la escolarización y llevar, en el caso cubano, conciertos y debates de la Trova, teatro popular, recitales, discusiones entre escritores cubanos, la problemática del machismo en una película como "El retrato de Teresa," y muchas otras posibilidades. No significa esto abandonar el aula, sino modernizar sus lenguajes. Puede parecer, a primera vista, como una labor estrictamente empresarial o industrial, pero en realidad es mucho más; nótese que disuelve o conecta cada una de las

oposiciones binarias aludidas: sería tan formativa para la educación graduada o postgraduada como para el rango inferior, forjaría una dialéctica entre lo lingüístico y lo literario en torno a los lenguajes de la cultura y de comunicaciones en sí, y, sobre todo, hace posible que las vivencias y los textos compaginen.

Este programa tendría, además, una incuestionable intelectualidad ya que requeriría una capacidad técnica y sociohistórica de análisis. El estudiante, graduado o subgraduado, estaría capacitado de una forma mucho más pragmática que si sólo pudiera dedicarse a una profesión de escasos puestos caracterizada por la exigencia de hacer trabajo indeseable por muchos colegas (lenguas) hasta que se salve un día (lo literario) y trabaje con estudiantes especiales (graduados). Esta programación podría también incorporar vitalmente al mundo cultural hispano en Estados Unidos ya que la definición del objeto literario pasaría a la nueva concepción de un nódulo cultural. Finalmente, la falsa oposición entre lo ficticio y lo real quedaría traspuesta por el estudio de cómo las formas literarias y culturales producen ambos efectos, ya sea en relación a un contenido referencial o al contenido de cambio en que la forma en sí es conjugada.

La inducción tercermundista

Abra la Teoría Literaria de Wellek y Warren...Limitadas a las grandes lenguas indoeuropeas, las bibliografías están atrasadas hoy un cuarto de siglo y tres cuartos del planeta. En cuanto al índice de los nombres propios, ¡qué opiniones! Shakespeare a tutiplén; Chikamatsu, que bien lo merece, no es citado una vez...Ni un solo Ibn...¿Qué pensar de una teoría literaria que desatiende las retóricas árabes e hindúes y escamotea las obras chinas y japonesas? Que no trata siquiera de integrar en sus resúmenes todo lo que sabemos ya sobre las literaturas semíticas, finougrias, turco-mongolas y malayas, y a la que le importan un bledo las literaturas orales del Africa y lo que subsiste de las obras precolombinas; que diserta sobre el poema y la versificación sin dar a las gacidas, a los rubayat, a los che, al gadzhal, al ts'eu, al pantum, al haiky, al waka, etc., lo que por derecho corresponde. (René Entiemble, citado y traducido por Navarro)⁸

Un hecho que habla de la supervivencia del eurocentrismo metodológico entre las filas de los investigadores marxistas europeos, es que, sin quitar una sola palabra de las citadas críticas de Entiemble a la Teoría Literaria de Wellek y Warren, ellas son igualmente válidas para los principales manuales soviéticos de teoría literaria: los de Timoféev, Pospélov y Abramóvich, así como para la más ambiciosa y fecunda tentativa soviética de elaborar una teoría literaria: los tres valiosos tomos de *Teoría de la literatura; Problemas fundamentales a una luz histórica*, preparados por un equipo de científicos del Instituto de Literatura Mundial "Máximo Gorki" de la Academia de Ciencias de la URSS. (Desiderio Navarro)⁹

Pocos han sido los intentos de investigar problemas teóricos y metodológicos de la literatura en Cuba. Cuando han surgido, como en el caso de Fernández Retamar, su impacto ha sido notable, precisamente porque han intentado polemizar las bases epistemológicas de la disciplina. Su ensayo *Calibán* sigue siendo combatido más de diez años después de publicado. Independientemente de la certeza que se le quiera adherir, puede constatarse que interrumpió los canales de codificación consagrados y sacudió al empirismo. Algo semejante podría decirse de su libro *Para una teoría...*, el cual motiva el trabajo de Navarro aquí citado. El problema de la abstracción deductiva tratado por Retamar en ese libro es retomado por este otro investigador cubano.

Interesan sus citas del francés no marxista Entiemble, quien considera el eurocentrismo de Wellek y Warren como "un vestigio del imperialismo europeoyanqui,"¹⁰ al igual que el señalamiento de que tanto marxistas europeos como algunos investigadores soviéticos pueden, y suelen caer en ese esquematismo de la institución literaria. Lo mismo podría decirse de latinoamericanos de diversas ideologías, ya que el fenómeno inherente al empirismo y la ideología de lo literario tiene profundas raíces. Podría discutirse si ese famoso libro de Wellek y Warren sigue siendo vigente, pero no resolvería el problema, ya que la lectura de América a partir de la escritura europea ha asimilado orgánicamente el inmanentismo anterior: ambos remiten al eurocentrismo; nótese el toque modernizador de Paul de Man: "To become good literary historians, we must remember that what we usually call literary history has little or nothing to do with what we usually call literature, it merely confirms that the bases for historical knowledge are not empirical facts but written texts, even if these texts masquerade in the guise of wars or revolutions."¹¹

Retamar y Navarro remiten a la obvia lucha ideológica entre la realidad material y la lingüística que es a su vez el eje paradigmático para el estudio de la historia latinoamericana. No creo que pudo haber sido otra la orientación de Alejo Carpentier al escribir *El arpa y la sombra*. El impacto de la escritura del siglo XIX ante la Independencia, el de las crónicas ante el descubrimiento y el del signo desprendido de su primera materialidad en una etapa posterior, sugeriría que Carpentier quiso tomar partido en esta pugna. La novela busca una fusión dialéctica, evapora la dicotomía entre literatura y representación de la realidad empírica y redime una contrariedad mucho más dinámica: la necesidad humana, material y espiritual, individual y

colectiva, en la cual convergen las escrituras, los lenguajes del sincretismo cultural, la tradición oral y la expresión de la materia natural. Se complica así la noción de que la identidad cultural latinoamericana es producto de la literatura europea.

Sin embargo el eurocentrismo que se ampara en el aparato teórico de la textualidad no va a desaparecer del panorama a causa de esta novela. Si acaso la rechazará. Ello sólo indica que hay un debate intelectual hartamente intrigante en la disciplina crítico literaria, que ostenta un perfil ideológico insoslayable. Una de las posibles respuestas requerirá tematizar la literatura latinoamericana en una forma mucho más clara y coordinada. Habrá que dirigirse a la periodización sobre el tapete de una forma mucho más creativa, en búsqueda no sólo de interpretación sino de teorizar. Sobre el siglo XIX, por ejemplo, habría que abordar la escritura del proyecto independentista en torno a contradicciones estrictamente americanas para rescatar ese discurso ausente de la realidad étnico/material. En la época colonial se podría integrar la investigación de las culturas indígenas como lectura paralela o antagónica a las crónicas; compárese a Lipschutz u Ortiz con Octavio Paz sobre esta temática para un descubrimiento aleccionador.

Habrán muchos más y mejores ejemplos de esta tematización aquí sugerida. De hecho existen ya trabajos que se aproximan a la misma búsqueda. Es útil, sin embargo, el concepto de la escritura en este sentido ya que le presenta a la crítica la noción de verse a la par de la literatura y no como satélite o parásito; no tanto para presumir talento creativo en el sentido tradicional de la palabra sino para reconocer su capacidad de acompañante ideológica de los textos y en cuanto a la necesidad de escribir o reescribir lo que estime válido, necesario y posible desde un punto de vista conceptual. No está codificado el valor estético de la campaña alfabetizadora cubana, por ejemplo, aunque hay novelas cubanas como *El capitán veneno* que lo tratan. La novela de testimonio permanece ignorada. Ni siquiera hay buenas antologías de textos que recojan y valoren el género del discurso político. El bloqueo contra la nación cubana ha tenido efectos palpables en el área cultural y la visión de ella obtenible en el exterior. Por ello la crítica cubana, aquí y allá, y la latinoamericana en general que se interese por esta región del mundo en una forma históricamente progresista, tendrá que ser mucho más activa y asumir mayor responsabilidad intelectual. Es palpable que la creación literaria hoy día depende más y más de los canales codificados por el sector crítico del capitalismo avanzado, que luego se ofrece al mundo subdesarrollado con la objetividad universal que hasta hace muy

poco, y quizá todavía, procuraba la teoría de Wellek y Warren.

Notas

1. Ferruccio Rossi Landi, *Linguistics and Economics* (Mouton: The Hague, 1975), p. 175.
2. Fredric Jameson, *The Political Unconscious* (Cornell University Press: New York, 1981), p. 58.
3. Frank Lentricchia, "Derrida, History and Intellectuals," *Salgamundi*, No. 50-51 (Fall 1980), pp. 284-301.
4. Jameson, p. 23.
5. Macherey, Balibar, et. al., *Para una crítica del fetichismo literario* (Akal editor: España, 1975), p. 31.
6. Macherey, Balibar, p. 39.
7. Jean Franco, "The Utopia of a Tired Man: Jorge Luis Borges," *Social Text* (Fall 1981), p. 78.
8. Desiderio Navarro, "Un ejemplo de lucha contra el esquematismo eurocentrista," *Casa de las Américas*, No. 22 (Sept.-Oct. 1980), p. 88.
9. Navarro, p. 88.
10. Navarro, p. 90.
11. Paul de Man, *Blindness and Insight: Essays in the Rhetoric of Contemporary Criticism* (Oxford University Press: New York, 1971), p. 165.

Crítica Literária e Debate Ideológico Num Quadro de Fechamento Político

Heloisa Buarque de Hollanda
Universidade Federal do Rio de Janeiro

Partimos da premissa geral de que toda opção metodológica ou qualquer tipo de abordagem crítica tem fortes implicações ideológicas, servindo, portanto, a interesses específicos de grupos localizados em diferentes posições numa dada estrutura de poder. No Brasil, nos anos 70, a voga do Estruturalismo na área da crítica literária, aliada ao contexto político-institucional daquele momento, constitui-se num caso interessante a ser observado e analisado. A turbulência política que regeu o Brasil nestes últimos 18 anos não deixou incólume o ensino da literatura e a práxis da crítica literária.

Durante a década de 60, no contexto da utopia revolucionária e da efervescência cultural que determinavam, prioritariamente, o debate universitário, a crítica marxista de Lukács e Goldmann constituíam-se, no meio acadêmico, como o instrumento por excelência para a abordagem de caráter progressista do texto literário.

Pressionada pelo enrijecimento da censura e da repressão política, a crítica e o ensino da literatura, abandonando o debate de idéias, voltam-se para a exigência do aperfeiçoamento meramente técnico de seus instrumentos teóricos e conceituais.

A Universidade, no correr dos 70, conheceu de perto o significado da desintegração e do vazio. Experimentando os efeitos da "limpeza" promovida pelo regime 68/69, torna-se um território apático e atônito, praticamente interdito à discussão da realidade do país. A intervenção do regime na Universidade se faz sentir—além dos casos concretos de demissões em massa, "aposentadorias" e "exportação" de alguns dos nossos melhores intelectuais—num clima de medo e desconfiança que atinge as

próprias salas de aula e a praxis universitária no dia-a-dia dos professores e alunos. Os já lendários "listões" de demissão, a proibição da adoção de certos autores, tidos como indesejáveis, a constante ameaça da legislação repressiva e a própria infiltração policial, tornam extremamente penosas as condições para o trabalho intelectual, especialmente nas áreas das ciências sociais e do homem.

Vive-se num clima geral de "competência" e "qualificação", com a extrema valorização das áreas técnicas, capazes de atender às exigências de formação de quadros para as novas empresas privadas ou estatais. À sofisticação técnica corresponde uma grande dificuldade para as abordagens críticas que tentem problematizar aspectos da realidade que o Estado prefere manter inquestionados.

Abre-se um campo fértil para as abordagens tecnicistas, com boa cotação para o behaviorismo, a economia neo-clássica, o funcionalismo norte-americano etc etc. O próprio marxismo em pauta—o "althusserianismo"—é tomado sintomaticamente num sentido muitas vezes acadêmico e mesmo técnico, mais preocupado com sua epistemologia do que capacitado a fornecer novas interpretações da realidade brasileira.

Na crítica literária, assiste-se a emergência do estruturalismo. Lukács e Goldmann dão lugar a Lévi-Strauss, ao formalismo russo e às novas correntes do estruturalismo europeu.

Não se trata de estabelecer uma vinculação mecânica entre a repressão às abordagens da tradição marxista e o surgimento dessas novas tendências na crítica. Ainda que, certamente, não sejam fenômenos isolados, essas relações são complexas e considerá-las numa hierarquia de causa e efeito seria por demais simplificado.

O Estruturalismo é praticado neste momento de formas diversas e, se em alguns casos dá lugar a um estéril jogo de esquemas, em outros, vai estar, sem dúvida, contribuindo, para um avanço qualitativo da crítica.

É importante observar que a polêmica relativa ao estruturalismo é um fenômeno localizado prioritariamente no Rio de Janeiro, uma vez que a produção teórica de São Paulo—especialmente aquela ligada à orientação do Professor Antônio Cândido—desenvolve um trabalho no sentido de uma crítica de fundo sociológico e marxista dando continuidade e profundidade aos estudos realizados na década de 60.

Voltando à polêmica em torno do estruturalismo, ela se desenvolve inicialmente no ambiente universitário, alcançando um espaço mais amplo com a publicação dos trabalhos

Estruturalismo e Teoria da Literatura (Luiz Costa Lima), *O Estruturalismo e a Miséria da Razão* (C. N. Coutinho), *O Estruturalismo dos Pobres e Outras Questões* (J. G. Merquior) e com seu registro na imprensa alternativa.

Os temas gerais dessa discussão que ocupou por algum tempo o interesse e o espaço de jornais, mesas redondas, simpósios e debates em salas de aula, referiam-se, prioritariamente, à adesão ao estruturalismo como imediatamente referenciada às dificuldades políticas daquela hora. Essa adesão resumiria, segundo A. C. Brito, “a violência do impasse ao mesmo tempo existencial e intelectual de nossa vida presente”, ou, como intervém J. G. Merquior, discutindo as condições concretas do nosso ambiente universitário: “se o estruturalismo é em si mesmo uma inutilidade, muito útil se torna estudar as condições de florescimento do estruturalismo dos pobres, o que é a melhor maneira de desmistificá-lo”. Por sua vez, C. N. Coutinho, conhecido teórico marxista, se opõe abertamente à “formalização radical e à completa negação dos elementos ideológicos contidos nas objetiváveis estéticas que defendem em concordância com o “espírito da época”—uma crítica literária “neutra”.

A presença desse debate entre tendências de crítica literária no início dos anos 70, longe de guardar características de mera discussão acadêmica, investe-se de um evidente sentido político, e expressa, mesmo, um instante de luta ideológica no campo intelectual. Numa situação de isolamento e de dificuldade de circulação do discurso político mais direto, a intelectualidade liberal parece encontrar no campo do debate cultural, um lugar possível para a problematização de questões políticas.

Essas discussões, muitas vezes, voltam-se sobre a própria intelectualidade e seus instrumentos de análise. A crítica como produção entra em pauta. Discute-se, agride-se, cria-se uma política. Uma política que, ainda que confinada ao âmbito institucional e acadêmico, abriu brechas para a discussão mais geral da universidade brasileira tecnocrática e acrítica: a falta de alternativas, a desarticulação com a realidade nacional, o medo, a reformulação do espaço acadêmico.

No Brasil, a partir de 74, com a crise do “milagre econômico”, uma série de redefinições e remanejamentos começam a ser operados na vida política e cultural. Em ritmo “lento, gradual e seguro”, o Estado passa a gerir, sob o governo Geisel, a crise que se anuncia na vida brasileira. Nas brechas das divergências que podem ser observadas no interior do poder e diante do crescimento da insatisfação popular, vai-se constituindo o espaço para a retomada do discurso político e dos movimentos sociais.

Por toda parte, emergem, na área acadêmica, encontros, congressos, debates e pesquisas que ensaiam a recuperação de reflexão sobre a realidade político-econômica do país. Nas Universidades, os centros acadêmicos e os diretórios voltam a ter seus postos disputados em movimentadas campanhas, enquanto a União Nacional dos Estudantes (a extinta e proibidíssima UNE) tenta resgatar seu antigo prestígio na cena política.

Sob os novos ventos liberalizantes, a distensão do período Geisel transforma-se no processo de "abertura" do governo Figueiredo. Nesse momento, assiste-se a uma intensa participação dos intelectuais nos quadros da militância partidária bem como o empenho na discussão política mais explícita.

Depois de um período extremamente difícil para o livre exercício da crítica e da produção acadêmica, os nossos intelectuais parecem, com certa justiça, fascinados com a perspectiva de se expressar e de se organizar politicamente.

Neste ambiente de efervescência, a produção literária se volta para a recuperação da memória recente que vive um súbito prestígio nas formas do relato, da experiência romanceada, do depoimento pessoal. Na área universitária, ao lado de uma certa dúvida sobre a natureza real e os destinos da chamada "abertura", o balanço e a reavaliação dos "erros" e projetos da década de 60 parece ser o eixo das publicações e debates de intelectuais, professores, estudantes.

Às vésperas das esperadas eleições de 15 de novembro, que de certa forma consolidarão a perspectiva de democratização no país, a produção acadêmica aguarda *em suspense*.

Algumas Grandezas e Misérias Da Crítica Teatral no Brasil

Yan Michalski
*Uni-Rio Universidade
de Rio de Janeiro*

A crítica teatral tem desempenhado, no panorama da vida teatral brasileira, um papel substancialmente diferente daquele por ela exercido nos chamados países desenvolvidos. Para tornar claras as características específicas dessa função, cabe fazer em primeiro lugar alguns comentários sobre as especificidades dos veículos através dos quais a crítica se exerce; ou seja, sobre o mercado editorial brasileiro.

Assim como o próprio teatro, a imprensa brasileira tem sido, através dos tempos, um fenômeno predominantemente elitista. Em que pese a sua sob vários aspectos muito boa feitura jornalística, e a sua—sobretudo em alguns momentos históricos—considerável influência sobre a formação de opinião pública, os grandes jornais representativos da visão do mundo da classe média—*Jornal do Brasil* e *O Globo*, no Rio de Janeiro; *O Estado de São Paulo*, *Diário da Tarde*, *Folha de São Paulo*, em São Paulo—difícilmente ultrapassam a fronteira dos 300,000 exemplares diários: cifra bastante pouco significativa num país de mais diários: cifra bastante pouca significativa num país de mais de 120 milhões de habitantes. E mesmo as tiragens de alguns jornais assumidamente popularescos, de impressionante penetração nos subúrbios e periferias das duas grandes cidades, apresentam tiragens insignificantes, quando comparadas às dos jornais congêneres europeus ou norte-americanos.

A mesma coisa, diga-se de passagem, se dá em relação ao mercado editorial dos livros: uma tiragem normal costuma variar entre 2,000 e 3,000 exemplares, e só alguns raros *best sellers* alcançam, em sucessivas re-edições, cifras comparáveis com as rotineiramente atingidas em outros países.

Por aí já se vê que apesar de alguns progressos alcançados nas

últimas décadas na luta contra o analfabetismo, o hábito de leitura permanece ainda muito incipiente no Brasil, e constitui um monopólio quase exclusivo de pequena elite que teve acesso à escolaridade superior, e que traz do berço uma tradição familiar de consumo da matéria impressa.

Quando juntamos este dado à constatação da pequena popularidade do teatro—apesar de todos os esforços de popularização, o público até hoje concentra-se quase exclusivamente na classe média e na burguesia, e seus totais estão ainda longe dos que podemos encontrar em cidades européias ou norte-americanas de tamanho semelhante ao do Rio ou de São Paulo—torna-se evidente que o número de pessoas efetivamente interessadas em ler críticas especializadas em teatro não chega a ser propriamente impressionante.

É o que explica que uma crítica de caráter ensaístico nunca tenha conseguido firmar-se no Brasil, basicamente por falta de veículos adequados. Desde que comecei a acompanhar a vida teatral brasileira, assisti ao nascimento e à morte de várias revistas especializadas, que se propunham a preencher esse espaço vazio. A mais longeva delas—*Teatro Brasileiro*, por volta de 1955—conseguiu chegar ao modesto marco de 10 números antes de falecer. Eu mesmo cometi recentemente a imprudência de organizar a publicação de uma revista intitulada *Ensaio: Teatro*, cujos cinco números que conseguiram sair foram lisonjeiramente comentados pelos seus poucos leitores; mas depois que o último desses cinco números não conseguiu vender mais do que 600 dos seus 3,000 exemplares, não havia como deixar de constatar a inviabilidade da continuação. O Instituto Nacional de Artes Cênicas (ex-Serviço Nacional de Teatro), órgão governamental evidentemente não sujeito às injunções comerciais, publica esporadicamente uma revista intitulada *Dionysos*. Na sua atual fase, seus excelentes números monográficos, cada um dos quais dedicado a um importante movimento teatral brasileiro de 1940 para cá, se têm constituído numa proveitosa contribuição de enfoque historiográfico, muito mais do que de uma reflexão analítica sobre o teatro da atualidade.

Na virtual ausência de um terreno em que a crítica ensaística possa se desenvolver, praticamente toda a produção crítica tem sido escoada pela imprensa não especializada: os diários e, secundariamente, os semanários. Mas as colunas de teatro ali publicadas assumiram frequentemente características muito diferentes das que prevalecem em outros países, onde a crítica exercida em jornais não especializados raramente passa de sumárias resenhas sujeitas às pressões da atualidade jornalística imediata.

E preciso dizer que a imprensa diária brasileira teve, durante boa parte de sua história, uma certa tradição de *beletrismo*. Vários romances do passado hoje considerados como clássicos de novelística nacional foram originalmente publicados em forma de folhetins em jornais diários. Enquanto os preços baratos do papel o permitiam, praticamente todos os principais diários mantinham alentados *suplementos literários* nos quais algumas das melhores cabeças do país escoavam a sua produção intelectual, e que traziam às respectivas publicações boa dose de prestígio (mesmo se eram lidos, provavelmente, por uma parcela insignificante dos consumidores dessas publicações). E quando tais suplementos começaram a desaparecer, por evidente inviabilidade econômica, no próprio corpo dos jornais continuou existindo um generoso espaço para o exercício de uma discussão crítica que ultrapassava amplamente as fronteiras do *reviewing* clássico, e procurava preencher na medida do possível o espaço deixado vazio pela inexistência de revistas especializadas.

Surgiu, assim, no campo específico da crítica teatral, um tipo algo híbrido de artigos, que claramente não era mais uma crítica jornalística no sentido convencional, embora permanecesse até certo ponto atenta aos condicionamentos da atualidade jornalística; mas ao mesmo tempo não chegava a assumir os aspectos teóricos da crítica ensaística, embora dela se aproximasse sob alguns aspectos. Relendo hoje os brilhantes artigos através dos quais Décio de Almeida Prado cobria n'*O Estado de São Paulo* o movimento teatral paulista dos anos 50 e 60, ou revendo as minhas próprias matérias de há uns 15 anos atrás, quando um único espetáculo merecia não raro três artigos seguidos, de até 150 linhas cada, dou-me conta de que hoje em dia esse trabalho seria uma autêntica excrescência, em termos de imprensa diária; embora, é claro, uma excrescência altamente estimulante para o crítico, permitindo-lhe ousar um vôo mais alto do que aquele que lhe seria normalmente possível num órgão não especializado.

Que função concreta podia exercer tal crítica híbrida? No que diz respeito ao papel, tão importante nos Estados Unidos por exemplo, de aconselhar os espectadores na escolha dos seus programas, de determinar os sucessos e os fracassos, a sua influência foi sempre diminuta. Entre os espetáculos recordistas de bilheteria muitos foram os mais massacrados pela crítica; e, vice-versa, muitos trabalhos calorosamente elogiados fizeram carreiras das mais mediócras. Em compensação, essa crítica híbrida assumiu, até onde lhe foi possível, uma função didática. Sabendo da pouca tradição teatral do país, e portanto do público, ela empenhou-se—é difícil dizer se conscientemente ou não—em

tentar passar ao público recursos úteis para uma melhor fruição da experiência teatral: despertar sua atenção para os principais elementos de que um trabalho teatral é constituído, estimulá-lo a questionar criticamente cada um desses elementos, mostrar-lhe quais desses elementos funcionavam bem e quais não, e por que. É provável que ela tenha cometido ocasionalmente naturais erros de enfoque; que tenha às vezes cedido à tentação de considerar-se um pouco dona da verdade e que tenha com alguma frequência adotado critérios de julgamento colonizados—já que a formação pessoal de cada um dos críticos era quase inevitavelmente colonizada, tanto quanto a formação do próprio teatro brasileiro. Mas nos seus melhores momentos e através dos seus melhores expoentes, ela deve ter ajudado os seus (provavelmente pouco numerosos) leitores no seu aprendizado enquanto espectadores de teatro.

Por outro lado, o espaço de que ela dispunha possibilitava-lhe comentar criticamente não apenas realizações isoladas, mas também a vida institucional do teatro nacional. Num país cuja burocracia cultural foi quase sempre marcada pela ineficiência e falta de lucidez, a política dos poderes públicos em relação ao teatro, quer relacionada com os critérios de distribuição ou utilização das verbas, quer destinada à criação de uma infraestrutura necessária para o funcionamento do teatro, foi sempre rigorosamente analisada e questionada pela crítica, que muitas vezes chegou a influenciar beneficentemente o orientação dos órgãos responsáveis pelo setor. E nos períodos em que o teatro foi quase sufocado pela falta de liberdade de expressão—como foi o caso do período de 1964 a 1978, de modo particularmente drástico—ele encontrou nas colunas teatrais da imprensa uma trincheira na medida do possível combativa (ou seja, na medida em que os jornais gozassem de uma liberdade maior do que a concedida ao teatro).


Atualmente, com a crise econômica que esvazia os bolsos da classe média consumidora dos jornais, com a disparada dos custos de produção da imprensa, com a competição cada vez mais selvagem que se apoderou do mercado, com a televisão conquistando progressivamente espaços antes reservados à imprensa, com o decréscimo do peso dos argumentos de prestígio cultural em proveito dos argumentos de vendagem, parece que as empresas jornalísticas deram-se conta de que estavam sustentando um excrescimento. Qualquer pesquisa de opinião pública mostraria provavelmente que a cobertura crítica não só do teatro como de quase todas as áreas de cultura estava entre os setores menos lidos dos jornais, e poderia ser útilmente—em termos comerciais—

substituída por matérias vinculadas a conceitos de consumo mais fácil. Daí à supressão de colunas críticas em vários órgãos de imprensa, à limitação do espaço e à reformulação da abordagem das colunas ainda sobreviventes foi apenas um passo. Na cobertura da área cultural pelos jornais sente-se hoje uma ênfase muito maior nas matérias de reportagem, entrevista, etc., alegadamente de comunicação mais fácil com o leitor médio e não especializado, do que nas matérias opinativas de discussão crítica. Um jornal do gabarito e da tradição do *Jornal do Brasil* lançou mesmo uma inovação de inegável repercussão publicitária, embora de contribuição duvidosa para o nível da discussão sobre o fenômeno teatral: a *crítica do leitor*, publicada diariamente em pílulas de duas ou três frases, e a *cotação de leitor*, presente também diariamente sob forma de *estrelinhas* (de uma até cinco) atribuídas pelos leitores aos diversos espetáculos em cartaz. A publicidade dessa inovação veiculada pela emissora de rádio da mesma empresa estimula o público a consultar as cotações "dadas pelos críticos mais especializados do *Jornal do Brasil*: os seus próprios leitores."

A inovação lançada pelo *Jornal do Brasil* é sintomática, na medida em que traduz uma corrente de anti-intelectualismo que, sob outras formas, pode ser sentida no conjunto da grande imprensa brasileira, através de progressiva redução e fechamento dos espaços dedicados à discussão crítica de assuntos culturais e artísticos (e que, diga-se de passagem, não incide sobre os espaços de discussão de temas políticos ou econômicos dos mesmos jornais). Simultaneamente, um fenômeno semelhante manifestase no próprio teatro, no qual predomina cada vez mais um repertório assumidamente escapista e comercial. "Divirta-se!" parece ser uma palavra de ordem que está no ar, que é docilmente seguida pela maioria do público, e à qual tanto os produtores de teatro como as empresas de comunicação de massa acabam se submetendo, provavelmente por considerar que só assim conseguem manter, ou se possível ampliar, o interesse dos seus consumidores.

É curioso que tais correntes de anti-intelectualismo costumam ocorrer nos momentos históricos em que regimes repressivos têm interesse em restringir o campo da discussão crítica; enquanto no Brasil de hoje o fenômeno se produz justamente num momento de chamada *abertura* política, e quando a imprensa goza de uma liberdade de expressão sem paralelo nos últimos 18 anos. Eventuais explicações talvez pudessem ser encontradas no terreno econômico, mais do que propriamente político: quando a luta pela sobrevivência se torna particularmente difícil, como ocorre

entre nós atualmente, há uma tendência natural para eliminar tudo aquilo que não for de primeira necessidade—e a discussão crítica sobre teatro certamente não o é; e para dar prioridade, por um lado, a discussões de caráter concretamente utilitário e, por outro, a derivativos escapistas capazes de facilitar um momentâneo esquecimento dos aspectos mais duros do dia-a-dia.



Literary Criticism and African Writing in Portuguese: State of the Art

Russell Hamilton
University of Minnesota

Before attempting to describe the state of an elusive art, some explanations and definitions may be in order. First, the term African literature is often used, perhaps even usually used, to encompass both writing and oral expression. Etymologically speaking, however, the word literature derives from "letter," and "letter" refers to "graph." Thus, the commonly-used "oral literature" is a contradiction in terms. In the last several years, however, some Africanists have taken to using "orature" to distinguish oral expression of "literary" value from literature *per se*. The distinction goes beyond a desire for exactitude in that it establishes a frame of reference for the very different social, cultural, and aesthetic dynamics that obtain in the two often related, but always separate categories.

In the African context orature most usually involves indigenous languages. Conversely, African literature can be written either in a non-African or African language. But for a number of reasons, not the least of which being the lack of a standardized alphabet for many African languages, languages of European origin predominate as the vehicles for African literature—at least for the present and foreseeable future. To take the case of Nigeria, where in colonial times missionaries early developed alphabets for several of the indigenous languages, and, after independence, government language planners standardized alphabets and grammar, the way was paved for the emergence of several ethnic literatures, including Yoruba, Igbo, and Hausa. Nevertheless, the national literature of Nigeria has continued to be that which is written in English.

In Lusophone Africa very little in the way of ethnic literature

exists—and this due to the peculiar history of Portuguese colonization as well as to the very recent political independence of the five former colonies (Guinea-Bissau, Mozambique, Cape Verde, Angola, São Tomé e Príncipe, in the order in which they became independent). Historical factors, like the banning of the use of any language other than Portuguese in the mission schools (where the majority of the few Africans who attained the status of “Civilized” received primary and secondary instruction), the wholesale closing of these schools for protracted periods, and the resulting illiteracy among the native population (upwards of 95% in Angola and Mozambique), worked effectively against any viable ethnic literatures (and reading public for them) both before and after independence. And we can all but discount the small body of literature (mainly poetry) in the Portuguese-based creoles of the equatorial islands of São Tomé e Príncipe and the Cape Verde archipelago. This “popular” writing, which emerged around the turn of the century and, in the 1930’s, reached a high point in Cape Verde, was produced by and for members of the small indigenous bourgeoisies. Essentially the same can be said for the occasional poem written in the Kimbundu of Angola or the Ronga of Mozambique. It is thus understandable that the vast majority of the revindictory and contestatory poems and stories that began to appear in Lusophone Africa in the 1930s (in Cape Verde) and in the 1940s (in Angola, Mozambique, and São Tomé e Príncipe) would be written in Portuguese (albeit, a Portuguese often laced with Africanisms or creolisms, and otherwise somewhat distinct from the metropolitan tongue). And the fact that Portuguese has been the principal language of poetry and prose fiction in these African territories has much to do with the kinds of criticism and commentary that have accompanied that literature since its inception. And I use criticism here to encompass the range of literary studies, from theory to history. To the extent that the literature in question is the result of a process of acculturation, it stands to reason that the criticism that accompanied it has likewise been attached to Western theories and methodologies. Therein lie some of the major problems and tensions inherent in the social and ideological factors of Lusophone African literature and criticism.

Thus, without holding to rigid classifications, we can, for convenience sake, divide Lusophone African criticism into several categories based on who produces it, when, for whom, and from what perspective. The first significant category consists of an official or semi-official criticism produced during colonial times by agents of and sympathizers with the dominant Portuguese,

supranationalist ideology. This supranationalist criticism served to justify what we can call a "*literatura ultramarina*;" and "*ultramarinismo*" is a concept that justified empire. On the other hand, in the colonies themselves and in the Metropole a "*clandestine*" criticism challenged the hegemony of the officially-sanctioned *ultramarinistas*. Two thoughts come immediately to mind: first, that there must have been a *literatura ultramarina* and a *literatura clandestina*; and secondly, that the *ultramarinistas* most certainly must have had the upper hand as far as concerns outlets for their literary production and critical commentary. All this is true, particularly the *ultramarinistas'* control of the means of editorial production, the existence, since the 1930s of official censorship, and the vigilance of the secret police.

The situation was not always clear cut as regards the distinction between *clandestinos* and *ultramarinistas*; or at least the latter critics worked constantly to appropriate poetry and stories perhaps intended to contest the dominant ideology. On the other hand, the *clandestinos* often found themselves in a state of editorial dependence and obliged to resort to subterfuge in order to evade the censor. Censorship and outright repression naturally had a direct relationship to political activism or just the perceived expression of "subversive" attitudes. Thus, prior to the outbreak of the nationalist guerrilla war in Angola in 1961, a literature of cultural revindication was deemed only marginally offensive and often worthy of being appropriated by the propagators of supranationalist ideology. Even with the wave of book bannings, the closing of cultural organizations and their presses, and the arrests of militant writers in the 1960s, the appropriation process went on, in part, as a means of shoring up Portugal's international image.

A detailed account and analysis of the curious relationship and the tensions that existed between *ultramarinista* and *clandestina* criticism fall outside of the limits of this brief assessment of the state of the art. Thus, although aware that overviews can lead to oversimplifications, I attempt here to go to the meat of the problem with a minimum of details and specific references to names and works. As it happens, both *literatura ultramarine* and *literatura clandestina*, despite the enormous ideological differences of their ultimate objectives, shared much in common with each other with respect to themes and style. I should qualify this assertion by saying that some "*clandestine*" works lent themselves to *ultramarinista* commentary. While the *ultramarinistas* sought to legitimate exotica as part of the empire's highly touted human and cultural diversity, some *clandestinos*,

who ranged from liberal reformists to nationalists, looked to revindicate a traditional Africa. This cultural revindication, often with racial overtones, varied from colony to colony, with Cape Verde, in particular, displaying the greatest degree of ethno-cultural originality in the so-called Portuguese space. In simple terms, the exotica of the *ultramarinistas* and the cultural/racial revindication of the *clandestinos* met on the common ground of something akin to Negritude. I say something "akin," because Negritude has been used loosely to label a multitude of black ideologies. Thus, I use Negritude to cover the gamut of black specificity, cultural nationalism, pan-Africanism. The important point is that the *ultramarinistas* presided over a marriage of convenience between Negritude and Lusotropicalism—the latter being the major ethno-cultural and emotional-ideological component of Portuguese macroethnicity and supranationalism. Portuguese officialdom, by embracing Lusotropicalism, was cashing in on the first Brazilian ideology for export. And at first glance, Negritude, as an ideology, seems inimicable to Lusotropicalism and to the official Portuguese colonial policies of civilizing mission and assimilation. Over a period of about three decades, however, Negritude was gradually accommodated to Lusotropicalism with the aid of some African writers, who might otherwise be considered *clandestinos*, and with the blessing of some foreign critics, who might otherwise be considered to be opposed to Salazar's New State policies.

At this point I must make a few specific references in order to elaborate the phenomenon of the Negritude-Lusotropicalism marriage. The first reference is to Francisco José Tenreiro (1921-1963), who was born on the island of São Tomé to an African mother and a Portuguese father, and spent most of his short life in Portugal. He was educated there, and there he became the highest-ranking African in the Portuguese government. Besides serving as a deputy of the Portuguese National Assembly, Tenreiro was also a professor of geography at the University of Lisbon and a recognized authority on colonial affairs. Paradoxically, Tenreiro was also a poet who wrote orthodox Negritude verse, not unlike that of Senghor and Césaire, both being the founding fathers of the black, Francophone intellectual and literary movement. Tenreiro wrote a major essay titled "Acerca da Literatura Negra" (c. 1956), in which he defends Negritude as an open and fraternal dialogue between Africa and Europe. This laundering of Negritude's "anti-racist racism" (to use Sartre's well-known characterization) obviously aided its accommodation to Lusotropicalism. Nevertheless, Tenreiro, as a Negritude poet, an intellectual, and a

literary critic was generally acceptable to the most militant *clandestinos* and to the official *ultramarinistas*.

The case of Tenreiro leads to a second important reference, namely Mário de Andrade, a prodigious Angolan intellectual and anti-colonialist activist and writer. In 1953, Andrade, who studied in Portugal for a time, collaborated with Tenreiro on the organization of the first anthology of "Black Poetry of Portuguese Expression," in the introduction of which the two African intellectuals set forth some of the first notions on the form and content of a Lusophone African literature. In the mid-1950s Andrade went into self-imposed exile in Paris, where, in 1956, he was a member of the Angolan delegation at the First Congress of Black Writers and Artists. Of this gathering of black artists and writers from Africa, the Caribbean, and the United States, Andrade wrote that "there I witnessed the brilliant manifestations of Negritude." But by the Second Congress, held in 1959, also in Paris, Andrade had joined other African and West Indian intellectuals (including Franz Fanon) in questioning the continued validity of Negritude as a weapon in the struggle for national liberation. And in 1962 Andrade travelled to the United States where, at Columbia University, he delivered a lecture on "Literature and Nationalism in Angola" This talk (later published in the Paris-based journal *Présence Africaine*) was the second of Andrade's frontal attacks on Lusotropicalism and Negritude.

Outside of the Portuguese sphere of influence, Andrade had the freedom to give vent to his anti-colonialist sentiments, and he often used commentary of the "clandestine" literature of the Portuguese African colonies as his *modus operandi*. Meanwhile, in Portugal the struggle between the *ultramarinistas* and the *clandestinos* continued (struggle, of course, is a manner of speaking, since the former has all the big guns). Nevertheless, this struggle occasions another reference; namely, the Casa dos Estudantes do Império (CEI—House of Students from the Empire), a social organization founded in the late 1940s, by Angolan university students in Lisbon and Coimbra. Although initially sanctioned by the Salazar regime, the CEI rapidly became a breeding ground for genuinely clandestine political activism on the part of African and some Asian students (from Goa and Timor) and a number of Portuguese liberals and progressives. One such Portuguese progressive was Alfredo Margarido, who, in 1964, authored an essay called "Negritude e Humanismo" (obviously a direct translation of the title of Senghor's well-known essay "Negritude et Humanisme") that was published by the CEI.

Margaridos's essay pulls few punches in denouncing Negritude as divisive and anti-progressive. There is little wonder that the nefarious International Police for the Defense of the State (PIDE) saw fit to close down the CEI in 1964. And with the closing down of the CEI, Lusophone African literature suffered a near fatal blow, and "clandestine" criticism came to a virtual halt in the entire Portuguese sphere. The way was thus clear for the consummation of the marriage between Negritude and Lusotropicalism in the official realm of Lusophone African literature and criticism.

Up to this point I have discussed criticism outside of the five former colonies where, presumably, most Lusophone African literature was written, if not published. In truth, there was little in the way of literary criticism in the ex-colonies; and for reasons we can readily understand: the intellectual isolation of would-be critics, few outlets for critical books and articles, and censorship being three of the most apparent reasons. In Angola and Mozambique a few African-controlled newspapers (some dating back to the turn of the century when republican liberalism resulted in a kind of proto-nationalism among members of the small black and mestiço petty bourgeoisie) did afford outlets for occasional commentaries on matters of culture. The emergence of a more or less coordinated cultural-literary movement in Angola, in the late 1940s, early 1950s, did result in a rather sparse and fragmented literary criticism. To a certain extent, the same metropolitan tension between *ultramarinistas* and *clandestinos* characterized the situation in the then colonies. There were, however, some differences. And these differences had to do with the fate of Negritude as a literary movement and an intellectual, ideological strategy. The fact that cultural revindication, with racial overtones, attended the first moments of Angola's (and to a somewhat lesser extent Mozambique's) cultural-literary thrust, the multi-racial composition (black, white, and mestiço) of the movement, and the socialist orientation of many of the writers served to undercut the ideology of racial exclusiveness. A related factor is the proprietorial, sometimes defensive posture assumed by many native-born and/or raised Angolans of the three racial groups (but especially those of European origin) vis à vis the metropolitan Portuguese residing in the colony. This defensiveness applies also to the "Native Sons of Mozambique," an association of "second-class whites" (as they were vulgarly referred to) who banded together in Lourenço Marques, beginning in the 1930s, to defend their political, social, and economic rights in a structure dominated by metropolitan Portuguese, or,

popularly, "first-class whites." Unlike what occurred in Luanda, Angola, where intellectuals from the three racial groups met on a common political ground, the native-born white Mozambicans comprised a segregated group. Out of this group emerged a small nucleus of intellectuals and writers who, by the early 1960s, formed a kind of cultural fief that controlled an appreciable area of literary production in the then colony, and whose members propagated literary tastes predicated on universalist norms. Although some of these writers and critics acknowledged the presence of a problematic related to an African reality in Mozambique, they generally tended to view literature as literature and to belittle writing that served the interests of a particular region, group, or cause as provincial, lacking in artistic value, or pamphletary. A "clandestine," revindicatory literary current did develop in Mozambique, starting in the post-World War II years. But this current lacked the volume that impelled the corresponding cultural-literary movement in Angola, and it was accompanied by an even more fragmented critical commentary. In pre-independence Mozambique, literary criticism, some of it quite sophisticated by Euro-American standards, was squarely in the hands of the Euro-Mozambican fief.

To a greater or lesser degree in all of the colonies, "clandestine" literary production and critical commentary went from cultural revindication (with racial overtones, in the early stages), to social protest, to combativeness. The path was strewn with such obstacles as censorship and repression as well as with the ambivalences of some *clandestinos*. And these autochthonous movements often ran afoul of the intrusion of some well-meaning and some clearly opportunistic "outsiders," many of whom were in a position to exercise a kind of benign, or blatant, paternalism by virtue of their access to institutional structures.

The tiny colony of Guinea-Bissau was little more than a trading post, and thus lacked any significant indigenous bourgeoisie out of which an intellectual elite could emerge. And the equally tiny island colonies of São Tomé e Príncipe, while they did see the emergence of a creole elite, also lacked the conditions for the establishment of institutional structures comparable to those developed in Angola and Mozambique. On the other hand, Cape Verde, that group of small islands lying about three hundred miles due west of the Senegalese coast, constituted a unique social and cultural phenomenon in the so-called Portuguese space. Briefly stated, the archipelago's early decline as a plantation-based economy, the ensuing centuries of neglect on the part of the Metropole coupled, paradoxically, with Portugal's use of Cape

Verdeans as human buffers in the other "uncivilized" colonies, plus Cape Verde's strategic location in the Atlantic sea lanes, all contributed to the rise of a formidable indigenous bourgeoisie on the windward islands of São Vicente and São Nicolau and the leeward islands of Santiago, Fogo, and Brava. In the early 1930s Lusophone Africa's first autonomous cultural-literary movement was launched in Cape Verde. Not only did members of the intellectual elite sustain literary production at a relatively intense rate, they also legitimized their creole culture with a viable criticism. This criticism began as a justification of the intellectual elite's perception of Cape Verdean society as a unique blend of African and European human and cultural elements. A sense of the archipelago's creole uniqueness led members of the elite to exalt Cape Verdeanness over Africanness. Thus, Gabriel Mariano, a poet and short story writer, wrote "Negritude e Caboverdianidade," (1958) an essay which essentially denies Negritude's relevancy in the creole archipelago. In 1959 Mariano published an article called "Do Funco ao Sobrado ou o 'Mundo' que o Mulato Criou" (From the shanty to the big house, or the "world" that the mulatto created). The shanty-big house metaphor traces the social and economic climb of the mestiço; but despite the fact that the mulatto presumable created this society, and was thus in control of his own destiny, this sense of Cape Verdeanness could not help but play into the hands of the Luso-tropicalists.

In a very real sense, Cape Verdean literature was born full grown, unlike the case of Angola or Mozambique where writing had to go through a maturation process within its colonial quasi-illegitimacy. Cape Verdean literature's real or imagined autonomy led to its unique status in the colonial period, in the eyes of both the *ultramarinistas* and the *clandestinos*. However, some Cape Verdean members of the latter group would challenge some of the premises of a time-honored Cape Verdeanness. The challenge was based on militant social consciousness and the claim of Cape Verde's social, political, and cultural destiny as inextricably linked to that of sub-Saharan Africa, rather than to a self-contained, autonomous, creole reality. Amílcar Cabral (1924-1973), founder and Secretary-General of the African Party for the Independence of Guinea and Cape Verde (P.A.I.G.C.), launched the first published challenge; and he did so as a literary critic in his essay "Apontamentos sobre a Poesia Caboverdiana" (1952; Notes on Cape Verdean Poetry). Writing in *Cabo Verde: Boletim*, a government-run publication, Cabral praised the original propagators of an authentic Cape Verdean literature, but

suggested that the time was ripe for a new, more socially-committed literature. This critical line would be taken up by Onésimo Silveira, a Cape Verdean writer who, after stints in São Tomé and Angola, lived in China and then Sweden until independence in 1975 (he currently lives in New York, where he works for the United Nations). In 1964 Silveira's *Consciencialização na Literatura Caboverdiana* was published by the CEI in Lisbon. And this long essay became the rallying point for what has come to be known as *anti-evasionismo*. A group of militant intellectuals saw the chief architects of Cape Verde's cultural-literary movement as having evaded the question of the islands' endemic social and economic ills as a direct result of colonialism. These accusations were mitigated, however, by Cape Verdeanness and a creole ethos that nurtured the anti-colonialism of even the most fervent nationalists.

Returning to the question of categories and the who, for whom, when, and where of Lusophone African criticism, we can venture to say that by the mid-1960s this critical writing, along with the literature it attended, had slowed to a trickle in the colonies and in Portugal. What there was of substance, with respect to the critical writings of militant intellectuals from the then embattled colonies, was published in places like France and Algeria by seasoned anti-colonialists like Mário de Andrade. In Portugal, the literary establishment had never paid much attention to whatever cultural expression came out of the colonies; and this because of poor distribution of works, lack of interest, or the belief on the part of liberal and progressive critics that the literature in question was generally tainted by Lusotropicalism. Also, those underground works that did make their way into the hands of Portuguese critics were too hot to handle in a country where censorship held sway. On the other hand, many critics on the left were just as Eurocentric as their liberal and reactionary counterparts who largely ignored African writing or who paid homage to its exotic place in a supranationalist cultural context. There were some notable exception, of course; the most notable being Manuel Ferreira, a Portuguese progressive (a member of the then clandestine Portuguese Communist Party), who throughout the late 1960s and early 1970s fought the good fight with essays and articles on African literature of Portuguese expression published in the few remaining liberal and progressive journals, like *Seara Nova* and *Vértice*. As one might expect, however, some of Ferreira's critical articles were rejected and others were heavily censored by the vigilant authorities.

Thus far, nearly all of the critical writing we have been

discussing is content-oriented, whether it be from the *ultramarinistas'* impressionistic-chauvinistic perspective or from the *clandestinos'* ethno-cultural, neo-realist, nationalist point of view. And in their overview of the phenomenon of Lusophone African writing, the *ultra-marinistas* wrote from the standpoint of positivistic historicism, while those *clandestinos* most in touch with Marxian theories, like Mário de Andrade and Alfredo Margarido, attempted to approach the subject on the basis of dialectical and historical materialism. In all cases, these critics, perforce, addressed very limited readerships. In an important way, the history of Lusophone African literature and criticism has been, up until independence, an effort to get the attention of the rest of the world. The reasons for these efforts on the part of the nationalists are obvious; what is interesting is the receptiveness, or lack thereof, on the part of the rest of the world. At this juncture we might generalize by saying that little-known literatures are little-known by virtue of more than just their intrinsic artistic and philosophical value. They are eminently little-known to the world at large by virtue of the regional and international political status of the communities from which they spring and the level of the world prestige of the languages in which they are written. As far as Lusophone African writing is concerned, the above-stated considerations could occasion a long dissertation. Suffice it to say that the Lusophone African areas present us with a set of paradoxes in this regard. Approaching the problem from the angle of African and Africanist receptivity, we see varying, often contradictory levels of interest in Lusophone Africa and Lusophone African literature. On the one hand, in the 1960s and in the 1970s (before independence) a handful of Lusophone African poems and stories, in English or French translation, mainly, found their way into anthologies that covered the broad spectrum of African and "diaspora" writing. A reading of the introductions to these anthologies reveals that by and large the organizers of these volumes saw Lusophone African poetry as a significant tile in the black-African mosaic, but as peripheral to the Francophone and Anglophone mainstream literature (excuse the mixed metaphors) as the Dutch-language poetry of Curaçao or the Hispanophone writing of Spanish Sahara. Moreover, the colonial status of these Lusophone territories, nearly a decade after most Anglophone and Francophone African countries had been granted independence, led many African and Africanist anthologizers to view "clandestine" Lusophone African literature as just that: "clandestine." Thus, on political and linguistic grounds, Lusophone African literature was gently, but irrefutable,

relegated to the basement of a broadly-based African literary expression in search of its place in the international house of "legitimate" literatures.

Enter now another cadre of "-ists;" specifically, the Luso-Brazilianists, with the emphasis on Brazil. These mainly American academics had access to the works in question on the basis of their knowledge of the language. On the other hand, the works themselves were not all that accessible, and only a few bothered to seek them out. Those who did, like Gerald Moser, a recognized pioneer in the field, were more than likely motivated by the Germanic and Anglo-American concept of "university," in which all that exists or occurs is worthy of study. And in the realm of linguistic integrity, Lusophone African literature is, after all, Portuguese-language literature. Some Luso-Brazilianist and Portuguese and Brazilian critics and academics have taken a tact based, presumably, on the notion of a unified black experience in the Portuguese-speaking world. Such a notion would seem to be behind the book *Negritude as a Theme in the Poetry of the Portuguese-Speaking World* (1970) by Richard Preto-Rodas, an American Luso-Brazilianist (of Portuguese descent). Luso-Brazilianists, like Preto-Rodas, have not necessarily sought to become credentialized as Africanists or even as specialists on Lusophone African literature. Moser, however, did not stop at the frontier of Luso-Brazilian studies; he led Lusophone African literature into the Africanist establishment by introducing, in 1977, a section in the African Literature Association, an American-based organization of African writers and university Africanists.

Acceptance by the academic establishment and by the propagators of literary taste means that the African work is worthy of the scrutiny normally reserved for those mainly Western works that form part of the Grand Tradition. With respect to Lusophone African literature the works of a few "major" writers have already been subjected to such methodologies as structuralism. Specifically, the short stories and novels of the Angolan writer José Luandino Vieira, because of their verbal complexities, have occasioned a number of critical articles, particularly since independence. Those academic critics, chiefly in Portugal, Brazil, and the United States, who apply a structuralist or semiotic approach to literary texts, have found Vieira's works to be fertile ground for the cultivation of reductionist methodologies. Indeed, since independence, many Portuguese critics and American Luso-Brazilianists have, in effect, discovered Lusophone African Literature (and it might be noted that up to now much of the critical writing on this literature has been overwhelmingly

revelatory in intent). In some cases the incentives behind the discovery have been less than commendable, if not downright opportunistic, with respect to perceived marketability and career enhancement. Whatever the incentives, Lusophone African literature has begun to crack the cultural barrier, in Western and Eastern Europe, in the United States, and in Brazil. The combination of mainstream literary approaches, area studies, Third Worldism, and Africana has made for, or at least promises to make for a multifarious criticism and literary historiography.

In the emerging states of Lusophone Africa some valient efforts have been made, in the last two or three years, to mount an offensive aimed at institutionalizing national literatures through a home-grown criticism. Obviously, the obstacles are legion; for, on the one hand, as the high emotional-ideological pitch of nation-building begins to subside, and the clandestine has become the legitimate, writers and critics have to look inwardly (and outwardly, inevitably) for the means of concocting a theoretical base for the formulation of methodologies and approaches consistent with changing socioeconomic and cultural contents. Thus, the immediacy of post-independence euphoria has begun to slowly give way to the imperative of a contemplation predicated on the demands of an incipient national literature, exposed to international scrutiny. In the absence of a tradition of criticism, except for the less and less valid patriotic commentaries, the prevailing mood has been one of defensiveness in the face of an ever larger body of outside critical works. There seems to be a kind of ambivalence on the part of many Lusophone African writers and intellectuals; on the one hand they want the recognition "outside," while on the other hand they fear falling into a state of dependency and inferiority. Although the following quote may not be typical of Lusophone African thinking on the subject, it is symptomatic of the problem:

"A sineta de alarme foi puxada pelo escritor Pepetela, na ocasião do colóquio sobre 'Mayombe': *Enquanto não houver crítica literária, não há literatura nacional*, asserção discutível, mas que põe o dedo na ferida, numa das maiores enfermidades da literatura angolana, a saber: a ausência da crítica literária feita por angolanos."

(The alarm was sounded by the writer Pepetela during a colloquium on his novel *Mayombe: As long as there is not literary criticism, there is no national literature*, which, although a debatable assertion, docs zero in on one of the biggest ills plaguing Angolan literature; that is, the absence of an Angolan literary criticism produced by Angolans).

The quote appears in "Letras em Stock," October 4, 1981, a section on literature regularly included in "Vida & Cultura," a

supplement of the government-owned newspaper *Jornal de Angola*. Salvato de Menezes, the author of the quote, goes on to identify me as one who "escreve sobre a nossa literatura lá fora, cá para dentro" (writes about our literature out there for us here inside).

This could very well be a good point at which to end this commentary on the state of the critical art. But because I have already interjected a personal note into this overview, I might continue along that pine for a bit. By the way of self-justification, if not of defensiveness, I would say that not only does the "outsider" have the right, he or she has an obligation to pursue a course of critical commentary on African literature. Moreover, the non-Angolan who writes on Angolan literature should have more in mind than career enhancement; and he or she should understand the source of resistance, on the part of some nationals, to a perceived intrusiveness. The "outsider" should frame his or her criticism in such a way as to make a contribution to the toppling of cultural barriers raised by repressive forces in the West. After all, that is what it's all about.

La Ampliación del Corpus y la Función de la Crítica Literaria en América Latina

Guido A Podestá
University of Minnesota

Durante el segundo día de la Conferencia convocada por el Instituto para el Estudio de Ideologías y Literatura hubo un conjunto de intervenciones relacionadas directamente con dos problemas: el primero de ellos fue el de la necesidad de redefinir el corpus, mientras que el segundo atendió de manera especial, el rol de la crítica, y de quienes la realizan, en o con respecto a América Latina.

El presente trabajo tiene como objetivo volver a formular, ahora por escrito, algunos puntos que motivaron mi intervención en dicha Conferencia; se trata, por tanto, de un escrito posterior a la misma pero que reitera, con un poco de mayor amplitud lo ya planteado.

Estos puntos tienen que ver directamente con los dos problemas ya señalados pero, tal y como lo manifesté en su oportunidad, no se trata tanto de debatir o polemizar con otros planteamientos presentados en la Conferencia sino, sobre todo, de prestarle atención a algunos aspectos que corrían el riesgo de ser descuidados.

Por otro lado, tampoco intenté en dicha oportunidad plantear aspectos que tratasen de reafirmar lo que de común podemos encontrar en América Latina, pese a reconocer la importancia que esto tiene, sino que, por el contrario, traté de resaltar algunas particularidades para clarificar la relevancia que éstas tienen.

Finalmente, traté de resaltar una vez más, puesto que otros asistentes a la Conferencia ya lo habían hecho, el problema laboral que se tiene en América Latina, precisando su particularidad, para de esta manera poderlo relacionar con los problemas propios y característicos de los mercados internos latinoamericanos. Lo

propio hice cuando traté de fundamentar los motivos por los cuales se avanza tan rápidamente en lograr un consenso favorable en cuanto a la redefinición del corpus.

Quisiera precisar, antes del desarrollo de estos puntos, las limitaciones del presente trabajo, en el sentido de explicitar el carácter de su contenido: se trata básicamente de un esbozo que pretende ordenar algunas ideas motivadas por las discusiones habidas durante la Conferencia; no se trata, por tanto, ni de dejar por terminado el asunto ni tampoco de desconocer el esfuerzo que han desplegado otros investigadores, con anterioridad, y que avanzan en la misma dirección.

1. La redefinición del Corpus.

Son notorios los avances que se vienen logrando en la crítica literaria, pese a la adversa reacción inicial de algunos sectores, por tratar de incorporar nuevos problemas al campo de estudio de la literatura. Este es el caso de cuanto ocurre con las tiras cómicas, las telenovelas, las fotonovelas, las radionovelas, materiales periodísticos, avisos comerciales, etc. Esta nueva tendencia comprometió inicialmente a las Ciencias Sociales pero está comprometiendo ahora, sobre todo, a la literatura, obligando a una redefinición de conceptos tales como el de escritura y el de literatura mismo.

Esto se debe, como se ha venido afirmando, a que la redefinición del corpus presupone o trae consigo una redefinición del objeto de estudio y su campo específico. Hay nuevas premisas teóricas—estéticas e ideológicas—que promueven este cambio que considero plenamente justificado; mas allá de las limitaciones que aún se tengan para estudiar estos nuevos fenómenos—limitaciones derivadas, muchas veces, de la poca experiencia que todavía se sigue teniendo en el manejo de estos problemas—es indudable que quienes estudian la literatura no pueden ponerse al margen de estas expresiones culturales.

Al afirmar todo esto, tampoco podemos dejar de tomar en consideración la influencia que vienen teniendo ciertas condiciones objetivas—ya sea en las sociedades latinoamericanas o en Estados Unidos—al incentivar esta misma tendencia; así podemos comprobar que habiendo tenido esta tendencia sus orígenes en principios y concepciones de tipo ideológico, desde hace unos años se ha venido haciendo presente otro factor que es estrictamente económico. Probablemente a esto también se deba aquel sincretismo del que se nos hablaba en la presentación de la Conferencia. De tal manera que si bien esta nueva tendencia, al

igual que los estudios socio-históricos de la literatura, ha alcanzado algunas posiciones que son claves, no se han asumido con total incondicionalidad las concepciones teóricas que le sirvieron de fundamento.

Ambos factores han venido convergiendo en una misma dirección que de esta manera se ha solidificado; y al margen de la aceptación o no de todas sus premisas teóricas es indiscutible que va marcando una nueva etapa en el terreno del conocimiento no sólo de la literatura sino de la cultura en general.

Por eso es que queremos reconocer con entera claridad que este nuevo momento nos parece plenamente justificado y legítimo. Y la suerte que a la larga tengan las concepciones teóricas y estéticas que dieron origen a este cambio, dependerá, sobre todo, de los avances que se logren, y que reafirmen, a su vez, esa orientación, y no tanto de la aceptación de un consenso, que disuelva las discrepancias.

Así como la crítica literaria no se preocupó, durante mucho tiempo, por estudiar producciones literarias y culturales tales como las radionovelas, algo parecido ocurrió con lo que ellos sí reconocían como literatura. Y para hacer claro este punto vamos a recurrir a tres casos: el primero de ellos corresponde a cómo se ha tratado arbitrariamente el conjunto de la producción artística e intelectual de un escritor; el segundo corresponde a escritores cuyo trabajo ha sido prácticamente desconocido; y el tercero corresponde a determinados géneros literarios que han sido dejados de lado expresamente. Trataremos de explicar estos tres casos en relación a ejemplos concretos sacados de la literatura peruana.

César Vallejo es para muchos el poeta Vallejo y nada más; pese a que en algunos casos se maneja cierta información sobre los trabajos no poéticos de Vallejo. Pero ocurre que todo lo demás ha venido siendo descartado, por los principales críticos de Vallejo, como producciones sin valor artístico. Estas consideraciones han traído como consecuencia dos hechos concretos: el primero de ellos es que no son conocidos, ni se les da la importancia que tienen, los escritos teatrales, artículos periodísticos, ensayos y hasta narraciones de César Vallejo; y el segundo de ellos es que no se les considera importantes para explicar el trabajo intelectual de Vallejo.¹

En la Conferencia tuve oportunidad de detallar las condiciones en las cuales reencontré escritos teatrales inéditos de Vallejo, el año pasado, no escondidos bajo tierra sino depositados en la Biblioteca

Nacional del Perú; se trata de textos que se suponían extraviados y casi perdidos para siempre. ¿Podía considerarse ese hallazgo una casualidad? Considero que no; considero que en este caso, que estamos utilizando a manera de ejemplo, este hecho ha tenido que ver, sobre todo, con criterios de valor que en este caso concreto han atentado contra una parte importante del trabajo intelectual de César Vallejo. Asimismo encontraremos que estos criterios de valor, que a priori descartan ciertas obras, tienen una clara relación, en muchos casos, con preferencias de tipo ideológico y hasta político.²

En todo caso queda claro que—voluntariamente o no, conscientemente o no—el resultado concreto de este tipo de premisas es que gran parte de estos trabajos continúan siendo ignorados. Con lo cual seguirá siendo ignorado, en lo que se refiere a este ejemplo, mucho de Vallejo; si tomamos en cuenta, además, que el teatro fue una preocupación fundamental para él, desde que llegó a Europa hasta su muerte.

Este es, pues, un ejemplo claro de un problema que no debería pasar desapercibido; y entendemos que cuando hablamos, cada vez con mayor precisión, de la necesidad de redefinir el corpus, no deberíamos dejar de lado casos como el expuesto, en donde debido a criterios estéticos errados, por decir lo menos, se dejaron de lado, arbitrariamente, textos de suma importancia.

Se podrá aducir, no obstante, que en este caso como posiblemente en muchos otros, estos escritos teatrales, etc. no tienen importancia y llegan incluso a disminuir la calidad de tal o cual escritor. Pese a que considero que esto no es cierto en el caso de Vallejo, reconozco que esa es, sin lugar a dudas, una posibilidad; pero en todo caso es un asunto que no puede ser determinado a priori, sino que requiere ser demostrado recurriendo a argumentos que sean sólidos.

Pero más allá de estas posibilidades, si hacemos uso tan solo de premisas teóricas generales, al margen de tal o cual caso concreto, no podremos dejar de reconocer que cuando estudiamos la producción de un escritor no podemos limitarnos a realizar comentarios sobre lo que desconocemos; por otro lado, para el caso de muchos de nuestros escritores, estas pretendidas defensas en realidad no hacen sino esconder los gustos y la ideología de quienes hacen de críticos literarios.

El segundo caso—que corresponde a escritores cuya escritura ha sido completamente omitida y no tomada en cuenta por la crítica—se ha extendido aún más que el primero.

Los motivos, en este caso, son mucho más diversos y complejos,

aunque en algunos casos han tenido que ver simplemente con los gustos de la crítica literaria en ejercicio, y en muchos casos—especialmente en América Latina—se ha debido a una interpretación muy especial, y nada democrática, de la cultura nacional.

Ejemplo de este caso podría ser, en el Perú, Inocencio Mamani quien a pesar de haber sido dado a conocer, durante la primera mitad de este siglo, por la revista *Amauta* dirigida por José Carlos Mariátegui, mantiene hasta la fecha gran parte de sus trabajos literarios inéditos, compuestos en su mayor parte de textos teatrales. Igual destino han tenido tantos otros escritores que no fueron reconocidos como representativos de la cultura nacional ni por el Estado ni por las editoriales.

Casi todos sabemos lo que significa este tipo de silencio en países con una endeble industria editorial y un limitado mercado interno; pero de la misma manera hemos sido testigos o partícipes del entusiasmo y la perseverancia de quienes con una gran voluntad lograron publicar sus libros a costa de empeñarse por un buen tiempo o de convertir a sus amigos en improvisados mecenas.

El problema que enfrentan este tipo de escritores no se reduce sólo a lograr la edición de sus trabajos sino que una vez logrado esto se encuentran con que la crítica solo reacciona con el silencio; traduciéndose así los mismos criterios estéticos e ideológicos a los cuales nos hemos venido refiriendo.

Finalmente, queremos explicitar a qué nos referíamos cuando hablábamos, al comienzo de esta sección, de géneros que habían sido dejados de lado. Aquí podríamos hablar del ensayo pero también del teatro.

Del ensayo porque durante mucho tiempo no se ha reconocido la especificidad que éste parece tener al integrar intereses y preocupaciones de lo más diversos en América Latina, imposibilitándose de esta manera un debate en profundidad sobre el mismo.

Del teatro porque muy pocos le otorgan valor a la producción teatral habida en América Latina, por lo menos en lo que se refiere a los países andinos, de tal manera que se hace difícil tanto tener un cuadro general del desarrollo de este género como configurar con mayor coherencia la formación de las literaturas nacionales de estos países.

No hemos pretendido agotar, con estos ejemplos, todas las posibilidades que se relacionan con nuestro planteamiento; solamente hemos intentado llamar la atención hacia un aspecto

que tiene que ver directamente con la redefinición del corpus pero que por suponerse dentro de los límites de la crítica literaria tradicional podrían haberse dejado de lado. Como hemos podido apreciarlo esto no debe ser así.

Las mismas premisas y concepciones teóricas y estéticas que nos están permitiendo aceptar y promover el estudio de las telenovelas, tiras cómicas, periódicos, etc. son las que nos deben dirigir en la reconsideración del marco en el cual se ha venido estudiando la literatura; para superar las restricciones que arbitrariamente se han acostumbrado.

De lo contrario podemos correr el riesgo de descuidar aspectos y problemas culturales que son muy importantes para América Latina y dar por estudiadas e intangibles determinadas áreas que han sido restringidas debido a los principios con los cuales se estuvo estudiando la literatura.

Por eso, habiendo razones plenamente justificadas para fundamentar la necesidad de redefinir el corpus, en los términos ya planteados, igualmente las hay para todo cuanto se refiere a aquello que pese a ser literatura no fue considerada como tal por la crítica literaria que amparaba sus decisiones en un supuesto buen gusto, defensor sólo de obras maestras.

2. La literatura oral.

Ahora queremos llamar la atención sobre el espacio que pensamos debe ocupar la llamada literatura oral.

Pese a la aparente contradicción que se pudiese encontrar, inicialmente, entre estos dos términos utilizados como un solo concepto, no se podrá negar su importancia, ya que permite comprenderla como parte de las culturas y literaturas nacionales; ya que, además, se trata de la producción cultural de grupos sociales extensos que fueron excluidos por considerárseles iletrados por el solo hecho de no tener escritura a la manera occidental; es decir, por considerarse iletrados a quienes sólo lo eran en cierto sentido.⁵

José Carlos Mariátegui fue uno de los primeros en usar, en el Perú, este concepto de literatura oral, para referirse a la literatura oral indígena, como entonces la llamó. Este concepto, desde esa fecha, ha tenido la importancia de poner por delante una compleja realidad que no se expresa solamente en el Perú sino en casi todos los países de América Latina; aunque sobre todo en Ecuador, Bolivia, Perú, Guatemala y México.

Mariátegui definía el problema al cual estamos aludiendo con el uso de este concepto, de la siguiente manera:

El dualismo quechua-español del Perú, no resuelto aún, hace de la literatura nacional un caso de excepción que no es posible estudiar con el método válido para las literaturas orgánicamente nacionales, nacidas y crecidas sin la intervención de una conquista.³

La literatura oral obliga a enfrentar un conjunto de problemas teóricos, sobre los cuales no vamos a hablar en el presente trabajo, pero que—como ya hemos dicho—nos dirigen a una inevitable realidad y es la que caracteriza a sociedades en las cuales el multilingüismo está claramente presente, como exponente de una realidad cultural compleja, que a su vez nos remite a una gran complejidad social, económica y política.

Todos estos hechos, no obstante, siguen siendo debatibles porque aún ahora persisten los intentos de hacer uso de la aculturación para poner fin a estos problemas. Se ha avanzado, sin embargo, en demostrar la falsa polaridad existente entre escritura y literatura—escritura entendida a la manera occidental—y de manera especial esto ha traído como consecuencia que no se use la existencia o no de este tipo de escritura como criterio para otorgarles valor antropológico y cultural. Porque de no ser así se les negaba la posibilidad de haber tenido y tener literatura.

Pero es el caso de que sí es posible encontrar literatura, si prescindimos de esas interpretaciones tan estrechas de lo que es la escritura y que siempre la han asociado exclusivamente con la escritura impresa tipográficamente o dactilográficamente.

Son estas nuevas premisas las que han abierto nuevas posibilidades al estudio de la literatura, descubriendo a su vez la verdadera amplitud y profundidad de las culturas nacionales en países que cuentan con esta especificidad.

Como se sabe, por el mismo hecho de que estas sociedades o culturas no tenían una escritura impresa al momento de la conquista española, hubo un persistente intento de aculturizarlos, impidiéndose así que esas lenguas nativas se formalizaran gramaticalmente. Y cuando lo hicieron los españoles fue porque querían hacer más efectivo su trabajo de aculturación y asegurar una mejor comunicación con los indios; a eso se debe que casi todas las gramáticas de lenguas nativas, hechas en la época, las hayan hecho sacerdotes entregados a la labor de catequesis.

Sin embargo, pese a la inexistencia y al desconocimiento de una gramática, estas lenguas vivas han continuado existiendo, prestando *lexías* al castellano y recibiendo a su vez, como préstamos, *lexías* del castellano. Constatándose con facilidad estos hechos es imposible negar, ni siquiera teóricamente, la existencia de este tipo de literaturas que Mariátegui denominaba literaturas orales indígenas.

Ahora bien, si es cierto que Mariátegui se refirió principalmente al quechwa, consideramos que lo propio puede hacerse extensivo al aymara y, en menor medida, a cerca de treinta lenguas con dialectos que corresponden a diferentes grupos étnicos de la selva peruana: Jívaros, Huitotos, Boras, Ticunas, Cocamas, Yaguas, Panos, Campas, Machigüengas y Amahuacas; habladas estas últimas por cerca de 300 mil personas y las dos primeras por millones de personas, en el Perú.

Todo esto obliga a reconocer, en su verdadera extensión la lógica e histórica existencia de una literatura que se ha venido desarrollando prescindiendo de una escritura impresa, tipográfica o dactilográficamente, y prescindiendo también de una gramática totalmente formalizada y aceptada por una Real Academia; pese a lo cual no es ninguna extravagancia suponer que algún tipo de normatividad debió existir, de manera especial antes de la colonia y la independencia.

Pero ahora—estoy hablando de las últimas décadas—nos encontramos en un nuevo momento en lo que se refiere a las literaturas de estas nacionalidades y grupos étnicos, porque ahora podremos encontrar ya no solo una literatura oral sino también escrita, a la manera que demandaba la crítica anterior, pero en quechwa o aymara. Este es el caso del ya mencionado Inocencio Mamani y es también el caso, por ejemplo, de Eduardo Ninamango y tantos otros; muchos de los cuales tienen sus trabajos inéditos.

Debido a que casi nunca hubo una preocupación positiva por parte de quienes—durante la Colonia o la república—conocieron el quechwa o aymara, quienes sólo lo usaron para mejorar sus programas de catequesis y aculturación, la labor desempeñada por Mariátegui y el movimiento indigenista representó un cambio radical e importantísimo, y que entendieron tales lenguas también como una forma más de afirmar la cultura nacional del Perú. Con este reconocimiento se les otorgaba, a las nacionalidades que hablaban esas lenguas, nuevas y mayores posibilidades de expresión cultural y política. Tal reconocimiento ha venido siendo asumido, desde entonces por intelectuales que han venido aportando en la misma dirección.⁴

Se puede constatar de esta manera, por un lado, que hay en estos momentos, ciertas actividades culturales—como la novela—que cuentan con un amplio público, al mismo tiempo que con los medios más eficientes y modernos de comunicación; mientras que por otro lado tenemos que aún se opone relativa resistencia a aceptar la incorporación de las literaturas de determinadas

nacionalidades y grupos étnicos, en muchos países de América Latina, como partes arraigadas en las literaturas nacionales de esos países.

Por todo ello, igual o más importancia merece la atención de todo aquello que tenga que ver con la literatura oral o impresa de estas nacionalidades y grupos étnicos, aun al margen de si son aceptadas como tales o no. Todo lo expuesto hasta el momento no ha pretendido otra cosa que señalar este factor.

Sin lugar a dudas, esta nueva área agrega dificultades a nuestro trabajo, pero en todo caso nuestra tarea no consiste en evitar las dificultades ni tampoco en inventarlas, sino en descubrir los hechos culturales que son característicos de nuestras sociedades y sin los cuales, es decir sin tomarlos en cuenta, sería imposible explicar, darle coherencia y definir en última instancia cuanto entendemos por cultura nacional en sociedades como las que tenemos actualmente.

Esperamos que en este sentido, haya quedado clara nuestra insistencia en que no por el hecho de buscarse la redefinición del corpus se dejen de lado aspectos que son en extremo importantes; por el contrario es necesario asumirlos e incluirlos como partes integrantes y también decisivas en esta perspectiva.

Notas

1. Los escritos teatrales de Vallejo y sus artículos periodísticos se hayan hasta la fecha inéditos o inhallables. Algunas de las obras de teatro fueron publicadas de manera parcial en diferentes revistas peruanas hasta que en 1979 la Pontificia Universidad Católica del Perú editó algunas de sus obras bajo el título de *Teatro Completo*; dicha edición, sin embargo, no tuvo el resultado que se esperaba por problemas relacionados con la autenticidad de dichos textos. En 1981, como parte de una investigación acerca del teatro de Vallejo, reencontré nuevas copias de obras que ya habían sido publicadas y algunas otras que se suponían extraviadas, en la Sala de Investigaciones de la Biblioteca Nacional del Perú. Esos textos, por lo menos algunos de ellos, van a ser publicados próximamente por el Instituto Nacional de Cultura del Perú.
En cuanto a sus artículos periodísticos, éstos se encuentran hasta la fecha desperdigados. De manera especial han sido Jorge Puccinelli y Enrique Ballón, profesores de la universidad de San Marcos (Peru), quienes han venido tratando de reunirlos y publicarlos.
2. Para una mayor información sobre el punto puede consultarse Guido A. Podestá, "Vallejo, César: Teatro Completo" *Revista de crítica literaria latinoamericana*, 13 (1981), 138-140.
3. José Carlos Mariátegui (1967), *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* 12th ed. (Lima: Empresa editora Amauta), p. 186.
En años recientes se ha preferido usar el concepto de relato oral para referirse, a lo que Mariá Tegui llamó "Literatura Oral".
4. Quisiera mencionar de manera especial los excelentes trabajos realizados, en este sentido, por Alberto Escobar y Alfredo Torero en el Perú.

TOWARD A SOCIALIST FEMINIST CRITICISM OF LATIN AMERICAN LITERATURE

Cynthia Steele
Ohio State University

I would like to address an issue which is raised in Jean Franco's essay entitled "Trends and Priorities for Literature on Latin America" and which was the subject of some controversy during Ideologies and Literature's April 1982 workshop: namely, the issue of whether feminist criticism is a useful and valid approach to studying Latin American literature at the present time. At issue are two questions: 1) whether the women's movement from which feminist criticism sprang is valid in the Latin American context; and 2) whether feminist criticism is compatible with ideological criticism.

It is beyond the purposes of this paper to prove the existence of patriarchy and discrimination based on gender in Latin America. For a summary of the dramatic discrepancies between male and female participation in the work force, education, and politics across the class spectrum in Latin American societies, I refer the reader to Rose Marie Muraro's *Women in Latin America: Phases of Integration* (Amherst: University of Massachusetts, Program in Latin American Studies Occasional Papers Series No. 6, 1977) and Elsa M. Chaney's *Supermadre: Women in Politics in Latin America* (Austin: University of Texas Press, 1979). These are only two examples of numerous recent studies that document the economic and political powerlessness of women in all sectors of Latin American society, a powerlessness which is reinforced by the perpetuation of the pervasive cultural stereotypes of *machismo* and *marianismo*.¹ The male-female discrepancies affect different segments of society differently; whereas petit bourgeois women in

Latin America share many of the problems of their counterparts in the United States, the masses of women in Latin America belong to the peasant and proletarian sectors, whose needs and interests differ radically. Thus, the Latin American and Caribbean Women's Collective in Paris, in examining some of the goals which have characterized the European and North American women's movements, found that some of the objectives of these movements were irrelevant to most Latin American women. For instance, the demand for nursery schools is meaningless in countries in which the system of elementary education is inadequate. Furthermore, they point out that birth control programs must be combined with education and tailored to fit the needs of each target group of women, since large families may be desirable in some rural economies, and that sterilization programs have the danger of becoming instruments of genocide. On the other hand, the Collective acknowledges the relevance to Latin American women of the struggle for equal pay for equal work, particularly in the areas of manufacturing, agriculture, and mining.² In Latin America as a whole, women earn 60% of what men earn, and only 40% in rural areas.³ A further point of struggle would involve improving women's access to education and job opportunities since two out of five working women in Latin America are domestic servants.⁴ Women in Mexico and some other countries have recently begun to organize against rape; the problem of wife and child abuse, which has received considerable attention recently in the United States, also demands attention in Latin American societies. Moreover, the need for child care for working mothers will become increasingly relevant as increasing mobility continues to disperse the extended family in Latin American nations, and as middle-class women become increasingly conscious of the exploitative nature of their relationship to the domestic servants of whom they now depend for housework and child care.

An argument that is inevitably raised when one speaks of the women's movement in Latin America is that such a movement may detract from and divide the more comprehensive struggle for a classless society. A corollary argument is that, once such a society comes into being, women will achieve full equality with men; therefore, doesn't it make more sense for women to aspire to equality with men when they are themselves liberated from class exploitation, rather than aspiring to being "equally exploited" under the present capitalist system? It seems to me that the struggles against the various forms of oppression based on racial, ethnic or sexual criteria cannot be postponed; rather, these

movements can and should become integral parts of the larger movements for national liberation. A movement that promotes social, economic and political equality for women, homosexuals, blacks, and Native Americans under the present system can improve the quality of life for all in the short run while it gains the support of these important segments of the population for the larger struggle. The example of Cuba, which continues to tackle the problem of sexism twenty years after the Revolution, has shown us that the achievement of economic equality for both men and women does not automatically bring about their political and social equality. The critique of sexism and the formulation of feminism as a fundamental component of socialist theory must be undertaken now.

In his recent book *Walter Benjamin: or Towards a Revolutionary Criticism*, Terry Eagleton posits feminist criticism as a paradigm for a new 'revolutionary literary criticism' because of its consistent struggle during the past decade to unite the objectives that he considers crucial to such a criticism:

(A) revolutionary literary criticism...would dismantle the ruling concepts of 'literature,' reinserting literary texts into the whole field of cultural practices. It would strive to relate such 'cultural' practices to other forms of social activity, and to transform the cultural apparatuses themselves. It would articulate its 'cultural' analyses with a consistent political intervention. It would deconstruct the received hierarchies of 'literature' and transvaluate received judgments and assumptions; engage with the language and 'unconscious' of literary texts, to reveal their role in the ideological construction of the subject; and mobilize such texts, if necessary by hermeneutic 'violence,' in a struggle to transform those subjects within a wider political context.

Eagleton argues that feminist criticism, unlike Marxist criticism, goes beyond the boundaries of the academy and has its origins in a political movement. Moreover, feminist criticism is interdisciplinary; its interests cut through artificial divisions between literature and the other disciplines. Finally, because it concerns itself with language and the unconscious, feminist criticism is unlikely to revert to "extrinsic sociology of literature."⁵

Most of the theoretical works regarding socialist feminism have been published in Great Britain during the past decade. Many of these works are devoted to trying to determine whether patriarchy or capitalism should be given priority in a socialist feminist analysis of women's oppression.⁷ As Fredric Jameson argues in *The Political Unconscious*, the theory of overlapping modes of

production allows us "to short-circuit the false problem of the priority of the economic over the sexual, or of sexual oppression over that of social class...it becomes clear that sexism and the patriarchal are to be grasped as the sedimentation and the virulent survival of forms of alienation specific to the oldest mode of production of human history, with its division of labor between men and women, and its division of power between youth and elder."⁸ Two recent books of socialist feminist theory regarding Latin America bypass this debate by concentrating on how both types of oppression can be simultaneously addressed by a socialist women's struggle.⁹

Ideological criticism, then, must account for this coexistence and interdependence of class and sexual oppression, along with the parallel issue of racial oppression. Sylvia Wynter's article "Sambos and Minstrels"¹⁰ examines the complex relationship between class and race in the dominant ideology of the antebellum South, as well as the slave's resistance to this ideology. Wynter's analysis provides a model for similar studies focusing on the interdependence of sexual and class oppression in literature and other cultural forms.

Until quite recently most feminist literary criticism has focused primarily on expanding the traditional canon to include more texts by women writers, on reinterpreting works of women authors according to new criteria, and on analyzing the image of women in literature written by both men and women.¹¹ However, feminist critics in Europe, the United States and Latin America are now undertaking more ambitious studies, borrowing techniques from such different areas as semiotics, psychoanalysis, and discourse analysis, in order to explore more subtle underlying issues involving gender in Latin American literature. In her essay Jean Franco calls for an "exploration of the way texts establish gender differences...an exploration of how gender divisions operate within the ideology of the literary texts and the construction of gender roles and identities."

During the past decade North American literary critics have begun to suggest alternative strategies for reading literature that seek to break away from the masculine constructs that inform conventional literary criticism. Nancy K. Miller has identified subversive fantasies in plots by nineteenth-century British women authors, fantasies which radically alter our reading of classic novels; similarly, Judith Fetterley has proposed alternative readings of classic texts written by North American male authors. Nina Auerbach, Sandra Gilbert and Susan Gubar have located and analyzed recurring images in women's fiction that embody the

authors' partial or complete rejection of the constraints imposed on them by patriarchal society. Quite recently Judith Lowder Newton has attempted to take such criticism one step further by relating such an alternative reading of nineteenth-century British women's fiction specifically to the authors' ideologies and to the changing material conditions of their society, i.e., to the crisis over the status of middle-class women that was produced during the 1830's and 1840s by the development of industrial capitalism.¹²

Such studies suggest intriguing avenues for research in Latin American literature. In what ways does literature written by Latin American women during a given historical period differ from that written by Latin American men? Are there indications that women writers have interpreted historical crises differently than their male contemporaries, particularly as such crises affected sex roles and women's social sphere? (Rosario Castellanos' first novel, *Balún-Canaan* [1957], comes to mind as an exploration of the repercussions that the collapse of the nineteenth-century Mexican *hacienda* system had on the lives of the *hacendado's* wife, three female cousins, and nine-year-old daughter. The recurring imagery of female hysteria and illness has no counterpart that I am aware of in modern Mexican novels by men, but it has a strong parallel in nineteenth-century British novels by women.) Are there distinctively female modes of narration in Latin American literature? (For instance, my research suggests that one typical female plot may be the failed Bildungsroman, with a final twist involving the heroine's total failure or death.) If such differences do exist in women's writing, how do they affect our understanding of literary ideology? Finally, how have both men and women writers used gender ideologically at different stages of Latin American history? For instance, Jean Franco points to changes in the system of gender differences between the colonial period and the nineteenth century, and to the nineteenth-century heroine's embodiment of contradictory national ideals.

The sort of analysis that I am proposing has been pursued since 1979 by a group of Latin American and North American critics known as SOFA, Socialist Feminist Alternatives in the Hispanic Literatures. The group's work culminated in a panel at the 1980 meeting of the Latin American Studies Association. In addition, two recent articles offer analyses of Latin American literature and film that combine ideological analysis with a feminist perspective. In "Selling, Being, Being Seen: *Portrait of Teresa*, or Contradictions of Sexual Politics in Contemporary Cuba,"¹³ Julianne Burton explores discrepancies between the Cuban film's explicit and implicit sexual ideologies, and relates these

contradictions to the current struggle for sexual equality in Cuban society. In "Humor y clase en *Pantaleón y las visitadoras*,"¹⁴ Sara Castro-Klarén's ideological analysis focuses in part on the way Vargas Llosa's novel uses gender roles to establish class differences and thus implicitly to criticize changes in the Peruvian class structure under the government of Velasco.

In undertaking feminist analyses of Latin American literature, our overriding goal is still to illuminate relationships between literary texts, textual ideology, and the sociohistorical context. We are, in fact, enriching the possibilities for insight into the complex ideological underpinnings of the texts by including in our studies analyses of sexual oppression and of the ideological uses of gender in Latin American literature as they relate to the class structure of Latin American society.

Footnotes

1. For a study of *marianismo* in Latin America, see "Marianismo: The Other Face of *Machismo*," in *Female and Male in Latin America: Essays*, ed. Ann Pescatello (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1973), pp. 89-
2. Latin American and Caribbean Women's Collective, *Slaves of Slaves: The Challenge of Latin American Women*, trans. Michael Pallis (London: Zed Press, 1980), pp. 11-13.
3. Muraro, p. 16
4. Elsa M. Chaney, "Women in Latin American Politics: The Case of Peru and Chile," in *Female and Male in Latin America: Essays*, p. 106.
5. Terry Eagleton, *Walter Benjamin: or Towards a Revolutionary Criticism* (London: Verso Editions and NLB, 1981), pp. 98-99.
6. Eagleton, pp. 99-100.
7. Three interesting collections of theoretical works on the relationship between socialism and feminism are Michele Barrett, *Women's Oppression Today: Problems in Marxist Feminist Analysis* (London: Verso Editions and NLB, 1980); Sheila Rowbotham, Lynne Segal and Hilary Wainwright, *Beyond the Fragments: Feminism and the Making of Socialism* (London: Merlin Press, 1979); and Lydia Sargent, ed., *Women and Revolution: A Discussion of the Unhappy Marriage between Marxism and Feminism* (Boston: South End Press, 1981).
8. Fredric Jameson, *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act* (Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1981), pp. 99-100.
9. *Slaves of Slaves* (see note 2) and Helieth I.B. Saffioti, *Women in Class Society*, trans. Michael Vale (New York: Monthly Review Press, 1978).
10. *Social Text*, 1 (Winter 1979), 149-56.
11. For an overview of feminist criticism of Latin American literature published through 1979, see Naomi Lindstrom, "Feminist Criticism of Latin American Literature: Bibliographical Notes," *Latin American Research Review* 15, 1 (1980), 151-59.
12. Nancy K. Miller, "Emphasis Added: Plots and Plausibilities in Women's Fiction," *PMLA*, 96, 1 (January 1981), 36-48; Judith Fetterley, *The Resisting Reader: A Feminist Approach to American Fiction* (Bloomington: Indiana University Press, 1978); Nina Auerbach, *Communities of Women: An Idea in Fiction* (Cambridge: Harvard University Press, 1978); Sandra M. Gilbert and Susan Gubar, *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination* (New Haven: Yale University Press, 1979); Judith Lowder Newton, *Women, Power, and Subversion: Social Strategies in British Fiction, 1778-1860* (Athens: The University of Georgia Press, 1981).
13. *Social Text*, 4 (Fall 1981), 79-95.
14. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 5, ix (1979), 105-19.

Crítica de una Crisis: Los Estudios Literarios Hispanoamericanos

René Jara

University of Minnesota

Debo confesar que el tono apocalíptico de la convocatoria a este taller me ha conmovido. Pareciera que toda nuestra empresa se hubiese teñido de inutilidad, que todo lo ya hecho se hubiera vaciado de sentido. Hay una crisis de la crítica, se me dice, un retroceso a la barbarie disciplinaria, las lenguas se han confundido como hace algunos siglos en Babel. Es la hora de hacer una meditación entreceñida sobre la razón de ser, la relevancia, y los objetivos de la ciencia literaria en la circunstancia que define la actualidad de los países de lengua ibérica; hay que redefinir el perfil del crítico literario académico en el contexto histórico que le ha tocado en suerte existir. Si se acepta el presupuesto de que la crisis es real y nos acosa, no queda otro camino que hacer la crítica de la crisis y tratar que, por ese camino discursivo, lleguemos al milenio con toda la celeridad que sea posible, aunque ello pueda significar una fatigosa incursión por los senderos que ya recorrieron Aquiles y la tortuga si pensamos que las crisis no son inminentes sino inmanentes, que vivimos en crisis. Es necesario, en todo caso, ponerse a la tarea, porque "hay, hermanos, muchísimo que hacer" (Vallejo).

Retornar a los orígenes parece una buena manera de incrementar el valor semántico de los finales, y por ello trataré de empezar por allí. Sin duda los que hemos ejercido como críticos tenemos mucho que ver con esos comienzos y con este desastre de la disciplina. Tal vez no sólo nos afecta, quizás lo hallamos provocado. Desde hace algún tiempo, en efecto, algunos de mis colegas se han venido quejando del carácter problemático, capitalista burgués, autonomista, irracional de la producción literaria de los años de 1960; con ímpetus similares a los de Manuel

Pedro González, han denunciado la índole de "construido" artesanal y formalista de una literatura que falsifica o pierde de vista una auténtica representación discursiva del continente hispanoamericano. Paradojalmente, el mónstruo discursivo culpable del entuerto que excita las provisiones penitenciarias de la crítica es el mismo que, con infatigable paciencia, los críticos hemos elaborado para el consumo de la academia: la obra narrativa, principalmente novelística de los años de 1960 y 1970, vale decir la de Cortázar y Sarduy, la de Vargas Llosa y Alfredo Bryce, la de Carpentier y Reynaldo Arenas, de Rulfo y Fuentes, de Donoso y Edwards. Al mismo tiempo que se anatemiza el estrato ideológico de la obra de estos escritores—con la notable excepción de Rulfo—se descubre en frente de ellos y, a veces, en ellos, una serie alarmante de salvedades y de anomalías que hablan igualmente claro de la ideología no muy burguesa del crítico que hizo el hallazgo. Remontándose en el tiempo, en efecto, se encuentran las figuras ejemplares de José María Arguedas y José Revueltas para no mencionar a Macedonio Fernández y Leopoldo Marechal que parecen jugar en otro equipo, o a Jorge Luis Borges quien, aunque empieza a escribir por los mismos años que los otros autores mencionados, es considerado parte del desairado "boom". Tampoco importa, por cierto, que el reconocimiento de la obra de estos escritores sea asimismo un producto de la atención crítica de las décadas de 1960 y 1970. Se descubre igualmente un Cortázar alternativo, un primer y un segundo Fuentes, un Donoso que da tanto para la justicia distributiva como para la pena correccional. Así vamos como el peregrino nerudiano "del aire al aire, como una red vacía", de inconsistencia en inconsistencia, mirando de soslayo algunos espectros que podrían poner en peligro nuestra muy amada teoría de la crisis de la literatura. A nadie se le ha ocurrido preguntarse si ese desastre explosivo afectó en algo la larga trayectoria de Neruda que, en 1973, se murió escribiendo; al olvidado y tan próximo Pablo de Rokha, a Pablo Antonio Cuadra, Nicanor Parra, Enrique Lihn, Ernesto Cardenal, Jorge Díaz, José Triana, Virgilio Piñera para mencionar sólo algunos entre los que forman el discurso de la lírica y la dramaturgia hispanoamericana del mismo período. Pareciera que existe una intencionalidad que subyace a la teoría de la crisis de la literatura, la necesidad de buscar un chivo emisario para eludir el fantasma de nuestra propia incompetencia.

La teoría de la crisis, en efecto, teorizada desde la noción del supuesto carácter defectivo de una ficción novelística que se jerarquiza arbitrariamente como representación metonímica de toda la literatura de la América de habla hispana a fuer de injusta

es también precaria, pues viste a la crítica con los viejos paramentos de una disciplina que todavía cree en Parnasos— aunque sea para negarlos con ademanes de rebeldía adolescente— y que, con autoritario disimulo, expulsa a poetas y dramaturgos de lo que una vez, en remedo democrático, se llamó la República de las Letras, una región del intelecto que sólo expulsaba de sus fronteras territoriales aquellos discursos que los dictadores reprobaban como no bellos, no-textos, engendros bárbaros que no merecían un lugar en el paisaje de la alta cultura.

No creo que se trate de una crisis de la literatura de Hispanoamérica, ni siquiera de una crisis de la crítica. Si hay una crisis ella está en un determinado tipo de crítica, aquella que inadvertidamente o a regañadientes se ha plegado a la utilización de un concepto de literatura cuya naturalización culmina a fines del siglo XIX europeo durante la etapa simbolista y que fue revitalizado, otra vez en Europa, por la disciplina estructural durante la década de 1960. La adecuación de ese modelo a las formas postvanguardistas del *nouveau roman*, a la ficción norteamericana del período, a la narrativa iberoamericana, señaló un alto grado de rendimiento y eficacia metodológica que no cabe discutir. Desde otro punto de vista, la utilización de ese concepto de literatura no es en sí misma desventajosa puesto que, por proyección, permite explicar tanto la poética de Herrera y Reissig, la de *Trilce* y las *Residencias* como los desarrollos narrativos hallados en las novelas del "boom" con un vigor que no es fácil encontrar en otros paradigmas críticos. En consecuencia, no es un error la utilización de este concepto de literatura y el aparato teórico crítico a que da lugar; pero, lo que sí resulta una chabonada metodológica es considerar esta institucionalización como el único parámetro de juicio y deducir de ella una inadecuación representativa de la realidad del Continente pues, en resumidas cuentas, se trata de pedirle peras al olmo. Por otra parte, la aceptación de irregularidades, el registro de anomalías, las silenciadas presencias constituyen un reconocimiento implícito tanto de que hay algo que no funciona en el sistema como de que existen otras líneas posibles de investigación aún en el interior del terreno marcado por la institución de los discursos de la literatura.

El modo usual de plantear el problema revela en consecuencia que aquello que se conceptualiza como crisis es una atribución de culpa que un determinado sector de la crítica hace pesar sobre una región de la literatura, la ficción novelesca, y no sobre toda la literatura o sobre el conjunto de los discursos literarios. Gracias a este extraño procedimiento, la crítica de la crisis hace una ficción de su objeto, la literatura, e ideologizándola con un pase mágico

equivocado, transforma en *boomerang* la metáfora del *boom*.

La inadvertencia de este fenómeno, pese a las oportunas amonestaciones de Fernández Retamar y Carlos Rincón, ha llevado a buscar una puerta de salida en el análisis de la cotidianidad; se empieza a hablar de la vida diaria como paraje privilegiado del ejercicio crítico, se promueve un desplazamiento del objeto de la disciplina al corpus más amplio de la cultura. Descontado el hecho de que ello implica una desfiguración de la disciplina, la movida me parece saludable y hasta vigorosa aunque no por ello cuerda o necesaria. El motivo de esta alteración parece encontrarse en un acto radical de desconocimiento. Lo que se olvida o disimula es que la literatura, como la cultura de la cual el hecho literario es una de sus manifestaciones prevalentes, no es un producto cerrado, sincronístico y unilateral que pueda reducirse a los gestos engendrados por los estratos dominantes de la sociedad. La literatura y la cultura son, por el contrario, sistemas semióticos de carácter heterogéneo y por ende, todo intento de homogeneizarlas tiene naturaleza ideológica. En efecto, desconocer los sistemas adyacentes al que ejerce predominio, ignorar los contrasistemas que responden al verbo imperial, son actitudes que implican reducir la literatura, como un tipo de la cultura, a los mecanismos caracterizadores del microsistema de una clase de literatura la cual, en nuestro caso, es la que sigue el modelo europeo y a la que, abusivamente, se categoriza como la totalidad del complejo literario hispanoamericano. Como puede advertirse hay todavía muchísimo que hacer, pues una perspectiva crítica como la que se ha descrito no ha logrado sino echar más sombra sobre las zonas inexploradas del campo de nuestra literatura. La cotidianidad puede esperar. Las dimensiones del paisaje por explorar son todavía mayores si se toman en cuenta las siguientes consideraciones.

Hay países de España y la América Hispana que son multilingües o, por lo menos, bilingües, donde la comunidad dispone de dos y a veces de tres o más opciones literarias. Los países del Caribe, Paraguay, Perú, Bolivia, México son casos al canto. El confinamiento crítico a uno solo de esos idiomas—el llamado lenguaje oficial—y la ignorancia de los otros; la preferencia del castellano al gallego, al catalán, al aymará, el guaraní y el quechua, no ha podido conducir sino a una desfiguración de la cultura y la literatura de esas regiones imponiendo al crítico el imperativo cada vez más urgente de reconfigurarlas. Porque sin quererlo, tal vez, el crítico ha vestido siempre la corona imperial, y con mayor o menor conciencia ha continuado la redacción de un balance dirigido al consumo de aquellos que poseen la autoridad

y, desde alturas olímpicas, distribuyen el conocimiento en el astuto *trickle down* del poder y la cultura.

La heterogeneidad del sistema literario no se revela sólo en los casos de diglosia y multiglosia. En las comunidades monolingües, en efecto, el discurso institucionalizado como literario—el cual nosotros, para añadir vergüenza al castigo, asimilamos al concepto europeo—suele mantenerse en el centro hegemónico y, en una periferia marginal operan, reclusos por la crítica en los diversos grados del silencio, una serie de discursos secretos de naturaleza casi esópica en sus manifestaciones, a los cuales se ignora como exteriorizaciones no naturalizadas y bárbaras de una cultura sospechada, cuyo desciframiento insistimos fatigadamente en despreciar, pese a los denodados esfuerzos de algunos colegas que se han puesto a la tarea. Me permito citar un par de ejemplos. Hasta hace muy poco el modernismo latinoamericano parecía ser un bloque lírico universalmente homogéneo, lo que permitía una caracterización abusiva y reducida de la riqueza del fenómeno. Juan Villegas ha logrado destruir el mito para el caso chileno en su caracterización del yo poético de conciencia social a comienzos de siglo (*Ideologies and Literature*, 3:12, 1980), en una empresa semejante a la iniciada por Hugo Achúgar respecto del Uruguay donde encuentra una poesía muy poco frecuentada por la crítica; una lírica que, si bien participa de los rasgos nucleares del modernismo canónico se diferencia de él por hallarse ligada a valores estéticos e ideológicos disidentes o cuestionadores del sistema artístico y socioeconómico en vigencia plasmando una diferente respuesta a los reclamos de la modernidad (*Revista Iberoamericana*, 114-115, 1981). En la misma línea Antonio Cornejo ha podido contraponer el proyecto criollo de independencia peruana representado en la dependencia del molde neoclásico de la estrofa de Olmedo al proyecto popular de poesía independiente que es posible observar en los yaravíes de Mariano Melgar, cuya asimilación por el sistema literario culto y por los grupos sociales que con él se identifican dan lugar a una distorsión del corpus y a una reducción indebida de sus expresiones. Concluye Cornejo:

Uno de los retos más urgentes y más inquietantes de la crítica e historia de las literaturas latinoamericanas consiste en repensar el concepto de literatura nacional y su categoría fundante, la de la unidad, que normalmente no es más que la abusiva y excluyente absolutización de un modo de entender, producir y juzgar la literatura, en desmedro de otros que—por lo menos—son igualmente legítimos y valiosos. En este sentido, al criterio unitario y exclusivista es necesario oponer el de la pluralidad contrastante y conflictiva. (*R.I.*, 114-115, p. 93)

Los discursos analizados por los estudiosos mencionados, y por muchos otros que no creen ni en la crisis de la literatura ni en la crisis de la crítica como disciplina, pueden tener naturaleza de anti-textos pero no por ello son menos literarios; todos ellos se constituyen como estructuras de lenguaje en que la manipulación intencionada del código da lugar a formulaciones originales e ideosincráticas cuyo doble efecto es provocar un reajuste de los contenidos lingüísticos habituales, y hacer patente una interpretación de la realidad estimulada en el receptor por el manejo deliberado de los recursos comunicativos. Los anti-textos, aquellos textos literarios que, en la retrospectiva analítica, actúan con potencialidad transformadora de la llamada literatura oficial reinstaurando el efecto para el que, tal vez inconscientemente, fueron fundados, están allí, son parte del campo crítico; hay que identificarlos, permitirles el ejercicio de su función subversiva. Por ello me parece innecesario salir de la literatura y recurrir a los fenómenos de la vida diaria para ampliar el registro del corpus. No se trata de ampliar el corpus—esa figura litúrgica que se utiliza con tanta frecuencia—; se trata de descubrirlo, de iluminarlo y hacerlo objeto de investigación. Para ello hay que revisar el concepto de literatura, de aquello que entendemos por el hecho literario en relación con un mundo que, como el hispanoamericano, tiene características intrínsecamente diferenciales.

II

De vez en cuando la crítica ha parado mientes en el hecho de que, a partir del Descubrimiento, los escritores hispanoamericanos, se han visto en la necesidad de reconocer los rasgos diferenciales de su existencia y de la naturaleza de sus discursos en relación con sus correspondientes europeos. Ya no parece sorprender, aunque tampoco inquietar a nadie, que cuando el español puso pie en lo que para él era el Nuevo Mundo—aunque para los aztecas, quéchuas, mayas y aymarás que lo habitaban, había sufrido ya varios cataclismos totales—se halló condenado a la diferencia, tanto en relación al grupo social de que participaría y la identidad de sus hijos como en la naturaleza de su expresión.

La confusión gentilicia en el siglo XVI hispanoamericano es sintomática de este contenido diacrítico fundador. Hasta mediados del siglo, la voz *español* incluía a los nacidos en España, a los criollos y a los mestizos legítimos. Desde 1650 en adelante, los colonizadores dieron el nombre de *gachupín* al español peninsular recién llegado al continente comprendido por la

Nueva España; en otras regiones se le llamó *chapelón*; muy pronto ambas palabras adquirieron una connotación peyorativa. El vocablo *vecino* aludía, en el ámbito urbano, al jefe de una familia hispánica. Las clases altas constituían el grupo de la *gente decente*, una denominación referida a aquellos individuos que, además de ser dueños de fortuna material, eran culturalmente hispánicos. La *gente de razón* era una expresión utilizada para diferenciar a los individuos de raza blanca y a los mulatos y mestizos españolizados, de aquéllos que se consideraban más próximos a los indios o a los negros. A mediados del siglo XVI el vocablo *natural* que, en un comienzo designaba a los indios nativos de América, empezó a utilizarse para nombrar a los hijos de españoles que se identificaban con el pueblo y el territorio del Nuevo Mundo. En los *Comentarios Reales* el mestizo Garcilaso Inca, sostiene que el término *criollo*, *creole*, era una invención de los negros: "Quiere decir entre ellos negro nacido en Indias; inventáronlo para diferenciar los que van de acá, nacidos en Guinea, de los que nacen allá, porque se tienen por más honrados y de más calidad, por haber nacido en la patria, que no sus hijos porque nacieron en la ajena, y los padres se ofenden si los llaman criollos. Los expañoles por la semejanza han introducido este nombre en su lenguaje para nombrar a los nacidos allá." Juan Corominas en el *Diccionario Crítico-Etimológico de la Lengua Castellana* afirma que la palabra *criollo* fue una adaptación del portugués *crioulo*, una de cuyas acepciones designa a un individuo de raza blanca nacido en las Colonias. Francisco J. Santamaría en su *Diccionario de Mexicanismos* define al *criollo* como al descendiente de españoles o franceses, sin mezcla de otra raza, nacido en las tierras americanas; y agrega que, por extensión, el término denomina al hijo de padres europeos nacido en el Nuevo Mundo. A partir del siglo XVII el vocablo pasó a denominar, como regla general, a individuos españolizados aunque racialmente heterogéneos.

En el hecho, se asignó a la progeñie del conquistador el estatuto de *criolla*; el *español-criollo* era la persona nacida en las tierras conquistadas por el amo, la corona de España, ciudadano vicario de la metrópoli. Tanto los recién llegados como los que les siguieron debieron asumir la tarea de definir su realidad, de despojarla de la utopía aunque fuera con un mayor grado de utopización; debieron distinguir entre lo viejo y lo nuevo, encontrar maneras para describir lo nunca visto y ajeno a la experiencia europea, limar las aristas de un discurso insuficiente para nombrar lo desconocido, describir diferencias entre este mundo y el otro, identificar las características comunes. Todo ello para cronicar, para textualizar la realidad que encontraron y darle

así un contorno.

El carácter diacrítico del discurso cultural hispanoamericano debía surgir con presencia inevitable. El cuento de Bernal Díaz del Castillo es muy conocido: enfrentado a la majestad de los palacios y los tesoros aztecas confiesa haber tenido que recurrir a las maravillas del *Amadís* para hallar un adecuado instrumento descriptivo. Una realidad diferente generaba una forma expresiva diferente, si no absolutamente nueva. En América los escritores debieron mezclar los *modi dicendi* tradicionales en Europa para sobreponer la mitología ibero-cristiana a la cosmología amerindia. La vieja crónica española y sus criterios de verdad y realidad, por ejemplo, sobrellevarían una reestructuración radical, como puede observarse en los textos del Inca Garcilaso y Guamán Poma. Los relatos históricos de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Rodríguez Freyle, y Núñez de Pineda ofrecen, a menudo, el extraño formato de los cuentos picarescos. La ficcionalización romanesca se halla presente por todas partes en los diarios de Colón, las cartas de Cortés, y hasta en las exploraciones lingüísticas y etnográficas de los frailes Bernardino de Sahagún y Ramón Pané.

Estos textos, observados con un criterio europeo y a la luz de la retórica vigente en el período, no podían ser menos que anómalos, formas de expresión ajenas a los protocolos de la alta cultura. Arrastrados al parecer por la misma convicción, muchos de nuestros críticos—y muy notoriamente los de los años 60 y 70 de nuestro siglo—han confinado estos discursos a los subterráneos de los archivos, condenándolos a la espera de que algún historiador inclinado a desempolvar documentos exóticos, o algún anticuario aficionado a las curiosidades, venga a desenterrarlos. Sin embargo, es imposible seguir dudando de su estatuto literario.

Pero no es éste el único caso de abandono crítico; otro descuido igualmente pertinente para mi argumento es el olvido de los sermones, las polémicas y las memorias del siglo XVIII, entre las que tienen lugar destacado las obras del fraile mexicano Servando de Mier, cuyo impacto en la sociedad de la época lo condujo derechamente, en múltiples ocasiones, a los calabozos de la Inquisición. En su momento, esos textos—junto a muchos otros sobre los que es urgente volver la mirada crítica—representaron la maduración de la conciencia criolla en la lucha por el poder; hoy día, el movimiento contradictorio de su expresión, la indirección y la elusiva ficcionalidad de su escritura permitiría, de una parte, ubicar sus escritos en el nivel de los hechos literarios, y de otra, al asumir su naturaleza subversiva y contracultural, situarlos en el plano de los discursos de formalización política e ideológica que constituyen la marca paradigmática de la estructura comunicativa

del *Ulises criollo* de Vasconcelos, el *Facundo* de Sarmiento, *Confieso que he vivido* de Neruda, el mismo *Canto General*, el *Homenaje a los indios americanos* de Cardenal, *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas y los textos del ciclo de Chiapas, *El cimarrón* de Miguel Barnet, *Miguel Mármol* de Roque Dalton, y muchos otros que por ahora escapan a la memoria. En todos ellos el entrelazamiento de la épica y la lírica, las formas de la novela y el ensayo de antropología social. representa un intenso desafío a la investigación de modos de expresión que sólo parecen hallar carta de ciudadanía en el suelo discursivo hispanoamericano.

III

La complejidad del problema salta, en efecto, a la vista si se toma en cuenta el hecho elemental de que el discurso es una estructura de lenguaje que funciona en un contexto, en postura de afirmación o negación respecto de las convenciones dominantes de una determinada sociedad en un período histórico específico. Es característico de los discursos el hallarse normados por ciertas convenciones a las que, constantemente, buscan derrotar y substituir por otras más nuevas y más frescas, diferentes.

Este fenómeno general adquiere rasgos de particular agudeza en la América hispana, dado el superlativo diferencial del contexto. En este caso, las convenciones dominantes se han conformado en su mayoría como un resultado de la importación de conocimiento y cultura. Cuando ello sucede, pareciera que el carácter específico de las sociedades afectadas y el tiempo histórico en que se produce la importación provocan un efecto de sobrecodificación que se manifiesta discursivamente en la concentración de varios códigos con los cuales el crítico deberá familiarizarse diacríticamente.

Vistas desde el paradigma literario discursivo europeo, las fuentes más importantes de la sobrecodificación hispanoamericana se hallan constituidas principalmente por el peso codificador de las culturas indígenas tradicionales y actuales, las frustraciones de la experiencia colonial, y el dolor social y político estimulado por una condición de modernidad deceptiva que enmascara las cicatrices del subdesarrollo y el neocolonialismo contra las cuales se eleva un siempre renovado y juvenil afán de identidad.

Esa búsqueda de expresión e identidad que hace más de medio siglo señalara Pedro Henríquez Ureña como característica del discurso cultural hispanoamericano no se ha detenido en el desafío a los códigos occidentales cuya alterada presencia sigue manifiesta; como parte de ese reto muchas veces se ha ocupado de

asimilar sistemas orientales o modelos anacrónicos y arcaicos de pensamiento en la huella marcada por Augusto d'Halmar y Jorge Luis Borges. La escritura de Lezama y Paz, también la de Sarduy y Elizondo son ejemplares en este respecto.

El código de importación suele rendir efectos inesperados al unirse simbióticamente con los modelos culturales maya, inca, o azteca como sucede, a veces, en la poesía y la ensayística de Octavio Paz. La mezcla del código occidental y el código nativo marca la estructura de algunas de las obras más notables de nuestra literatura: *Hombres de maíz* de Miguel Angel Asturias, *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, *Canto General* de Neruda, *Tala* de Gabriela Mistral, *Los Ríos profundos* de José María Arguedas, *Hijo de hombre* de Augusto Roa Bastos son magistrales en la escritura del amestizamiento. Todos estos textos, como el *Homenaje a los indios americanos* de Ernesto Cardenal, varias veces codificados, tienen un carácter tan individual y único que se resisten a una simple decodificación; manifiestan un grado de impredecibilidad que frustra constantemente las expectativas del lector; tan pronto uno descubre en ellos el funcionamiento de una convención mitológica maya, azteca o caribe, ésta se superpone a elementos provenientes de las cosmogonías greco-romanas o everotestamentarias.

A todo esto se suma la influencia estructuradora de los ya señalados factores de sobrecodificación que, a menudo, termina por establecer una modificación o un desplazamiento substancial en el subcódigo genérico. Ello sucede con mucha evidencia en el cuerpo sufridor de la poesía vallejiiana, en las personas de Alvaro Mutis, en el serio jugueteo metafísico de Marechal. El sobretono ideológico y político domina a veces sin contrapeso y se convierte en esqueleto de la forma como en Neruda y Dalton, en de Rokha, Cardenal y Barnet.

El reconocimiento de la sobrecodificación que surge como una respuesta creadora al peso mismo de la realidad hispanoamericana concede un rasgo diferencial a estos textos. El concepto de ficcionalidad literaria entendido a la europea no siempre funciona, y pone al crítico en los umbrales de una decisión que es a la vez científica y política, la de redefinir la naturaleza del hecho literario latinoamericano, el cual es, además, un fenómeno histórico cuya identidad no ha sido la misma desde siempre.

IV

Jane Tompkins (*Reader-Response Criticism*. The Johns Hopkins U.P., 1980) ha señalado que hasta el siglo XVIII el

discurso que ahora se designa como literario era una función de la vida política.

Para la antigüedad clásica, el lenguaje era una forma de la acción y el poder que funcionaba en el mundo; de allí surgía la preocupación por, y el predominio de, la retórica como disciplina que capacitaba a los individuos para ejercer influencia y autoridad públicas. Los textos estaban destinados a producir resultados en una determinada dirección, y por ello la audiencia se hallaba constituida de modo oratorio y público.

Durante el renacimiento los objetivos de la producción literaria fueron la utilidad y la instrucción tanto del Estado como del individuo. La poesía se concibió entonces como una imitación o una representación que había de conformarse a los modelos de la realidad. La producción discursiva era valorada por el "bien" que podía producir en el pequeño círculo aristocrático que formaba la audiencia la cual, a su vez, dispensaba un patronazgo que cubría generosamente las necesidades del poeta.

A fines del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII algunas convenciones dominantes, como la sátira británica, funcionaron como armas de combate político y partidario en defensa de intereses individuales o de facciones; en ella la identificación clásica del lenguaje con el poder político se lleva hasta el punto de que la producción y la recepción de los textos conformaron un valor metafórico del combate físico. La obra de Echeverría, los exilados argentinos en Chile, los románticos en general en su lucha contra dictadores y caudillos en la primera mitad del siglo XIX hispanoamericano reviven, en consecuencia, una tradición que se continúa hasta hoy en las letras de la América Hispánica, como Agustín Yáñez lo ha señalado en más de una oportunidad.

Durante el siglo XVIII europeo se produjo un retroceso de la dimensión representativa del lenguaje en la literatura en un proceso cuya culminación Michel Foucault ubica a fines del siglo. El lenguaje, entonces, se objetaliza y autonomiza como un campo de conocimiento paralelo al de la historia de los acontecimientos y de los hombres, de la riqueza económica y de los valores. Este desarrollo implicó la separación de la literatura y la vida política. Al mismo tiempo que se derrumbaba el sistema del patronazgo, aumentaba la importancia de la imprenta, y aparecía en escena un público lector masivo. Estos factores cambiarían, en Europa, el cuadro de las relaciones entre el autor y su público. La urgencia del movimiento independentista parece, sin embargo, haber restaurado la vieja conexión en la América Latina inaugurando un proceso que llevaría a una concepción más compleja y heterogénea del fenómeno literario.

En Europa, la ciencia y la política quedaron fuera de la noción emergente de literatura. El discurso literario deja de ejercer poder sobre el contorno material y el mundo de la acción; se lo identificó con las cualidades de emocionalismo, individualismo y vida contemplativa. Desde entonces—ha confirmado Escarpit—la marca aristocrática de la noción moderna de literatura dejará poco lugar al muestreo franco de las relaciones entre el discurso literario y la sociedad. Al retraerse del discurso de las ideas, la literatura empezó a reclamar para sí la ambigüedad del sentido como su rasgo característico, y a encerrarse en las murallas intransitivas de la torre de marfil; los privilegios de la opacidad y la difuminación del contenido semántico la hacían rebelde a toda voluntad exegética unilateral o ingenua.

El traslado de esta concepción a norma crítica ha conducido, por diversos caminos, a la consideración del texto como un fin en sí mismo, como un objeto de estudio e investigación cuya naturaleza excluye toda consideración trascendente. Los textos son posibilidades de significación, son medios de acumular competencia crítica. El lenguaje es equivalente de significación, no de acción; la significación—la manera cómo los elementos proyectan sentido—es el objeto de la contemplación crítica. La literatura es un objeto académico de investigación científica, no es un acontecimiento con efectos sociales y políticos tanto para productores como para receptores.

No cabe la menor duda que la novela hispanoamericana de las dos últimas décadas se ha identificado en parte con esta concepción de la literatura como fenómeno autorreflexivo; ella está presente en toda la obra de Sarduy, especialmente en *Cobra* y *Maitreya*, en *Cambio de piel* de Fuentes; también lo está en los excelentes poemarios de Octavio Paz—*¿Águila o Sol?*—y Homero Aridjis—*Ajedrez Navegaciones*. Pero, frente a ellos están *Oficio de tinieblas* de Rosario Castellanos y *Terra nostra* del mismo Fuentes; *Yo el Supremo* de Roa Bastos, *El recurso del método* de Carpentier; y también están la urgencia de la realidad que destila en los poemas de *Falsas maniobras* de Rafael Cadenas, la fijación precaria e indigente del mundo en el verso de Alberto Girri, la mirada sardónica frente al acontecer histórico de la *Imitación de Propercio* de Rodolfo Hinostroza, la liberación de la violencia y la deshumanización que marcan la obra lírica de Heberto Padilla, el ataque conciente a la poesía en Nicanor Parra y Enrique Lihn, todos los cuales trazan un dibujo diferente en su tratamiento de la realidad y la historia latinoamericana.

La crítica ideológica y el sociologismo analítico, ignorando la presencia de los últimos, ha reaccionado con violencia en contra

del concepto autorreflexivo de la literatura representado por los primeros, contra la índole gratuitamente alegre e irresponsable de sus textos, contra la fragmentación del mundo, contra la sobrevaloración de los espacios íntimos, contra la interiorización progresiva del mundo frente a la concreción de la historia, contra los componentes paródicos e irracionales que se hallan, por ejemplo, en *Rayuela*, *País portátil* de Adriano González León, *Guía de pecadores* de Eduardo Gudiño, *La princesa del palacio de hierro* de Gustavo Sáinz, e incluso *Cien años de soledad*.

A veces me da la impresión de que, en su celo misionero, el sociologismo crítico se ha empapado tanto de la tradición europea, por lo menos de esa línea del autonomismo estético que la configura entre otros componentes, que ya no puede ver en estas obras nada que sea americano, que sólo puede ver aquello que no calza en el sistema de preferencias ideológicas que caracteriza a esta crítica. Ello lo ha conducido al desconocimiento voluntario de que la alteración—no la eliminación— del referente es parte substancial de aquello que se denomina literatura aquí, allá y en todas partes, al olvido de que cuando un texto intenta ser un reflejo exacto de la historia se condena a instituirse como remedo empobrecedor de la misma historia que intenta duplicar.

V

A los rasgos formadores de la heterogeneidad de nuestro sistema literario que hemos señalado en el tercer apartado de este ensayo, debemos añadir ahora las dimensiones de simultaneidad, interferencia, alternancia y aún de rotación diacrónica y sincrónica con que operan la vieja noción del discurso literario como una función ética y política de la imaginación que parece haber desaparecido en Europa, y el concepto moderno de la opacidad, ambigüedad y carácter reflexivo de los textos literarios. *Cien años de soledad* y *Casa de campo* de José Donoso son instancias de la primera relación; las *Residencias* y la *Introducción al nixonicidio* de la segunda; *Rayuela* y *El libro de Manuel*, de la tercera al igual que el tránsito de la corriente experimental y altamente reflexiva de la vanguardia de los años de 1920 y 1930 al intenso compromiso que se patentiza en la ficción narrativa de 1940.

Desde este punto de vista no es posible continuar tratando el discurso literario hispanoamericano de acuerdo al modelo concebido en la cúspide de la modernidad europea. El fenómeno es infinitamente más complejo, y sus complicaciones pueden patentizarse todavía más si se toma en cuenta una razón histórica

que suele brillar por su ausencia en los discursos críticos contemporáneos. La norma de discurso literario moderno, en efecto, jamás pudo ser eficazmente universal. Europa exportó rápidamente en el tiempo y el en espacio sus criterios de especificidad, hacia el pasado y hacia el resto del mundo por la historia y la geografía. Tanto las porciones orientales del Globo como los heterotópicos períodos cronológicos de los discursos coloniales—entre ellos el nuestro—quedaron sin representación en esa institucionalización imperializadora. El cuadro era, en el punto de partida, demasiado estrecho para abarcar la totalidad de las dimensiones del hecho literario hispanoamericano.

Ello no significó, sin embargo, un mero rechazo de la tradición europea; entrañó por el contrario una refundación de las tradiciones que Europa había separado. La América Hispana, en efecto, asimiló y preservó la tradición antigua y la moderna, la dimensión ético-política y el parámetro reflexivo, con ese cosmopolitismo que le gustaba evocar a Rubén. Hispanoamérica, como quizás otros paisajes coloniales del universo, es uno de aquellos lugares en que *Hijuna* de Sepúlveda Leyton puede enfrentarse al prestigioso Dr. *Farabeuf* de Elizondo, las voces airadas de *El Tungsteno* responder al dolor de *Trilce*, el viaje celeste de *Altazor* aterrizar en *Huasipungo*.

Roberto Fernández Retamar y Carlos Rincón tenían toda la razón cuando llamaron a una redefinición de las nociones de literatura y de hecho literario en el contexto de nuestra América; pero, se equivocaban de plano en su reclamo de que la serie de orientación socio-política era la predominante y definidora del sistema en su conjunto. Como hemos visto, el problema es más complejo; ambas series tienen que ser consideradas en la descripción y la investigación históricas de los discursos literarios, y también en las preguntas que se hagan sobre las convenciones fundadoras de un texto específico.

VI

Si se adoptara nuestro punto de vista como criterio de investigación, un análisis empírico, inductivo e histórico de los discursos de la literatura sería posible, puesto que ellos no están necesariamente encadenados a una convención modelizadora que, en términos apodícticos, determine la correlación de sus contenidos, sino que, por el contrario, constituyen presencias concretas, patentes, cuyas convenciones es necesario descubrir e historizar.

Es aquí donde el comparatismo se muestra, a mi juicio, como

una herramienta extraordinariamente útil para el crítico, si se lo despoja de sus sobretonos geopolíticos, pues el parangón con los modelos europeos, por ejemplo, revelaría con absoluta claridad la presencia constante de mestizaciones, sincretismos, transformaciones, violaciones, desplazamientos y reemplazos en la concretización de los subcódigos genéricos y en la plasmación de la macroescritura de los períodos históricos.

El hispanismo para no ir muy lejos, sería de gran ayuda en la definición de los discursos producidos en Hispanoamérica durante el primer siglo de la dominación colonial. Reconfigurar la clasificación de los textos y los géneros hispanos, en cuanto convenciones institucionalizadas durante el medioevo tardío y el primer renacimiento, para compararlos con las específicas manifestaciones discursivas que surgieron a partir del amanecer del Descubrimiento, tendría un valor teórico y metodológico notable. Estos discursos serían vistos a una nueva luz si se considerara el gesto ascético de las danzas medievales de la muerte y de las *Coplas* de Manrique, la vena histórico legendaria del romancero viejo, el didactismo humanista de la prosa de Enrique de Villena, la inspiración popular y satírica del *Corbacho*, el temple mágico-mítico y sentimental del romance caballeresco, la motivación ético-estética de la historiografía de Fernán Pérez de Guzmán y Hernando del Pulgar, la mezcla de entusiasmo y escepticismo que se percibe en la *Celestina*, el realismo picaresco, la propensión generalizada hacia la espontaneidad estilística y formal notorias en todos estos discursos, la huella ideológica de Erasmo y Fray Antonio de Guevara en los comienzos del siglo XVI. Todos ellos son trazos discursivos que, preñados por las visiones poético-apocalípticas de la escritura de los vencidos, visibles en la pintura y artesanía de Nazca y Chimú, en la escultura azteca, en las inscripciones arquitectónicas de los mayas, en sus textos mitológicos y religiosos, dan lugar a un texto cultural indeclinablemente diacrítico.

Desde otro ángulo, un estudio de esta naturaleza podría comprobar no sólo la naturaleza distintiva del ideolecto, sino también sentaría una base para observar la dinámica de su crecimiento y sus transformaciones. La iluminación de las convenciones discursivas mediante las cuales los códigos ejercen control sobre los mensajes, y la aparición de nuevos mensajes que vienen a reestructurar los códigos, permitiría mostrar la recurrencia significativa, la evolución semántica y la formatividad genérica de ciertos núcleos textuales, como el de la tierra para mencionar sólo uno. Desde su representación fisiocrática en las *Silvas americanas* de Andrés Bello, el núcleo de la tierra sufre una

transformación que pasa por diversos estadios que oscilan entre el paisaje pastoral de la mente en *María* de Isaacs, la naturaleza asesina e indómita de *Zurzulita* de Mariano Latorre o *Ranquil* de Reynaldo Lomboy, la connotación dantesca del infierno vegetal en *La vorágine* de Rivera, el polvo autenticador y trascendente de *España aparta de mí este cáliz* de Vallejo, la fuerza telúrica historizadora de *Canto General*. Es posible observar cómo los modos de decir se plasman inevitablemente en estricta conexión con las características del mensaje como en el micropasaje del discurso elegíaco al épico en *Alturas de Macchu Picchu*, o en el tránsito de *Poemas humanos* a *España* en la escritura vallejiana.

La concepción de la cultura y la literatura como un tejido, un texto de discursos, ofrece una ventaja adicional; la observación de las diferentes concreciones discursivas permitiría aislar los núcleos reales de la evolución periódica no sólo desde la coordenada interna de la relación código/mensaje, sino también desde el parámetro externo de la conexión texto/contexto.

En este punto conviene recordar que la sucesión de los códigos en literatura no está totalmente determinada por la oposición a códigos precedentes. La oposición no es absoluta; resulta a menudo de rasgos semánticos opuestos, con lo cual se mantiene la presencia de términos comunes. Por eso el tipo de oposición inherente a un nuevo código no puede ser formulado de antemano. El nuevo código es una reacción al código precedente, pero al mismo tiempo intenta dar una respuesta a los desafíos de una situación particular en que intervienen leyes inmanentes al código y factores externos de carácter social e histórico. Desde esta perspectiva, el discurso opera activamente en la formación y transformación de la realidad. Dicho en otras palabras, la estructura de la realidad es una consecuencia de los mismos procesos que presiden la formación de los textos literarios. La textualidad de la historia la aproxima al fenómeno literario; también está conformada por textos.

La afirmación precedente se funda en el fenómeno de la intertextualidad, y ella permite poner a disposición del crítico textos que, por su apego a la historia, se consideraban indignos de estudio. Un ejemplo de esta injusticia es lo que ha sucedido con las obras narrativas de César Vallejo, especialmente *Tungsteno* y *Paco Yunque*, las cuales han sido menospreciadas por la crítica oficial y tradicional bajo la acusación de propaganda sensacionalista surgida del peso temático con que se manifiesta una actitud abiertamente reivindicatoria de las clases oprimidas y explotadas. Ahora se puede verlas en sus relaciones intertextuales con la polémica del indigenismo, los tratados domésticos de la

economía peruana, los textos sobre los derechos de los indios y trabajadores, los escritos racistas y explotativos producidos por los estratos dominantes de la sociedad, las leyes de propiedad, y también, por cierto, el registro de las costumbres, creencias, estructuras y prácticas institucionales de las cuales el texto es una extensión y a las cuales el texto ayuda a construir.

Sería posible aislar, con este procedimiento, los diversos tipos de momentos coyunturales o de crisis que se resuelven en la dinámica evolutiva. Esos núcleos pueden, a veces, originarse por la contaminación con otros discursos de la cultura como el cine, la tira cómica, la fotonovela, el radioteatro, como sucede en Puig, Vargas Llosa, Nicanor Parra; por el peso del prestigio estructural de discursos literarios elaborados en el extranjero que se ven en correspondencia con una determinada visión de la realidad, como el *nouveau roman* en los relatos de Sarduy y Cortázar; por la necesidad de desautomatizar el macrosistema lingüístico como en Darío. Ellos pueden ser, asimismo, representaciones ideológicas del imperativo histórico de responder a cambios y desequilibrios en las estructuras sociales las cuales suelen constituir sistemas isomorfos de los discursos de la cultura, como es posible apreciar en la emergencia de la *gauchesca* como género, de la novela naturalista de sello positivo, de la narrativa proletaria que surge como emergencia contraideológica en los años de 1930 y 1940, de los yaravíes de Melgar. Pueden también configurarse como una respuesta a los cambios en el eje mundial del poder como sucede a partir de la primera guerra con la formación de las vanguardias hispanoamericanas cuyo experimentalismo puede ser analizado como la réplica a la necesidad de construir un mundo distinto, aparte, no alineado, como una búsqueda de cierta seguridad en medio del desastre inminente. Así también los discursos de la madurez de la conciencia criolla plasmados en los textos de Clavijero, Mier y Peralta Barnuevo, puede ser observados en su evidente continuidad con las independencias de que nos hablan Darío, Neruda, y Cardenal.

Una historia de los discursos es siempre una historia vertical. La horizontalidad solo da puntos de contacto, referencias, que han de ser exploradas en profundidad. Si se quiere que la historia sea un instrumento del presente, una luz sobre la contemporaneidad, hay que "hundir la mano en lo más genital de lo terrestre" (Neruda); el juego no es el de la rayuela sino el del viaje en paracaídas. La mera sucesión de romanticismo a naturalismo a superrealismo es sólo un viaje por la superficie del fenómeno; para explicarlo hay que horadar la corteza, saltar de un punto a otro para hallar las identidades en el juego inagotable de las diferencias. Sólo así

podrá darse razón, por ejemplo de la porfiada permanencia del tipo gongorino de discurso con su peculiar desnaturalización del modo pastoral, la inclinación deliberada por la dificultad del lenguaje poético, la dialéctica del extrañamiento unida al carácter casi fisiocrático de la alusión o la representación de la naturaleza, en una estructura elíptica de temple ideológico subversivo que se halla tanto en Sigüenza como en Lezama y Neruda.

VII

Debo detenerme ahora para ensayar un par de calas en la corteza del problema metodológico. Si se reconocen el desafío y los problemas planteados en este ensayo, debería aceptarse asimismo la necesidad de una pluralidad metodológica para enfrentarlos creadoramente. En la práctica cualquier intento serio de alcanzar un objetivo disciplinario conduce a la elaboración de instrumentos críticos. Esos procedimientos, no importa el paisaje filosófico de donde provengan, serán útiles en la medida que no se les estime celestial panacea para resolver todos los problemas de la disciplina. Ellos pueden ser el producto de un trabajo demorado, inspirado o simplemente afortunado, pero no son estructuras ya terminadas de las que hay que echar mano por necesidad. Los métodos, los utensilios metodológicos, jamás gozan de autoridad especial, aunque provengan de maquinarias de conocimiento tan eficaces como el estructuralismo, la semiótica, la gramatología o el materialismo dialéctico.

Conviene tener en mente estas consideraciones cuando se habla de la literatura hispanoamericana. Pues, en esta serie discursiva parecen existir dos sistemas paralelos, uno de los cuales enfatiza las configuraciones del mensaje, y el otro las articulaciones del código. Demás está decir que esto no significa que el primer sistema carezca de código o el segundo de mensaje, sino que se trata de una diferente jerarquización en el peso estructural de ambos niveles. Pero no es supérfluo señalar que esa polarización, al ser enfrentada con unilateralidad metodológica, podría provocar una polarización desformatadora del discurso crítico haciéndolo caer en los extremos de la falacia referencial y la falacia poética.

La primera, la falacia referencial, surge de la creencia en la naturaleza homogénea del referente y la representación discursiva; el texto es transformado en el reemplazante de una cosa, de un concepto, de un objeto que está fuera de él; y, una vez que cosa, concepto u objeto han sido extraídos, el ejercicio crítico se da por finalizado. A menos que, con estrategia suspensiva, el estudioso estime necesaria una sobrecodificación ideológica del texto

advirtiendo su carácter reaccionario, destacando su falta de conciencia social, su inmoralidad, su escapismo. La falacia poética, en el otro extremo, se funda en la convicción de una relación sinonímica entre forma y significación; una vez que se ha desmantelado y vuelto a construir el modelo formal del texto se acaban las preocupaciones críticas y el texto puede descansar en paz. En este caso, la reducción del trabajo crítico a la descripción deja fuera dos momentos esenciales de la disciplina, la explicación y el juicio, y la condena asimismo a la inutilidad teórica pues, a fin de cuentas, no hay descripción más completa, inmanente y exhaustiva que el texto mismo.

La crítica que se ocupa sólo del contenido y, por ende, considera el mensaje como la ilustración de una verdad me parece tan defectiva como aquella que, encandilada por el código, se complace en el juego gratuito de los significantes y desdeña la inscripción histórica del texto. Ambas son paralizadoras en las manifestaciones de un discurso siempre dogmático y reductor.

Tal vez convenga observar la situación desde un ángulo un poco diferente para responder a las voces de una crisis de la disciplina y a la redefinición del perfil del crítico latinoamericano.

El tratamiento del texto como una estructura con legalidad interna que puede ser estudiada objetivamente es, no cabe duda, una posibilidad legítima que se justifica por la naturaleza del objeto en cuanto realidad relativamente autónoma respecto a la situación inicial de su producción. Pero, condenarse voluntariamente a la ignorancia de las propias expectativas, preferencias, prejuicios y afinidades del crítico es poco aconsejable pues conduce, en viaje sin regreso, a un terreno ilusorio. Un estudio completamente objetivo opera sobre un cadáver, y un estudio totalmente ingenuo lleva de vuelta al impresionismo. Así como no puede prescindirse del objeto tampoco puede hacerse abstracción del sujeto. El crítico es un individuo histórico y, como tal, es un sujeto con inclinaciones e intereses, se halla encadenado a las instituciones, los códigos y las normas de una cultura. El crítico ha de ser capaz de hacer el diagnóstico del horizonte de sus expectativas para hallar el equilibrio entre la militancia y la neutralidad. El crítico militante utiliza el género de la apología; con el objetivo final de defender una causa utiliza la literatura para mostrar el valor o la verdad de una cierta ética, una cierta religión, una cierta política. El crítico neutral no le asigna propósito a la disciplina; ella es un locus burocrático; él es un pasajero del humo, un habitante de ninguna parte. Entre ambas posturas está el lugar intermedio en que hallan sitio la ética y la estética, la política y la literatura, el locus de la autoconciencia crítica del crítico que sabe

que toda comprensión implica un momento precomprensivo, un prejuicio, una afinidad con el objeto y, sobre todo un aparato cultural que preside su construcción de realidad y sus movimientos de recuperación y fundación de la historia. La urgencia misma del universo latinoamericano parece hacer de estas consideraciones un presupuesto ineludible del ejercicio crítico.

VIII

La autoconciencia del crítico y la urgencia de escribir la historia literaria latinoamericana respetando su naturaleza diferencial y única, debieran sumarse a una clara concepción de aquello que constituye el corpus de la crítica literaria como disciplina.

Conviene recordar que el campo del estudio crítico de la literatura es la literatura, y que éste no es el mismo que el de lo que los alemanes llaman *textwissenschaft* y los franceses narratología, esto es, ni todos los textos ni todas las narraciones sino aquellos textos y aquellas narraciones que sean literarias, que corresponden a la clase literatura, que tienen un efecto estético.

El efecto estético depende, entre otras cosas, de su virtualidad antinormativa, de su capacidad para provocar incertidumbre o extrañeza en su desconstrucción de los modelos habituales de la conducta. Esta incertidumbre o extrañeza puede formularse como un producto de la insuficiencia de los códigos lingüísticos, culturales y literarios a disposición del lector para decodificar el texto. Una vez que el lector aprende la gramática del código su incertidumbre desaparece y, en la comprensión, adquiere una nueva certidumbre y, por ende, una satisfacción que se produce por el retroceso de los códigos habituales y la adopción del nuevo. El cambio de códigos, sin embargo, no es la única fuente del efecto estético. El efecto estético puede provenir, asimismo, de la información que el texto contiene, de su riqueza representativa; al dominio del código nuevo se añade, en estos casos, una experiencia de identificación que es el resultado de la superposición de los códigos familiares del lector a los datos de una información que se valora en términos de amplitud, variedad, y riqueza. En el primer caso, el efecto estético se funda sobre un principio de oposición que depende del rearrreglo de los principios constructivos familiares. *Tres tristes tigres*, *Trilce*, los experimentos más exitosos de la vanguardia, la nueva narrativa y la lírica contemporánea funcionan de acuerdo con el principio de oposición. En el segundo caso, los principios constructivos familiares no son violados substancialmente, y el efecto estético se funda en la intensidad cualitativa y la expansión cuantitativa de su

funcionamiento. Esto es lo que sucede en *El siglo de las luces* de Carpentier, *Sobre héroes y tumbas* de Sábato, también en *Biografía de un cimarrón* de Miguel Barnet, en los textos del folklore, y en todas aquellas obras en que el valor estético se constituye no como el reconocimiento de lo inédito o inusitado, sino como una reactivación y revitalización de los contenidos históricos, sociales o políticos en el juego estructural.

Se me podría argumentar que la lectura de una obra de crítica literaria o histórica como *Los hijos del limo* de Octavio Paz, *Nuestra América* de Martí, *Algunos* de José Santos González Vera, *Regreso de tres mundos* de Mariano Picón Salas, los ensayos historiográficos de Edmundo O'Gorman, por el hecho de entregar una información substancial también dan lugar a una experiencia estética. Y ello es absolutamente cierto, y no porque el efecto sea colateral, sino porque se trata de ensayos, los cuales constituyen una forma de literatura, y uno de los géneros largamente olvidados por nuestra generación crítica. En algunos de estos textos la aplicación práctica de la información puede sobrevalorarse a la satisfacción producida por la maestría en el manejo del código, pero ello no significa que esa destreza pueda menospreciarse en el análisis de la convención genérica. Esto no significa que toda obra de crítica histórica, social, o literaria, deba considerarse dentro del género ensayo. El deslinde entre el ensayo literario y aquello que no es literatura es, no obstante, una tarea cuyo cumplimiento sólo puedo prometer en un próximo artículo.

IX

Creo que ya es hora de terminar un escrito que se prolonga más de la cuenta. Su impulso fue determinado por el llamado a un taller de crítica literaria ibero-americana para debatir las implicaciones de una supuesta crisis de la disciplina.

Pienso que se trataba, en último término de restaurar para la literatura—siempre ha habido una peligrosa vecindad entre el discurso del crítico y el del dictador—la sagrada misión histórica de modelar las costumbres y configurar una sociedad más justa. Ante esto, correspondería al crítico el rol de guardián celoso de los intereses públicos en la cuidadosa demarcación de las vías temáticas y estructurales que esa literatura debería seguir para dar representación adecuada del vacío semántico provocado por la quiebra de las instituciones democráticas en los países de la América Hispana.

Esta línea de teorización suele dirigir su artillería ideológica en contra de un tipo específico de narrativa, la de la explosión

novelesca de las últimas décadas, y suele ignorar los desarrollos paralelos de la lírica, la dramaturgia y el ensayo, en los cuales asistimos al mismo movimiento pendular entre una concepción del hecho literario plasmada en Europa entre fines del siglo XIX y los comienzos del siglo XX, y un entendimiento del mismo que, originado en la antigüedad clásica todavía tiene vigencia en el mundo iberoamericano. El énfasis en la concepción decimonónica que, con salvedades y excepciones, la crítica identifica en la narrativa del "boom", conduce a una desfiguración y a un desconocimiento de la complejidad de un sistema literario que tiene un alto grado heterogeneidad, y en el cual se hace patente una actividad sobrecodificadora que lo peculiariza diferencialmente respecto del sistema europeo. Ello me ha llevado a concluir que si hay una crisis ésta se halla en los procedimientos de la crítica del "boom" la cual, en desesperación, parece determinada a lanzarse a una hipertrofia imperializadora del campo con el fin de emprender la investigación de fenómenos que, como la vida cotidiana, han permanecido hasta ahora en la esfera de competencia de los propios escritores, los antropólogos y los expertos en ciencias sociales.

Me da la impresión que la raíz del problema está en los presupuestos epistemológicos que se utilizan en el comercio con la literatura. Se supone que una obra literaria debería representar una realidad exterior, una verdad que reside allende las fronteras del lenguaje, que el lenguaje constituye una barrera que separa a los individuos de la realidad. Creo que no existe tal separación absoluta. Tanto la conciencia individual—la del crítico, la del escritor—como los objetos de esa conciencia—la realidad—están constituidos por ese macrosistema de inteligibilización del mundo que es el lenguaje, el cual los ubica en una relación de interdependencia. La literatura, como el lenguaje que es, surge en una situación histórica en la cual en mundo se halla organizado de antemano de acuerdo al macrosistema de inteligibilidad que organiza, restringe, historiza a los individuos, y al cual el texto con efecto estético busca modificar por estrategias de oposición o identidad amplificadora. Por ello es necesario investigar todos los textos que sea posible, no sólo aquellos que provocan enojo o disgusto, iluminar las zonas oscurecidas del campo, aquellas que han sido obliteradas por voluntad, ignorancia o pereza. Hay muchísimo qué hacer.

Una nota final para cerrar este texto. Ontológicamente, la historia tiene el mismo estatuto que el texto literario. La descripción histórica, cualquier registro de hechos históricos, el recuento periodístico, parecen ser un producto de la actividad

interpretativa. Ello hace imposible la explicación del texto literario por la historia. No es que los hechos y el sentido de los hechos haya desaparecido del horizonte vital, pero ellos son observados—o debieran serlo—no como un absoluto, sino en su realidad de verdad dependiente de los códigos interpretativos que funcionan en nuestra conciencia, y en los distintos momentos de la recepción de los textos. Si lo tuviéramos en cuenta tal vez nos ayudaría a ser menos dogmáticos, más curiosos y abarcadores en las tareas de la interpretación y la reconstrucción-construcción de nuestra historia literaria.



Literary Criticism as Ideological Practice

Thomas E. Lewis
University of Iowa

*Y ahora
qué haremos tú y yo
tomados de esa mano
que termina en un cuerpo
que no es el nuestro?*

—Oscar Hahn, *Mal de amor* (1981)

Most readers of “Y ahora qué?” will claim that its meaning has to do with an illicit love affair. They are, of course, right. The pressure of decision, the lovers’ moment of seclusion, the intimate tone of address, the metonymy that affirms the lovers’ bond even as it invokes the intrusive presence of another—all this is there to be seen.

But something else may be “seen” on behalf of the poem. A different vision may supplant the immediacy of insight, so that, for example, the imaginary situation to which the poem refers recovers its intangibility and appears as the effect of large significations that support it. A concern with temporality emerges as the fullness of the lovers’ present contrasts, explicitly, with their uncertain future and, implicitly, with at least one unhappy past. The space that the lovers inhabit grows tenuous as its marginality is enforced by the specter of institutionalism. The power of subjective desire, even when based in a community (“tú y yo”), is challenged as the expectation of the lovers’ holding hands (“tomados de *la mano*”) is frustrated by the interposition of a body that they do not control (“tomados de *esa mano*”).

“What kind of personal history can we make for ourselves?”
“Where can we achieve it?” “Against what must we struggle?”
“With what means can we prevail?” This text can indeed be seen as traversed by ideologemes of freedom, exile, oppression, and

utopia. There exist ways to read the poem that construct its significations as having only the most initial of relationships to a theme of love grown desperate. The same may be said even more convincingly about the volume of poems as a whole. A reading of *Mal de amor*,¹ alert to the possible presence of such ideologemes, will begin to discern signifying systems that, perhaps through no conscious intent, explain obstacles to fulfillment in love in terms of psychological *spaltung*, political exile, and social alienation. The contradictions of a concrete mode of subjective interpellation, a specific political conjuncture, and a particular social formation thus surface as conditions of possibility for the ideological production that this volume entails. So it is that an analytical activity that construes the explicit fantasy of the poems as scaffolding for the production of informing ideologemes invites the often maligned and recalcitrant genre of lyric poetry to resonate politically.

To produce this resonance through criticism involves more than a "science of the text." Generally, the "scientific" aim of marxist literary criticism is analysis of the social conditions of production of literary texts; more simply put, marxism explains literary *form* as in various ways conditioned by social experience. Such inquiry certainly leads to a "knowledge" that remains both irreplaceable and irreducible. Yet the very character of this knowledge rightly denies to literary texts their pretensions to participate in a universal aesthetic essence. Historical materialism constructs the literary object as occupying a concrete position among various practices of writing in a determinate society and moment; it distinguishes the literary from other writing practices, not on epistemological, but on historical grounds. A scientific understanding does not claim a special terrain for "literature," nor does it produce an ahistorical knowledge of the "intrinsically literary." Rather, such knowledge posits the "literary" as a concretely variable form of representational activity within ideological practice. Tapping the effectivity of literature as an ideological mode, therefore, sets in motion the political resonance that marxist literary criticism seeks to promote.

In this view, the politics of literature conjoin the politics of criticism.

Marxist criticism has hitherto proceeded on the assumption that every literary text has its politics inscribed within it and that the role of Marxist criticism is to enunciate this politics, to give it voice by making it explicit. This political essentialism must be broken with. The text does not have a politics which is separable from the determinations which work upon it or the position it occupies

within the disposition of the field of cultural relations. The task which faces Marxist criticism is not that of reflecting or bringing to light the politics which is already there, as a latent presence within the text which has but to be made manifest. It is that of *actively politicizing* the text, of *making its politics for it*, by producing a new position for it within the field of cultural relations and, thereby, new forms of use and effectivity within the broader social process.²

Scientific analysis of the social conditions of production of a literary work can indeed reconstruct the matrix of possible ideological significations that a work may enjoy in its first historical manifestation. Yet, too often, it is assumed that such signifying possibilities of the work are fixed for all time. Because of this assumption there is lost the opportunity to reinvest texts with new *ideological* significance. Labors akin to Lukács' reassessment of the Homeric poems, or Bakhtin's revolutionary reworking of both Rabelais and Rabelaisian criticism, are habitually forfeited in the staunch pursuit of an original sense. So it is that the science that has done the most to force recognition of the historicity of meaning overlooks that the ideological conjunctures that inform critical readings constantly change.

Behind an obdurate focus on the social conditions of literary production, there often lies a residual notion of ideology as "illusion." Marxist critics should pursue this avenue of analysis exclusively, it is believed, because only scientific knowledge successfully challenges the ideological interpretations of literature set forth by nonmarxist critics. Yet so to invoke an opposition between "science" and "ideology" in epistemological terms brings troublesome consequences. Not the least of these becomes an inability to view ideological practice as itself a site of contradiction and class struggle. If science is cast in the role of "truth," then ideology must play the part of "illusion." The very principles of marxist dialectics—contradiction and overdetermination—are here disowned by a blind operation that at once constructs science and ideology as homogenous fields and sanctions a withdrawal of marxism from properly ideological debate.

More promising remains a distinction between science and ideology on the basis, not of truth, but of social function: "ideology, as a system of representations, is distinguished from science in that in it the practico-social function is more important than the theoretical function (function as knowledge)."³ A functional discrimination can not only preserve science and ideology as areas of class struggle, but it also encourages transformation of "ideology into an instrument of deliberate

action on history" (Althusser, *FM*, p. 232). At stake in ideological practice is the constitution of social subjects. Ideological practice consists of various representational activities, carried on within institutional formats, through which are elaborated images of the subjective relation of individuals to their world. Both science and ideology are ultimately representational practices; their difference lies in that, whereas science attempts to describe a reality, ideology attempts to express a subjectively motivated relationship to a reality. Ideological discourse often includes knowledge that results from scientific practice. Unlike scientific discourse, however, it does not do so in a manner that leads to new knowledge, but rather, in a manner that prescribes a particular attitude of the subject toward already produced knowledge.

In this sense, literary criticism surfaces as an activity overdetermined by both scientific and ideological practices. The nature of this overdetermination is not structurally given to literary criticism as an essential property; it depends instead on the political and ideological conjunctures in which it is situated. To invoke the present form of its overdetermination, however, is to suggest that the work of literary criticism remains incomplete when undertaken only as an analysis of the social conditions of literary production. Beyond discovery of the historical determinacy of literature there stands the ideological imperative to devise a mode of perceiving the relationship between our students, colleagues, and selves, on the one hand, and the knowledge of social reality that our investigations construct, on the other. How best to accomplish this task demands calculation of quite specific political goals and effects.

The object of Marxist criticism is not that of producing an aesthetic, of revealing the truth about an already pre-constituted Literature, but that of intervening within the social process of reading and writing. It is no longer enough, if ever it was, to stand in front of the text and deliver it of its truth. Marxist critics must begin to think strategically about which forms of critical practice can best politicize the process of reading. This may mean different forms of criticism, and different forms of writing, for different groups of readers. As Brecht said: "You cannot just 'write the truth'; you have to write it *for*, and *to* somebody, somebody who can do something with it."⁴

In effect, the scientific claims of marxist criticism must give ground to recognition of the primarily ideological efficacy of literary and critical representation. The belief of original and inherent textual meanings or politics must make way for the active construction of textual meanings that address the political exigencies of concrete, yet varied, social circumstances. So it is that

the function of literary criticism today becomes that of a double construction: construction of an oppositional cultural tradition, and construction of a mode of interpellation of subjects into that tradition.

Here the irksome question of canon formation rears again its frightful head. Nevertheless, the foregoing discussion ought to have prepared it for a consideration that avoids the overhasty adoption of hobbled positions. There is nothing inherently or eternally progressive about noncanonical, or even rediscovered, texts. What matters are the "forms of use and effectivity within the broader social process" that are imparted to them. The privileging of certain texts over others—canon formation itself—is in some measure inescapable. Yet the relevant question is less, "Which texts are privileged?", than, "For what purposes and readers are specific texts privileged?" Formulated in this manner, the uniform response to the canon apparently expected of marxist critics multiplies into a series of strategic choices. Whether to direct energies toward reinterpreting canonical works, or establishing an alternate set of valued texts, or placing canonical and noncanonical texts within the same interpretive frame—all such strategies potentially invite a carnivalesque explosion of the canon. What explodes, however, is *the canon*: not the individual literary works that comprise it, not any intrinsic meanings that these works allegedly possess, but rather, the image of a society that is projected by specific strategies of selection, explanation, and combination of works. The canon is much more than the works it includes. It constitutes a symbolic act of cultural narration, one of many, through which a society constructs and contemplates its own image.

Decision as to which strategies best contribute to forging an oppositional cultural tradition, therefore, depends upon incisive evaluation of concrete ideological situations. If a politically progressive Hispanic literary criticism is in crisis today, surely it is because it remains captive by such fruitless ruminations as, "Should Calderón be taught?" and "Is marxist literary criticism a science?" Calderón should be taught if it is judged that, given a concrete set of circumstances, an effective political intervention into the social process of reading can be made through study of his texts. Historical materialists should be disposed to understand that such judgments may vary according to determinate social conditions: Nicaragua, Venezuela, Spain, Chile, and the United States. It must be said, moreover, that marxist literary criticism is not a science. That *marxism* is a science does not guarantee the scientificity of marxist *literary* criticism. The very premises of

marxism in fact deny specificity to aesthetics as an integral object of knowledge. Pursuing a well-known distinction, the activity of marxist literary criticism belongs to the ideological practice of dialectical materialism as a philosophy rather than to the theoretical practice of historical materialism as a science. Althusser defines philosophy as class struggle in the field of theory; marxist philosophy thus works to secure ideological conditions propitious for the advance of materialist sciences.⁵ Similarly, literary criticism may be defined as a site of ideological class struggle. Through representing a cultural history, therefore, the goal of marxist literary criticism is to contribute to the production of new subject positions propitious for social revolution.

To pursue literary criticism with regard for its role within ideological practice does not imply neglect of scientific developments within marxism, or any other discipline, whose discoveries can be brought to the study of textuality, the reading process, or ideology. It does imply attention, however, not just to the relation of a literary text to its place and time of birth, but to its subsequent institutional history as well. Most importantly, it urges strategic consideration of present readers in diverse circumstances. Analysis of the social conditions of literary production ultimately characterizes the individual text as a specific performance within, between, or among various ideological problematics. This task is accomplished by investigation and description of textual ideologemes. Yet ideologemes themselves remain malleable entities. Ideologemes may appear in the form of both concepts and protonarratives;⁶ their designative powers are so notoriously relaxed that, unencumbered by a semantic abundance of contextual and circumstantial markers, they serve a variety of purposes and situations.⁷ Even the results of such analysis, therefore, suggest that, once discerned, textual ideologemes should be made to address a present context of reading.

For ideologemes will make such address anyway. Through criticism, readers may indeed gain awareness of the meanings of ideologemes as enforced by the initial conditions of production of literary works. Yet, if marxist critics refuse to invest ideologemes with new significance as well, readers' own ideologies will surely perform the act of unconscious assimilation or rejection of such meanings exclusively in light of their own subjective experiences. It is clear, moreover, that nonmarxist schools of criticism and pedagogy always manage to make powerful ideological investments in works. Some of these methodologies explicitly

define their task as that of enabling readers' responses; others make no apologies whatsoever for concerning themselves only with the meanings of texts as construed by modern, and quite specific, reading publics. "Knowledge" gleaned from the analysis of social conditions of literary production alone cannot successfully intervene in this ubiquitous process of ideological investment. For marxist literary criticism, conscientious construction of relationships between texts and present readers thus becomes a political imperative.

Literary criticism today tends to be regarded by the left as an activity that liberates texts from fixed meanings. Continued circulation of these meanings is seen as contributing to the survival of undemocratic ideologies. Two strategies designed to effect the liberation of textual meanings have arisen: reconstruction of the determinate position of the text within its initial ideological problematic; radical transformation, or deconstruction, of textual meaning that "acknowledges no obligation to history [and] appropriates the text for the present in a more fundamental way."⁸

Is literature most usefully seen as a means of access to history (Macherey), or as a way of grasping the present (Lacan and Barthes)? Perhaps the distinction is false? There is no way of grasping the present without a knowledge of history, of the present as part of the process of history. But to understand the text in its historical specificity is not the same as to set it free from its historical moorings, reading it as a work of the present.... Meanings circulate between text, ideology and reader, and the work of criticism is to release possible meanings. The reading practices of Macherey and Lacan are not in competition, and it is only within the old framework which invests the text with a single authoritative meaning that they seem to be so. An adequate critical practice includes both modes of reading, but it recognizes the difference between them and knows which it practices in a particular instance. (Belsey, pp. 143-144)

An analysis of the informing ideologemes of a contemporary text such as *Mal de amor*, therefore, remains truncated when no critical or pedagogical attempt is undertaken to assert the significance of such ideologemes for a radical signifying practice. Surely interpretations will abound that view this text as a polished volume of lyric poetry that poignantly chronicles in modern style the age-old sufferings of the disillusioned lover; such interpretations should not go unchallenged. Yet perhaps our historical proximity to *Mal de amor* makes all that much easier the effort to appropriate its meanings for radical signification. This essay is best concluded, then, with reference to a similar attempt made on behalf of one of the more exalted texts in the hispanic canon:

We live and work today at the other end of that genetic crisis of the sixteenth century which Spain, and the populations of America it dominated, lived with a special and ultimately sterile intensity, and which is reproduced for us in that "primitive" ancestor of the contemporary novel, *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*. Yet primitive accumulation goes on as capitalism continues to transform those areas which have not completely fallen under its sway. And Lazarillo's predicament is a very current one in the great rings of slums which surround the cities of the Third World (or in Detroit, Youngstown, Harlem, the steel towns of Pittsburgh's Mon Valley—places that the magic wand of capitalism has conjured up only to abandon, the ruins of commodity fetishism). So there are moments when we can still glimpse in Lazarillo the outline of our own achievements and limitations. We are in that sense his contemporaries, his hypocritical readers.

Here the process of interpretation has led, not only to knowledge, but to a compelling invitation to readers to see themselves in a new relation to history.

Notes

1. Oscar Hahn, *Mal de amor* (Santiago, Chile: Ediciones Ganymedes, 1981).
2. Tony Bennett, *Formalism and Marxism* (New York and London: Methuen, 1979), pp. 167-168.
3. Louis Althusser, "Marxism and Humanism" *For Marx*, trans. Ben Brewster (New York: Random House, 1970), p. 231.
4. Tony Bennett, "Marxism and Popular Fiction," *Literature and History* n.v., p. 157.
5. See Louis Althusser, "Lenin and Philosophy," *Lenin and Philosophy and Other Essays*, trans. Ben Brewster (New York: Monthly Review Press, 1971), p. 23-70.
6. Fredric Jameson, *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act* (Ithaca and London: Cornell Univ. Press, 1981), p. 87.
7. Terry Eagleton, *Criticism and Ideology* (London: New Left Books, 1976), pp. 77-78.
8. Catherine Belsey, *Critical Practice* (New York and London: Methuen, 1980), p. 140.
9. John Beverly, "Lazarillo and Primitive Accumulation: Spain, Capitalism, and the Modern Novel," *Bulletin of the Midwest Modern Language Association* 15, 1 (Spring 1982), pp. 39-40.

I&L

A TRILINGUAL AND BIMONTHLY MAGAZINE
DEVOTED TO PROMOTING AND DEVELOPING A
SOCIO-HISTORICAL APPROACH TO THE LITERATURE
OF THE HISPANIC AND LUSO-BRAZILIAN CULTURES.
PRODUCED IN THE UNITED STATES OF AMERICA FOR
THE INSTITUTE FOR THE STUDY OF IDEOLOGIES
AND LITERATURE (UNIVERSITY OF MINNESOTA,
MINNEAPOLIS)